

NO TE CREAS TODO LO QUE VES

EL
PUEBLO
TRAS
LA
NIEBLA

CRISTIAN C. BELLOT

EL PUEBLO TRAS LA NIEBLA

CRISTIAN C. BELLOT

No se permite la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso previo y por escrito del autor.

© Cristian C. Bellot

www.cristianbellot.com

<https://twitter.com/ccbellot>

Diseño de cubierta: Cristian Carreño

Imagen de cubierta: [Unsplash.com](https://unsplash.com) / Annie Spratt

Índice de contenido

- [1. Niebla](#)
- [2. Sé lo que he visto](#)
- [3. El alcalde](#)
- [4. Viejos amigos](#)
- [5. El manantial](#)
- [6. Reparaciones](#)
- [7. Intrusión](#)
- [8. Sucesos pasados](#)
- [9. Historias de locura](#)
- [10. Sangre](#)
- [11. Los otros](#)
- [12. La casa de todas](#)
- [13. Horario de visita](#)
- [14. Una más](#)
- [15. Inmersión](#)
- [16. El globo](#)
- [17. Ingreso](#)
- [18. Niños en llamas](#)
- [19. Lo máspreciado](#)
- [20. Lo que el fuego esconde](#)
- [21. Ninguna tumba será mi encierro](#)
- [22. La salida no está en tu cabeza](#)
- [23. Aislados](#)
- [24. En la carretera](#)
- [25. En el bosque](#)
- [26. La madre, la hija y la muerte](#)
- [27. Piedras en el camino](#)
- [28. Entre ocho y nueve](#)
- [29. Agua y tos](#)
- [30. Perder](#)
- [31. No te fíes de la luz](#)
- [32. Actos desesperados](#)
- [33. El disparo que lo cambia todo](#)
- [34. Todos estamos un poco locos](#)
- [Epílogo. Una niña en un parque](#)

[Agradecimientos](#)
[Sobre el autor](#)

*Para la pequeña Noa,
bienvenida al mundo.*

1

Niebla

La carretera se adentró en el reino de la niebla.

Fede redujo la velocidad al verse rodeado del manto de humo y encendió las luces antiniebla de su Citroën de color plateado, el cual hacía tiempo que había dejado atrás la década de vida y ya empezaba a dar demasiados signos de vejez. Echó el cuerpo hacia adelante, acercándose al volante sin llegar a soltarlo, y miró al cielo. La niebla difuminaba los rayos de sol que las copas de los árboles que escoltaban las bandas de la carretera permitían alcanzar el asfalto. Una de las ruedas del coche superó un bache y a punto estuvieron de caérsele las gafas. Se las recolocó empujando el puente de estas con el dedo índice.

—¿De dónde ha salido esta niebla? —preguntó.

A su lado, su mujer, Laura, se encogió de hombros como única respuesta, contemplando el bosque que los acompañaba ahora en su viaje. Los dedos de su mano izquierda se entretenían entre los mechones de su larga cabellera morena. Los de la derecha golpeaban con extrema suavidad su propia barriga, siguiendo el ritmo que le marcaba la radio con *Boulevard of broken dreams* de *Green Day*, una de sus canciones favoritas desde que la escuchó por primera vez hacía más de diez años, en su época universitaria.

Cuando la canción se fundió para dar paso a cuñas publicitarias, Laura apagó la radio. Luego bajó dos dedos la ventanilla de su lado de copiloto y recibió con una tímida sonrisa la brisa fresca de inicio de otoño. Quería disfrutar durante un rato del silencio de los sonidos de la carretera y del bosque.

Sus dedos se olvidaron de marcar un ritmo, ya fuera real o lo tuviera resonando en su cabeza, y pasaron a acariciar la incrementada barriga, esperando que su tacto cariñoso se sintiera en el interior. «Qué gorda estoy ya», se dijo, pensando en que le quedaban apenas tres meses para dar a luz a su hija. Solo una

semana antes la doctora les había desvelado el género del bebé, tras mucho debatir sobre si querían saberlo o no antes de que naciera, y solo dos semanas atrás había aceptado el trabajo que le habían ofrecido en Ludueña, una población del norte de la península que apenas alcanzaba los tres mil habitantes, puede que incluso la cifra estuviera más cerca de los dos mil; no había consultado los últimos datos de población, una cifra y otra no suponían ninguna diferencia.

Por una parte era un cambio deseado. Laura vivió su infancia en una pequeña población cercana a Madrid con cuatro calles y treinta casas, ahora olvidada por los años y la juventud, reclamada por la naturaleza, antes de mudarse a la gran ciudad para cursar la carrera de periodismo. Tuvo la fortuna de vivir una infancia feliz en un ambiente alejado de la contaminación y de los ruidos de la capital que había llegado a aceptar por fuerza de la costumbre, con la calle como escenario de sus juegos, y, en la medida de lo posible, quería ofrecerle una experiencia similar a su hija.

Por otra, era un cambio obligado. La modesta revista de información digital para la que había trabajado durante los últimos seis años se había visto obligada a cerrar debido al bajo tráfico de visitas que recibía y a la falta de apoyos y patrocinadores frente a la potencia de los clásicos diarios nacionales. Un proyecto que nació con ilusión aunque destinado a morir con los años, pero que había conseguido resistir contracorriente durante más tiempo del que muchos esperaban. Laura se vio de pronto embarazada y lanzada al paro. Nadie quería contratar a una mujer que a los pocos meses tendría que parar por un tiempo; solo un milagro la ayudaría.

Pero, entonces, los astros se alinearon y el milagro le llegó en forma de llamada solo una semana después. Diego, su antiguo compañero de batallas de la facultad, se puso en contacto con ella para ofrecerle su propio puesto en la revista local y mensual de Ludueña, un puesto que quedaba libre porque él se marchaba a trabajar a uno de esos diarios nacionales, cerrando así un extraño círculo. Le había llegado la noticia de su nueva situación laboral, Laura supuso que a través de alguna de las muchas redes sociales a las que no les prestaba demasiada atención a pesar de que su oficio lo demandaba cada vez con más insistencia, y por alguna razón pensó que ella era la candidata ideal para sustituirlo.

Laura en un principio lo rechazó. No por la vida que se había creado en la ciudad, no porque no se atreviera al cambio de aires, o por lo menos eso se decía ella, sino por su marido. Fede, a diferencia de ella, había nacido en pleno Madrid. Era un hombre acostumbrado al día a día que era la jungla de personas y

vehículos que abarrotaba la ciudad a todas horas. Era su hogar. Un hogar en el que solo él era capaz de apreciar la intimidad en la multitud. Tenía un trabajo estable desde hacía varios años como guardia de seguridad en unos grandes almacenes, con un sueldo digno y un horario laboral aceptable, y sus padres vivían tan cerca que Laura poseía una más que ensayada y perfeccionada sonrisa falsa para las visitas inesperadas (y continuas) de los suegros. No podía pedirle que dejara todo atrás y que renunciara a la única vida que había conocido.

Pero Fede tenía una opinión muy distinta. Consideró la nueva situación como una señal cósmica, o divina; a Laura no le quedó muy claro cuál de las dos era. Pensaba que no podía ser una coincidencia: en los últimos dos años, Laura tan solo había visto a Diego en tres o cuatro ocasiones. Aunque también era cierto que conservaban una buena amistad que la distancia era incapaz de romper. De alguna forma, un nuevo camino se había abierto cuando parecía que habían llegado al final del suyo. Tenían que agarrar ese camino y seguirlo para ver a dónde les llevaba. Tenían que dejar de sentir miedo al cambio, porque él, a diferencia de su mujer, no tenía problemas en admitirlo. Fede creía que eso era justo lo que necesitaban para que la experiencia con este bebé no terminara como la anterior.

Laura aún sentía el dolor que los inundó durante tanto tiempo. Todavía no era capaz de olvidarlo del todo. Pero iba por buen camino. Dos años y medio antes se quedó embarazada por primera vez. Y un mes después sufrió un aborto espontáneo. Los médicos le explicaron que fue a causa de una anomalía congénita en el feto de origen genético, algo que Laura no podía controlar pero de lo que era la única causante. Pero lo que acabó por hundirla fue la idea de que existían muy pocas opciones de que pudiera gestar un bebé sano en su vientre.

Su entonces corto matrimonio pasó por sus momentos más complicados. Tuvieron que trabajar ambos muy duro para que su amor cerrara las heridas que el hijo perdido había provocado. Unas heridas que amenazaron de forma tímida en separarlos. Porque a pesar del dolor, a pesar de lo complicado que era levantarse de la cama algunos días, ambos sabían que siempre podrían contar con el apoyo incondicional del otro, y esa fue toda la terapia que necesitaron para seguir adelante.

Una terapia que acabaron por completar con el nuevo embarazo. El embarazo que parecía imposible y se antojaba improbable. Las primeras semanas fueron las de mayor ansiedad, las más críticas para el buen desarrollo de la futura niña. Las semanas en las que se podría haber repetido la horrible experiencia, un segundo disparo al vientre que habría sido muy difícil de superar. La situación

creó una tensión que era a su vez contraproducente para la propia situación de Laura, incluso sabiendo que lo que pudiera ocurrir estaba fuera de su control.

Pero no surgió ningún problema. Quizá sus numerosos rezos ayudaron, o quizá fue el deseo de vida tan intenso con el que se levantaba cada día. O quizá solo fue la naturaleza siguiendo su curso. Fuera lo que fuera, dentro de ella creció el producto del amor que sentía por su marido.

Laura volvió a acariciarse la barriga con una mano y, con la otra, acarició la mejilla de Fede, sintiendo la rugosidad de la barba de tres días. Él sonrió primero, y luego entornó los ojos para enfocar la carretera.

—No veo nada —dijo.

—Deja de quejarte por todo y disfruta de la escena —dijo Laura con una sonrisa cariñosa que Fede no vio pero que seguro intuyó.

—La disfrutaré cuando abandonemos esta niebla. No veo nada.

—Por más que lo repitas no hará que la niebla desaparezca.

—No pasa nada por intentarlo. Puede que tenga poderes mágicos y no lo sepa. Voy a probar: vete, niebla. —Chasqueó la lengua—. Vaya, no ha funcionado.

A Laura se le escapó una ligera risa. No había ninguna duda de que Fede era un hombre de ciudad. Él se movía sobre todo en metro; se pasaba muchas tardes de fin de semana en un bar rodeado de amigos, mirando más a la pantalla del móvil que a lo que le rodeaba; acudía de forma bastante asidua al cine o al teatro, o se tiraba horas delante de la tele viendo series; y cuando no disponía de un plan concreto, pasar el día en el centro comercial siempre le parecía una buena solución. La actividad más alejada del ambiente urbano que realizaba eran unos paseos esporádicos y cortos por el Parque del Retiro. Nada de un domingo de senderismo o una escapada rural. Su destino soñado era Nueva York, y le entraba urticaria cada vez que su mujer le nombraba un viaje a África. Eso hacía que Laura estuviera el doble de agradecida por los sacrificios que estaba haciendo por ella y por la niña. Aunque también se preguntaba si Fede sería feliz con su nuevo trabajo, tan alejado de su entorno laboral anterior.

Era otra coincidencia más que se añadía a la gran señal cósmica o divina; la que fuera. A la vez que se liberaba un puesto en el periódico para Laura, se liberó otro que el alcalde de Ludueña no dudó en ofrecer a Fede para convencerlos de mudarse. El viejo guardabosques del pueblo se había jubilado días antes de que Diego contactara con Laura. Fede no tenía ninguna experiencia ni ninguna titulación en ese ámbito, era algo obvio con solo mirarlo, vestido con tejanos desgastados de fábrica, una camisa azul marino impoluta y unas gafas de marca, pero no fue ningún impedimento para que lo contrataran. Su trabajo se

limitaría a patrullar el área forestal del pueblo, algo para lo que, al parecer, no existían requerimientos específicos y para lo que él estaba preparado.

—Avísame si ves alguna señal con el nombre del pueblo —le pidió Fede a Laura—; no creo que falte mucho para llegar.

—Tranquilo, no nos perderemos.

—Eso espero. Porque hasta el GPS del móvil se ha perdido.

Laura volvió a sonreír. Hombre de ciudad. Sin la ayuda electrónica no sabría si ir hacia delante o hacia atrás.

Abrió la guantera del coche y sacó una botella pequeña de agua con una etiqueta verde. La abrió, bebió un trago y dio un suspiro de satisfacción. Leyó de nuevo la etiqueta de diseño sencillo que tantas veces había leído, como si de la mejor novela se tratara: «Agua del manantial de Ludueña». El alcalde les había enviado una cesta de bienvenida con productos del pueblo antes de que se hubieran trasladado, incluso antes de que especificaran el día. Fruta, tomates y verduras ecológicas, un tarro de miel, galletas y bizcochos caseros, un pan redondo, un licor de origen desconocido en una botella opaca sin etiquetar que sabía solo a alcohol, y dos botellas pequeñas de agua. Hasta ese momento, el agua era lo único que no habían consumido. Laura dio otro trago, este algo más largo, y cerró la botella. Notó la mano que sujetaba el tapón mojada.

—El tapón pierde agua —dijo.

No esperaba respuesta de Fede, tan concentrado como estaba en la carretera, pero este dijo:

—No me extraña. A saber en qué condiciones de salubridad la embotellaron. Seguro que no ha pasado ningún control de sanidad.

—Tiene buen sabor —añadió Laura encogiéndose de hombros.

—El agua no debería tener sabor.

—Pues esta lo tiene.

—Me reafirmo en lo que he dicho.

—En cualquier caso, deberíamos acordarnos de agradecerle el detalle al alcalde. Tengo entendido que el agua no la comercializan, que es para uso personal del pueblo.

—Por supuesto, ha sido un buen detalle. Los bizcochos estaban riquísimos. Una pena que ya se hayan acabado. —Fede hizo una pausa y frunció el ceño—. Por cierto, ¿cómo se llamaba?

—¿El bizcocho?

—No, el alcalde.

—El alcalde... —Laura buscó en su memoria el nombre que había leído en la

tarjeta que acompañaba a la cesta. Lo había leído, de eso estaba segura, más de una vez, pero no aparecía nada en su mente, y la tarjeta acabó pronto en la basura—. No me acuerdo. Creo que empieza por M.

—¿Crees? —preguntó Fede levantando una ceja. En los últimos días había desarrollado la teoría de que, con el embarazo, Laura tenía menos memoria a cada día que pasaba, que el bebé la estaba absorbiendo toda.

—Creo. Si te hubieras molestado en leer la tarjeta en lugar de lanzarte directo a por un bizcocho, no me lo tendrías que preguntar ahora.

—Lo siento, pero ese bizcocho me estaba llamando. No podía no acudir a su llamada. —Ambos sonrieron y Fede también se acarició su barriga. Con la excusa de que Laura necesitaba comer por dos, él aprovechó para liberar algo más su dieta, con los consecuentes kilos ganados en el proceso—. Bueno, esperemos que se presente con su nombre. Así no quedaremos tan mal.

—Te juro que me suena algo que empieza con M —repitió Laura.

—Hablando de nombres. ¿Ya has elegido el nombre para la niña? —Fede cambió a un tema que llevaban discutiendo desde hacía varias semanas, incluso desde antes de conocer el género, sin llegar a ningún lugar. A Laura no parecía contentarle ningún nombre.

Laura volvió a encender la radio y esta le devolvió *Tears in heaven*, una canción que antes de su actual embarazo le habría hecho apagar la radio al instante, pero ahora se alegró de que no la entristeciera; demostraba que lo tenía todo superado.

—Todavía no lo he decidido —respondió.

—Podríamos llamarla como mi abuela —dijo Fede, aunque la respuesta de Laura a esta sugerencia era siempre la misma.

—No voy a llamar a mi hija Petunia.

—A mí me parece bien bonito.

—Quizá para una abuela de ochenta años. Pero recuerda que nacerá siendo un bebé.

—Está bien, como quieras. —Fede apartó una mano del volante para realizar un gesto que Laura no supo bien cómo entender—. ¿Manejas algunas opciones?

—He pensado en un par de nombres —dijo Laura sin mostrar demasiado entusiasmo por ello; en realidad, ninguno le acababa de convencer.

—Bueno, es un avance. ¿Alguno que puedas compartir conmigo? Te recuerdo que soy el padre.

—No, todavía no. ¿Estás seguro de que eres el padre?

—Ya veo. Haciéndote la misteriosa. Sabes que no puedes ocultarme nada; al

final te lo sonsacaré.

—Sí, cuando nazca el bebé.

—Entonces sabré si soy el padre.

Fede apartó la vista un momento de la carretera para mirar a Laura. Ella volvió a acariciarle la mejilla y recibió de regalo un beso en la mano. Luego le pasó la mano por el flequillo que formaba su corta cabellera de un tono castaño.

Laura sintió de pronto una extraña sensación. Miró a la carretera y vio algo en medio del camino que no pudo identificar de primeras. Sus ojos amagaron con salirse de las órbitas en cuanto lo identificó: se dirigían directos a un carrito de bebé que obstruía solitario la carretera.

Solo tuvo un segundo para reaccionar. Un segundo que fue suficiente para ver que Fede todavía la miraba a ella y no se había percatado del inesperado obstáculo en el camino. Un segundo en el que solo pudo estirar la mano hacia el volante y provocar el giro brusco del vehículo para evitar la colisión con el carrito, al grito de «¡cuidado!». Pero lo que no pudo evitar fue que el coche atravesara el pequeño arcén, se saliera de la carretera y chocara de frente contra un árbol que ni se inmutó.

En la radio sonaron los últimos acordes de la guitarra de *Eric Clapton*.

2

Sé lo que he visto

Un pitido muy molesto taladraba el oído izquierdo de Laura. Notaba una especie de tirón en el cuello, como si la cabeza hubiera intentado salirse de su lugar, y la frente le ardía. Retiró la cara del airbag y aplastó con las manos la bolsa blanca de aire que ya se estaba desinflando. Nunca pensó que un golpe con la cara contra un airbag pudiese doler tanto.

La radio seguía sonando, ahora con un rápido solo de guitarra eléctrica que no supo atribuir a ninguna canción; el pitido que permanecía en su oído provocaba una distorsión del sonido y reclamaba toda su atención. Pulsó el botón pertinente para apagarla (empezaba a irritarle sobremanera) y solo quedó el silencio del bosque y el humo blanco escapando del motor. El morro delantero del coche estaba aplastado y doblado contra el robusto y grueso tronco del árbol que los había frenado, pero había soportado el golpe con bastante entereza, dada la violencia del impacto.

Fede emitió un gruñido de queja y Laura se apresuró a ayudarle con su airbag.
—Cariño, estás sangrando —dijo Laura al ver el corte en su ceja derecha.

Fede se tocó la herida con dos dedos, observó con ojos entrecerrados y una mueca de sorpresa la sangre que los manchó, y dijo:

—No te preocupes, no es nada. —Al momento abrió mucho los ojos y puso una mano sobre la mejilla de Laura y otra sobre la barriga. Habló de forma apresurada, repitiéndose—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? ¿Notas algún dolor en la barriga? ¿Está bien la niña? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo me duele algo el cuello —respondió Laura, tratando de tranquilizar a su marido con la voz y con gestos sosegados, obviando el incómodo pitido que esperaba que desapareciera por sí solo con el paso de los minutos.

Fede resopló de alivio.

—¿Qué ha pasado, Laura? ¿Por qué has girado de golpe el volante? — preguntó.

—Porque...

Recordó por qué lo había hecho. Recordó la extraña sensación que le recorrió el cuerpo como un cosquilleo y se instaló en su mente. Recordó el carrito de bebé abandonado en medio de la carretera. Sin decir una palabra se quitó el cinturón e intentó abrir la puerta del coche accionando la manija interior. Solo se abrió unos milímetros, creando un sonido de fricción metálico, una percusión chirriante que no ayudaba a rebajar el dolor de cabeza y acompañaba la falta de melodía del pitido. Empujó con más fuerza, ayudándose del brazo y del hombro.

—¿Qué pasa? —insistió Fede.

—El carrito —respondió Laura, esperando que eso fuera suficiente respuesta para activar a su marido, en el instante en que la puerta hizo un esfuerzo para abrirse y le permitió abandonar el coche siniestrado.

Se le resbaló el pie sobre la hierba mojada y la tierra blanda cuando se dispuso a remontar la pequeña pendiente que realizaba el terreno de bosque hacia el asfalto de la carretera. Evitó la caída empleando el coche de apoyo.

—Ten cuidado —dijo Fede, saliendo del coche por su lado y parándose un segundo a contemplar el estado en que había quedado su viejo amigo de carretera, con cara de circunstancias.

—El carrito —repitió Laura una vez más, ahora en un susurro, concentrada en encontrarlo cuanto antes y asegurarse de que no había ningún bebé herido.

Llegó a la carretera y se detuvo sobre la línea imaginaria que la dividía en dos carriles. Empezó a dar vueltas sobre sí misma, buscando en todas direcciones, perforando la niebla con la mirada. Notó la ansiedad aumentando en su interior como un invitado indeseable y maligno. El carrito no estaba donde lo había visto. El carrito no estaba por ninguna parte. Si lo hubieran esquivado, seguiría en el mismo lugar. Si lo hubieran arrollado, habría pedazos repartidos por el suelo y, no quería ni pensarlo, un pequeño cuerpo inmóvil en algún lugar. Pero no había nada. Solo niebla bailando a su alrededor como tentáculos intangibles.

—¿Dónde está? —murmuró varias veces.

Fede intentó llamar su atención pero Laura no quería mirarlo a él, ella quería encontrar el carrito. La agarró por los hombros y la obligó a mirarle a los ojos.

—Tranquila, respira. —Le puso una mano con suavidad en la cara—. Dime: ¿qué estás buscando?

—¿Cómo que...? —Laura se mostró perpleja por su pregunta, pero enseguida

recordó que Fede no tenía los ojos en la carretera en el momento del accidente —. Había un carrito de bebé aquí, en medio de la carretera. He intentado esquivarlo pero... no... no sé... no sé qué ha pasado. No lo veo.

—¿Estás segura?

—Sé lo que he visto, Fede —respondió Laura en un tono irritado.

—Vale, vale, te creo. —Le mostró las palmas de las manos en señal de perdón —. Dices que estaba aquí, ¿no?

—Sí, aquí, más o menos en este punto. —Laura daba vueltas sobre sí misma, buscando sin comprender.

—Bien, pues no puede estar muy lejos. No he notado que chocáramos contra nada antes de hacerlo contra el árbol, pero puede que lo hayamos rozado y lo hayamos desplazado.

—Sí, sí, seguro que ha pasado eso —dijo Laura, acelerada, el corazón latiéndole a mil.

Echó a andar hacia la otra banda de la carretera. Era lo más lógico: si el carrito no estaba junto al coche ni donde lo había visto, solo podía estar más allá del arcén. Volvió a pisar tierra húmeda. Buscó el carrito oculto en la espesa niebla. Solo le permitía ver unos pocos metros hacia el interior del bosque pero deberían ser suficientes. Recorrió veinte metros en una dirección de la vía y luego veinte en la otra. No vio nada. Se adentró otros tantos metros en el bosque y regresó. Nada.

—No lo entiendo —murmuró para sí misma, aunque lo suficiente alto como para que Fede la oyera.

Percibió que su marido pretendía decirle algo, lo más probable que una nueva duda sobre la causa del accidente y sobre la veracidad de las imágenes que habían llegado hasta sus ojos. Lo calló al seguir andando, al regresar al otro lado de la carretera, junto al coche, a paso rápido, nervioso y algo dubitativo. La barriga no le pesaba todavía lo suficiente como para que el esfuerzo que estaba realizando la agotara. En este lado anduvo de nuevo unos veinte metros en una dirección de la vía y otros veinte en la otra dirección, a los que sumó otros veinte más hacia la penumbra desconocida del interior del bosque. Fede repetía cada uno de sus pasos, pisaba donde ella pisaba y veía lo que ella veía. Actuó como su sombra y su protección, pero Laura sabía que también como juez. Estaba segura de que las dudas en él crecían a cada segundo que pasaba, a cada voluta de humo que el motor del coche lanzaba para fusionarlo con la niebla. Regresó sobre la línea divisoria imaginaria de la carretera y se frotó las sienes.

—No lo entiendo —repitió casi sin mover los labios y apretando los dientes.

—Laura... —empezó a decir Fede, colocando una mano suave sobre su brazo.

Laura se zafó del leve agarre con un gesto demasiado brusco.

—No lo digas —le advirtió.

Pero Fede hizo caso omiso.

—Quizá te lo hayas imaginado.

—Sé lo que he visto.

—No digo que no hayas visto un carrito de bebé —dijo Fede, tratando de suavizar al máximo sus palabras y de mostrarse comprensivo—, sino que, a lo mejor, en realidad no has visto lo que crees que has visto. Puede que la niebla al desplazarse creara una forma que tu cerebro, con tan poco tiempo de reacción, convirtiera en una imagen conocida, en una imagen a la que lo has acostumbrado durante los últimos días. Lo que digo es que tu cerebro te ha engañado. A veces pasa. No sé si me explico. Como cuando ves a una persona en casa, oculta en la oscuridad, y al final resulta que es solo un montón de ropa sobre una silla.

Laura dudó. Quizá tenía razón. Quizá había visto el montón de ropa. Quizá. La realidad era que el carrito no estaba cerca de la zona del accidente, no estaba por ninguna parte y no había rastro de él. Pero lo había visto tan nítido... Era rojo y negro con grandes letras blancas en diagonal, tenía una bolsa en la zona inferior también negra, y las dos ruedas traseras eran rojas y mayores que las delanteras. ¿Cómo podía haberse imaginado algo tan detallado al ver solo unos jirones de niebla?

Agachó la cabeza. Sentía ganas de llorar y de gritar con todas sus fuerzas. Fede lo entendió y la abrazó. Se quedaron así varios segundos, en medio de la carretera, a riesgo de que apareciera otro coche y siguiera el mismo camino que ellos.

De pronto, Laura levantó la cabeza, con la boca entreabierta y los ojos bailando de un lado a otro. Esto no podía estar imaginandoselo. Lo oía bien claro, y Fede también lo debía estar oyendo; era imposible que no lo oyera. «Pero, ¿por qué no reacciona?», se preguntó. Era el único sonido que escapaba al silencio. El llanto de un bebé. El berrido de un niño reclamando calor y seguridad. Reclamándola a ella.

Miró a su derecha, luego a su izquierda. ¿De dónde provenía? Parecía llegarle desde varias direcciones, un eco eterno sin control. Cerró los ojos para concentrarse. Los abrió para encontrarse los de Fede, preocupados. No podía soportarlos en este momento. Se dirigió de vuelta al coche.

No sabía qué hacer, no conseguía localizar el origen del llanto. Anduvo de un

lado a otro con el coche como centro, atrapada en una caja invisible que rebotaba el sollozo infantil y le impedía escapar. Fede ahora la seguía desde la distancia, con gesto nervioso, y, por alguna razón que Laura no llegaba a entender, no buscaba al creador del llanto.

Volvió a cerrar los ojos. Volvió a concentrarse. Aisló el silencio, aisló el bosque, aisló la niebla. Solo estaban ella y el bebé. Los abrió de nuevo y creyó percibir algo a su izquierda, entre un arbusto de hojas triangulares nacido junto a la sombra de un árbol de tronco granuloso. Ahí tenía que estar el bebé. Se precipitó hacia el arbusto, actuando como una verdadera madre desesperada. Se arrodilló y empezó a arrancar las hojas, las ramas, las raíces. Hasta que frente a ella solo quedó un amasijo vegetal, un montón de naturaleza muerta. ¿Qué estaba ocurriendo? El llanto surgía de ese lugar, pero...

—¿Qué estás haciendo? —oyó que le preguntaba Fede a su lado.

—El bebé. Está aquí —balbució como respuesta.

Apartó las ramas rotas y las hojas despedazadas, y comenzó a escarbar en la tierra con sus propias manos.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué bebé?

—El que llora. ¿Cómo es que no lo oyes? Está aquí mismo, bajo tierra. Ayúdame a sacarlo.

Siguió escarbando durante unos segundos, esperando una ayuda que no llegaba, creando demasiado poco a poco un hoyo en la tierra. Las manos de Fede agarraron las suyas y las obligaron a detenerse. Laura trató de zafarse.

—¿Qué haces? ¡Déjame! —protestó.

Fede la obligó a girar el cuerpo para que se encararan. Estaba arrodillado, enganchado al árbol. Nunca antes había percibido tal preocupación en el rostro de su marido.

—Laura, no hay ningún bebé llorando —le dijo.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Claro que llora. ¿Por qué no lo oyes? Está aquí.

Fede no la dejó volver a escarbar en la tierra. Se acercó más a ella, hasta que pudo sentir su aliento.

—Porque no hay nada. Estamos tú y yo solos.

—No, eso no es cierto. Mientes. —Laura negó con insistencia con la cabeza, cerrando los ojos con fuerza y jadeando, intentando soltarse—. ¿Por qué me mientes? ¿Por qué no quieres salvar al bebé?

Pero enseguida se dio cuenta de que no tenía sentido lo que decía. Fede no se quedaría con los brazos cruzados ante un niño que estuviera en peligro, mucho

menos un bebé. La apartaría y abriría un gran socavón en cuestión de segundos. Él encontraría al bebé, lo salvaría. Pero no estaba haciendo nada de eso. Porque no había nada que salvar. Porque se lo estaba imaginando.

—Está llorando... —dijo Laura como una súplica.

—Está bien, no pasa nada. —Fede le cubrió las orejas con las manos—. Céntrate en mi voz y solo en mi voz. Hemos tenido un accidente y estás en *shock*, por eso crees oírlo. Pero estamos tú y yo solos, con nuestro bebé. Estamos los tres a salvo.

Laura se fijó en sus manos manchadas de tierra oscura, en la uña rota del dedo índice de la derecha. Se concentró en su respiración y en los ojos verdosos de Fede. Intentó aislar el mundo y que solo estuvieran ellos dos. Lo intentó. Pero seguía oyendo el llanto ininterrumpido, el llanto desesperado. Luchó mucho para no prestarle atención, para recluirlo en su imaginación y convertirlo en silencio. Para ella era muy real; tan real como el bosque que los rodeaba. Pero debía confiar en su marido. Él nunca dejaría a un inocente indefenso morir. Nunca le mentiría con algo tan ruin. No, él siempre la ayudaría, la apoyaría y la protegería. Pero no podía quitárselo de la cabeza. Sentía algo morir poco a poco dentro de ella. El niño lloraba y lloraba. El llanto del ser frágil. Y no podía hacer nada para pararlo.

3

El alcalde

Laura hundió la cara en el cuerpo de Fede para ocultar sus lágrimas y se aferró a su camisa hasta clavarle las uñas, hasta que estuvo segura de haberle dejado las marcas en la piel. Si sintió dolor, Fede no protestó; en cambio, la recompensó con unas caricias en el pelo. Laura sabía que se quedarían en esa posición, de rodillas y abrazados junto a la tierra revuelta, todo el tiempo que ella necesitara, todo el tiempo que durara el llanto que solo podía estar retumbando en su cabeza. Porque ya no le quedaba ninguna duda de que su mente trataba de engañarla.

Y así permanecieron durante varios minutos, tal vez varias eternidades, hasta que consiguió eliminar el llanto de su locura.

El bosque cobró vida. De pronto, los pájaros que antes observaban con prudencia los vaivenes de Laura ahora piaban alegres y buscaban la mejor rama sobre la que descansar; el viento se atrevió al fin a sisear por los recodos de los árboles y a trasladar el suave aroma de la hierba mojada; los espíritus que la niebla ocultaba se asomaron para contemplar a la mujer calmada; los susurros de Fede se hicieron más audibles; y un rumor lejano nació en sus profundidades.

Laura rompió el abrazo, aunque manteniendo una mano agarrada a la camisa de su marido, tiñendo esa parte del tono oscuro de la tierra húmeda. Se secó con el otro brazo los restos de sus últimas lágrimas. Se levantaron ambos a la vez y se miraron durante unos segundos, encontrando la paz en el iris del otro.

—Lo siento —dijo Laura.

—No tienes nada que sentir —dijo Fede—. Le podría haber pasado a cualquiera.

Pero no le había pasado a cualquiera, le había pasado a ella. Le iba a costar mucho olvidar el accidente, el carrito, el llanto; le iba a costar mucho dormir sin

revivirlo de alguna forma aún más retorcida. Sus pesadillas tenían una nueva musa en su paranoia.

Regresaron al coche. Fede se sentó en el asiento del conductor y buscó el móvil entre maldiciones; no estaba donde se suponía que debía estar. Laura esperó de pie junto a él, sus brazos abrazando a su propio cuerpo, el pie derecho creando un rápido tamborileo apagado en el suelo sin ritmo establecido. Al fin Fede encontró el móvil y salió del coche con gestos de victoria, aunque le duraron un suspiro.

—Mierda, no hay cobertura —dijo, moviendo la mano al azar en busca de unas ondas que el bosque con toda seguridad debía repeler—. ¿Tú tienes cobertura?

Laura sacó su móvil del bolsillo delantero del pantalón, lo encendió, y negó con la cabeza, casi como una autómatas. Lo volvió a guardar con el mismo silencio. Fede resopló.

—Genial, nos toca andar. Ya podemos rezar para encontrar... ¿Eso es un coche?

Laura se acercó al arcén de la carretera y miró en dirección al sonido, en dirección de donde ellos venían. Fede, por su parte, se situó en medio del asfalto. Unas luces asomaron tímidas en lo más profundo del banco de niebla. Se fueron haciendo más visibles a medida que se acercaban. Dos faros flotantes ganando en potencia al aproximarse al lugar de la aparición del carrito en la mente de Laura.

Por un momento pensó en plantarse en medio de la carretera y gritar. Gritar al coche que frenara, que estaba a punto de atropellar a un bebé irreal y solo visible por ella. Pero no tenía fuerzas ni para realizar un intento inútil de evitar un accidente que no iba a ocurrir. Se quedó donde estaba, sin variar su posición, sin apenas levantar la cabeza.

Fede se encargó de frenar con aspavientos a los faros flotantes que servían de avanzadilla a un coche negro de cinco puertas; Laura no reconoció ni la marca ni mucho menos el modelo, no había visto nunca el símbolo que lo identificaba. El coche aminoró la velocidad hasta detenerse medio en el arcén, medio en la tierra, a pocos metros de ellos. Laura apenas distinguía al conductor, las luces la cegaban, y tampoco es que se fijara demasiado. La puerta se abrió y lo que escapó de su interior fue una música atronadora a todo volumen, una voz rasgada creando el grito melódico más alucinante y a la vez más aterrador que había oído nunca.

El conductor apagó la música y salió del coche con brío. Era un hombre de

unos cincuenta años, bastante corpulento, de tez morena, calvo y con una barba abundante y canosa, de esas que necesitan cuidados continuos. Era algo más alto que Fede aunque su postura encorvada le hacía parecer más pequeño. Llevaba un jersey verde que bien podría haberse hecho él mismo y un pendiente reluciente en el lóbulo de su oreja izquierda. Miró primero a Fede y luego a Laura, o más bien, según pudo observar ella, miraba su barriga.

—Gracias por parar —dijo Fede, alargando el brazo para estrecharle la mano al hombre.

—No se merecen. Lo que haga falta por un compañero de carretera.

El hombre tenía una voz que Laura solo podía definir como de locutor de radio. Una voz pura, sin rasguños. Una voz que podría escuchar horas y horas sin que acabara resultando cargante. Se acercó al morro aplastado del coche y soltó un silbido tan melodioso como la propia voz.

—Eso no va a ser fácil de arreglar —dijo—. Ni barato. ¿Qué ha pasado?

Qué había pasado, la gran pregunta. Lo que había pasado es que Laura se había alejado de la realidad. Lo que había pasado es que su mente se había ido al limbo de lo fantástico. ¿Cómo explicárselo a este desconocido para que no se alejara de la loca de los bebés y los dejara ahí tirados? Abrió la boca para responderle de forma evasiva, sin saber si lo que escapara de sus labios tendría alguna credibilidad, pero Fede se adelantó:

—Ha sido culpa mía. Con la niebla no he visto bien la carretera, me he despistado un momento y, como el arcén es tan pequeño, he pisado tierra y me han patinado las ruedas. Quizá es un aviso de que debo revisarme de nuevo la vista y cambiarme las gafas. —Fede rió con suavidad para quitarle importancia al accidente.

—Tranquilo, no eres el primero que se come un árbol en esta carretera —dijo el hombre, comprobando la cobertura de su móvil, o tal vez la hora—. La niebla aquí es traicionera y se presenta cuando menos te lo esperas, a cualquier hora. Los locales ya estamos acostumbrados pero a muchos les pilla por sorpresa. En fin, el coche no lo vais a mover hasta que venga una grúa a buscarlo; creo que está encallado contra el árbol. ¿A dónde os dirigíais?

—A Ludueña. ¿Lo conoce? Nosotros nos acabamos de mudar. Bueno, estábamos en ello hasta que he preferido comprobar la dureza de los troncos de este bosque.

—Muy mal tendría que estar para no conocerlo.

Fede frunció el ceño y miró a Laura. Ella se encogió de hombros, lo había entendido tan poco como él. El hombre rió al ver sus reacciones.

—Soy el alcalde de Ludueña. —Volvió a estrecharle la mano a Fede—. Martín Cuadra.

Luego él se presentó con su nombre completo, Fede Garona.

—¡Oh, claro! —exclamó Martín—. Ya decía yo que me resultaban familiares. —Se acercó a Laura y le estrechó la mano con efusividad, empleando para ello ambas manos—. Usted debe de ser Laura Velo, entonces. Portando a su futuro hijo, por supuesto. Mírese, ya le debe quedar poco, ¿verdad?

Laura se limitó a asentir y a formar una sonrisa tímida. No le apetecía entablar conversación en ese momento. Lo único que quería era alejarse de la maldita niebla antes de que volviera a jugar con su mente.

—Bueno, aquí no podemos hacer nada —continuó Martín. Laura pensó que disfrutaba oyendo su propia voz—. ¿Qué les parece si les acompaño al pueblo y desde allí avisamos a la grúa?

—Supongo que es lo más sensato —respondió Fede, rascándose la cabeza, observando contrariado su coche.

—Pues claro que sí. Y así aprovecho para enseñarles el pueblo, seguro que están deseando verlo. Ya verán, es muy bonito. Y la gente es encantadora. Somos como una pequeña gran familia. Allí todo el mundo se conoce.

Una familia de tres mil personas; difícil de creer. Laura creía casi imposible que Martín conociera a todos los habitantes del pueblo, pero ella conocía a ese tipo de persona. O mejor dicho, a ese tipo de político. Había tratado con algunos iguales en su anterior empleo. Gente que hasta nadaría con un tiburón que lleva una semana sin comer si con eso se ganaba la simpatía de los demás. Gente que trata de mostrarse al mundo como el más enamorado de su propio pueblo y el que mejor lo conoce. Lo que fuera necesario por mantener el puesto en un lugar en el que, por norma general, pocos lo querían. Quizá se equivocaba con Martín, quizá era en realidad alguien así de afable y simpático, quizá era su naturaleza, pero la experiencia le decía lo contrario.

Fuera como fuera, esperaba que el trayecto durara pocos minutos. Si de ella dependiera, duraría segundos, tras la próxima curva se encontrarían con el pueblo. Quería llegar cuanto antes a su nuevo hogar, tumbarse en su nueva cama y dormir para olvidar lo ocurrido. Solo el descanso la recompondría y le permitiría ver lo sucedido como una simple mala experiencia que deseaba con toda su alma que no se repitiera; si es que las pesadillas la dejaban descansar.

Perdió la noción del tiempo y de la realidad, y se encontró en el asiento trasero del coche de Martín. Recordaba de manera muy vaga a Fede y al propio alcalde traspasando las maletas y cajas del coche accidentado al coche funcional,

pero no recordaba haberse montado ella en el vehículo. Miró atrás y solo vio niebla, siguiéndolos, acechándolos. Una niebla que le parecía ahora más oscura y más terrorífica, que ocultaba los peores temores y los sacaba a la luz a modo de castigo y delirios. Creyó ver algo observándola con los ojos inyectados en sangre, algo sin forma ni sentido. Sacudió la cabeza con fuerza para eliminarlo de su visión y luego la agachó y casi la hundió entre sus piernas para no ver más que el fondo del vehículo. Permaneció durante unos minutos sin moverse más allá del traqueteo del coche, mientras los dos hombres mantenían una conversación de la que no había escuchado una sola palabra, del todo ajenos a las preocupaciones de Laura.

Oyó el silencio y levantó la cabeza. Miró por la ventanilla. «¿Cuánto tiempo llevo así?», se preguntó. La niebla se había reducido hasta casi desaparecer; tan solo unos últimos hilos flotantes se resistían a abandonar el lugar. El denso bosque se había convertido en una arboleda un poco más dispersa. Y al fondo asomaba un edificio sobre un montículo. Laura fijó la mirada en este; sentía que, si se concentraba en un punto concreto, el mundo se reduciría a lo que sus ojos contemplaban, a algo tangible y real, y expulsaría de su visión todo lo que se encontrara en otro plano existencial.

Martín desaceleró de forma suave al llegar a la altura del edificio para que así pudieran contemplarlo mejor, como si se tratara del mejor monumento. No había mucho que ver: era un rectángulo insulso de ladrillos rojos con infinidad de ventanas con rejas, de cinco plantas. El recinto estaba rodeado por una valla metálica de unos tres metros de altura, aunque en buena parte se sustituía la valla por un muro de ladrillos. Un camino asfaltado con la suficiente amplitud como para que pasaran dos vehículos ascendía sinuoso desde la puerta de acceso al complejo, junto a la carretera, hasta la entrada principal del edificio.

—Centro de Salud Mental Naredo —leyó Fede al pasar junto a la puerta de acceso. Las letras formaban parte del diseño de la puerta doble de hierro, de aspecto antiguo.

—Un centro muy respetado —dijo Martín respondiendo a una pregunta que nadie le había formulado. Laura notó un punto de orgullo en su voz—. ¿No lo conocían?

—No. Nunca había oído hablar de este sitio.

—¿Tampoco les suena el nombre del doctor Santos Naredo?

—¿Debería?

—Es toda una institución en su campo, una persona muy respetada. Además de nieto del fundador del centro, de mismo nombre. ¿De verdad que no han oído

hablar de él?

—No, nada.

Laura vio que Martín la observaba a través del espejo retrovisor, esperando una respuesta de su parte. Se limitó a negar con la cabeza; no le interesaba lo más mínimo lo que fuera ese lugar o quién trabajara ahí.

—¿Qué es, un manicomio? —preguntó Fede.

Martín rió con la efusividad que en tan poco tiempo ya se estaba convirtiendo en habitual.

—No, hombre —dijo como si Fede hubiera dicho una barbaridad—. Ahí hay gente de todo tipo. Hay pacientes que tienen verdaderos problemas mentales, que requieren de una asistencia especializada y continua, y que pueden llegar a ser peligrosos, por supuesto. Pero también hay pacientes que simplemente sufren una depresión o que han sufrido un accidente que les ha dejado secuelas neuronales.

—Parece usted un experto.

—Como le he dicho, es un lugar muy respetado. Además, no sería un buen alcalde si no conociera la zona.

—Vaya, deberíamos habernos informado mejor sobre el pueblo —dijo Fede en un tono que lo hacía sonar a disculpa.

—Técnicamente no pertenece a Ludueña, se encuentra fuera del término municipal. Pero todos los pueblos de la zona lo consideran suyo.

Laura bajó tres dedos la ventanilla de su puerta para recibir el golpe del aire fresco, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. No quería seguir escuchando más detalles sobre un lugar llenos de locos, tan solo servía para recordarle lo que le había sucedido. Se concentró en el ruido de la fricción de las ruedas contra el asfalto, en el del aire apartándose de la trayectoria del coche y deslizándose por su carrocería. Se concentró tanto en el sonido monótono que a punto estuvo de dormirse. Desde que estaba embarazada se dormía con pasmosa facilidad; con parar un minuto en cualquier lugar, los párpados empezaban a cerrársele, aunque no estuviera cansada. En esta ocasión no opuso resistencia y dejó que se juntaran hasta solo percibir la luz a través de ellos, apagando todo lo que pudo el rumor de la conversación de los dos hombres.

Abrió los ojos y contempló con sorpresa que ya habían llegado al pueblo. No supo si llegó a dormirse. Ella creyó que no pero por la forma en que Martín la miraba a través del retrovisor, todo apuntaba a que sí. Había en su mirada una mezcla de ternura y de algo que no fue capaz de interpretar, algo que, no entendía por qué, le producía escalofríos. Apartó la mirada de forma brusca

aunque disimulada; era un buen momento para apreciar Ludueña por primera vez.

Lo primero que vio fue una pequeña iglesia construida en piedra con un alto campanario, supuso que del siglo XIX, aunque el aspecto de reforma reciente que presentaba hacía difícil descifrarlo. Al otro lado de la plaza en la que se ubicaba, una plaza que debía de ser la central del pueblo, había un edificio que contrastaba por su modernidad. Cuatro banderas ondeando al viento colgaban de su fachada y, junto a la puerta, había un escudo que Laura, desde su posición y con el avance del coche, no llegó a ver lo que representaba. Imaginó que se trataba del ayuntamiento y encontró la confirmación en Martín, que se lo indicó con orgullo y sin que se lo pidiera; al hombre estaba claro que le encantaba el sonido de su propia voz.

Laura tuvo que admitir que el pueblo era realmente bonito. Tenía ese típico encanto de cercanía y hospitalidad imposible de encontrar en la gran ciudad, lleno de calles arboladas de reciente construcción que se mezclaban con caminos estrechos y casas antiguas que rezumaban una época anterior, pero no lo dijo en voz alta para no alimentar más el ego del alcalde. Siguió callada, respondiendo ahora con algún gruñido de asentimiento y en ocasiones también con algún ligero gesto de cabeza a las explicaciones de Martín a las que no prestaba demasiada atención; prefería descubrir ella misma los rincones ocultos y los lugares más acogedores. Aunque lo veía difícil, ya que parecía que estuviera dándoles un rodeo para mostrarles todo el conocimiento que atesoraba sobre su pueblo, una denominación que había empleado ya en varias ocasiones.

Excepto en el centro, donde sí que había algunos edificios de tres o cuatro plantas de altura, y donde los edificios más antiguos se apiñaban unos con otros para formar un callejero sin orden, la gran mayoría eran casas unifamiliares de planta baja o dos plantas como mucho, de cubierta inclinada de pizarra en un tono gris oscuro (en invierno, según tenía entendido, podía llegar a cubrirse el pueblo entero de un manto de nieve), y amplios jardines.

Era domingo, y eso era palpable en la colección de niños que jugaban en los diversos parques o plazas, o incluso en medio de la calle. Sus risas se colaban en el interior del coche y bailaban alrededor de los oídos de Laura como la mejor de las melodías. Un ambiente que hizo aflorar una sonrisa en sus labios, que le hizo recordar su infancia. De forma automática empezó a acariciarse la barriga.

—Es un placer tenerlos en el pueblo —dijo de pronto Martín.

—Eh... gracias —respondió Laura, viendo que seguía observándola por el retrovisor como si quisiera forzarla a participar en la conversación.

—No, gracias a ustedes. Siempre es una buena noticia que una pareja joven decida trasladarse a nuestro humilde pueblo. Sobre todo si vienen con niños o tienen intención de tenerlos.

—Sí, he visto que hay muchos niños, muchos más de los que esperaba —dijo Fede.

—No ha sido fácil conseguirlo —admitió Martín—. Hace quince años el pueblo estuvo a punto de desaparecer. La población era en general muy anciana y no se vislumbraba un buen futuro. Cada año éramos menos. Muchas casas se estaban quedando vacías, ya que los más jóvenes se marchaban a vivir a ciudades más grandes y con más oportunidades, y eso provocaba que perdiéramos muchos servicios, lo que nos obligaba a trasladarnos de forma constante a los pueblos vecinos para cualquier tontería. Pero mi generación no estaba dispuesta a renunciar a su hogar, no queríamos ver este sitio morir como le ha pasado a tantos otros.

Laura asintió al relato de Martín. No era una historia nueva, estaba sucediendo en muchos lugares de la península. Le había sucedido a su pueblo natal. La tendencia de la población era concentrarse en zonas de más densidad, donde las empresas y las instituciones invertían su dinero, y la consecuencia era que pueblos de gran historia acababan por llegar a su final y pasaban a formar (valga la ironía) parte de la historia. Podía sonar muy triste pero era la realidad presente y futura. Casos como el de Ludueña eran excepcionales y difíciles de repetir.

—Buscamos medidas para reavivar el pueblo —continuó Martín—. Nos negábamos a que desapareciera. Queríamos que dejara de ser un pueblo de ancianos y casi fantasma, que resultara atractivo para los jóvenes. Teníamos espacio y trabajo disponible para el que lo quisiera, solo faltaba gente. El problema era que, a pesar de las ayudas que ofrecíamos, nadie quería venir. No le veían sentido ni lo necesitaban, disfrutaban de muchas más comodidades en las ciudades. Pero entonces llegó la crisis económica y, aunque resulte difícil de creer, fue un bálsamo para nosotros. Cuando no tienes nada, si te ofrecen casa a buen precio y trabajo, no te paras a pensar si te gusta el lugar al que te tienes que mudar. Porque no tienes nada que perder pero sí mucho que ganar. Y así empezó a llegar gente nueva. La mayoría se lo tomaba como una solución temporal, hasta que acabara la crisis y pudieran regresar a sus ciudades y a sus trabajos insulsos en la oficina de una gran empresa. Pero si les preguntas ahora a esos mismos, todos y cada uno te dirán que no cambiarían su vida en Ludueña por nada. Tuvimos suerte para atraerlos, y trabajamos duro para que se quedaran.

El coche giró a la derecha y se adentró en una calle sin salida que ganaba en amplitud al final, formando un círculo de cuatro casas alrededor.

—Ya hemos llegado —anunció Martín, deteniendo el coche junto a una de las casas—. Espero que no sean supersticiosos porque la suya es el número trece.

Las cuatro casas eran idénticas. Aisladas, de dos plantas con un pequeño porche de acceso, pintadas de blanco, cubiertas inclinadas de pizarra, garajes de una plaza, y un jardín vallado que las rodeaba con un césped de un verde perfecto y unas flores de los colores más atrayentes y alegres. La número trece era la única que ofrecía una imagen sombría de su interior, y el verde del césped era algo menos verde. Pero era mucho mejor de lo que esperaba, y por la expresión del rostro de Fede, Laura supo que él estaba tan impresionado como ella.

Cuando les ofrecieron una casa con jardín con un alquiler tan bajo, Laura pensó que las fotos que vieron tan bien seleccionadas no le harían justicia, que les meterían en un cuchitril, que las luces fallarían, que la calefacción no funcionaría, que la pintura estaría desconchada, que habría humedades o incluso moho, que el agua saldría marrón por los grifos, que los muebles estarían anticuados y que el jardín en realidad sería un pequeño páramo. Se había puesto en lo peor, quizá de una forma exagerada. Pero, al menos en su imagen exterior, la casa parecía en perfecto estado y muy bien cuidada.

Una pareja joven avanzaba por la acera cogidos de la mano y paseando a un perro de la raza Beagle. Se detuvieron para saludar a Martín. Señaló a los recién llegados mientras descargaban sus maletas del maletero.

—Fede, Laura, permítanme presentarles a sus vecinos del número doce, Nico Rojas y Luz Moral.

Tras dejar las maletas sobre la acera, intercambiaron saludos unos con otros. El perro posó las patas delanteras sobre las piernas de Laura y le olisqueó la barriga. No le importó, le gustaban los animales y el perro se veía bien limpio. Le acarició la cabeza.

—Por fin os conocemos —dijo Luz—. Martín nos ha hablado mucho de vosotros.

—¿Ah, sí? —dijeron Laura y Fede al unísono, con una sorpresa justificada.

—Cada vez que alguien se muda a nuestro pueblo es un acontecimiento que hay que celebrar —respondió Martín, dando una explicación que no explicaba nada.

—A veces puede ser un hombre muy cotilla —dijo Luz, cubriendo su boca con una mano pero diciéndolo de forma que todos la oyeran.

Luz era pelirroja, con el cabello muy liso y fino hasta los hombros, de complexión delgada y atlética y algo más alta que Laura. Se la veía orgullosa de su imagen y segura de sí misma, con la cabeza bien levantada, como si no tuviera nada que ocultar. Nico, por su parte, tenía el pelo negro y muy corto, y en su cuerpo había más hueso que carne; la chaqueta marrón que llevaba parecía un par de tallas más grande de la que le correspondía. Tan solo había pronunciado un par de palabras al saludarlos, sin muchos ánimos, y ahora se mantenía callado y en un segundo plano. No era difícil adivinar quién llevaba la voz cantante en la relación.

—Bueno, supongo que querréis instalaros. Si necesitáis algo, estamos al lado —dijo Luz con una sonrisa perfecta—. Ah, y dentro de dos semanas celebro una cena con amigos. Tenéis que venir. Es una orden.

—Si es una orden, no veo cómo nos podríamos negar —dijo Laura, echando una mirada discreta a Nico. No se le había pasado por alto que había dicho «celebro», en singular, y no «celebramos».

Se despidieron de los vecinos y se dispusieron a entrar en su nuevo hogar. Fede se detuvo con la mano en la manilla de la puerta de acceso a la parcela.

—¿Y el coche? —preguntó.

—No se preocupen, yo me encargo de todo. Si les llamo yo, le darán prioridad a su coche —respondió Martín, manteniendo el trato formal—. Ustedes instálense con tranquilidad, que han tenido un viaje movidito.

Le dieron las gracias al alcalde y se marchó. Entraron en la casa. Les habían dejado la puerta abierta y dos juegos de llaves sobre un armario bajo del recibidor, a la espera de su llegada.

El interior no estaba tan oscuro como sugería el exterior. Un par de grandes ventanales cubiertos con cortinas iluminaban la sala de estar con una luz difusa, a su izquierda, y otro iluminaba el despacho que quedaba a la derecha de la entrada. Justo enfrente de ellos estaban las escaleras de acceso al piso superior.

—No está mal —dijo Fede, aunque no parecía impresionado por lo que veía.

El mobiliario tenía unos cuantos años de antigüedad pero lo habían conservado en buen estado. Sí que se veía algo pasado de moda aunque Laura pensó que quizá iba acorde con el estilo del pueblo; debía recordarse que ya no estaba en una gran ciudad y que la modernidad podía tardar en llegar un poco más de tiempo que a otros lugares.

—Pareces cansada —dijo de pronto Fede, todavía preocupado por ella tras el accidente.

—Estoy bien —dijo Laura, aunque la verdad era que se sentía agotada.

Agotamiento mental y físico.

—¿Por qué no te tumbas en el sofá un rato mientras yo desempaco y compruebo que todo funcione de forma correcta?

—¿Sin ver antes la casa?

—Creo que tendrás tiempo de sobra de verla y aprenderte cada rincón, y poner mala cara con cada fallo que haya que retocar.

Los ojos de Fede le suplicaban que lo hiciera, que estaría mucho más tranquilo si descansaba y se recuperaba del sobresalto del accidente y, sobre todo, del bebé imaginario.

—Supongo que no pasa nada si me tumbo media horita —aceptó Laura para que él obtuviera esa tranquilidad.

Se sentó en el sofá de la sala de estar. Observó la sala sin detenerse demasiado en cada uno de sus elementos. El televisor, la mesa para cuatro personas, el sillón reclinable, la estantería de la pared, la chimenea... Tenía todo lo necesario; ya se detendría en cada detalle más tarde. Tampoco esperaba dormirse, no podía dejar que Fede se encargara de todo, pero antes tenía que contentarlo. Se tumbó, cerró los ojos y se sumió en el silencio. El sofá, de un color marrón chocolate, resultó ser mucho más cómodo de lo que pensaba.

Se durmió. Y rezó para que no llegaran las pesadillas.

4

Viejos amigos

Un sonido agudo y vibrante retumbó por las paredes. Laura dio un respingo y se le cayó el cepillo de dientes a la pica; llevaba al menos dos minutos mirándose en el espejo del baño sin siquiera parpadear. Tardó unos segundos en darse cuenta de que alguien había llamado al timbre. Resopló, cerró los ojos y se remojó la cara. Ya se encargaría Fede de abrir la puerta.

Había pasado una mala noche. Bueno, mala era decir poco. Apenas durmió, y mucho menos descansó. Las pesadillas que la respetaron durante el día, en su corto pero agradecido sueño en el sofá, no tuvieron piedad de ella durante la noche. El carrito aparecía y desaparecía, se multiplicaba, y acababa siendo arrollado por la muerte. Laura nunca evitaba el choque, nunca podía salvar al bebé, y muchas veces ni siquiera se podía salvar a sí misma. Siempre llegaba tarde. Y siempre presenciaba cómo explotaba en pedazos y se perdía disperso en el bosque. En algunas ocasiones se quedaba inmóvil en el asiento del coche, la mirada perdida en la nada; otras excavaba con las manos en la tierra hasta ser tragada por un agujero negro donde solo oía el chillido del bebé indefenso. Se despertó varias veces durante la noche, entre sudores y temblores, con las imágenes bien vívidas en su mente, y cuando el cansancio hacía acto de presencia de nuevo, regresaba al horrible mundo en el que no era más que una espectadora de la muerte.

Todavía podía sentir el llanto del bebé rasgando los hilos de su cordura hasta partirlos con un chasquido.

Fede golpeó la puerta del baño con los nudillos.

—Ha llegado Diego —le anunció.

—Bajo enseguida —respondió Laura, aferrando las manos con fuerza al mueble de baño hasta que los dedos se emblanquecieron.

Estaba en el baño de la planta superior, el más grande de los dos que tenía la casa. Se lavó la cara de nuevo, como si fuera una medicina contra las pesadillas. Hundió la cara en la toalla de mano y se permitió emitir un grito ahogado, expulsando todos los males de su cabeza.

Salió del baño una vez estuvo segura que Fede no la esperaba junto a la puerta. Recogió la chaqueta y el bolso de su habitación, pero antes de bajar se sentó un par de minutos en la cama. La casa tenía tres habitaciones en la planta superior. La suya, la principal, era cuadrada y estaba del todo amueblada (como toda la casa, en realidad) con muebles de madera que le otorgaban un estilo rústico que a ella le parecía casi perfecto, puede que algo anticuado, aunque ahí era donde residía su encanto. Se sorprendió al descubrir que era más grande que su antigua habitación en Madrid, que todo le parecía más grande cuando no tenía un vecino arriba y otro abajo y vivía más cerca de la calle.

Tras dedicarse a ordenar su respiración, por fin se decidió a reunirse abajo con Diego.

Al bajar las escaleras le llegó el olor a café procedente de la cocina y le entraron nauseas, pero evitó que se convirtieran en vómitos matinales; esa fase, por suerte, ya la había superado. Aunque esperaba que, tras el parto, el café dejara de darle asco y pudiera volver a tomarse su taza de rutina de la mañana.

Entró en la cocina para encontrarse a Fede y a Diego conversando alrededor de la isla central, sentados en taburetes. El mobiliario de la cocina era el más moderno de toda la casa y lucía el brillo y el aroma de lo nuevo. Sentía incluso un poco de pena al pensar en que pronto perdería ese aspecto; cualquier día, a Fede le daría por cocinar uno de sus platos «especiales» y acabaría por convertir la sala en un campo de guerra con muchas víctimas.

Diego se giró al oírla entrar y le dedicó una amplia sonrisa. Se levantó del taburete y abrió los brazos para abrazarla.

—¡Hola, gorda! —dijo con entusiasmo.

—Ja, ja. Muy gracioso —dijo Laura, cruzándose de brazos.

—Anda, ven aquí y dame un abrazo. Si puedo rodearte...

Laura se resistió en primera instancia, pero en cuanto sintió los brazos de Diego rodeándola y zarandeándola, se dejó llevar, lo abrazó con fuerza y le dio un beso en la mejilla, contagiándose de su alegría. Era justo lo que necesitaba para levantarle el ánimo y olvidarse de lo ocurrido el día anterior.

Diego seguía estando tal como lo recordaba, aunque con algunas canas más destacando en su pelo pardusco y algún kilo más alojado en la barriga. Pero seguía siendo el mismo tipo bajito de piernas fuertes y una alegría a veces

desmesurada y muy contagiosa. Lo que sí que había cambiado era su forma de vestir. Ahora llevaba una camisa de cuadros bajo una chaqueta azul y unos pantalones de color caqui, muy alejados de su vestimenta basada en tejanos y camisetas negras con logos de grupos de música estampados que se habían convertido en su seña de identidad en sus años de universidad.

—Veo que tú también estás embarazado, Diego —dijo Laura con una sonrisa maliciosa—. ¿Qué es, niño o niña?

Diego sacó barriga y se la acarició realizando círculos con ambas manos.

—Cerveza, principalmente. Tantos litros al final tenían que posarse en alguna parte.

—Bueno, estás estupendo —dijo Laura, pasando un brazo por encima de sus hombros—. Seguro que las mujeres del pueblo se te rifan.

—Las tengo loquitas. Pero tú sí que estás radiante.

Fede se aclaró la garganta de forma ruidosa y muy poco disimulada.

—Os recuerdo que estoy aquí —dijo.

Diego se estiró y fingió estar muerto de miedo, observando con los ojos bien abiertos a Fede. Pero ni él mismo pudo contenerse y acabó por reírse y guiñarle un ojo a Laura.

—Vámonos antes de que tu marido se ponga más celoso y me clave un tenedor en el ojo —dijo, abrochándose la cremallera de la chaqueta hasta arriba.

—Tengo el cuchillo más a mano —dijo Fede, pero ya habían salido de la cocina.

—Buena suerte en tu primer día, cariño —dijo Laura por encima del hombro mientras se dirigía a la puerta y salía a la calle. No llegó a oír su respuesta.

El coche de Diego estaba aparcado de cualquier manera sobre la acera, en eso no cambiaba. Era un Audi de unos cinco años de antigüedad, de color negro mate, y eso sí que había cambiado.

—Vaya, esto es una gran decepción —dijo Laura al sentarse en el cómodo asiento. Tan cómodo que si la dejaba sola cinco minutos, le sobrarían cuatro para dormirse.

—¿Qué pasa?

—Pensaba que aún tendrías aquel trasto lila. ¿Cómo lo llamabas?

Diego sonrió y miró al salpicadero, sin una mota de polvo, con una expresión de melancolía. Parecía estar recordando su antiguo coche.

—La bala morada.

—La bala morada, eso es. Aún me acuerdo de esos sonidos tan raros que hacía.

—Murió el año pasado —dijo Diego, y sonaba como si estuviera hablando de una persona—. Demasiados kilómetros y demasiados golpes. Pero prestó un gran servicio y por eso nunca lo olvidaremos.

—Nunca lo olvidaremos —repitió Laura.

La oficina de La Gaceta de Ludueña, el nombre que recibía la revista mensual que la había contratado, se encontraba en el centro del pueblo, en el denominado casco antiguo, a un minuto de la plaza central. Era un trayecto que, aun no siendo demasiado corto, Laura podría haber hecho a pie, incluso con el extra que llevaba. Pero Diego insistió en llevarla, aduciendo que en su estado no debería realizar ese tipo de esfuerzos. Laura no rechistó, a pesar de que tenía suficiente con un hombre que controlara que todo lo que hacía fuera adecuado para el bebé y no necesitaba un segundo. Pero Diego se había mostrado ilusionado con el corto trayecto ya que así podían recordar viejos tiempos, recordar sus batallitas de universitarios.

Diego aparcó el coche y los dos salieron riéndose. Resultaba liberador poder limpiar la mente de todo lo nocivo y centrarse solo en los buenos recuerdos. El carrito desapareció de su mente y el bebé irreal cesó en su llanto.

Llegaron al local de La Gaceta tras recorrer dos calles estrechas, donde los balcones se daban la mano y casi se abrazaban. El espacio se abría para crear un rincón con un banco de hierro. El único cartel que identificaba el negocio del local era uno clavado en la puerta verde de madera, del tamaño de una hoja de papel. A través de una ventana junto a la puerta se podía ver el interior, pero ahora una fina cortina difuminaba la imagen.

Al entrar, Laura se sintió como si se hubiera trasladado a otro mundo, como si hubiera regresado a Madrid. El entorno rural dio paso a un ambiente moderno. Varias mesas con ordenadores Apple último modelo, cuadros de arte moderno o luces LED de diseño daban cuenta de que la vida también había seguido avanzando en Ludueña, solo que de forma más selectiva.

A la derecha de la entrada había una sala con una mesa rectangular y una pequeña cocina. Dentro, un hombre y dos mujeres charlaban tomando un café. Se levantaron en cuanto entraron para saludar a la nueva compañera.

—Te presento a Belén, diseñadora gráfica de la revista, y a Claudia y Aitor, redactores —dijo Diego, señalando a cada uno cuando los mencionaba.

Los tres la recibieron con una sonrisa cálida y sincera. Laura se preguntó quién sería la jefa o el jefe una vez Diego se marchara. Belén era una mujer alta, delgada y joven, más que ella. Llevaba el cabello rubio recogido en una larga coleta y unas gafas de pasta de un verde chillón. Debido a su juventud y al

puesto que ocupaba, la descartó como su futura jefa. Por lo tanto, solo podía ser uno de los otros dos. Claudia debía rondar los cuarenta años. Era una mujer oronda de cabello corto y negro como la noche que destilaba simpatía en cada uno de sus movimientos, y que se maquillaba en exceso, por lo menos ese día. Lucía un colgante en forma de corazón alrededor del cuello. Y Aitor tendría la misma edad que Belén, además de la misma altura. Era un tipo ancho, más grueso que fuerte, con barba de varios días y con incipientes entradas. Los tres parecían haberse puesto de acuerdo para vestir un jersey de cuello alto. Si Laura tuviera que apostar por alguien, se jugaría todo su dinero a que Claudia sustituiría a Diego.

—Ella es Laura Velo, la nueva directora y editora jefe de la revista —dijo Diego, provocando su reacción de sorpresa—. Y mi amiga de la universidad, así que tratadla bien.

Laura abrió mucho los ojos, hasta que casi se salieron de las cuencas, y observó a Diego esperando una explicación de su parte. Debía haber algún error, a ella nadie le dijo que fuera a ser la jefa. Iba a ser una simple redactora, a hacer el mismo trabajo que había hecho hasta ahora. No se sentía preparada para ser la directora de la revista de un lugar que no conocía, no tenía la experiencia necesaria para ello.

—Bienvenida a La Gaceta de Ludueña —le dijo Claudia.

—Gracias —respondió Laura, con una sonrisa que esperaba que no se notara demasiado forzada, disimulando la gota de sudor que empezaba a formarse en su frente—. ¿Podemos hablar un momento, Diego?

—Claro, vamos a mi despacho —dijo Diego. No mostraba ninguna duda de lo que ella quería discutir—. O a tu despacho. Bueno, el de ambos.

El despacho estaba en la parte más profunda del local, cerrado con vidrio translúcido. No era demasiado grande, lo justo para que cupiera una mesa ovalada metálica, un par de sillas y una estantería llena de libros y revistas. Tras el despacho había un pequeño patio en el que había una mesa con cuatro sillas y varias macetas con plantas sin flores, de un monótono verde. Cerraron la puerta y se sentaron cada uno en una silla, Diego en la que todavía era suya.

—Sé lo que vas a decir —dijo Diego, frenándola antes de que hablara—. Pero deja que lo diga yo primero: estás preparada.

Laura se inclinó hacia delante, pero el tamaño de la barriga y la incomodidad de la posición la obligaron a recostarse en la silla.

—No estoy para nada preparada —dijo, evitando alzar la voz para que no la escucharan los otros tres—. No conozco la zona, no los conozco a ellos. Para

serte sincera, ni siquiera sé cómo es la revista, solo sé que informa de lo que ocurre en la zona. La única razón de que aceptara fue porque tú me lo ofreciste.

—Eso ya lo sé —admitió Diego, que no mostraba ningún tipo de preocupación por ello.

—¿Entonces por qué yo? ¿No le interesa a ninguno de ellos el puesto? ¿Y no se enfadarán porque venga alguien de fuera a darles órdenes?

Esto último era una preocupación que había nacido al instante. Laura temía que el buen recibimiento que le habían dado fuera solo una fachada por estar Diego presente, que en cuanto él se marchara le harían la vida imposible a la forastera que creía que podía mandar sobre ellos.

—Se lo ofrecí primero a Claudia —dijo Diego—, pero lo rechazó. Es buena periodista y una gran compañera, pero le falta ambición; se encuentra muy a gusto en su puesto y no quiere más responsabilidades. Y a los otros dos ni siquiera se me pasó por la cabeza ofrecerles el puesto, todavía son muy jóvenes, no tienen suficiente experiencia.

—¿Y yo sí? No sé ni por dónde empezar.

—Para eso estoy yo. Recuerda que aún me quedan dos semanas por aquí. Tendrás tiempo de acomodarte y de preguntarme cualquier duda que se te ocurra. Además, para el número de este mes ya lo tenemos todo planeado y te lo dejaré todo listo para el siguiente. No te preocupes, eres lista, puede que más que yo (solo puede); no tardarás en hacerte dueña de este lugar y en conocer cada rincón de Ludueña y de los pueblos vecinos. Con el tiempo, esta revista de apenas cuarenta páginas te parecerá hasta poco. Y cuando estés de baja por maternidad, esos tres pueden ocuparse de todo en tu ausencia.

—No sé, puede que no sea la persona adecuada —insistió.

Diego rechazó la idea con un gesto de la mano.

—Por supuesto que lo eres. Te gustan los retos. Por eso te mudaste de un pueblo pequeñito a la capital sin apenas dinero ni lugar donde plantar el culo. Por eso entraste a trabajar en esa revista digital en la que estabas, porque sabías que en cualquier momento podía desaparecer y cada día tenías que pelear para mantenerla a flote. Y esto supone otro reto para ti: directora de una revista que ni conocías en un lugar que tampoco conoces. Debe sonarte excitante. No aceptaste el trabajo porque yo te lo ofrecí, eso será lo que te dices tú para justificarlo, lo aceptaste porque te atrajo la idea de convertir algo pequeñito en algo grande de lo que la gente estuviera orgullosa. Y porque buscabas un lugar tranquilo para vivir; sé que echas de menos este ambiente.

Laura abrió la boca para contestar pero se tragó las palabras. Diego tenía

razón, le gustaban los retos. Puede que acabara de expresar algunas dudas en voz alta pero en el fondo no pensaba que no pudiera realizar el trabajo. Eran unas dudas que habían salido de su boca pero que en realidad no las había formulado ella, sino que era como si la situación lo requiriese como una formalidad y por eso les dio forma en palabras. Diego sonrió complacido al ver la expresión de su rostro.

—Creo que te conozco mejor que tu marido —dijo.

Laura volvió a dudar un instante pero fue más teatro que realidad.

—Mejor no se lo digas a Fede; se enzarzaría en una competición contigo para demostrar que no tienes razón, y no me apetece presenciarla.

—Lo más probable es que yo ganara. —Diego le guiñó un ojo—. Bienvenida a nuestra humilde revista.

Laura observó el pequeño despacho. Se levantó de la silla, abrió la puerta al patio y salió. Se agachó para tocar una de las plantas con los dedos. Se respiraba paz y tranquilidad, no se oían las bocinas constantes de los coches ni los gritos de los transeúntes. No existía el estrés ocasionado por las prisas con las que se vive en la capital. No había una capa neblinosa de contaminación cubriéndolo todo. Acababa de llegar y ya se sentía como en casa. En este momento se sentía muy segura de lo acertado de su decisión de trasladarse al pequeño pueblo. Cerró los ojos y cogió una gran bocanada de aire. Se alegró de que el carrito imaginario no apareciera en la oscuridad.

El manantial

Fede se terminó el café en cuanto Laura cerró la puerta de casa. Disponía de algo de tiempo por lo que decidió fregar las tazas y dejar la cocina limpia y reluciente. No ayudaría en nada a su mujer si hacía una de las suyas y lo ponía todo patas arriba. Ella necesitaba descansar, ya no solo por su estado, sino por las pesadillas que la acecharon sin descanso durante toda la noche. Se despertó en cada una de las ocasiones en que ella lo hizo. Al principio le ofreció su abrazo y su apoyo, ya que no dudaba de lo que provocaba los súbitos despertares, pero Laura lo rechazó; era demasiado terca para admitir lo que ocupaba su mente y lo acusó a una mala digestión. No quería preocuparlo, y Fede optó por darle el espacio que pedía, por fingir que se tragaba la mala excusa de su estómago, pero se mantuvo con un ojo abierto toda la noche.

Cuando terminó de limpiar volvió a sonar el timbre de la puerta. Pensó que Laura se habría dejado algo; su memoria no era la misma desde que estaba embarazada. Abrió la puerta y, para su sorpresa, se encontró con el rostro alegre de Martín, el alcalde. Llevaba un jersey gris que parecía aún más viejo que el que llevaba el día anterior, y unos pantalones que hacía tiempo que habían perdido su brillo y parte de su color y de su textura original. «El pueblo estará avanzando hacia el futuro», pensó, «pero la vestimenta de este hombre, no».

—Señor Cuadra, ¿no habíamos quedado dentro de... —miró el reloj para cerciorarse de que estaba en lo correcto— media hora?

—¿Para qué esperar, señor Garona? —respondió Martín con la amplia sonrisa que debía ser marca de la casa—. El que toma la iniciativa acaba siendo recompensado. Y, por favor, llámeme Martín.

—Y usted llámeme Fede. Lo de «señor Garona» me hace sentir viejo. Martín negó con la cabeza.

—No creo que pueda, no sería lo adecuado para mi posición, pero lo tendré en cuenta. ¿Está listo?

—Claro, deje que coja la chaqueta.

Fede no pudo evitar sonreír algo incómodo mientras se ponía la chaqueta sobre una camisa roja de cuadros que creyó que era la más apropiada para el primer día de trabajo. Martín se mostraba mucho más entusiasmado que él por la nueva etapa que iba a iniciar. A decir verdad, se mostraba en exceso entusiasmado por todo. Tanto, que la impresión que daba era la de ocultar algo, porque no podía existir alguien así, tan lleno de alegría en todo momento. Él nunca había conocido a nadie parecido. Pero no le quiso dar más vueltas y lo achacó al ambiente en el que había crecido (porque Martín ya había repetido unas cincuenta veces que había nacido en el mismo pueblo), lejos de la competitividad con la que se crecía en la ciudad, obligándote a renunciar a tus sueños a base de golpes de realidad que podían quitarte todos tus ánimos. No iba a protestar porque Martín se emocionara con la llegada de nuevas personas a su pueblo, porque sus sueños fueran sencillos; este era un mundo distinto.

Les llevó veinte minutos a pie llegar hasta lo que Martín había denominado la oficina del guardabosques. Veinte minutos en los que debió contarle la historia del pueblo desde su fundación, aunque Fede le bajó el volumen a los pocos minutos para escuchar los sonidos de la naturaleza, tan nuevos para él; era muy pronto para una clase de historia.

La oficina era una cabaña de madera con cubierta inclinada de tejas de pizarra ubicada en la linde del bosque, apartada del pueblo, a la que se llegaba por un amplio camino de tierra por el que podían circular dos vehículos, según Martín, pero que Fede vio demasiado estrecho para ello. La cabaña había sido construida hacía no demasiado tiempo. Más que una oficina parecía una casa en la que vivía alguien, con un porche en el que había dos sillas de madera con cojines verdes y una mesa baja con un libro, cortinas en las ventanas que ocultaban el interior, y una chimenea que sobresalía por encima de la cubierta. Ninguna señal ni cartel indicaba de qué se trataba ese lugar, Fede supuso que porque toda la gente del pueblo y los alrededores ya lo conocía. Ni siquiera había un mapa en el exterior, ya fuera en la fachada o en un poste, que marcara la ubicación y señalara los principales puntos de atención del lugar, ni un cartel que mostrara las normas a seguir en el bosque.

En un lateral de la cabaña estaba aparcado un todoterreno de la policía. Martín le había explicado que el jefe de policía y una agente les acompañarían hoy.

Entraron en la cabaña. Como bien se apreciaba desde el exterior, el interior

también se asemejaba más a una vivienda que a una oficina. En una primera rápida ojeada, Fede pudo observar que había una sala de estar con cocina, un dormitorio y un despacho, este último nada más entrar a la izquierda. El mobiliario y los revestimientos de suelo y pared le recordaban a los que tenía en su nueva casa. El lugar estaba preparado para que alguien pudiera vivir ahí si fuera necesario. De hecho, se preguntó por qué él no tenía que vivir en la cabaña, si no sería mejor para su trabajo, pero no le dio muchas vueltas; prefería vivir más cerca de la civilización, aunque por civilización se entendiera cuatro casas al final de una calle sin salida.

En la sala de estar, alrededor de una mesa redonda, estaban sentadas las dos personas que los esperaban, desayunando a base de tostadas con mermelada y café. La mujer, la más joven de los dos, se levantó y saludó al alcalde. Era igual de alta que Fede, espigada y de piel muy blanca. No tendría más de treinta años. Se presentó a Fede con una voz que la hacía parecer todavía más joven como Agente García, un apellido común para alguien que parecía no tener nada a destacar. El hombre, que no le costó adivinar que era el jefe, lo llevaba escrito en la cara, ni siquiera levantó la mirada para recibirlos. Era un hombre de cabello canoso y una barba de tres días con aspecto de rascar como una lija, que rondaría los cincuenta años. Emitía una apariencia cansada, puede que incluso enfadada con la vida, con su trabajo o con cualquier cosa que le hubiera molestado esa mañana.

—¿Es este el nuevo? —preguntó el jefe, directo, con voz carrasposa que corrigió al instante aclarándose la garganta.

—Sí —respondió Martín—, es Fede Garona y...

—Genial —lo interrumpió el jefe, terminando primero la última tostada del plato y luego el café, tomándose su tiempo. Recogió unos papeles que estaban sobre el asiento de una silla, fuera de la vista de Fede, se levantó y se los entregó—. Mapas del lugar, números de emergencias y procedimientos de actuación para diversos incidentes. Incendio, inundación, persona desaparecida, vandalismo... Ya sabe, todo eso. Apréndaselo todo. También está su contrato. Fírmelo y entréguelo en el ayuntamiento. Ahí colgada tiene la chaqueta que deberá llevar siempre en horario de trabajo. —Señaló una chaqueta verde con detalles naranja colgada en la habitación—. Bienvenido a Ludueña. Vamos.

La bienvenida sonó de forma despectiva y muy poco sincera; no volvería a quejarse porque Martín fuera demasiado entusiasta pero le gustaría encontrarse con alguien que estuviera en un punto medio. Quizá la agente García, aunque su expresión corporal mostraba a una persona más bien tímida y callada.

El jefe abandonó la cabaña, seguido muy de cerca por la agente García. Martín le contó que se llamaba Roberto Llanos.

—No es el tipo más simpático del mundo —dijo cuando se quedaron solos, una obviedad que no era necesaria poner en palabras—, pero no muerde, y es el mejor en su trabajo. O por lo menos el mejor que he conocido yo.

—No parece que le guste —dijo Fede.

—Sí, no lo parece. Supongo que tantos años de servicio pueden llegar a ser agotadores para mucha gente. —Se estiró, se rascó la calva y sonrió de nuevo hasta crear arrugas en la cara que Fede creyó imposibles—. Aunque no para mí, no. A mí todavía me queda mucha cuerda.

—No hace falta que lo diga.

—Esa es la actitud. —Le dio una palmada en la espalda—. Bueno, pues esta será su oficina cuando no esté haciendo una ronda por el bosque o cuando necesite descansar. También puede pasar aquí la noche si lo estima necesario. Luego le entregaremos la llave y podrá verla más en profundidad; ahora no conviene que hagamos esperar al jefe, por las mañanas suele estar más gruñón.

Cuando pusieron pie fuera de la cabaña, el jefe ya se estaba adentrando en el bosque por un estrecho camino de tierra, sin pararse a mirar si le seguían o no. Por lo menos la agente García sí que echó una mirada atrás por encima del hombro para comprobarlo.

—Veo que también tiene prisa —dijo Fede, alargando la zancada para alcanzarlos.

—Es un hombre muy ocupado —dijo Martín, siempre con una explicación para todo.

—¿Tan necesaria es su presencia en un pueblo del tamaño de Ludueña?

—Más de lo cree. Aquí no tenemos todas esas cámaras y controles que hay en las grandes ciudades. Aquí lo más importante es la acción humana.

Fede admitió que tenía sentido. Sin un cuerpo de seguridad vigilante, las casas aisladas y las granjas serían presa fácil de los ladrones. De pronto sintió crecer en él una sensación de inquietud. ¿Estarían seguros en su casa? Él creció en un cuarto piso, y con Laura vivió en un quinto. Nunca tuvo que preocuparse de encontrarse con alguien observando el interior de su vivienda al abrir las cortinas, nunca tuvo que preocuparse de que alguien le entrara por la ventana; la altura era toda la protección que necesitaba.

—No se preocupe, nuestro pueblo es muy seguro —dijo Martín. Además de hablador también era un buen observador: había captado su intranquilidad al instante.

—Le tomo la palabra —replicó Fede, y trató de eliminar esos pensamientos de su cabeza.

Siguió al jefe Llanos durante varios minutos, abandonando cualquier atisbo de camino. Sus pies ahora pisaban hierba mojada y resbaladiza, unos pies agotados que empezaban a sufrir rozaduras de las botas; no fue buena idea estrenarlas ese día. Fede no estaba acostumbrado a caminar sobre terreno desnivelado, su incomodidad era patente, pero no quiso protestar e intentó evitar exteriorizarla.

El bosque se abrió en un claro y el jefe Llanos se detuvo, sin anunciar el motivo. Pero era fácil de entender el porqué, puesto que el paisaje hablaba por sí solo. Frente a ellos destacaba imperial una cascada (no tanto por el tamaño sino por su presencia en el dibujo que formaba), que surgía del interior de las rocas para aterrizar en un pequeño lago del que nacía un río con aspecto de tener más profundidad que anchura. El agua era de una claridad asombrosa, y solo la espuma que creaba la cascada en su impacto con la superficie impedía ver el fondo del lago. Solo faltaba un arcoíris enmarcando la estampa y varios animalitos para que pareciera sacada del paraíso. Incluso la hierba y las hojas de los árboles desprendían la sensación de ser más verdes, de estar más vivos.

—Bienvenido al manantial de Ludueña —anunció Martín, el orgullo escapando a borbotones por cada poro de su piel.

Fede se quedó boquiabierto. Cuando Laura leyó las sencillas etiquetas en las botellas de agua, él se imaginó que el llamado manantial no sería más que una pequeña fuente sin mayor pomposidad, un chorro sin gracia de agua fría y fresca que surgiría de un agujero minúsculo en las rocas. Pero lo que sin duda no se esperaba era... esto.

—La pequeña fábrica en la que embotellamos el agua está un poco más abajo, pero no debe preocuparse por ello, su vigilancia no entra dentro de sus funciones —le explicó el alcalde—. Lo que usted debe vigilar es que nadie haga un uso indebido del manantial. En ese cartel de ahí están escritas las normas. —Señaló a una plancha metálica enganchada a un poste de madera, junto al nacimiento del río—. La más importante es que está absolutamente prohibido el baño. En general la gente lo suele respetar, pero ya sabe que a veces los jóvenes van a su aire.

—¿No hay un camino más fácil para llegar? ¿Alguno que pueda recorrerse en coche? —preguntó Fede, cambiando de tema. No le interesaba escuchar ahora la lista de normas.

—Sí, pero según dijo Martín, su coche está en el taller, en un estado en el que no creo que pueda conducirlo —respondió el jefe Llanos—. Era preciso que

conociera el camino más rápido y directo a pie.

Sus pies no opinaban lo mismo, los sentía hinchados y palpitando de calor. Y las piernas le demandaban con urgencia un descanso.

—¿No debería tener un coche oficial o algo parecido? —insistió. Lo más probable es que ya tuviera rozaduras en varios puntos de los pies.

—No hay presupuesto para ello —respondió Martín—. Quizá dentro de unos meses, o de un par de años. O cinco.

—Si no es capaz de realizar su trabajo sin el soporte de un vehículo, puede que no sea el más adecuado para ello —dijo el jefe, sin tratar de suavizar ni lo más mínimo sus palabras.

Fede se mordió la lengua para no responder. No le apetecía ganarse la enemistad del jefe de policía nada más empezar. Optó por recorrer de nuevo el paisaje que contemplaban sus ojos y se centró en la cabaña a la que no había prestado atención por la sorpresa del manantial. Más pequeña que su mal llamada oficina, oculta en parte por árboles frondosos y rodeada de pequeños arbustos y algunas setas blancas creciendo en el suelo, lo más evidente por lo que destacaba era por el color negruzco, producto del fuego que la había arrasado. Fede se sorprendió primero porque se mantuviera en pie, y bastante entera, y después porque no la habían derruido, estando tan cerca del agua y arriesgándose así a que pudiera contaminarla.

—¿Qué ocurrió ahí? —preguntó a nadie en concreto, aunque sabiendo que el alcalde sería el primero en abrir la boca.

—No se sabe con exactitud —respondió Martín, antes incluso de que Fede acabara de formular la pregunta—. Lo único de lo que sí estamos seguros es que fue un incendio provocado. Pero desconocemos el culpable y la razón que lo llevó a prenderle fuego.

—¿Cuánto hace de eso?

—Varios años ya. ¿Cuatro? ¿Cinco? No recuerdo la fecha exacta.

Esto fue lo que sorprendió más a Fede, que el alcalde que todo lo sabía y todo lo contaba no recordara un dato concreto. Solo hacía un día que lo conocía pero era algo que ya le había parecido imposible, como si de repente fuera otra persona la que hubiera ocupado su cuerpo.

—¿Por qué no la han retirado? —inquirió Fede. Ahora le interesaba más descubrir fallos u olvidos en las historias del alcalde que las propias historias, casi como un juego.

—Es como un símbolo. Antes era la oficina del guardabosques, y supongo que aún lo seguiría siendo si no se hubiera quemado. Además, el

desconocimiento sobre el origen del incendio ha llevado al surgimiento de historias fantásticas para explicarlo. Desde fantasmas o espíritus hasta historias de venganza. Entre los más pequeños es muy común una que habla de una niña olvidada. No son más que eso, historias de ficción, pero se ha convertido en una atracción más del lugar y a la gente le disgustaría que la retiráramos. —Se quedó mirando a Fede, esperando una nueva pregunta que no llegó porque de nuevo se adelantó—. Tranquilo, no afecta en nada al agua.

—Todo eso es muy interesante pero deberíamos seguir; no dispongo de todo el día para ustedes —dijo el jefe Llanos con esa falta de simpatía que solo él podía conseguir.

Fede asintió. La niebla empezaba a posarse con calma en el interior del lago y en las áreas cercanas. Antes de seguir a sus guías del día, echó una última ojeada lejana a la cabaña. Sintió un escalofrío y observó el único hueco de ventana visible desde su posición. Creyó ver algo mirándole con los ojos fijos en él, con la cara desfigurada y unos tentáculos de oscuridad danzando sin control alrededor. Meneó con fuerza la cabeza y, cuando volvió a mirar, ya no había nada en la ventana. La niebla habría jugado con su cerebro como lo había hecho con Laura.

6

Reparaciones

Fede observaba compungido el estado en que había quedado su preciado coche. Bajo las luces amarillentas del taller se apreciaba con mayor detalle el morro aplastado. Viendo la fuerza con la que golpearon el árbol, parecía casi un milagro que el resultado de ello en sus cuerpos fueran unos simples rasguños, algunos moretones y un pequeño dolor de cervicales, reduciéndose a cada día que transcurría. Puso una mano sobre el techo del coche. Estaba frío, como si fuera una metáfora de su falta de vida.

—Seguro que lo pueden arreglar —dijo Laura a su lado, acariciándole la espalda. Ella sabía cuánto apreciaba a esa vieja máquina.

Fede respondió con un gruñido de asentimiento y de resignación.

Se sorprendió cuando Laura se ofreció a acompañarlo al taller, sabiendo las imágenes que podría causar en su cabeza el recuerdo del accidente y de lo que solo ella vio y oyó. Pero sí algo malicioso ocupó su pensamiento, no lo exteriorizó en ningún momento. De hecho, la veía mucho más entera, más animada, decidida a olvidar el suceso. La influencia de Diego siempre era buena para ella. Su mujer, tras dos malas sesiones de sueño, había dormido bastante mejor la pasada noche, despertándose solo en un par de ocasiones, una de ellas para ir al baño gracias al bebé que apretaba la vejiga, y otra para comer algo en la cocina.

Fede, en cambio, había pasado una noche extraña, no de por sí mala, pero sí diferente. Cada vez que cerraba los ojos le venía a la mente lo que creyó haber visto en la cabaña quemada junto al lago. La cara desfigurada, los tentáculos de oscuridad. Pero no fue más que una imagen estática acompañándolo en su sueño. Ni siquiera fue una pesadilla recurrente. No sintió miedo, no sintió angustia. No sintió nada. Pero no pudo quitársela de la cabeza, como si fuera el estribillo

repetitivo de una canción. Incluso ahora todavía la veía con total claridad, y eso que no estaba seguro ni de lo que había visto. No le dio mayor importancia ni se molestó en contárselo a Laura. Los monstruos no existían, los fantasmas no existían. El ambiente singular con la niebla creciente y la mención por parte de Martín a las historias alrededor de la cabaña sirvieron de catalizador para que su cerebro empezara a crear formas de la nada.

Lo más probable, se dijo, era que los nervios por la nueva vida que estaban empezando lejos de su hábitat natural le estaban pasando factura. Era normal y entendible. Había dado un salto al vacío, confiando en que la cuerda que lo sujetaba lo mantuviera seguro y no se rompiera. Una cuerda cuyo otro extremo se enrollaba en los brazos de su mujer, al límite del precipicio. Si ella fallaba y caía, él caería con ella. Pero confiaba en Laura, confiaba en lo acertado de su decisión de mudarse a un lugar como Ludueña, en el bien que les haría a ellos como pareja y a la infancia de la niña que estaba en camino. Ella era más inteligente de lo que él nunca podría llegar a ser, y era capaz de ver dos pasos más allá cuando él todavía estaba mirando a lo que tenía detrás. Era su ancla, su guía y su escudo frente a la vida. Con eso tenía suficiente para tirar hacia adelante. Lo único que necesitaba ahora era tiempo para adaptarse, algo de lo que andaba sobrado.

Oyó los pasos del mecánico a su espalda, acercándose entre los sonidos del taller. Un chaval joven, no mayor de dieciocho años, supuso que su hijo, sacaba chispas del motor de un Seat. El mecánico les estrechó las manos a ambos y, tras las presentaciones pertinentes, les pasó a explicar todo lo que necesitaría hacer para que el Citroën de Fede pudiera volver a circular.

Con cada mención a cada elemento que era necesario reparar, aunque fuera una simple correa, Fede creaba con su rostro una mueca de desagrado, incluso alguna de desesperación al calcular para sí mismo de forma aproximada el montante total al que ascendía la operación. Pero lo peor vino cuando el mecánico, de nombre José, un hombre de unos cincuenta años, bajito y con la piel ajada, le confirmó también de manera aproximada sus sospechas en lo referente al dinero, superior al propio valor de mercado del vehículo.

—Si queréis podemos seguir adelante con la reparación, pero yo os recomendaría que os comprarais otro coche —dijo José en un ataque de honestidad, ya que de esa forma él no ganaría nada, o quizá porque quería quedarse con las piezas—. Por menos de lo que os va a costar reparar este, podéis encontrar otro con menos años y menos kilómetros a sus espaldas.

—No, no quiero otro coche —dijo raudo Fede. No esperaba que Laura lo

contradijera, y lo más seguro es que a ella ni se le pasó por la cabeza.

—Te entiendo perfectamente. El mío está a punto de cumplir veinte años. Cuando uno le coge cariño a uno de estos cacharros, es difícil separarse de ellos, casi más que de tu propio hijo. —Laura le dedicó una mirada reprobatoria, y José se afanó a corregirse a sí mismo tras observar la barriga de la que no había parecido percatarse—. Aunque los hijos siempre van primero, claro.

—Por supuesto —afirmó Laura, cortante, provocando que el mecánico tragara saliva. Fede tenía muy claro que no había que enfadar a una mujer embarazada, sobre todo cuando aún estaba en la fase de los cambios de humor repentinos y sin motivo alguno.

—¿Cuánto tiempo te llevará? —preguntó Fede para calmar las aguas, permitiéndose tutear al mecánico. En realidad, no le gustaba que le hablasen de usted (le hacía sentir mayor de lo que era), ni tampoco emplear un trato tan formal con los demás, pero el maldito alcalde le había acostumbrado a hacerlo en solo un par de días.

—Bastante tiempo —respondió José.

—¿Cuánto es bastante?

—No sabría decirte con exactitud. Hay mucho que hacer y las piezas...

—Ya, te las tienen que traer de Alemania —le interrumpió Fede; la histórica excusa de las piezas que tardan en llegar no iba a funcionar con él.

—No, de Francia. Es un coche francés —dijo el mecánico con toda la tranquilidad del mundo, provocando que Fede se sintiera algo estúpido en ese momento—. Aunque hace años que no fabrican este modelo, por lo que quizá deba buscarlas en un lugar alternativo.

—¿Lugar alternativo? —preguntó Laura.

—Desguaces. Talleres especializados. Pero eso ya se verá.

Fede no supo por qué, pero tenía la sensación de que el mecánico les estaba tomando el pelo de alguna forma. Por un instante pensó que lo que pretendía era alargar al máximo la reparación, no tanto en horas de trabajo sino en el tiempo en que tardaría en entregarles el coche. Como si existiera un motivo oculto que no alcanzaba a comprender. Pero enseguida se lo quitó de la cabeza, lo único que hacía su mente era desvariar sin sentido y hacerle pensar en estupideces; al final resultaría que no había descansado bien durante la noche. El tal José tan solo querría sacarles un poco más de dinero. Sería una práctica habitual para un taller tan pequeño con alguien que todavía era un forastero en el pueblo. Fede aún tenía que ganarse su confianza para conseguir mejores precios y trabajos más rápidos y eficientes.

—¿No puedes darnos una fecha aproximada? —insistió.

José torció la boca y miró hacia arriba, pensando, calculando, o lo que fuera que hiciera.

—No es un trabajo fácil —dijo. Fede todavía esperaba que le dijera algo que él no supiera—. Van a ser varios meses. Quizá dos, quizá tres.

—¿Meses? —dijeron Laura y Fede al unísono, mirándose sorprendidos.

—Sí, meses —repitió José—. Ya os he dicho que no es un trabajo fácil y no tengo aquí todo el material necesario. Además, todavía puedo llevarme alguna sorpresa cuando lo revise a fondo.

—¿Tienes algún coche de sustitución? —preguntó Laura. A Fede se le había evaporado de golpe toda la saliva y no era capaz de pronunciar palabra.

—Esto no es el *Riz* —respondió el mecánico con una sonrisa.

Fede supuso que se refería al hotel Ritz, sabedor el hombre de que venían de Madrid, aunque la comparación no tuviera mucho sentido, más allá de comparar un sitio rico con uno pobre. Era patente la humildad del lugar, pequeño, antiguo, sucio y con la pintura de las paredes desconchada. Debería empezar a olvidarse de encontrar cualquier lujo por la zona.

—Si no tenéis más dudas, tengo una moto esperándome —dijo José—. Os llamaré cuando tenga algo más concreto.

No les dio opción a preguntar nada más. El hombre tenía mucho trabajo y poco tiempo, por lo menos para ellos.

Fede echó una última ojeada a su coche antes de irse. No quería perderlo, ni siquiera por unos meses. Fue el primer coche que se compró con su dinero, el coche con el que recogió a Laura en su primera cita. Formaba parte de él, de su historia. Formaba parte de su vida anterior. Al dejarlo ahí, era como si renunciara del todo a esa vida. Y la idea le aterraba. Aunque Laura le cogió de la mano y le sonrió comprensiva, y en ese instante el pánico se disipó; ella siempre tenía el mismo efecto sobre él. Ahora lo que más le preocupaba era que tendría que ir andando a todos los sitios, y sus pies estaban reventados de sus primeros días recorriendo el bosque.

Intrusión

Laura contemplaba el techo blanco de su dormitorio con los ojos bien abiertos, aunque en realidad solo percibía el granulado de la oscuridad. Los números rojos del reloj del despertador le marcaban las tres y media. No había conseguido dormir un solo minuto. No lo comprendía, ya no le acechaban las pesadillas por el suceso del carrito de bebé. Le había costado una semana que se había hecho muy larga, pero las había eliminado por completo. Eran cosa del pasado, eran un mal recuerdo y una mala experiencia. Fue un momento de debilidad que dejó que se alargara demasiado. Y aun así no conseguía abrir la puerta al mundo de los sueños. ¿Había entrado en una nueva fase de su embarazo? ¿Había pasado de dormirse en cualquier lugar, en cualquier momento, incluso en medio de una conversación cuando el otro interlocutor decidía realizar un pequeño monólogo, a ser incapaz de hacerlo?

Se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Fede dormía con total placidez, roncando de forma suave, tanto que no resultaba molesto. Realizó varios estiramientos de cuello; quizá su cuerpo no había conseguido alcanzar el nivel de relajación adecuado y acumulaba demasiada tensión. Se levantó con la dificultad a la que ya se había acostumbrado y buscó a tientas la bata en la oscuridad imperante de la habitación. Todavía le costaba orientarse por la casa a oscuras pero no quería encender la luz y despertar a su marido. La encontró y se la puso. Y en cuanto se la hubo puesto se percató de que era la bata de Fede. Decidió no quitársela; le iba algo larga de mangas pero era bastante cómoda, y no le apetecía deambular sin orden por la habitación y golpearse contra algo que no recordara que estaba ahí.

Bajó las escaleras a la planta baja, aferrándose con fuerza a la barandilla para no tropezar y caerse. Por suerte, le llegaba una débil luz nocturna a través de un

lucernario, por lo que la negrura no era absoluta e intuía los escalones lo suficiente como para fiarse de sus ojos. Se dirigió a la cocina, llenó un vaso de agua del grifo y se lo bebió con ansia. Llenó un segundo, pero con este tuvo que parar a la mitad para coger aire; cada vez que subía o bajaba las escaleras, las piernas se le cargaban, notaba los tobillos hincharse y le faltaba algo de aire. Otra de las grandes ventajas de cargar con una niña en su vientre. Se acercó el vaso de nuevo a los labios pero se detuvo: había oído un ruido proveniente del exterior. Dejó el vaso en la pica y fue directa hasta la puerta de entrada de la casa.

Alargó la mano hacia el pomo y se frenó. ¿Qué estaba haciendo? No podía salir ella sola si había alguien peligroso fuera. Sintió escalofríos solo de pensarlo. Podía ser un ladrón o alguien mucho peor de nefastas intenciones, y ella era una mujer de barriga prominente y, en ese momento, muy poco ágil. Miró a su alrededor, buscando algún elemento que pudiera servir de defensa. A su derecha, apoyado en la esquina de la pared, había un paraguas de punta larga y fina. No lo había visto antes por lo que supuso que venía incluido con la casa, como un mueble más, un extraño regalo de bienvenida. Lo cogió y lo blandió como una espada. Pero no abrió la puerta. Pensó que quizá debía avisar a Fede, sin duda sería lo más sensato, pero entonces oyó otro ruido que no supo identificar y se olvidó de la sensatez. Tal vez solo fuera un conejo o un gato o uno de sus vecinos que no era consciente de la hora y ella estaba creando una montaña de la nada. Se convenció de que salir un minuto a comprobar esa nada no suponía ningún peligro, que vivía en un pueblo seguro. Pero no soltó el paraguas, ni siquiera se podía engañar a sí misma de lo real de su convencimiento.

Giró el pomo y abrió la puerta. Despacio. Primero solo un par de centímetros, asomándose de forma muy tímida. Luego abriendo la puerta del todo, permitiendo a las más audaces cintas de niebla colarse en el interior de la casa.

En el exterior reinaba la tenebrosa tranquilidad de la niebla nocturna tan habitual en Ludueña. Con la caída de la noche, el silencio del pueblo dejaba paso al silencio de la naturaleza, el cual nunca era total; siempre se veía roto por los animales que huían de los rayos del sol y cantaban a la luna.

Aferrando con fuerza el paraguas con ambas manos, sacó la cabeza del umbral de la puerta y miró a izquierda y derecha. Sus vecinos dormían, el bosque tras ellos dormía y la carretera se mostraba vacía cubierta de la cambiante capa neblinosa. Dio dos pasos hacia fuera, el paraguas por delante, todavía insegura, tratando de convencerse una vez más de la ausencia de peligro,

fallando de nuevo en conseguirlo.

—¿Hola? —preguntó al aire.

Al instante se reprendió a sí misma por tamaña estupidez, por ese error que siempre cometían en todas las películas de terror. ¿Qué esperaba, que si hubiera alguien ahí fuera acechándola, este le respondiera con otro «hola»? En caso de que no estuviera sola, lo único para lo que servía su pregunta era para anunciar su posición, a modo de desacertada invitación a lo que fuera que tuviera en mente dicha persona.

Esperó un par de minutos, inmóvil, en una posición corporal que empezaba a resultarle incómoda, algo doblada sobre sí misma, todo lo que su cuerpo le permitía. No obtuvo respuesta. Tampoco esperaba obtenerla salvo que los ruidos los hubiera provocado alguien conocido o alguien inocente. Un atrevido grillo rompió el silencio que su pregunta había creado. Tras observar de nuevo en todas direcciones, intentando descifrar lo extraño que la niebla ocultaba con su movimiento, al fin se tranquilizó y se convenció de su soledad. Apoyó el paraguas en el suelo, como un bastón. Inhaló hasta llenar los pulmones y expulsó el aire de forma ruidosa. Repitió el proceso tres veces más hasta que sintió su corazón regresar a un ritmo normal de palpitaciones.

Dio media vuelta para regresar al interior de la casa. Al dar el primer paso, el suelo crujió bajo sus zapatillas. Miró a sus pies y vio la tierra esparcida de la maceta que se había volcado junto a la puerta. Era sin duda lo que había provocado el ruido que la había inquietado. «Habrà sido un gato en busca de comida o cualquier otro animal que haya por aquí», se dijo al ver la tierra removida por lo que creyó que eran pisadas. Lo limpiaría por la mañana; un bostezo le avisó de que por fin su cuerpo estaba preparado para sumirse en el descanso de la cama.

Entró en la casa, dejó el paraguas apoyado en la pared, donde lo había encontrado, cerró la puerta con llave y echó el cerrojo; aunque los ruidos hubieran sido una falsa alarma, no estaba de más asegurarse de que nadie entrara por ahí, que por lo menos ese alguien tuviera que trabajar un poco para conseguir acceder.

Se dispuso a regresar a su habitación. Puso un pie sobre el primer escalón y otra vez se vio forzada a detenerse. El ruido ahora surgió del interior de la casa. Fue algo sutil, que habría resultado imperceptible durante el día, pero que en la calma de la noche resonó con la fuerza del miedo que se apoderó de Laura. Apretó la mano alrededor de la barandilla de las escaleras para controlar su tembleque. Dudó si continuar subiendo, si despertar a su marido para comprobar

los dos juntos qué provocó ese ruido. Dudó que hubiera sido real y no otra invención de su descolocada mente, si debía realizar otra vez una pregunta estúpida que no obtendría respuesta. Dudó hasta oír un sonido similar. Provenía de la sala de estar, solo tenía que dar unos pasos atrás para comprobarlo.

Apretó los puños y cerró con fuerza los ojos. Su cabeza trabajaba a toda velocidad evaluando las posibles opciones de las que disponía. Necesitaba comprobar que había sido real antes de actuar; no podía volver a preocupar a Fede con otra historia ficticia. Por lo que tomó la decisión (quizá imprudente) de entrar sola en la sala de estar a oscuras.

No supo por qué no encendió la luz; tal vez fue el miedo a que algo se materializara delante de ella al hacerlo. Pero no la necesitó para el sobresalto que la esperaba: la ventana estaba abierta y meciéndose con el viento. Ahogó un grito cubriéndose la boca con las manos, de nuevo por culpa del temor a que sus acciones provocaran que aquello se convirtiera en real. Porque tenía que estar imaginandoselo, no había otra explicación. Su cerebro volvía a jugar con su cordura. Cerró la ventana, segura de que la habrían dejado abierta por error, y se aseguró de que no se abriera sola. Nadie había entrado en su casa. El viento era el culpable de un ruido provocado por una ventana mal cerrada de la misma forma que un animal lo era de la maceta del exterior. Todo estaba en su mente.

Como las pisadas que oyó a su espalda.

No existían más allá de su imaginación...

Se había imaginado las pisadas...

Se las había imaginado...

Como la respiración acelerada que las acompañaba.

Se giró.

Una figura de oscuridad se movía al compás de su respiración bajo el marco de la puerta de la cocina. Emanaba hostilidad por cada centímetro de negrura. La analizaba, o quizá decidía su destino. Parecía mirar directo a su alma. Laura se estremeció hasta tal punto que fue incapaz incluso de pestañear. Quería gritar pero ningún sonido conseguía escapar de su garganta. Quería echar a correr pero sus piernas se habían fundido en el suelo. Quería eliminar la imagen de la figura pero esta se negaba a abandonarla. «Es culpa de la niebla, revolviendo las conexiones de mi cerebro», se dijo, pero la casa estaba libre de la capa neblinosa.

Era irreal, sus ojos la engañaban. Se lo repitió una y otra vez, obligándose a creerlo como cierto, pero lo único cierto era lo que tenía delante, al otro lado de la sala de estar, dando un paso hacia ella.

La figura se detuvo, se agarró la cabeza, se estiró del cabello con rabia, y murmuró algo ininteligible. Laura creyó apreciar una súplica en el murmullo, aunque no estaba segura de nada, no se veía capaz de distinguir lo real de lo irreal. ¿Acaso estaba siquiera despierta? ¿O estaba sufriendo una pesadilla demasiado vívida a la cual no le encontraba sentido alguno?

De pronto, la figura gritó, retorciéndose. Era un grito humano, agudo, pero sonó tan inhumano y tan desgarrador que Laura no pudo sino cubrirse los oídos con las manos, el terror colándose en su torrente sanguíneo para paralizar y, al mismo tiempo, hacer temblar cada centímetro de su cuerpo. La figura gritó una segunda vez, en esta ocasión dirigida a ella, y con palabras mucho más claras:

—¿Dónde está?

Laura retrocedió hasta que su espalda impactó contra la ventana que acababa de cerrar. La figura, que pertenecía a una mujer cuyos rasgos no pudo descifrar ante la falta de luz, saltó por encima del sofá con gran agilidad y se le plantó a un palmo de la cara, gritándole, llenándola de saliva, colmándola de su aliento insulso y caliente.

—¡Me la arrebatasteis! ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde está mi bebé?

—No sé... Yo no... —fue todo lo que Laura pudo balbucear, deseando ahora que esto no fuera real.

—¡No me mientas! ¡Me la quitasteis! —La mujer volvió a agarrarse del cabello y dio una vuelta sobre sí misma, farfullando—. No, no, no, no. Los espíritus me la quitaron, sí. Me la quitaron y no me la quieren devolver. No quieren. ¿Por qué no quieren? Es mi bebé. Mi bebé, sí. ¿Dónde está? ¿Dónde está? —La repetición de la pregunta la expresó en un grito desesperado, agarrándola del cuello de la bata y zarandeándola con fuerza.

—No sé de qué me hablas —respondió Laura con la voz temblorosa, hundida en los ojos de oscuridad de la mujer, rezando para que Fede se despertara y bajara en su ayuda, o que por lo menos la oyera algún vecino.

La mujer gritó una vez más a su cara, la agarró de los brazos y la tiró al suelo. Laura cayó de lado con un trompazo que debió resonar en todo el vecindario. Enseguida se llevó una mano a la barriga, tratando de proteger a su hija de un ataque de la lunática. Buscó con la mirada algo que le pudiera servir de arma y tanteó con la otra mano el suelo, esperando encontrar otro paraguas o algo parecido, por mucho que no tuviera sentido que estuviera ahí.

—¿Dónde está? —repitió la mujer—. ¡Mi bebé! ¿Por qué no me devolvéis a mi pequeña? ¿La habéis matado? —La idea le hizo emitir sonidos indescifrables y liberó el llanto descontrolado—. ¿La habéis matado?

Laura no respondió en esta ocasión. Ni siquiera oyó lo que dijo la mujer. Sintió que le faltaba el aire y boqueó para intentar atraparlo. Clavó las uñas en el suelo de madera y cerró los ojos, apretando con fuerza los párpados entre sí.

Estaba viviendo una pesadilla. Primero el carrito, el llanto del bebé, y ahora una madre en busca de su hija. Todo tenía sentido, era una invención de su mente creada a causa de los nervios del embarazo. Perdió al primer bebé que ella y Fede gestaron. Lo que le estaba ocurriendo eran sus miedos materializándose de formas a cada cual más extraña. Ahora estaba tumbada en la cama, en un sueño profundo. Solo tenía que despertar y se acabaría esta tortura. Necesitaba encontrar el estímulo que la hiciera regresar a la realidad.

—No, no, no, no, no, no... —continuó delirando la mujer, caminando de un lado a otro sin orden ni sentido—. La habéis matado. Me la habéis quitado y la habéis matado. Por eso no está en casa. —Se detuvo y la miró a ella. Aun sin ver sus rasgos, Laura sintió un escalofrío por lo que transmitían—. Sí, claro. Ya lo veo, sí, ya lo entiendo. La escondes dentro de ti. Te abriré y recuperaré a mi bebé.

Se tiró encima de Laura de un salto. Le agarró las muñecas, una con cada mano, y forzó sus brazos hasta colocarlos por encima de su cabeza. La mujer luego le sujetó ambas muñecas con una sola mano, demostrando una fuerza muy superior a la de Laura, y una determinación por su locura casi imposible de contrarrestar. Con la otra mano le cubrió la boca para apagar sus gritos. Laura mordió con toda la fuerza de su dentadura y notó el sabor de la sangre, aunque no supo si de la mano de la mujer o de su propio labio. La mujer gritó. Laura también. Y su recompensa fue una torta en la cara con la mano abierta y una segunda de revés.

—¡No impedirás que recupere a mi bebé! —chilló la mujer, su mente sepultada en la enajenación que no le permitía pensar con claridad.

De repente se encendió la luz. Las dos mujeres miraron en la misma dirección, hacia Fede, de pie en el umbral de la puerta con la mano sobre el interruptor de la luz, vestido con un pantalón azul de pijama y una camiseta negra antigua con el conocido símbolo de *The Rolling Stones*. Sus ojos dormidos se abrieron al ver la escena que tenía lugar en su propia casa. Sin abrir la boca, sin pronunciar palabra, Fede caminó decidido y con los ojos inyectados en sangre hacia la mujer demente. Esta, incluso con sus problemas mentales, captó enseguida sus intenciones y levantó las manos en un gesto defensivo para protegerse. No le sirvió de nada, ya que Fede la agarró por el cuello de la sudadera, jersey o lo que llevara, y la lanzó por encima del sofá.

—¡Apártate de ella! —gritó mientras lo hacía.

Fede ayudó a Laura a levantarse al tiempo que también lo hacía la otra mujer, y se situó delante de ella para protegerla. Laura pudo ver por primera vez a su atacante. La mujer tendría más o menos su edad, aunque aparentaba algunos más por su dejadez. Estaba muy delgada, en su cuello y clavícula se marcaban todos los huesos, y tenía el pelo castaño enmarañado cayéndole sobre los hombros. Su vestimenta era toda de algodón en colores apagados: pantalones grises, sudadera blanca y una chaqueta gris por encima. Llevaba la chaqueta abierta por lo que Laura pudo leer la inscripción de la sudadera:

—«Centro de Salud Mental Naredo».

Fede y ella compartieron una rápida mirada que lo resumía todo. La mujer debía haberse escapado del centro y, por alguna razón que solo ella misma comprendía, acabó en su casa divagando por una hija que Laura dudaba que existiera; no necesitaba confirmación sobre su enajenación mental. Lo que sí que le confirmó la sudadera fue que sería imposible razonar con la mujer. Sus pensamientos estaban demasiado alejados de la realidad y unas pocas palabras amables de un par de desconocidos no la ayudarían. Más bien al contrario, podrían provocar una distorsión mayor de su mente.

—¡No os quedaréis con mi bebé! —dijo una vez más la mujer antes de entrar en la cocina.

Regresó unos segundos más tarde con un cuchillo en las manos y la mirada desencajada, perdida en otro mundo desde hace mucho tiempo, en el preciso instante en que una luz azul se colaba en la sala. Laura se giró para ver un coche de policía detenerse en la calle frente a la puerta de su casa, la luz sobre su techo tiñendo la niebla de un tono cerúleo. Salieron dos agentes uniformados del vehículo, con linternas encendidas en una mano y la otra sobre la funda de la pistola. Sin pensar en las consecuencias que tendría su acción en la mujer, abrió la ventana y llamó a gritos a los agentes.

Su grito les alcanzó como si les estuvieran atacando. Uno de ellos desenfundó el arma mientras el otro parecía hablar por la radio. Laura no estaba segura. La danza de los haces de luz rebotando en la niebla le provocaba dolor de cabeza y le nublabla más la vista que la propia niebla, y la imprevisibilidad de la mujer no hacía sino acentuar el dolor. Volvió a centrar su atención en ella, todavía con el cuchillo en las manos y en apariencia aún más inquieta, si es que eso era posible.

La mujer miró a un lado y a otro, temblando de cuerpo entero. Una de sus manos soltó el cuchillo, realizando extraños movimientos, como si no la controlara. Se dio unos golpes con ella en la frente, mientras un segundo

vehículo y un tercero hacían chirriar las ruedas al frenar en el exterior. «¿Por qué no entra la policía?», se preguntaba Laura una y otra vez. «¿A qué esperan?».

Fede y ella se miraron sin saber cómo reaccionar. Si intentaban huir, la mujer podría atacarles. Si la atacaban, también. Y si permanecían quietos en el mismo sitio, la policía podía tomar la situación como una toma de rehenes. Ninguna solución era buena pero Laura no era de las que se quedaba quieta esperando a que los acontecimientos siguieran su curso, ella prefería incitar a estos a avanzar. Fede la conocía a la perfección, y por eso le apretó con fuerza la mano, esperando que con ese gesto la calmara. Pero no fue necesario, porque la mujer chilló entre dientes y sujetó de nuevo el cuchillo con ambas manos, el filo clavándose ahora en una de ellas, tras lo que comenzó a caminar en dirección a la puerta.

—Me la quieren quitar, como hicieron con los otros, pero no les dejaré — murmuró ahora de forma casi ininteligible.

A Laura no le pasó por alto esa mención a «los otros» y las implicaciones que ello podía llevar, de haber algo cierto en su relato, pero su atención en estos momentos estaba en los movimientos de la mujer. Dudó si pretendía enfrentarse a los agentes o si su maltrecha mente consideraba la puerta como una vía de escape válida, a pesar de que se dirigía directo a ellos. La respuesta le llegó cuando la mujer se peleó con la puerta hasta abrirla y salió gritando. Se asomó a la ventana para verla con el cuchillo levantado sobre la cabeza, amenazante, y mucho más peligrosa que si hubiera estado en sus cabales. Los dos agentes que habían llegado primero le ordenaron que soltara el arma y se tirara al suelo, las pistolas reglamentarias desenfundadas, pero la mujer no atendía a razones, era algo imposible para ella.

Los agentes se separaron al entrar al jardín delantero y rodearon a la mujer. Esta daba vueltas tratando de controlar a uno y a otro, desconcertada por lo que estaba ocurriendo, lo más probable que sin entender nada, gimiendo de locura. Uno de los agentes tropezó con algo que Laura no vio, lo que acabó por centrar la atención de la mujer en él. El otro aprovechó raudo el momento para agarrarla de los brazos, le dio una patada con la suela a la altura de las rodillas, en la parte de atrás, y forcejeó con la mujer hasta que ella se vio obligada a soltar el arma. Con la misma velocidad, el primero de los agentes acudió en ayuda de su compañero para inmovilizar a la mujer y esposarle las manos a la espalda, colocando una rodilla sobre su espalda para controlar los movimientos casi espasmódicos de la enferma. Esperaron varios minutos en la misma posición hasta que la mujer aparentó calmarse, pero por su expresión corporal Laura no

albergó ninguna duda de que todavía desconfiaban de ella. La mujer sollozaba derrotada, llamando con insistencia a esa hija que solo la mujer sana que debía haber sido tiempo atrás sabía con certeza si en algún momento había existido. La levantaron entre los dos, aferrándola fuerte por los brazos, y la condujeron a uno de los coches patrulla para introducirla en el asiento trasero.

Laura por fin respiró tranquila y pudo expulsar todo el aire y la tensión que había acumulado. Se fijó en que uno de los coches no era de policía, sino una berlina negra, y había una persona vestida de paisano junto al vehículo, hablando con un agente. Creyó reconocer en esa persona al alcalde. Soltó la mano de su marido y se dirigió al exterior; necesitaba conocer la historia tras esa mujer. Fede no tardó en seguirla.

Se detuvo cuando el alcalde le hizo una señal con la mano. Estaba hablando con el jefe de policía, cuyo nombre no recordaba, al que se le veía agotado y con un cabreo monumental por las horas durante las que le había tocado trabajar. Cuando la conversación terminó, se acercó a hablar con ellos, pero el jefe de policía se largó sin dedicarles ni una mirada, sin hacerles una pregunta ni interesarse por su estado.

—¿Estáis los dos bien? —preguntó Martín, abandonando su habitual trato formal—. ¿Alguno está herido?

—Estamos bien, Martín —respondió Fede.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué ha entrado esa mujer en nuestra casa? ¿Por qué no deja de hablar sobre su bebé? —preguntó Laura, su vena de periodista tomando protagonismo.

Martín resopló y se frotó las sienes. Su rostro exudaba preocupación.

—Se ha escapado del Centro Naredo —dijo—. Es una mujer gravemente enferma que puede llegar a ser muy peligrosa.

—Dime algo que no sepa.

Fede dirigió una mirada reprobatoria a Laura tras la hostilidad que había empleado en su comentario pero ella no se dio por aludida.

—¿Cómo es posible que esa mujer llegara hasta nuestra casa? ¿Por qué recorrió un trayecto tan largo, de varios kilómetros, sin que la detuvieran? ¿Vino directa hasta aquí o fue obra del azar y de su mente enferma? —siguió preguntando, su frustración creciendo con cada pregunta que no obtenía respuesta.

Martín se rascó la cabeza.

—Lo siento pero ahora no tengo tiempo para responder a todo eso.

Laura no entendía el nerviosismo que recorría el cuerpo del alcalde cuando el

peligro ya había pasado y no había nadie herido. Todavía entendía menos qué hacía él aquí, por qué se inmiscuía en un trabajo de la policía. ¿Tal era su gusto por el protagonismo que quería abarcar todo lo que ocurriera en el pueblo, aunque no entrara dentro de sus competencias?

—¿Seguro que no necesitas que te vea un médico? —insistió Martín—. El estrés de la situación no habrá sido bueno para tu estado.

—Estoy bien —respondió Laura, otorgándole un tono seco a su voz.

—¿Seguro, cariño? No hay que tomar riesgos con estas cosas —dijo Fede, ganándose el gesto irritado de su mujer.

—He dicho que estoy bien.

—¿Por qué no volvéis a casa e intentáis dormir? —sugirió Martín—. Nosotros nos ocuparemos de todo y os aseguro que nada de esto volverá a suceder. Ha sido un cúmulo de errores desafortunados.

—¿No necesitan tomarnos declaración? —preguntó Fede, señalando con un gesto de cabeza a los agentes.

—No, no. Ya está todo arreglado. Vosotros intentad descansar, ya habéis tenido suficiente por esta noche.

Le puso una mano amistosa en el hombro y dio media vuelta en dirección a su coche.

—¿Cómo sabía la policía dónde encontrarla? ¿Qué le sucedió a su bebé? —preguntó Laura demasiado tarde. Martín ya se había subido a su coche, al igual que todos los agentes y el jefe de policía, y el ruido del motor en el silencio de la noche ahogó sus preguntas.

Se mordió la lengua, como una estatua de mármol en medio del jardín junto a Fede, tratando de entender lo ocurrido. La periodista que vivía en su cuerpo necesitaba conocer todas las respuestas, y si ni Martín ni la policía iban a dárselas, entonces las buscaría en otro lugar.

Sucesos pasados

Laura entró en el despacho que aún compartía con Diego, explicando de forma apresurada la visita inesperada que recibió la noche anterior. Tanto Diego como Claudia la siguieron, y en sus expresiones había una mezcla de temor, compasión y emoción. Relató la historia añadiendo a modo de inciso las preguntas que todo periodista debería hacerse ante un buen misterio, cosa que era todo lo relacionado con la mujer que la atacó. Había intentado contactar con el alcalde e incluso con el jefe de policía pero ninguno de los dos estaba disponible ese día para ella, tenían la agenda muy llena; demasiada coincidencia. Diego asentía a cada una de las preguntas de Laura, concentrado al máximo, con un café que ya debía estar frío en las manos, mientras que Claudia tomaba notas en un pequeño cuaderno en espiral de cara a un redactado posterior de la noticia, a pesar de que nadie le había pedido que lo hiciera. A Laura le provocaba cierta desazón el hecho de que se publicara por primera vez algo que le había sucedido a ella, lo convertiría en un recuerdo mucho más real y peligroso, y no le apetecía convertirse en la noticia principal del pueblo nada más llegar, bastante tenía con ser la nueva, aunque era muy probable que ya lo supieran casi todos.

Acabó, se sentó y estiró las piernas. Bostezó un par de veces, abriendo tanto la boca que después le dolía la mandíbula. Se sentía agotada, lo que no era una novedad en las últimas semanas, y el día solo acababa de empezar. Le quedaban por delante varias horas en las que su cabeza no dejaría de darle vueltas a la mujer y al secretismo que lo envolvía todo. Aunque algo bueno había sacado de ello, incluso algo malo puede beneficiarte, y es que había casi olvidado del todo su encuentro con el carrito imaginario, metiendo el recuerdo en un cajón de la mente que cerraría en cuanto encontrara la llave. Casi. Porque todavía le provocaba algunos escalofríos si se paraba a pensar en el suceso.

—¿Quieres que te traiga un café? —preguntó Claudia. Luego se quedó unos segundos pensativa ante la falta de respuesta y la mirada dura que recibió—. ¿Puedes beber café?

—No, no puedo. No me he tomado ni uno desde que estoy aquí —respondió Laura con más hostilidad de la que debería haber empleado. La pobre Claudia solo pretendía ayudarla y no estaba obligada a conocer esos detalles, y menos en tan poco tiempo. Rebajó el tono—. Perdona, no ha sido una buena noche, no debería pagarlo contigo. Si tenemos té sí que me tomaría uno. A poder ser uno rojo o de menta. —Claudia asintió y Laura le sonrió de una manera un tanto estúpida pero necesaria para corregir su error cuando ella ya salía del despacho—. Gracias.

—Es normal que no os den ningún detalle y que la policía no os tomara declaración oficial —dijo Diego, sin darle importancia a los cambios de humor de Laura.

—¿Por qué lo dices?

—Piénsalo bien. El Centro Naredo goza de una importante reputación más allá de la región, es casi el punto central sobre el que gravitan todos los pueblos de la zona. La noticia de que una mujer consiguió escapar y, presa de la locura, atacó a una vecina de Ludueña, no les haría ningún favor. No pueden permitirse que algo así se haga público, hay muchas personas que dependen de ese centro ya sea porque trabajan ahí o en negocios relacionados. Además, nuestro querido alcalde todopoderoso Martín Cuadra haría lo que fuera para asegurar su futuro político al frente del ayuntamiento, para mantener su buena imagen pública, y si el centro no funciona bien, si deja de ser una referencia como es ahora, mucha gente podría ver en ello un fracaso de su gestión, con lo que su cabeza iría directa a la guillotina; sería una escena digna de ver. No me extrañaría nada que un día apareciese por aquí para evitar que publiquemos una sola línea sobre el suceso. No me extrañaría nada.

A Laura le sorprendieron las palabras con las que Diego se refirió al alcalde. Desconocía cómo era su relación, si en el pasado hubo alguna diferencia de opinión entre ellos, o si no era más que la aversión de su amigo por los políticos. O puede que Martín ya hubiera hecho algo similar en el pasado y evitara la publicación de alguna noticia por el «bien» del pueblo, y de ahí surgiera el aparente poco aprecio que le tenía. Laura optaba por esta última posibilidad; si Diego lo había mencionado no era por casualidad. La curiosidad no le dejaba pensar en otra cosa y no dudó en investigar.

—¿Crees que llegaría a tanto? —preguntó.

Diego sonrió. Esperaba la pregunta. Incluso después de apenas haberse visto en los últimos años más que un puñado de veces, todavía la conocía demasiado bien, todavía era como si cada fin de semana se fueran juntos de fiesta o como si malgastaran horas y horas en el bar de la facultad riéndose hasta quedarse afónicos o hasta expulsar la cerveza por la nariz. Y Laura sabía que, gracias a ese vínculo que la distancia y el tiempo no habían conseguido eliminar, le contaría cualquier cosa que le preguntase.

—Lo hizo en una ocasión, el año pasado —dijo Diego—. Y créeme, no fue para tapar un suceso alegre, precisamente.

—No le tienes mucho aprecio al alcalde —dijo Laura. No lo preguntó, lo afirmó; Diego era una persona tan expresiva que era incapaz de ocultar sus sentimientos.

—Detrás de esa fachada de sonrisa continua y aprecio por el pueblo y sus habitantes se esconde una persona ruin, cuyo ego es tan grande que no entra nada más en su cabecita aparte del «yo, yo y yo, y después otra vez yo». Es un hombre falso que solo actúa en su propio beneficio; es la única manera que se me ocurre de describirlo. No es la persona que se merece este bonito y acogedor pueblo.

—¿Qué es lo que quiso ocultar? —Laura se echó hacia adelante y apoyó los brazos sobre el escritorio, el interés por la historia creciendo en ella a pasos agigantados.

Diego suspiró. Lo que fuera que le iba a contar no era un recuerdo agradable.

—Hubo un incidente en Ludueña. Cualquier vecino puede contarte una historia sobre lo que ocurrió pero, en general, sus versiones carecen de datos importantes, están incompletas, o han tergiversado la verdad hasta tal punto que lo que te cuentan es un relato sin pies ni cabeza que no guarda relación alguna con lo sucedido. Es lo que suele pasar cuando una historia se expande entre la gente por el método de boca a oreja, que se pierde mucha veracidad por el camino. Pero nosotros podemos contarte el incidente al detalle, nadie de esta revista lo ha olvidado. Y, aparte de la actitud del alcalde, la forma en la que se gestionó fue muy extraña, con demasiado secretismo.

Hizo una pausa para beber un trago de café. Puso cara de asco al notarlo frío y dejó la taza sobre el escritorio como si contuviera veneno. Claudia entró en ese momento con el té rojo para Laura y él aprovechó para pedirle a la mujer otro café.

—¿Qué pasó? —insistió Laura para que Diego continuara. A veces perdía la concentración con demasiada facilidad, era un experto en perseguir el vuelo de

una mosca.

—No muy lejos de tu casa, a escasos cinco minutos andando, la policía tuvo que acudir a una llamada de emergencia. La llamada la había realizado un hombre que había escuchado gritos en la casa de sus vecinos. La policía, con el jefe Llanos a la cabeza, respondió de forma eficiente y tardó muy poco en llegar, unos pocos minutos, no podemos ponerles ninguna queja en ese sentido, pero no pudieron hacer nada para evitar lo que ahí, en el interior de la casa, ya había ocurrido. Era de noche, y cuando llegaron reinaba el silencio en el vecindario: los gritos se habían apagado. Varias personas aguardaban en la calle, justo frente a la fachada principal de la casa, entre aterradas y curiosas, preguntándose en murmullos qué demonios había sucedido. Una de ellas era Belén, ya que vive muy cerca del lugar del incidente. Me llamó en cuanto escuchó el sonido de las sirenas y no tardé mucho en acudir. De hecho, llegué casi al mismo tiempo que una ambulancia se paraba cruzada en la calle, ocupando parte del carril contrario, y medio minuto antes de que apareciera nuestro querido alcalde.

»Todo el mundo esperaba impaciente tras un improvisado cordón policial, las teorías más locas generándose a una velocidad de vértigo, pero Martín Cuadra decidió que era demasiado importante como para esperar junto a los demás y se adentró en la casa, haciendo caso omiso de las directrices de los agentes. Transcurrieron un par de minutos en los que la tensión impedía a los vecinos casi hasta respirar. Nadie se movía, nadie hablaba. Solo esperaban y observaban. Yo aproveché ese momento de extraña calma para intentar sacarle una declaración a uno de los agentes, pero todo lo que obtuve fueron miradas de desagrado; no era ni la primera ni la última vez que iba a recibir ese tipo de reacción (no les caigo demasiado bien, dicen que soy un poco pesado) por lo que insistí con otros agentes, quizá alguno tuviera ganas de hablar esa noche, pero ya te puedes imaginar las respuestas que no me dieron. Ya sabes que nuestro trabajo puede ser a veces muy frustrante. —Laura lo sabía a la perfección pero no quería cortar el relato, se encontraba demasiado inmersa en la historia.

»Al fin, los sanitarios del servicio de emergencias salieron de la casa empujando una camilla en la que iba tumbada e inconsciente una mujer embarazada. Y cómo no, junto a la camilla también estaba Martín, acompañándola a cada paso; la gente estaba mirando, él tenía que cumplir con su papel y ganarse unos votos. Incluso subió a la ambulancia como si fuera un familiar de la mujer, cosa que no era, ya te lo puedo confirmar yo. Intenté sacarle a él también alguna declaración, por lo menos sobre el estado de la mujer, pero parece que aquella noche la directiva era la de no comentar nada a ningún

periodista. La ambulancia se marchó y regresó el extraño silencio, dejándonos otra vez a la espera de conocer la historia de la noche, mientras se me helaban hasta los pelos de la nariz. Sí, claro: era invierno y hacía un frío de esos que congelan hasta a las hormigas.

»Al poco apareció un Renault rojo del que bajó un hombre con un maletín con cara de haber tenido un mal despertar y una mala noche, todo junto. No saludó a nadie, ni siquiera miró al grupo congregado tras el cordón policial, y entró en la casa. No hace falta ser un lince para deducir que se trataba del forense. Ahí yo ya me temí lo peor, y lo mismo ocurrió con las personas que se apretaban a mi alrededor, quienes volvieron a practicar la conversación en murmullos. Pero los minutos pasaban y la gente empezaba a perder el interés. Uno detrás de otro, muchos vecinos regresaron al calor de su hogar, mucho más apetecible que el frío de la calle. Supongo que pensaron que al día siguiente se enterarían de lo ocurrido. Incluso le di permiso a Belén para que se marchara; ella no es periodista, no era necesario que permaneciera allí toda la noche. Pero yo, no. Yo me quedé en el mismo sitio, junto a un pequeño grupo de personas más que se resistían a abandonar el lugar, atento a cualquier movimiento en el interior de la casa, jugándome el arresto en un par de ocasiones al intentar acercarme más de la cuenta para ver algo. Ya me conoces, no me gusta que me prohíban algo.

»No sé qué hora era cuando una agente de uniforme salió de la casa y le dijo algo al oído al agente que nos custodiaba, tan bajo que me fue imposible entender una sola palabra. Pero no tardé en descubrirlo, ya que el agente nos pidió que abandonáramos esa calle y nos fuéramos a casa bajo la amenaza de arresto si nos negábamos a acatar su orden. Pronto me quedé solo, después de que el resto de vecinos se fueran renegando por el tiempo perdido en el frío nocturno sin conocer la respuesta al misterio. Yo no me moví porque no entendía la razón para echarnos de ahí o para amenazar con un arresto, y mi trabajo me daba una excusa para mostrarme incisivo. No tenía sentido, sin importar lo que hubiera ocurrido dentro de la casa. Una cosa es que te pidan que abandones un lugar cerrado, ya sea público o privado, a todos nos ha pasado, o que retrases tu posición para no entorpecer su actividad, o incluso que corten un tramo de calle o una calle entera. Pero me costaba mucho entender que lo ocurrido en la casa requiriera de una medida tan drástica, no había sensación de peligro flotando en el ambiente. Algo me olía muy mal. Será ese sexto o séptimo sentido que tenemos, u octavo; ya no sé cuántos hay. Bueno, pese a mi negativa inicial, me vi obligado a abandonar el lugar para evitar que mi culo acabara en una celda sucia;

al agente le empezaban a sobrar motivos para ponerme las esposas.

»Pero no me fui muy lejos. Conduje el coche hasta otra calle, lo aparqué y regresé andando, procurando esconderme donde la policía no pudiera verme pero donde yo tuviera una buena línea de visión con la casa. Al cabo de unos minutos regresó la ambulancia (o tal vez fuera otra, no lo sé, no me fijé tanto), sin activar la sirena ni las luces de emergencia. La casa no tiene garaje, cosa que, por otro lado, no es habitual en esa área, por lo que la ambulancia aparcó de tal forma que el trayecto entre el vehículo y la puerta de la casa fuera el mínimo posible, de apenas tres metros. Aguardé sin parpadear, intentando captar cualquier cosa que ocurriera en esos tres metros. Pero, para mi sorpresa, dos personas cubrieron ese espacio con una tela opaca por cada lado. ¿Por qué, si ya habían echado a todo el mundo, necesitaban ocultar ese espacio?, me pregunté y estoy seguro que te preguntas tú ahora. —Laura se lo estaba preguntando pero se limitó a asentir—. El caso es que enseguida hubo movimiento. Me pareció apreciar una rueda de una camilla asomando por debajo de la tela cuando el viento la levantó unos centímetros, y mis sospechas se confirmaron cuando a una de las personas se le escapó la tela de las manos por espacio de medio segundo. No supe hasta días más tarde quién iba en esa camilla. Al fin, apartaron las telas, pero ya solo pude ver cómo cerraban las puertas traseras de la ambulancia. Después se marchó con la misma discreción con la que había llegado y, tras ella, lo hizo primero el jefe Llanos y luego el forense.

»Resistí en mi escondite, a pesar de las ganas tremendas que tenía de colarme en la casa y observar el escenario del crimen, porque un par de agentes permanecieron atrás, custodiando la puerta de la casa. No había nada que yo pudiera hacer. Poco después llegó una furgoneta de la que salieron dos personas vestidas con lo que parecían monos de plástico azules y algunas herramientas. El equipo de limpieza. Hicieron su trabajo en silencio y, no sé cuánto tiempo más tarde, cuando acabaron, se marcharon por donde habían venido. Poco después hicieron lo mismo el resto de agentes y la calle regresó a una normalidad irreal, como si no hubiera ocurrido nada excepcional.

»Entonces me arriesgué a colarme en la casa, no había nadie que pudiera impedirlo. Pero dentro imperaba la misma falsa normalidad que en el exterior. Nada indicaba que ahí hubiera sucedido algo que requiriese la presencia de la policía, de ambulancias, del forense y de hasta el alcalde. Por lo que no me quedó más remedio que irme con muchas preguntas y cero respuestas.

—Tuvo que haber una versión oficial de lo ocurrido —dijo Laura, sintiendo que el relato había llegado a su fin.

—La versión oficial fue que hubo una disputa familiar que acabó con una persona requiriendo atención médica por estrés. Lo sé, no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Qué ocurrió en realidad?

—Me costó varios días descubrir la verdad, pero cuando uno es bueno, persistente, perspicaz y sabe conseguir buenos contactos, nada se le resiste —dijo Diego. Laura sonrió, seguía teniendo una gran autoestima—. En resumen, para no alargarlo mucho más, aunque sé que mi voz suena como los ángeles y estarías todo el día escuchándome hablar: en la casa vivía una pareja joven, de más o menos nuestra edad actual. La mujer, como tú, estaba embarazada, aunque no sé de cuántos meses. Ese día, el hombre, por las razones que fueran, sufrió un arrebato de locura. Agredió a su mujer y amenazó con matarla, pero en lo que posiblemente fue un último momento de lucidez, paró y contempló los daños que había causado. No lo pudo soportar y se suicidó clavándose un cuchillo en el pecho. Pero con esa acción final no pudo enmendar los daños que había ocasionado. La mujer perdió el bebé y luego desapareció del mapa, nadie del pueblo supo nunca a dónde se fue. Meses más tarde una inmobiliaria vendió la casa con total discreción y así se enterró del todo lo ocurrido entre esas cuatro paredes. No hubo ninguna investigación, no hubo nada. Fue como si nunca hubiera ocurrido. Se perdió en el olvido. Y el gran Martín Cuadra ayudó a ello.

Laura también se perdió un momento, pero en su caso fue en los recuerdos que jamás podría borrar. Comprendía por qué la mujer no quiso regresar a la misma casa. Fede nunca le había levantado la mano, en eso era diferente a esa mujer, pero compartían la triste experiencia de perder a un hijo antes de nacer. Laura tuvo a su marido a su lado todo el tiempo para compartir el dolor y caminar juntos hasta abandonar el agujero negro en el que habían caído, pero aquella mujer estaba sola. Volver a poner un pie en la casa en la que vivió el peor día de su vida la habría acabado de destrozar, y era entendible que quisiera alejarse. Lo que no entendía era por qué Martín quiso evitar que la noticia se publicara y así se lo dijo a Diego.

—Una cosa es encubrir algún escándalo político, algo del todo reprochable —dijo—, pero hacerlo con un episodio de violencia de género es otro nivel y algo que no tiene justificación alguna.

—Pues puedes creértelo —dijo Diego—. Se presentó en este despacho y me pidió que no publicara nada sobre el suceso. Tuvimos una fuerte discusión y le habría escupido con gusto a la cara, pero al final no pude negarme a cumplir sus órdenes. Esta es una revista subvencionada por el ayuntamiento y amenazó con cerrarla. Si hubiera estado yo solo le habrían dado por culo a la subvención, al

alcalde y a su reputación, pero no podía jugar con el trabajo de los demás.

—Lo entiendo. Pero, ¿por qué lo hizo? Hay casos de violencia de género casi todas las semanas y nadie los asocia a una población. A él no le habría afectado en nada.

—No lo sé. Pero como todo tendrá que ver con la imagen pública. Se le pasarían algunas ideas retorcidas por la cabeza. Así que ándate con cuidado con él, no es de fiar. Con suerte, para la próxima legislatura habrá alguien más cualificado, o por lo menos que no sea tan capullo.

Diego se bebió el café en un par de tragos, tras comprobar que ese no se le había enfriado, y salió del despacho, dejando a Laura sola para que reflexionara sobre lo que le acababa de explicar. Laura no podía creerse que Martín pudiera llegar a tales extremos solo para su beneficio personal, no podía creerse que alguien tuviera tan poca empatía por el dolor ajeno, pero esto no hacía sino confirmar sus impresiones iniciales sobre él

Se retrepó en su asiento y echó la cabeza hacia atrás. Tenía algo en la punta de la lengua, algo que podría relacionar ambos sucesos, el de la mujer de la noche anterior y el que presencié Diego, pero estaba demasiado cansada para ponerse a pensar en ello ahora y los párpados se le cerraron solos. Y era entonces cuando veía a la mujer atacándola. Las pesadillas habían cambiado de origen, pero seguían acechándola.

Historias de locura

La noche hacía varias horas que se había adueñado del día cuando se sentaron a la mesa a cenar. El silencio de la soledad exterior amenazaba como siempre niebla, creando una imagen tan bella como lóbrega. Unas lámparas de diseño colgadas de la pared iluminaban de forma suave la sala, en un tono apacible. Las cortinas blancas de las ventanas con dibujo de rayas estaban cerradas para ganar en intimidad. En una estantería de la pared, había toda una colección de fotos, todas ellas protagonizadas por Luz, alguna en compañía de dos niños que supuso que serían sus sobrinos. De fondo se oía la voz rasgada de *Janis Joplin*, con una canción cuyo mensaje no casaba con el ambiente festivo que se respiraba en la casa..

Laura creyó cuando la invitaron a esta velada en casa de Luz el primer día, nada más llegar al pueblo, que acabaría inventando alguna excusa relacionada con el embarazo para no acudir, pero no pudo negarse al enterarse de que se celebraría en honor de Diego por su partida al día siguiente; desconocía que sus vecinos y su amigo de la universidad tuvieran alguna relación, ninguno lo había mencionado ni los había visto un solo día juntos. Si hubiera podido evitarlo, no habría dudado en hacerlo, en quedarse en casa, envuelta con una manta en el sofá viendo cualquier película que emitieran a esa hora, o leyendo un buen libro con la compañía de una música relajante, pero Diego habría insistido hasta la extenuación sin aceptar un no por respuesta, contando además con el apoyo de Fede, ya que él creía que una noche así les ayudaría a recuperar la normalidad tras el suceso con la mujer demente.

Pero Laura empezaba a sospechar que, en un lugar como Ludueña, la normalidad era muy diferente a la que ellos conocían.

Se sentó entre su marido y su amigo, donde más segura y tranquila, y menos

extraña, se sentía. Frente a ella se sentaron Nico, el marido de Luz, con el que apenas había intercambiado algunos saludos educados cuando coincidían en la calle, un hombre de pocas palabras; Maite, la pareja de Claudia, aunque más bien parecía su hermana con el mismo corte de pelo, fisionomía similar y una nariz que era idéntica, lo que hasta cierto punto resultaba algo perturbador; y Nuria, otra de las vecinas de la calle a la que solo había saludado un par de veces, unos diez años (o puede que más) mayor que el resto, y que había acudido sin su marido, a quien Laura no recordaba haber visto nunca. Claudia y Luz se les unieron enseguida con las últimas bandejas de comida y un par de botellas de vino tinto. Laura se había ofrecido a ayudarlas con la cena, ya que por lo menos así, con las manos ocupadas, no se sentiría fuera de lugar, pero ambas habían rechazado la ayuda aduciendo a su estado. Ahí se mordió la lengua. Era una de las cosas que más le molestaban. Estaba embarazada, no con las piernas y los brazos rotos o amputados, y no era como si se ofreciera a escalar una montaña cargando con una mochila llena de rocas a la espalda. Era obvio que no podía realizar grandes esfuerzos pero tampoco era necesario que estuviera siempre descansando, que la trataran como a una bomba que podía estallar con cualquier movimiento brusco. Pero no era el momento ni el lugar para airear el tema frente a personas que casi no conocía, por lo que prefirió sentarse y hacer caso a la anfitriona de la noche, dejando que otros tomaran el protagonismo de la cena; cuanto menos participara, antes podría irse a casa sin despertar los recelos de nadie.

La mesa se llenó de todo tipo de platos: desde pequeños bocados de pizza caseros hasta un estofado que, aunque supondría todo un reto para la digestión nocturna, desprendía un aroma espectacular. Cómo no, Laura desconocía el amor de Luz por la cocina. Diego no esperó a que todos se sentaran para agenciarse un par de bocados de pizza y abrir una cerveza. Si normalmente era un hombre sin una pizca de vergüenza, esta noche, siendo en su honor, no iba a empezar a mostrarla. Mientras que para algunos esa actitud podría ser una falta de respeto, a Laura la llevó a un lugar confortable. Puede que no conociera a los demás, pero si ese había sido el mundo de Diego no necesitaba sentirse una extraña, porque el mundo que heredaba había pasado su certificado de calidad. De pronto se sintió más relajada, más suelta, y todo por un simple gesto conocido.

—¿Hay algo que lleve cacahuete? —preguntó, decidiendo por dónde empezar. Sin duda, una de las grandes ventajas de estar cultivando a un ser humano en su interior era la de comer por dos sin preocuparse de las calorías que ingería y de lo que tendría que hacer luego para consumirlas.

—La salsa del estofado —respondió Luz—. ¿Por qué?

—Soy alérgica.

Luz abrió la boca como si le hubieran transmitido una noticia trágica.

—Lo siento, debería haberte preguntado antes —dijo, y solo le faltó hacer una reverencia de disculpa.

—No te preocupes, hay comida de sobra; no me quedaré con hambre —dijo Laura. Se sirvió una buena porción de ensaladilla rusa para demostrarlo. La probó y emitió un sonido de satisfacción, con el que Luz quedó satisfecha.

La cena continuó entre risas y botellas de vino y jarras de cerveza (o vasos de agua para Laura), volviéndose más distendida a medida que se vaciaban las copas y se enrojecían las mejillas. La conversación se centró al completo alrededor de Diego. Las anécdotas se sucedían, casi todas de los años que había vivido en el pueblo, pero Laura no dudó en sacar a relucir historias de juventud que nadie conocía con las que intentar avergonzar a su amigo. No lo consiguió, Diego abrazaba cada una de ellas con orgullo rebotante, no conocía la vergüenza.

Laura acabó por aceptar que acudir a la cena quizá no había sido tan mala idea. Estaba pasando un buen rato, mejor de lo que esperaba, con la cabeza libre de pensamientos nocivos, sin imágenes fugaces de las malas experiencias colándose donde no debían. Pero la calma solo duró hasta que Nuria decidió que era oportuno decirle:

—Laura, cuéntenos cómo sucedió todo lo de la loca en tu casa. Tuvo que ser emocionante.

De golpe se hizo el silencio. La elección de palabras no pudo ser más desafortunada. Fue de todo menos emocionante. Fue aterrador, inesperado, tenso. Fue extraño. Para rematarlo, parecía que hubiera esperado a que sonara de fondo *Crazy* para hacer el comentario estúpido de la noche, como para darle más firmeza, como si se lo hubiera estado reservando durante horas.

—No creo que sea necesario hablar de eso ahora, hay temas más divertidos —dijo Diego.

—No pasa nada —dijo Laura. Fede le cogió de la mano y ella le regaló una sonrisa cariñosa—. Estamos los dos bien, nadie salió herido, y difícilmente alguien de los aquí presentes tendrá una historia más *emocionante* que contar.

Su elección de palabras no fue aleatoria, ni el tono que le dio a la palabra empleada antes por Nuria, aprovechando así para darle una reprimenda sutil que caló en todos.

Pasó a relatarles hasta el detalle más ínfimo del suceso. Lo recordaba con

imágenes nítidas, como una película a todo color. Recordaba las sensaciones que le fueron recorriendo el cuerpo con cada movimiento. Recordaba la demencia que emanaba la mujer, el peligro descontrolado, la imprevisibilidad. Recordaba sus gritos, golpes a sí misma, golpes a ella. Y recordaba lo singular de la conversación con Martín y de la actuación policial. Pero esta última parte, lo que vino después de que detuvieran a la mujer, prefirió guardársela. Su conversación con Diego días atrás fue suficiente para darle una respuesta a dichas actitudes, y no necesitaba exponer ante todos las vergüenzas del alcalde relatadas por él; Luz y Nico habían mostrado tener una buena amistad con Martín y no quería tener una relación negativa con sus vecinos.

Cuando acabó el relato, bebió un vaso de agua y se retrepó en la silla para descansar los brazos sobre la barriga. De nuevo, como era norma en su vida actual, la había agotado una actividad que no debería haberle supuesto ningún esfuerzo. Si ahora se cansaba con solo hablar, ¿qué sería lo próximo, cansarse durmiendo? ¿O respirando?

—Es increíble que esa mujer haya sido capaz de regresar —dijo de pronto Nuria.

—¿Cómo? —se sorprendió Fede. Laura se incorporó con la misma expresión de sorpresa que su marido.

Nuria miró a Luz y se encogió de hombros, sin entender la causa de sus reacciones, y esta le respondió con una mirada que a nadie le hubiera sorprendido que se hubiera convertido en dos rayos láser que hubieran hecho explotar a su invitada.

—¿De qué está hablando? —preguntó Laura a cualquiera que pudiera responderle, centrándose más en Luz debido a su reacción.

—No quise decir nada para que no os asustarais —dijo Luz en un tono bajo, dejando su copa de vino con suavidad sobre el mantel, cerciorándose de que no dejara un cerco líquido—. Vuestra casa ha estado deshabitada durante el último año y medio, supongo que es algo que ya sabíais, conociendo lo que le gusta hablar a Martín. —Laura intentó recordar si en algún momento lo había mencionado ya que en su memoria no había nada parecido, pero al ver a Fede asentir llegó a la conclusión de que se lo contaría cuando los recogió en coche en la carretera tras el accidente del primer día—. Y si estaba deshabitada es porque su anterior inquilina, la misma mujer que entró en vuestra casa la otra noche, sufrió un episodio psicótico y tuvo que ser ingresada.

Laura abrió la boca para decir algo pero sus palabras se encallaron en la garganta. No sabía si debía estar aterrada porque la mujer podría volver si se

escapaba de nuevo, cabreada porque le hubieran ocultado un detalle de ese calibre, o aliviada porque Luz le daba una respuesta a por qué la mujer recorrió un trayecto tan largo para ir a parar a su sala de estar.

—¿Cómo sabes que era la misma mujer? No la viste —preguntó Fede. Su rostro sí que denotaba cierto enfado.

—Porque trabajo en el Centro Naredo. ¿No lo había mencionado? —respondió Luz, alzando las cejas. Miró a su marido, quien le contestó con un sencillo y desganado encogimiento de hombros. El hombre estaba deseando que todo el mundo se fuera a sus respectivas casas y no se molestaba en disimularlo.

No lo había mencionado, no. Y habría sido irrelevante en otras circunstancias. Pero Laura no pudo evitar preguntarse por qué ni siquiera ella se dignó a darle alguna información en referencia a la mujer. O por lo menos pedirles disculpas en nombre del centro (lo que nadie se había molestado en hacer) y asegurarles que no se repetiría algo similar bajo ninguna circunstancia. No tenía sentido que no le hubiera dedicado una sola palabra sobre el suceso. Entendía aunque no compartía la actitud de Martín, incluso suponía que la policía no tendría libertad para compartir ciertos detalles, pero ¿ella? Le costaba mucho aceptar que hubiera sido una simple omisión por su parte, que no hubiera alguien detrás manejando sus interacciones con ella. ¿Fue por una directriz del centro, de sus jefes, o su amigo Martín le pidió que no hiciera ningún comentario al respecto? Fuese lo que fuese iba a intentar conseguir el máximo de información de ella. Sentía que se lo debía.

—¿Qué le pasó a esa mujer? —preguntó.

Luz resopló de forma que ella creyó disimulada, pero que no le pasó desapercibida a Laura.

—Como he dicho, un episodio psicótico grave —respondió Luz, quitándole importancia. No se sentía cómoda hablando de ello, solo había que ver cómo variaba su postura en la silla—. Lo siento, como comprenderás, no puedo discutir detalles personales de los pacientes del centro.

A Laura le sonó a una pobre excusa, una forma de eludir el tema e intentar reconducir la conversación a otros asuntos más banales. No le estaba preguntando por lo que ocurría dentro del centro, por lo que fuera que hicieran para controlar, ayudar o intentar sanar a esa mujer. No le interesaban sus métodos, ni la vida que llevaban los pacientes en el centro. Le preguntaba por algo que había sucedido antes, en su casa, algo de lo que Luz tuvo que ser testigo y debería poder hablar sin incurrir en una falta que le supusiera problemas en su trabajo. Laura no se iba a conformar con una respuesta que no le ofrecía

respuestas, iba a continuar insistiendo hasta obtener lo que quería, pero no necesitó hacerlo.

—Ya te lo cuento yo —dijo Nuria. No hizo caso de una nueva mirada asesina de Luz. No había duda de que era una mujer a la que le gustaba hablar, a poder ser creando conflictos que le añadieran una chispa a su vida. Por lo que Laura sabía, no trabajaba y se pasaba el día entero en casa, la mayor parte del tiempo con la única compañía de un gato de piel anaranjada que pasaba muchas horas rondando el exterior de la casa, como si quisiera alejarse de ella.

—Creo que deberíamos respetar la intimidad de un paciente —dijo Luz. ¿Por qué se empeñaba en evitar que le contaran la historia de la mujer?

—No es mi paciente —replicó Nuria, cortando de raíz cualquier protesta futura que se respaldara en el mismo razonamiento. Apoyó los codos en la mesa y bebió un sorbo minúsculo de vino, reclamando los oídos de todos. Laura dio gracias por la típica vecina cotilla—. Esa mujer, que se llama... ¿Cómo se llamaba? Ainhoa algo, creo. Bueno, esa mujer se mudó a Ludueña con su marido hará cosa de dos años. Estaban recién casados, creo que lo hicieron un par de meses antes de la mudanza. Era una pareja joven que a todos los vecinos nos parecieron muy simpáticos y dicharacheros en un primer momento. —«¿Quién emplea hoy en día la palabra dicharachero?», se preguntó Laura en medio del relato; no dejaba de olvidarse de que se encontraba en un mundo muy distinto al que había vivido durante los últimos diecisiete años—. Pero nada de eso. Eran muy ariscos, desagradables incluso en muchos momentos. No se relacionaban con nadie, no intentaban crear un vínculo con el pueblo, algo de vital importancia en un lugar como este, si me preguntas a mí. Si no, ¿para qué te vienes a vivir a Ludueña? Si quieres pasar desapercibido y vivir alejado de la interacción humana, vete a una gran ciudad, ahí nadie te hace caso.

Paró un segundo, como esperando a que alguien se atreviera a ratificar lo que acababa de decir. Laura no quería interrumpirla ni comentar nada que la hiciera alejarse de la historia principal; lo que quería era darle un empujón para que avanzara más rápido y no diera rodeos. Sobre todo porque Nuria estaba disfrutando de la atención que no solía atraer y la intentaría mantener durante largo rato.

—La cuestión es que los oíamos gritar constantemente —continuó—. Pero no unos gritos cualquiera: insultos que hacían retumbar hasta las paredes de mi casa. La policía tuvo que acudir en más de una ocasión porque muchos nos temíamos que los gritos se convirtieran en algo más. Recuerdo que el marido siempre gritaba: «¡Está loca! ¡Está loca!». Parece que tenía razón. —Se le

escapó una risita incómoda para los demás y se aclaró la garganta—. Al final sucedió lo esperado: se separaron a los pocos meses de llegar. El marido se largó, a saber a dónde. Tras eso, la mujer empezó a perder la cabeza. La oíamos gritar sola en su casa, a cualquier hora, aunque fuera medianoche. Hasta que un día salió de casa en ropa interior con un cuchillo en la mano, gritando «¡no me quitaréis a mi bebé!», pero si alguna vez estuvo embarazada, no había signos de ello, que yo recuerde. Y, bueno, lo siguiente ya lo sabemos, acabó en el Centro Naredo hasta que se escapó el otro día.

—En ropa interior y con un cuchillo... ¿No publicasteis nada de eso en la revista? —preguntó Maite, con un brazo por encima de los hombros de Claudia—. Parece una historia que a la gente le hubiera gustado leer. A mí me habría gustado leerla en su momento.

—No recuerdo que publicáramos nada —dijo Claudia, frunciendo el ceño, tratando de recordar—. ¿A ti te suena, Diego?

Diego negó con la cabeza.

—Sí que recuerdo que me dijiste que había perdido la cabeza, pero no entraste en detalles —dijo señalando a Luz.

—Bueno, no me parecía necesario regodearse en las miserias de esa pobre mujer.

—Yo lo que veo extraño es que la noticia no se extendiera por todo el pueblo —dijo Maite, provocando que más de uno asintiera—. Aquí todos nos enteramos de todo.

—Se la llevaron con mucha discreción.

Laura se alejó de la conversación. Solo oía la música de fondo. En su cabeza le daba vueltas a las dos historias que le habían contado en los últimos días, la de Diego y la de la mujer a la que ya podía poner nombre, Ainhoa. Había ciertas similitudes entre ambas que le provocaron un cosquilleo que solía aparecerle cuando detrás de los hechos intuía una historia mayor. En ambas había fricciones entre la pareja; una acabó con agresión y suicidio, la otra con la separación. En ambas, alguien se había sumido en la locura. En la historia de Diego, la mujer estaba embarazada; Ainhoa decía haberlo estado y Laura tendía a creerla. Y, por último, y quizá más importante, ninguna de las dos historias había trascendido más allá de los que las presenciaron.

Sentía que había algo que se le escapaba entre los dedos, algo que su mente cansada no era capaz de ver. Levantó la cabeza y se dispuso a recabar más información, pero debía haberse abstraído durante bastante tiempo porque la conversación había vuelto a las anécdotas sobre Diego. Se guardó lo que fuera a

preguntar, algo que ni siquiera había decidido cuando hizo el intento. Ya tendría tiempo para ello. Ahora lo mejor que podía hacer era disfrutar de la última noche de su amigo en Ludueña.

Sangre

Laura miró resignada la hora luminosa en el despertador que tenía a su lado. Un cuatro y dos ceros en un rojo demasiado brillante. Otra noche más con los ojos clavados en las sombras del techo blanco de la habitación. ¿Por qué le costaba tanto dormir más de tres horas seguidas? No podía culpar siempre a las pesadillas, no cuando ya había conseguido controlarlas, y su perpetuo cansancio debería ser suficiente para sumirla en un sueño profundo. Pero sus ojos seguían abiertos y despiertos, absorbiendo tan poca luz como había.

Se sentó en el borde de la cama, pensando en qué le ayudaría a dormir. Lamentó no poder tomarse una pastilla de apoyo al sueño. Se levantó, se puso la bata, esta vez sí era la suya, y se asomó a la ventana, la persiana a media altura. La niebla había regresado a su hábitat natural, ocupando las calles de un pueblo que se convertía en fantasma a altas horas de la noche. Observó cada rincón de la calle que la niebla le permitía ver, buscando una figura oculta que la acechara; no podía evitarlo, sus ojos se movían sin que ella les enviara una orden consciente.

Pensó que un paseo por la casa no le haría ningún daño, o más bien se obligó a pensarlo, ya que la última vez no había sido la más tranquila. Aunque era imposible que se repitiera la historia, era imposible que la misma mujer, la tal Ainhoa, hubiera podido regresar. No había nada que temer. Nada. Pero sus pies no se atrevían a cruzar el umbral de la puerta de su habitación, se estampaban contra un muro invisible.

Se reprendió a sí misma por ser tan estúpida, por dejar que el miedo la venciera. Esa era su casa, el hogar en el que iba a crecer su hija, cuyo nombre todavía no había decidido a pesar de la insistencia de Fede. Ella mandaba entre esas cuatro paredes, no una mujer que vivió ahí unos cuantos meses hacía más

de un año hasta perder el juicio.

Salió de la habitación, segura, afianzando cada paso sobre el parqué. Llegó hasta las escaleras. Miró abajo siguiendo la luz de la luna que entraba por el lucernario. Vacío y silencio. Lo esperado, lo normal. Sus piernas dudaron, pero ella hizo caso omiso de sus dudas y las obligó a moverse, a pisar el primer escalón y luego el siguiente, y así hasta bajar a la planta baja. Se detuvo, la puerta principal de la casa frente a ella, el exterior neblinoso velando los miedos acechantes. Notó el temblor creciente de sus huesos. Apretó los puños, no podía permitirse temer a su propio hogar. No era suficiente con abandonar su habitación y la compañía de Fede para recorrer la oscuridad de la casa, necesitaba ir un paso más allá. Necesitaba salir y enfrentarse a sus ridículos miedos. Necesitaba comprobar que no había nadie aguardando oculto. Ainhoa no iba a regresar.

Abrió la puerta y salió al exterior. Estuvo tentada de coger el paraguas para emplearlo como arma, pero eso equivaldría a admitir que sus miedos eran reales. Dio dos pasos y se plantó, rodeada de lenguas de niebla, inspirando. «Aquí estoy», dijo mentalmente, invitando a su atacante a actuar. Permaneció inmóvil varios minutos, ajena al frío otoñal, en una posición retadora pero demasiado expuesta, lo suficiente como para asegurarse de su soledad. Nadie respondió a su reto.

Regresó al interior. Miró a la sala de estar, segura de que no habría una figura esperándola, tan solo la negrura de la noche. Pero se le escapó un resoplido al confirmarlo. Luego lo que se le escapó fue una risa nerviosa al pensar en lo que le diría Fede si la viera, en lo que se diría ella misma si se viera.

Entró en la cocina y encendió la luz; le había entrado hambre de golpe, lo más seguro que a causa de los nervios. Tres pequeñas lámparas colgantes la iluminaron de un tono blanquecino. Cogió un cuchillo del cajón, sin preocuparse del ruido que hacía; Fede necesitaría algo más fuerte para despertarse, como gritos continuos o una bomba. Se sentó en uno de los taburetes que había alrededor de la isla central y destapó el bizcocho de limón que descansaba en el centro de esta, envuelto en un trozo de papel de plata. El hambre aumentó hasta salirse de los medidores cuando cortó un buen pedazo y le dio el primer bocado. Tenía un sabor fino y una textura esponjosa que amenazaban con romper su fuerza de voluntad para acabar comiéndoselo entero.

El bizcocho se lo había dado Luz al final de la cena de despedida de Diego. Su vecina había hecho uno para cada pareja que había asistido, mostrando su pasión por la cocina y en especial por la repostería. Se dijo que quizá debería

dedicar unos minutos a conocer mejor a unos vecinos que la habían recibido con los brazos abiertos, incluso a alguien como Nico que no abría la boca. No estaba acostumbrada a relacionarse de esa forma con personas cuyo único punto en común era el lugar donde vivían; en la capital, las conversaciones más profundas con vecinos tenían siempre como tema motivador al tiempo o a algún elemento comunitario que había que reparar. Había olvidado sus raíces, tan distintas a las de su adultez, pero aún estaba a tiempo de recuperar ciertos comportamientos que la ayudaran a readaptarse.

Se acabó el trozo de bizcocho, acompañado de agua del manantial para facilitar el paso por la garganta de los grandes pedazos que mordía, y controló la tentación de un segundo, pero lo dejó descubierto por si más adelante le vencía. Se tumbó en el sofá, cubierta con una manta, mirando hacia el exterior a través de la ventana, la persiana levantada y las cortinas abiertas. Declinó regresar a una cama que a día de hoy no aportaba nada a su descanso. Puede que otro lugar y una barriga llena hicieran su efecto.

Cerró los ojos. Y durmió.

Pero no supo cuánto, aunque la oscuridad de la noche le ofrecía una pista sobre lo poco que había sido. Sentía un dolor terrible en la zona de la barriga, un dolor indescriptible que se extendía al resto del cuerpo. Sudaba, notaba los músculos ateridos, los brazos y las piernas pesados. La sala le daba vueltas. Respiraba a un ritmo mucho más elevado del normal, como si no inhalara suficiente aire. Se incorporó y consiguió levantarse. Fue hacia la cocina. Los pies se le enganchaban al suelo, dificultando en exceso el corto trayecto.

Encendió la luz y maldijo al bizcocho; no podía ser otro el culpable de su mal estado. Quizá llevara cacahuete o algún producto caducado. Abrió el grifo, bebió agua y se remojó la cara y el cuello. Ahora, además, tenía mucho calor. Se tocó la frente con una mano para comprobar que estaba ardiendo. Rezó para que nada de eso afectara a la niña, no podía perder a otro hijo nonato.

Rodeó la isla central, apoyándose con una mano, descargando todo el peso en esta. Sus síntomas empeoraban por momentos, a la vez que su preocupación crecía. Se mareó. Su mano tocó el plato del bizcocho y perdió fuerza. Las piernas le fallaron y cayó, primero contra la isla de mármol y luego al suelo, arrastrando con ella el bizcocho, que acabó aplastado y desperdigado contra el pavimento. «Justicia divina», pensó, viendo la masa informe en que había quedado.

Apoyó la espalda contra la puerta de un armario. Cerró los ojos y se concentró en su respiración, las manos suaves sobre la barriga. Por un instante, sintió que

la tan ansiada calma acudía a ella. Pero entonces notó las manos húmedas por algo distinto al agua, un líquido caliente. Abrió los ojos y las miró. Un grito murió en su garganta, incrédula ante lo que veía.

Sangre.

Se limpió las manos en la bata, tiñéndola de un tono carmesí. El pijama ya no mostraba ninguna hebra de su color original alrededor de la barriga. La sangre comenzaba a pintar el suelo. ¿De dónde surgía el sangrado? ¿Estaba sufriendo un aborto? No, daba la impresión de que provenía de la barriga.

Se repasó el cuerpo sollozando, esperando estar equivocada. Se habría cortado sin darse cuenta al caerse; el cuchillo que había empleado estaba junto al bizcocho aplastado. Pero la sangre manaba de la barriga, ahora a borbotones.

Gritó desesperada, gimió, temblando el cuerpo entero. El dolor había desaparecido y ya no se sentía agotada. Lo único que restaba era la sangre, de un rojo infernal, espesa y líquida al mismo tiempo. Se quitó la bata y presionó sobre el origen de la hemorragia para frenarla.

Permaneció sentada, sin saber cómo actuar, llamando a Fede sin fuerza en la voz. No entendía por qué le estaba ocurriendo algo así a ella, por qué el destino se reía en su cara y la había llevado a un nuevo hogar para repetir desgracias del pasado. Se merecía ser feliz, pero el mundo pensaba de otra manera.

Rezó, como hacía tantos años que no rezaba. Ni siquiera recordaba cómo debía hacerlo. Pero sus plegarias tuvieron que surtir efecto porque en ese momento apareció Fede en el umbral de la puerta.

—Joder, Laura... —dijo, en pantalones de pijama y camiseta negra, con rostro de cansancio y de desconcierto.

Se agachó junto a ella. Le secó primero las lágrimas de la cara, aunque a estas las sustituían otras al instante. Luego comprobó cada parte de su cuerpo, poniendo especial atención en las zonas que más afectaban a su hija, apartando para ello la bata hecha una bola sobre la barriga. Sus ojos se fueron directos hacia el bizcocho y un brillo de preocupación apareció en sus pupilas cuando divisó el cuchillo.

—¿Te has cortado? ¿Te has caído? ¿Qué te ha pasado? —preguntó Fede muy seguido, sin descanso entre cada pregunta.

—La sangre... —respondió Laura, mostrándole las palmas de las manos rojas, sus hombros subiendo y bajando con el llanto.

—¿Dónde tienes sangre?

Laura no comprendió la pregunta, no debía haberla oído bien.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—¿Por dónde estás sangrando?

—¿No lo ves?

Le puso las manos frente a la cara, tan cerca que estaba segura que se colmó del aroma del líquido rojo. Fede le cogió las manos y las examinó.

—Aquí no tienes nada.

Laura se miró de nuevo las manos, la sangre resbalando por las palmas. ¿Por qué no la veía? Luego se centró en su barriga, el chorro surgiendo sin freno. Su hija no podría sobrevivir a eso, no llegaría a conocerla, a tenerla en sus brazos, a oír su risa, a verla crecer.

—La niña... Tanta sangre...

—Laura, ¿de dónde sangras? —volvió a preguntar Fede, colocando con suavidad sus manos entre las suyas.

Laura se lo quedó mirando unos segundos, los ojos bien abiertos, el labio inferior temblando. Hasta que explotó de rabia:

—¿Por qué no lo ves? ¿Por qué no haces nada? —Cerró los ojos y negó con la cabeza. Le golpeó en el hombro—. Toda esta sangre de la barriga... La niña... La niña...

Fede le levantó la camiseta del pijama y le pasó una mano fría por la barriga. Laura apenas sintió su tacto.

—Está bien, no tienes nada —dijo Fede, sentándose a su lado y abrazándola.

—Pero la sangre...

—No hay sangre, Laura. —En su voz había firmeza, tratando de enmascarar la preocupación patente en sus ojos—. Sea lo que sea que ves, te lo estás volviendo a imaginar.

—Pero...

El chorro seguía surgiendo de su barriga como de una tubería rota. Un chorro eterno, indoloro. ¿Por qué no le dolía? ¿Había perdido la sensibilidad en la zona? ¿O era verdad que se lo estaba imaginando? Pero no le encontraba sentido alguno, ahora no había una nube de niebla creando formas para engañar a su cerebro. El rojo oscuro de la sangre que la rodeaba era tan real... En su cuerpo, en sus manos, en la ropa, en el suelo. Estaba envuelta en color carmesí. No podía estar imaginándose su tacto caliente, o el sonido que creaba al abandonar su cuerpo. No podía...

Pero Fede no la veía. Igual que no vio ni oyó al bebé en la carretera. Y si él no veía nada...

Cerró los ojos y se perdió en el abrazo de su marido. Quería creerle, él no mentiría. Por eso se obligó a aceptar su palabra, a aceptar que era todo producto

de su imaginación, que su mente le estaba fallando de nuevo. Que su pequeña estaba a salvo en su interior y ninguna de las dos corría peligro.

Pero seguía sintiendo la sangre y sabía que ahí seguiría si abría los ojos. Y no podía permitirse volverse loca. No podía convertirse en la mujer que se cuela en una casa ajena reclamando una hija que quizá ya no exista.

Hundió la cara en el pecho de Fede y dejó que pasara todo el tiempo que hiciera falta. Solo tenía que confiar, escuchar su voz. Él la protegería. Él la mantendría en la realidad.

Los otros

—Tendrías que haberte tomado el día libre —dijo Diego tras seguir a Laura al que desde hoy era ya su despacho, y solo de ella.

—¿Has hablado con Fede? ¿Te ha contado lo que pasó? —preguntó Laura. Pero ya conocía la respuesta, por lo que se respondió a sí misma—. Por supuesto que has hablado con él.

—Está preocupado por ti. Y si te soy sincero, yo también lo estoy.

Ella también estaba preocupada. Por su salud mental. Por lo que le depararía la noche. Por lo que crearía la niebla para jugar con ella. Por el futuro. Estaba preocupada porque no encontraba explicación a sus alucinaciones. Podría achacar la última a un bizcocho contaminado por algún producto en mal estado, quedarse con la respuesta fácil, pero algo en ella le decía que no era tan sencillo. Solo esperaba que fuera algo que pudiera controlar, que no se tratara de un deterioro de su mente sobre el que no tuviera ningún poder y no fuera reversible.

—¿Tú no te ibas hoy? —dijo Laura, demasiado arisca, aunque en realidad no fue una pregunta, más bien una afirmación para que Diego entendiera que debía olvidarse del tema.

—Por la tarde —respondió Diego en un tono que indicaba que no era la primera vez que se lo decía. Se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta—. Deberías ir al médico. Tiene que haber una razón para lo que viste.

—Gracias, Diego, ya tengo un marido para que me diga lo mismo que tú.

Encendió el ordenador y se puso a ojear unos papeles que tenía sobre la mesa. Ni siquiera los leyó, solo esperaba que él se diera por aludido y apartara de una vez por todas el tema de sus alucinaciones o lo que fuera que sufrió.

—No está de más que alguien te lo repita —insistió Diego—. Deberías asegurarte de que no tienes ningún problema grave. Y que la niña está bien.

—Estoy bien... Estamos bien. Y tú deberías dejar de decirme lo que debería o no hacer. Creo que ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones.

—De acuerdo, como quieras. Era solo una sugerencia.

Diego levantó las palmas de las manos y agachó la cabeza, tras lo que se sentó en la silla del lado contrario del escritorio.

—Si te quedas, ayudas —dijo Laura sin levantar la mirada de los papeles que no le servían para nada.

—No tengo nada mejor que hacer. Y siempre he pensado que se me da muy bien molestar. —Mostró todos los dientes en una amplia sonrisa.

—En eso estamos de acuerdo. ¡Claudia! —llamó de pronto Laura, provocando un pequeño respingo en Diego.

La mujer, con una capa más de maquillaje de lo normal y un jersey amarillo llamativo con extraños patrones dibujados, asomó la cabeza por la puerta. Masticaba una galleta de chocolate pasas de la que todavía le quedaba media en la mano.

—Necesito que me pases todas las noticias sobre desapariciones que haya habido en el pueblo durante los últimos cinco años —le pidió Laura—. Y cualquier noticia relacionada con mujeres embarazadas.

—De los sucesos de sociedad se encarga Aitor —respondió Claudia.

—Muy bien.

Laura levantó las cejas y señaló con la cabeza hacia donde estaría Aitor, invitando a la mujer a trasladar su petición. Claudia dio un pequeño saltito y dio media vuelta. Laura aguardó hasta escucharla repetir las mismas palabras que le había dicho.

—No seas muy dura con ella, no encontrarás a nadie mejor —dijo Diego.

—No lo soy. Lo que soy es su jefa.

—Aun así... Bueno, ¿qué tienes en mente? —preguntó Diego, a lo que Laura optó por no responder hasta que tuviera frente a ella todas las noticias que había demandado para poder hacerse una idea global de lo que le rondaba por la cabeza.

En realidad no sabía si su petición tenía algún sentido. Pero necesitaba ocupar sus pensamientos con algo que la alejara del recuerdo tan vívido de la noche anterior y del llanto del niño de la carretera, que había regresado como un virus para agarrarse a sus oídos hasta hacerle perder la paciencia y algo más. Había recordado un comentario que hizo Ainhoa, la mujer que vivió antes en su casa y se había colado en ella días atrás, un comentario que no le había pasado desapercibido en su momento, aunque no le había dado mayor importancia ya

que lo más probable era que se tratara de los desvaríos de una mente enferma. Pero fue un comentario que activó algo en Laura, esa señal que la animaba a investigar, que le gritaba que detrás había una historia que descubrir y contar. A veces la señal se convertía en algo mucho más grande e inesperado, y a veces la señal fallaba, la historia no era más que humo o era como buscar agua en el desierto, y en el fondo creía que este sería uno de esos casos y solo hallaría arena, pero necesitaba mantenerse ocupada, sentirse útil y, por encima de todo, necesitaba confirmar que el encuentro con Ainhoa había sido un suceso aislado, que sus palabras y el comportamiento de Martín obedecían a lo que parecía obvio. Quizá así, poniendo punto y final a uno de los sucesos que había sufrido y no abandonaban sus pensamientos, conseguiría una cierta tranquilidad que el pueblo le había denegado desde que llegó. Quizá las alucinaciones se volverían más permisivas con ella.

O quizá lo único que conseguiría sería perder el tiempo de todos y negar y alargar lo evidente, que el problema estaba en ella y era más grave de lo que estaba dispuesta a admitir.

«Me la quieren quitar, como hicieron con los otros», era la frase que recordaba de forma clara, con la voz desesperada de Ainhoa. En especial esa mención a «los otros» que había surgido de la nada en su atropellado discurso. ¿Quiénes eran esos otros? ¿Por qué los había mencionado? ¿Había algo de verdad tras sus palabras? ¿Podía tomarse en serio lo que decía una mente como la suya?

La respuesta parecía muy sencilla: un rotundo no. Si esa mujer pasaba sus días encerrada en el Centro Naredo era porque su discurso y sus actos no eran muy fiables para la sociedad, y en su caso, además, como quedó demostrado en su casa, porque podía suponer un peligro incluso para ella misma.

Pero luego llegaron las historias. Primero la que le contó Diego para mostrarle al verdadero Martín Cuadra, la persona que ella ya había intuido y después había presenciado en primera persona, y luego la de la propia Ainhoa. Y, sobre todo, las coincidencias entre ambas. Para la mayoría no serían suficientes coincidencias para llegar a las mismas conclusiones que ella, para la mayoría no serían más que dos casos aislados con algún punto circunstancial en común, pero su olfato la había situado en una dirección y pretendía seguirla hasta el final. Siempre lo hacía, siempre seguía las historias hasta que ya no podían ofrecerle nada, hasta que descubría cada detalle, por muy irrelevante que fuera, o hasta que descubría que no había nada que descubrir. Y ahora que era su propia jefa, no tendría que rendir cuentas a nadie por un tiempo perdido.

Casi media más tarde, Aitor depositó en su mesa un pequeño fajo de papeles que había impreso con artículos antiguos publicados en la revista. Descartó los dos primeros y formó una pila a la izquierda: el primero porque se refería a una entrega de premios, y el segundo porque la mujer embarazada era testigo de un incendio en una casa vecina. El tercero hablaba de una desaparición y lo puso a la derecha, el inicio de una pila de artículos a repasar con más detalle.

—¿Me cuentas ahora qué tienes en mente? —insistió Diego—. Me aburro.

—Juega con el móvil, así te entretienes —dijo Laura, realizando un gesto desganado con la mano.

—No tengo juegos.

—¿No? Recuerdo que te encantaban los videojuegos.

—Tú lo has dicho: videojuegos. —Meneó el móvil como si le molestara en la mano, un modelo un tanto desfasado y con roturas y grietas por todas partes—. Estas cosas son demasiado simples para un intelecto tan privilegiado como el mío.

—Yo creo que no se te dan bien —dijo Laura con una sonrisa de burla.

—Pues no lo sé, no los he probado nunca. —Diego se encogió de hombros y dejó el móvil sobre la mesa—. Vamos, déjame ayudarte.

—Un minuto.

Laura terminó de clasificar los artículos en las dos pilas. La de la izquierda se fue directa a la papelera, un montón de papel malgastado. En la de la derecha solo había tres hojas. Luego se aclaró la garganta y le contó a Diego lo que había motivado su petición de artículos.

—¿Eso es todo? —dijo Diego cuando terminó, recostándose en la silla. Emitió un sonido gutural de disconformidad.

Laura frunció el ceño.

—¿No te parece suficiente? —preguntó ella. Era consciente de que todo estaba pillado con pinzas pero esperaba que al menos Diego apoyara que su teoría (si es que podía llamarla así) era merecedora de investigación.

—A ver, sí que hay aspectos comunes en ambos hechos pero no sé si se podría hablar de un patrón como para buscar otros hechos similares. Si nos fijamos tanto en los detalles, sacaríamos aspectos comunes a casi todo.

—Mujeres embarazadas que tienen problemas con sus parejas y cuyas historias intenta ocultar Martín, ambas en el mismo pueblo. A mí me parece un patrón.

—Dos hechos similares no forman un patrón. Necesitas algo más.

—En eso discrepo.

—Además, no hay forma de saber si Ainhoa estaba de verdad embarazada cuando su marido se marchó y ella se volvió loca.

—Yo creo que sí lo estaba —dijo Laura, segura de ello tanto en su voz como en su cabeza.

—Y te basas en... —dijo Diego, invitándola a exponer sus razones.

—En cómo hablaba de su hija. Detrás de toda esa locura había mucho dolor real, la clase de dolor que es imposible fingir, por muy mal que te funcionen las conexiones. Es un dolor indescriptible, un dolor que a veces ni siquiera el tiempo es capaz de curar. Se puede enmascarar, se puede apartar a un rincón de tus pensamientos. Se puede cubrir con muchos recuerdos alegres, con muchos parches, esconderlo en lo más recóndito de tu ser, pero sabes que siempre estará ahí, luchando por escapar. Y sabes que en cualquier momento conseguirá escapar aunque sea por un segundo y se apoderará de ti sin remedio. Por desgracia, conozco bien ese dolor, y por eso sé lo que vi en aquella mujer.

A Laura le embargó la tristeza de pronto. Hablar de su propia experiencia con el dolor no hacía sino rebrotarlo y sacarlo a la superficie. Se acarició la barriga, intentando transmitirle seguridad a la pequeña, y a sí misma. Diego le mostró una suave y sincera sonrisa de comprensión y de apoyo, y en sus ojos podía ver una tristeza diferente, la de la compasión.

—Puede que el dolor no fuera fingido —dijo Diego—, pero quizá es solo porque ella tiene demasiado interiorizada la pérdida de una hija que no fue tal. Quizá, cuando su marido la abandonó, su demencia creó un episodio distinto como sustitución que con el tiempo llegó a creer real. No sabemos cómo funciona su cabeza, no sabemos cuántas neuronas sin control navegan ahí arriba.

—Tal vez, pero voy a trabajar con la hipótesis de que sí estaba embarazada. No es la primera vez que trabajamos con hipótesis que nos llevan a una solución real.

—En eso te doy la razón. Pero creo que en este caso estás viendo fantasmas donde solo hay una sábana.

—Puede. —Laura se encogió de hombros—. Pero solo hay una forma de comprobarlo.

Ordenó los tres artículos que tenía frente a ella de más antiguo a más reciente y centró su atención en el primero de ellos.

—Lo firma un tal Juan Pérez —dijo.

—El anterior director de la revista. Se jubiló hace cuatro años y se fue a vivir a Benidorm o algún sitio de esos llenos de abuelitos disfrutando de su vejez.

—¿No se encargaba Aitor de este tipo de noticias?

—Ahora sí, pero entonces yo era el único de los aquí presentes que trabajaba en la revista. Acababa de empezar y no me lo tomaba demasiado en serio, lo veía como algo para unos pocos meses. Así que no me acuerdo mucho de esos primeros días.

Se trataba de una noticia de cinco años atrás, de la edición de septiembre. En ella se relataba la desaparición de un hombre de treinta y ocho años en los bosques que rodeaban Ludueña tras una excursión que había realizado en solitario para recolectar setas una semana y media antes de la publicación. Las causas de su desaparición eran desconocidas, así como si había otras personas implicadas, y no se había encontrado ningún rastro de él en las batidas que había realizado la policía ni ninguna pista que pudiera indicar su paradero. La noticia continuaba explicando que, aunque no lo habían declarado de forma oficial, la policía trabajaba con la hipótesis de que el hombre había fallecido en algún accidente tras desorientarse por el bosque. Dejaba atrás mujer, de treinta y cinco años, y un hijo de dos meses. La noticia concluía explicando que la mujer había puesto la casa en venta y se había mudado con sus padres, dejando el trabajo de la venta a una inmobiliaria. Nadie del pueblo la había vuelto a ver desde entonces.

—Esa mujer no estaba embarazada —apuntó Diego. Miraba algo en el móvil sin demasiado interés.

—Acababa de dar a luz. Viene a ser lo mismo —dijo Laura, apartando la hoja a un lado—. ¿Cuántos años lleva Martín siendo el alcalde?

—Este es su segundo mandato, por lo tanto... —Diego hizo cálculos con los dedos de las manos, mordiéndose la punta de la lengua; los números no eran su fuerte—. Seis años. Pero hace muchos más que tiene un puesto en el ayuntamiento, no sé cuántos.

—Es decir, que ya lo era cuando esto sucedió.

—Y la noticia se publicó, así que no corresponde a tu patrón.

—No sabes si intentó evitarlo. Puede que tu antiguo jefe no le hiciera caso y decidiera publicarlo a pesar de las objeciones del alcalde. Y que eso adelantara su jubilación.

—Vale, no lo sé —admitió Diego a regañadientes.

—Por lo tanto, no podemos descartarlo. La cuestión es que tenemos otra pareja con niño de por medio que acaba separada debido a un suceso excepcional y nadie los ha vuelto a ver desde entonces.

Laura repasó el segundo artículo, publicado dos meses más tarde, pero acabó por descartarlo. Contaba la historia de una mujer que había desaparecido en el

bosque para regresar tres días después sin ningún recuerdo de lo que le había ocurrido pero en buen estado de salud.

El tercer artículo, sin embargo, no lo descartó. Se publicó en junio del año siguiente. Escrito por una mujer que ya no trabajaba en la revista, relataba la crónica de un accidente que se había saldado con dos muertos en la carretera de acceso al pueblo, la misma en la que Laura había visto el carrito. Un turismo marca Renault se había salido de la carretera por causas desconocidas y había dado dos vueltas de campana hasta acabar empotrado contra un árbol cuyo tronco había partido. En el coche viajaba una joven pareja, él de veintiocho años y ella de veintinueve y embarazada de cuatro meses. Ambos habían sobrevivido en un principio al accidente, pero ambos sucumbieron a las heridas más tarde. El hombre había fallecido durante el trayecto en ambulancia, mientras que la mujer lo había hecho horas después en la sala de operaciones, en el centro Naredo, el más cercano al accidente. Al parecer era una pareja muy apreciada por sus vecinos y le habían realizado un homenaje en su casa...

Laura paró de leer. Se quedó boquiabierta y se le evaporó la saliva hasta secársele la boca. La casa en la que vivía esa pobre pareja era la misma casa en la que había vivido Ainhoa, la misma casa en la que vivía ella ahora.

—¿Por qué no me contaste esto? —preguntó Laura, el rostro marcado en un gesto de enfado.

—Porque no me acuerdo de eso —dijo Diego, encogiéndose de nuevo de hombros—. No pretenderás que recuerde cada noticia, artículo o reportaje que ha aparecido en la revista desde que estoy aquí. Tengo buena memoria, pero no llego a tanto.

—Pero esto sucedió en mi casa. Habría estado bien saberlo. Y tampoco me contaste lo de Ainhoa —le recriminó.

—No sabía quién se había colado en tu casa hasta que Luz lo dijo anoche en la cena. No puedo saberlo todo. No me echas la culpa de esto.

—Está bien, lo siento.

Laura no era capaz de enfadarse con Diego, él le habría contado todo de haber tenido motivos y conocimiento para ello. Su relación siempre se había basado en el respeto y en la sinceridad, y eso no iba a cambiar por mucha distancia y tiempo que pasara.

—Pero no me dirás que no es sospechoso —continuó Laura—. Tres mujeres embarazadas que vivían en la misma casa.

—Es pura coincidencia. Simples casualidades. Un accidente de coche no es sospechoso de nada —dijo Diego, de nuevo descartando cualquier posible

elemento que apoyara la historia de Laura, fuera cual fuera esta.

—Uno, no. Pero te recuerdo que Fede y yo también sufrimos uno en esa carretera.

—Y como el vuestro, ha habido unos cuantos accidentes más, sin embarazadas a bordo, a veces sin mujeres a bordo aunque no te lo creas. Esa carretera es peligrosa cuando cae la niebla.

—Da igual, sigo pensando que no son simples coincidencias todos estos sucesos con mujeres embarazadas. Y mucho menos cuando tres de las cinco mujeres (contándome a mí) han vivido en la misma casa.

—Tres embarazadas y una que acababa de dar a luz —la corrigió Diego—. Seguimos sin saber si Ainhoa lo estaba.

Laura ignoró su corrección, porque de haberle prestado atención le habría corregido a él de vuelta, explicándole otra vez las razones que la llevaron a creer a la mujer. De hecho, ya no oyó nada más de lo que le dijo durante los siguientes minutos. Su mirada estaba fija en la dirección de su casa escrita en el artículo. Leía una y otra vez las palabras, los números. ¿Qué tenía su casa de especial? ¿Estaban de verdad todos esos sucesos conectados? ¿O Diego tenía razón y ella se inventaba y magnificaba las conexiones para crear una historia que era inexistente?

No pudo evitar pensar que volvía a darle forma a la niebla.

Pero no podía detenerse, sentía que necesitaba seguir adelante y ver a dónde la llevaba su teoría. Sentía que era lo que necesitaba para encontrar la paz que tanto se le negaba.

Se levantó y cogió la chaqueta del respaldo de la silla.

—¿Adónde vas? —preguntó Diego, mientras ella se ponía la chaqueta con alguna dificultad para cerrarla.

—Hay un lugar común —respondió Laura.

—Un lugar común —repitió él.

—Puedes acompañarme, si quieres y tienes tiempo.

—Acompañarte a...

—Me voy a casa.

La casa de todas

Laura bajó del coche antes de que Diego lo detuviera, arriesgándose a un tropezón y a una caída del todo innecesaria, y se dirigió como una exhalación hacia la puerta de su casa, sin esperar a que su amigo la siguiera. Se detuvo a buscar durante un minuto las llaves en su bolso, lo que dio tiempo a Diego a alcanzarla.

—¿Qué es lo que esperas encontrar? —preguntó Diego—. En el caso de que tú teoría de la conspiración contra embarazadas fuera cierta (o lo que sea que se ha montado esa cabecita que tienes que a veces no hay quien la siga), dudo mucho que dejaran atrás alguna pista para que la descubras.

—Te he oído la primera vez que lo has dicho —dijo Laura, cansada de que no dejara de repetirse hasta volverse irritante.

—Visto el caso que me haces hoy, no pierdo nada por repetirme.

—Pierdes mi paciencia.

Laura encontró la llave y abrió la puerta.

—Bueno, al menos le saco un beneficio a todo esto. Siempre es un placer ser tu carga personal, o tu persona cargante; no sé cómo suena mejor.—Diego le dedicó una de sus habituales amplias sonrisas, mostrando hasta el último diente de su boca, buscando la complicidad entre ambos, pero Laura ni siquiera se molestó en mirarle a la cara.

Se quitó la chaqueta, la tiró encima del sofá de cualquier manera y entró en la cocina. Respiraba como si hubiera recorrido corriendo el trayecto entre el trabajo y su casa. Llenó un vaso con agua del grifo hasta casi rebosarlo y se lo bebió de golpe. Cuando se lo terminó se quedó inmóvil con el vaso en la mano, mirando la zona en la que la noche anterior estuvo casi media hora abrazada a Fede, llorando y suplicando para que terminara su tormento, su pesadilla despierta. El

suelo estaba limpio, los armarios estaban limpios, y el bizcocho ya había desaparecido de la casa. Pero sus ojos se habían cubierto de una capa que les hacía ver todo en una tonalidad roja, que bañaba el mundo del color de la sangre.

Laura recordaba el surtidor chorreante que escapaba de su vientre como si hubiera sido real. Pero no lo había sido; necesitaba repetírselo para recordarlo. Su cerebro intentó engañarla otra vez, mostrándole imágenes creadas en exclusiva para ella, golpeando donde más le iba a doler, en el miedo a perder otro hijo de la forma más horrible posible. Un miedo que no la había abandonado desde el día en que supo que estaba embarazada por segunda vez, que aguardaba latente para explotar en el momento adecuado, enmascarado por la ilusión del futuro.

—¿Laura? ¿Estás bien? —oyó que le preguntaba la voz de Diego. Parpadeó varias veces muy rápido para despejarse. Diego la observaba apoyado en el marco de la puerta.

—Sí, estoy bien —respondió, tratando de ocultar sus pensamientos. Cambió rápido de tema—. Si quieres tomar algo, tú mismo.

—¿Es muy pronto para una cerveza?

—Te diría que no, pero tu panza me dice lo contrario.

—Muy graciosa, gorda. Es la envidia la que habla, ya que tú no puedes tomarte una.

—Nunca he dicho que no pueda beber cerveza.

—¿Puedes?

—No.

—Bueno, ya te bebiste unos cuantos litros en nuestra época de jovencitos; te vendrá bien descansar unos meses, por tu salud y eso.

Al pasar a su lado, Laura le dio unos golpecitos en la barriga. Con Diego no funcionaban las respuestas cortantes o las miradas recriminatorias. Al final, hiciera lo que hiciera, por mucho que intentara apartarlo o limitarlo, por mucho que se esforzara en ocultarle sus sentimientos o en recriminarle cuando se interesaba en exceso por ellos, él siempre se mantendría a su lado y trataría de sacarle una sonrisa en los malos momentos. Tenía un don especial para leerla sin que ella abriera la boca o lo mirara a los ojos, como si captara el aura que desprendía y le susurrara lo que le pasaba por la cabeza.

—Vale, ¿por dónde quieres empezar? —preguntó Diego.

—En realidad, solo hay un sitio en el que podríamos encontrar algo. El sótano es el único lugar de la casa que no he registrado desde que me instalé —dijo Laura, señalando a una puerta junto a las escaleras de acceso al piso superior—.

Tiene conexión de luz, pero aún no hemos instalado una bombilla. Y no suelo estar en casa durante las horas de sol.

Diego puso mala cara. Parecía estar oliendo algo muy desagradable.

—¿Qué te pasa?

—No me gustan los sótanos —dijo Diego—. Están sucios, húmedos y llenos de gérmenes. Y muchas veces llenos de insectos.

Laura rió.

—Recuerdo que tu habitación en la residencia de estudiantes estaba sucia, húmeda y llena de gérmenes. Y muy posiblemente era el hogar de algunos insectos muy felices. No recuerdo que te molestara entonces.

—Qué quieres que te diga, la gente madura y con los años es más consciente de la suciedad que nos rodea. Lo normal es que uno cambie a mejor.

—Si es algo así, vale, pero no me cambies mucho —dijo Laura—. Me gustaba ese Diego, solo tenía algunas taras de fábrica.

—Sigo siendo el mismo. Guapo, inteligente, divertido, encantador. Solo que ahora soy una versión mejorada. Puedes llamarme Diego 2.0, si quieres. O 3.0. No sé en qué versión de mí mismo estoy en este momento.

—Sí, no creo que eso vaya a pasar.

Laura abrió la puerta del sótano y miró abajo. Unas escaleras empinadas de madera marcaban un camino estrecho entre dos paredes, una de las cuales desaparecía en el último tramo. En la pared de la derecha había una barra de metal acompañando el descenso que funcionaba de apoyo. Bajó los escalones con precaución, sujetándose con fuerza a la barra. La madera crujía bajo sus pies, más de lo que lo hacía bajo Diego; culpa de la carga extra.

El sótano era un espacio muy sencillo. Rectangular, con paredes pintadas de blanco y unas pequeñas ventanas en alto que daban a la zona trasera de la casa, siendo estas las únicas entradas de luz, insuficientes como demostraba la penumbra que gobernaba buena parte del sótano. Fede le había prometido el segundo o tercer día que pondría una bombilla, aunque fuera una lámpara de pie al final de las escaleras, pero todavía estaba esperando que lo hiciera. De hecho, creía que él ya se había olvidado del problema de luz del sótano; hasta ahora solo lo habían utilizado para guardar las maletas vacías, colocadas en un rincón.

En otro rincón, allí donde llegaba algo más de luz, había una estantería con todo tipo de herramientas y recambios y otros elementos, una escalera de mano metálica y un armario bajo de madera lleno de polvo. En este último es donde esperaba encontrar cualquier cosa que la ayudara a avanzar en la investigación. Lo abrió. Era el único armario de toda la casa que, por alguna razón que no

llegaba a comprender, ni siquiera había abierto. Incluso se sentía extraña registrando su interior, como si con ello no estuviera respetando la privacidad de los antiguos inquilinos, como si esa zona no formara parte de su casa. Lo único que sabía por boca de Fede es que estaba lleno de papeles.

El interior del armario estaba dividido con un estante horizontal, creando dos espacios de almacenaje. En el superior había un montón de libritos con grapa apilados unos encima de otros. Laura cogió uno, leyó el título, cogió un segundo, leyó también el título de este. Hizo lo mismo con un tercero. Eran manuales de instrucciones: de la tele, de la lavadora... Nada útil. Junto a estos había amontonadas varias revistas antiguas de prensa rosa. Laura puso cara de asco al verlas. Siempre había temido acabar escribiendo artículos sobre alguien sin importancia que se había liado con otro alguien sin importancia. Por suerte, su vida laboral no había seguido ese camino; de ser así, sí que habría perdido la cabeza mucho antes.

En el espacio inferior había una carpeta de color crema con las esquinas desgastadas y la goma sin elasticidad. La abrió y dentro se encontró una copia de los planos de la casa. Junto a esta había otra carpeta fina de un marrón más oscuro y en mejor estado que contenía el contrato de alquiler de Ainhoa. Estaba solo a su nombre, el del marido no aparecía por ningún lado. Comprobó la fecha en la que se firmó para cerciorarse de que coincidía con lo que le habían contado sobre ella, y le alivió descubrir que en eso no le habían mentido. Al lado de las carpetas había dos blocs de notas sin una sola palabra escrita o raya dibujada sobre un paquete de hojas blancas sin abrir. Y por último, un montón de libros de ficción antiguos también apilados, la mayoría de autores desconocidos para ella. Pero al moverlos, vio que los libros ocultaban otra revista. La sacó y sonrió al ver la cubierta.

—Parece que yo tenía razón, como siempre —dijo, mostrándosela a Diego—: estaba embarazada.

Diego chasqueó la lengua antes de responder.

—Una revista sobre bebés no prueba nada —dijo, mirando de golpe al techo, como si hubiera visto una araña—. Malditos bichos... Además, no sabemos si era de Ainhoa. No se necesita el carné de madre para poder comprarla.

—Se publicó hace más de un año, cuando ella vivía aquí. ¿De quién va a ser, si no?

—Quizá Martín te la dejó como regalo de bienvenida —conjeturó Diego, Laura pudo ver que con muy poca fe.

—Si él me hubiera querido regalar esta revista, no la habría guardado en un

armario en el sótano, me la habría entregado en persona añadiéndole un pequeño discurso para darle más importancia al gesto, en algún momento en que hubiera más personas con nosotros.

—En eso tienes razón.

—Como siempre.

—No siempre.

—Dime una vez que no la tuviera.

Diego pensó durante unos segundos, masajeándose con tres dedos el mentón.

—Ahora me has pillado algo descolocado, pero encontraré una —dijo al fin. Luego dio una palmada que cogió a Laura desprevenida—. Vale, ya has visto que aquí no hay nada, volvamos a La Gaceta.

—¿Volver? —preguntó Laura, sorprendida—. Aún no hemos acabado.

—¿Qué pasa? ¿Hay otro sótano? Porque yo aquí no veo nada más. No me digas que el otro tiene más bichos.

—Aquí, no, pero hay otro lugar donde podemos investigar. —Laura hizo una pausa para aumentar el dramatismo, y porque así pondría nervioso a su compañero; se lo merecía por haber dudado de ella.

—¿Y bien? —dijo Diego, apremiándola.

—El Centro Naredo.

Diego soltó una carcajada y dio un corto paseo por el sótano. Puso una mano en la pared pero la apartó al momento, asqueado, limpiándose de telarañas o de algo que se había imaginado.

—Laura —dijo—, esto ha estado muy bien, ha sido entretenido y una maravillosa pérdida de tiempo. Pero es hora de volver a la realidad. No hay nada que investigar. No hay historia.

Pero Laura opinaba lo contrario. Si Ainhoa estaba embarazada, si ella estaba en lo cierto, sí que había una historia. La historia de una mujer que perdió la cabeza pero nunca olvidó a su hija, que regresó a casa acompañada de sus demonios internos con la esperanza de encontrarla. Y la historia de una niña que, si existía, no estaba al lado de su madre. ¿Dónde estaba la pequeña? ¿Estaba con un familiar? ¿La entregaron en adopción debido a que la madre no era apta para su cuidado? O puede que no sobreviviera a sus primeros momentos de vida, que acabara en una pequeña caja de madera para nunca crecer y conocer el mundo. Muchas eran las posibilidades, y todas dependían de que la niña fuera real. Laura esperaba descubrirlo con su visita al Centro Naredo.

—Mira, Diego, tienes dos opciones —expuso Laura—: la primera, me acompañas al centro, a hablar con Luz o con quien quiera atenderme, y te

aseguras de que no me meta en líos; y la segunda, te vas y me dejas sola, sabiendo que aun sin coche encontraré la forma de llegar allí, y que no habrá nadie para controlarme. Sabes bien que soy muy persuasiva y que eso a veces crea problemas; no creo que sea lo más adecuado para mi estado. Así que tú decides.

Diego gruñó y refunfuñó al darse cuenta de que solo tenía una opción: no podía dejarla sola. Laura lo sabía y había jugado con ello.

—De acuerdo —dijo.

—No esperaba menos de ti. —Sonrió. Diego le replicó con una mueca—. Piensa en esto como en una última aventura conjunta antes de que te vayas.

—Lo que tú digas. Pero prométeme que no intentarás nada extraño, que no empezarás a exponer tu teoría y a acusar a todo el mundo de... —movió la mano buscando algo que decir— lo que sea, y que si nadie nos quiere atender, nos iremos por la puerta de la misma forma que hemos entrado.

—Lo prometo.

—Enséñame las manos.

Laura lo hizo.

—Lo prometo —repitió, y en su cabeza cruzó los dedos.

Horario de visita

Laura entró en el Centro Naredo, de nuevo sin comprobar si Diego la seguía tras aparcar en la zona habilitada para visitantes al final del sinuoso camino que ascendía desde la carretera. Un cartel con la palabra «Bienvenidos» en letras azules bien grandes colgaba junto a la puerta de entrada. Le resultó curioso que le dieran la bienvenida a un lugar al que nadie quería ir de forma voluntaria y del que una mujer había intentado y conseguido escapar. Diego no tardó en alcanzarla.

—Has cogido una costumbre muy fea —dijo Diego—. Eso sí, para tener ese barrigón, no veo que hayas perdido agilidad ni velocidad.

Laura no respondió. Avanzó por el vestíbulo de acceso hasta el mostrador de recepción, donde dos ancianos miraban al suelo cogidos de las manos, en la zona de espera, y emitió un gruñido de protesta cuando se lo encontró vacío y sin atención. Tras el mostrador estaba el acceso a una de las escaleras (supuso que en un edificio tan largo habría unas cuantas más) y a dos ascensores, mientras que a izquierda y derecha había largos pasillos. Si bien por su aspecto exterior no había nada que indicara la actividad que dentro se llevaba a cabo, la imagen interior no difería demasiado de cualquier otro centro médico. El blanco era el color reinante, acompañado con extraños toques de madera y otros elementos insulsos que no hacían sino aumentar la sensación de tristeza y un aura de desánimo que te sumía en el mayor pesimismo y te invitaba a abandonar el lugar lo antes posible. Laura se preguntaba por qué no trataban de mejorar el ambiente a un grado de normalidad que permitiera la existencia de la esperanza. Era como si ni el mismo lugar creyera en la posibilidad de una recuperación, fuera cual fuera la enfermedad, como si pretendiera eliminar cualquier atisbo de optimismo con el que te hubieras atrevido a presentar. Si entras con problemas, no esperes

salir, y así te evitarás la decepción. Y pensar que era uno de los centros más reconocidos a nivel estatal... No quería ni pensar en cómo serían los otros.

—Tú déjame hablar a mí —le dijo Diego.

—¿Con quién? —replicó Laura, abriendo los brazos, señalando a nadie.

—Con quien nos atienda, si es que alguien tiene pensado hacerlo en algún momento.

—Podríamos hablar con Luz.

—¿Esperas que la encontremos solos en un lugar tan grande? —dijo Diego como si le hubiera dicho una locura merecedora de ser encerrada por ello en el propio centro—. No me apetece empezar a dar vueltas sin sentido para cruzarme con alguien que no esté muy bien de la azotea y me confunda con un alienígena verde de ojos saltones y antenas o con un bicho al que le apetezca aplastar. O peor aún, que alguien se piense que soy una pizza y quiera darme un bocado.

—No hace falta buscarla: está ahí —señaló Laura a la espalda de Diego, al pasillo de la izquierda, donde su vecina hablaba con una doctora.

—Eso sí que es suerte.

Diego empezó a caminar en dirección a Luz pero se detuvo cuando se percató de que Laura no lo seguía.

—Ve tú delante, y así la preparas para mí —dijo Laura.

—¿Qué estás tramando?

—Nada.

—¿Nada? Conozco esa mirada.

—En serio, no tramo nada.

—Laura, te he visto fingir un golpe de calor, te he visto ponerte a llorar solo para desviar la atención e incluso disfrazarte para colarte en un lugar en el que nunca te habrían dejado entrar. Te he visto hasta intentar ligar con un guardia de seguridad teniendo a tu marido detrás. Así que no me digas que no tramas nada.

Laura suspiró.

—Tengo que ir al baño —dijo. Señaló con el pulgar al otro pasillo, donde un pequeño cartel metálico cuadrado con dos figuras en negro indicaba la presencia de un baño—. El bebé hace presión contra la vejiga. Supongo que no querrás que manche tu reluciente coche nuevo y lo impregne del olor de la orina.

—No es tan nuevo, aunque sí que reluce —dijo Diego con orgullo—. Pero, bueno, dudo mucho que me dure tanto como el anterior. Ya sabes que ahora los coches parecen hechos para romperse y... —Se quedó con la boca abierta a media frase cuando vio el gesto de impaciencia de Laura—. Perdona. Baño. Y yo aquí divagando. Está bien, ve. Pero no tardes, no creo que a Luz le apetezca

mucho someterse a uno de tus interrogatorios.

—Vuelvo enseguida.

Pero Laura no tenía pensado volver, porque no necesitaba ir al baño. Era la única excusa creíble que le permitiría separarse de Diego y encontrar algunas respuestas, ya que no esperaba obtener nada de Luz si nunca le contó lo de Ainhoa. Sabía que su amigo no la dejaría vagar en solitario, sabía que dudaría de ella en cuanto lo mencionara; conocía demasiado bien su afición por meterse en problemas, a veces por cosas de lo más nimias. Pero también había descubierto que el embarazo en muchas ocasiones la libraba de tener que dar respuestas a preguntas que de otra forma no sabría cómo responder.

Dio media vuelta y entró en el baño, brillante y sin una mota de polvo. A pesar de todo, esperaba que Diego aguardara en la misma posición hasta que la viera cruzar esa puerta. Tras unos segundos salió y regresó al vestíbulo con presteza, procurando que no la viera nadie aparte de los dos ancianos que no habían mostrado interés en ella y seguían con los rostros compungidos por un dolor que solo ellos padecían y comprendían.

Se acercó al ordenador de recepción, pensando en encontrar la ubicación exacta de Ainhoa en sus archivos, pero lo que encontró fue una pantalla negra y sin brillo. Buscó luego carteles de señalización en las paredes o algún plano del lugar. Los únicos que había en el vestíbulo eran aquellos que ya había visto al entrar y no le servían. Entonces oyó las voces de Diego y Luz acercándose, lo que supondría con toda seguridad un final abrupto a su pequeña escapada, y no se lo pensó: se dirigió a las escaleras y ascendió a la primera planta.

Al llegar al rellano de la primera planta se encontró con otra sala de recepción, esta custodiada por un hombre calvo, mayor y bajito, vestido con una bata blanca, con un fajo de papeles delante de él, en un escritorio que daba la espalda a las ventanas. Le saludó con una sonrisa y un pequeño gesto de cabeza, con naturalidad. Si actuaba como si perteneciera y conociera el lugar, levantaría menos sospechas. Entró sin pensárselo en uno de los pasillos laterales, una distribución calcada a la planta baja.

Avanzó sin detenerse más de lo necesario en cada puerta y sala que se iba encontrando, cruzándose por el camino con pacientes y sanitarios por igual que no reparaban demasiado en ella, mirando constantemente por encima del hombro; Diego no tardaría en darse cuenta de que hacía rato que no estaba en el baño, lo que alertaría a Luz, y no le apetecía conocer si el centro disponía de un cuerpo de seguridad para los pacientes más peligrosos formado por hombres con brazos como sus piernas.

Llegó al final del pasillo sin hallar nada de interés. Salas para el tratamiento de los pacientes, zonas comunes y poco más. Y, por encima de todo, un silencio que nada ni nadie se atrevía a romper. Ninguna de las personas con las que se había cruzado sospechaba lo más mínimo de sus intenciones. Nadie que no la conociera se imaginaría que estaba buscando a Ainhoa porque perseguía una noticia que ni siquiera estaba aún formada en su cabeza.

Tras una puerta accedió a otra caja de escaleras, con lo que llegó a la segunda planta, cerrada, para luego ascender a la tercera, libre de personal visible del centro. Nada más acceder a la nueva planta, sintió un cambio en el ambiente, como si hubiera salido de un concierto de música clásica para meterse de lleno en uno de rock. El silencio se esfumó como la niebla en el pueblo por la mañana. No era un ruido ensordecedor, no era molesto para el oído ni tampoco algo aterrador, era más bien un cúmulo de sonidos que se sucedían sin orden, algunos humanos, otros de golpes contra puertas o paredes. Percibía murmullos, risas y respiraciones demasiado fuertes y rápidas. Una mezcla que la hacía sentir incómoda y de la que quería escapar cuanto antes.

A su derecha había una especie de aula, con mesas y sillas metálicas. A su izquierda, una puerta cerrada, pero junto a esta había una segunda puerta con una ventana rectangular que podía cerrarse y un número de tres cifras en la puerta. Observó su interior, una habitación blanquecina donde una mujer morena con una sudadera y unos pantalones grises se mantenía inmóvil, sentada en una cama collada a la pared. La mujer de pronto giró la cabeza para mirarla directa a los ojos, aunque se mantuvo en la misma posición. Su mirada era de alguna forma inquietante, por lo que Laura se obligó a apartarse de la puerta.

Comenzó a revisar habitación por habitación cuando el silencio regresó durante tan solo un par de segundos, como antesala al grito que le llegó desde el área de la escalera central. El grito provocó que otros pacientes que hasta el momento habían estado tranquilos se alteraran. Era casi la confirmación de que Ainhoa se encontraría en esa planta, con los pacientes con mayores problemas mentales; nada que ver con los que había visto en la primera planta, entre los que vio un grupo de mujeres anoréxicas reunidas en corro; en eso Martín no mintió, en el centro había cabida para todo tipo de personas.

Oyó unas fuertes pisadas provenientes de la misma zona que el grito, cada vez más fuertes, como si alguien estuviera saltando y no amortiguara la caída. No creía que tuviera permitido estar en esa planta y no podía dejar que la descubrieran, por lo que buscó un lugar donde esconderse. Todas las puertas estaban cerradas excepto una, que estaba abierta unos centímetros. Entonces

alguien accedió al pasillo a toda velocidad, con solo una bata blanca típica de hospital que no llevaba atada a la espalda y volaba abierta con su carrera. Emitía unos extraños sonidos, una mezcla entre gemidos y gruñidos. A Laura solo le dio tiempo a descubrir que se trataba de Ainhoa antes de que la mujer se tropezara con ella y cayera de cara al suelo, exhibiendo la parte trasera de su cuerpo desnudo. Un tubo quirúrgico se mantenía enganchado a su mano derecha.

—Los espíritus se elevarán de la tierra —repetía la mujer sin hacer ademán de levantarse.

Más voces le llegaron de la misma zona de donde había aparecido Ainhoa. La mujer intentaba escapar de nuevo. Quizá para regresar a su casa, quizá para perderse por el bosque sin que su mente supiera qué hacer, deambulando como un cuerpo sin alma ni vida. Fuera lo que fuera, había ido al centro a verla a ella y la casualidad o el destino las había colocado en el mismo pasillo sin más compañía que la propia. No creía que pudiera volver a acercarse tanto, era una oportunidad que no podía desaprovechar.

Laura la levantó del suelo y la introdujo en la sala en la que tenía pensado ocultarse. Entró luego ella y al cerrar la puerta descubrió que no era una sala, sino un armario en el que guardaban ropa de cama y toallas entre otros objetos inofensivos. Suficiente luz se filtraba por las rendijas para que pudiera verle el rostro. Ainhoa continuaba con su parloteo descontrolado en el que repetía la misma frase sin descanso, a veces sin llegar a vocalizar lo suficiente como para hacerse entendible, convirtiendo su hablar en una serie de sonidos aleatorios.

—Ainhoa, ¿de qué espíritus hablas? —indagó Laura, esperando que la interacción humana le diera un momento de lucidez.

—Los espíritus se elevarán de la tierra —repetió Ainhoa, y luego añadió—: y vagarán por el bosque para obtener su venganza.

—¿Qué espíritus? —insistió Laura—. ¿Hablas de la pareja que murió en el accidente de coche? ¿Del hombre que desapareció? ¿De la mujer que abandonó el pueblo sin que nadie la volviera a ver? —Hizo una pausa—. ¿Es tu marido uno de esos espíritus?

—Las aguas se abrirán para marcarles el camino, saldrán de lo más profundo, de las entrañas de la tierra.

Laura no comprendía nada. Porque no sabía si había algo que comprender. ¿Por qué se tomaba en serio su discurso? A esta mujer no le funcionaban bien algunas conexiones de su cerebro, de eso no había duda, pero ella insistía en buscarle un sentido. ¿Estaba desviando realmente la atención de sus propios problemas? ¿Acaso pertenecía a este lugar, encerrada en una habitación insulsa

para que no hiciera daño a su bebé ni a ella misma? No, eso no podía ser una posibilidad, nunca lo podía ser. Optó por atacar directa al corazón de la mujer.

—¿Qué le ocurrió a tu hija? —preguntó.

Ainhoa la miró por primera vez directamente a los ojos y se olvidó de su continuo discurso. Quizá Laura solo se lo estaba imaginando, pero le pareció que por un momento había recuperado toda su cordura, que volvió a ser una mujer capaz.

—Ellos me la quitaron. Se llevaron a mi bebé. Me la arrebataron con su primer llanto. —Ainhoa sonrió—. Pero sé dónde está. La he encontrado. Me han guiado hasta ella. Los espíritus la protegen en el bosque y, cuando ellos emerjan, cuando se abran las aguas, ella también lo hará. Pero no buscará venganza, no. Me buscará a mí.

Agua y bosque. ¿Estaba hablando del manantial? ¿Era posible que uno de los mayores orgullos del pueblo escondiera en lo más hondo un oscuro secreto?

—Me la quitaron. Sí. Ellos —continuó Ainhoa. Sus ojos volvían a bailar sin control, incapaces de centrarse en un punto concreto, pero Laura sintió, como cuando se coló en su casa, que estaba delante de una madre desesperada que anhelaba recuperar a su hija. Era un sentimiento que solo otra madre podía comprender.

—¿Quiénes son ellos? ¿Es Martín Cuadra uno de ellos?

—Ellos, sí, ellos. Ellos me la quitaron...

La puerta se abrió e inundó el armario en un destello de luz. Dos hombres vestidos de blanco y tan grandes como dos osos agarraron a Ainhoa cada uno de un brazo y la arrastraron sin ninguna delicadeza hacia fuera. La mujer se resistió, lanzando arañazos y patadas al aire, gritando, expulsando toda su locura con la voz, pero su fuerza era incomparable a la de los dos hombres. Se agarró al marco de la puerta en un último intento de zafarse y abrió mucho los ojos para clavar su alma en Laura y que su mensaje le llegara con más fuerza.

—¡No te fíes de la luz! ¡Quédate en la oscuridad!

Un último tirón la hizo desaparecer. Laura siguió oyendo sus gritos mientras la arrastraban de vuelta a donde fuera que estuviera antes. No movió un músculo, no supo cómo reaccionar. ¿Qué había querido decir con su advertencia final? Una vez más se encontraba sin comprender lo que había dicho; odiaba esa sensación.

Un tercer hombre enorme de blanco se plantó delante de la puerta e invitó a Laura a salir por su propio pie. Regresó al pasillo, donde había otra persona esperándola. Reconoció su rostro de una foto que había visto. Santos Naredo. El

jefe y propietario del lugar.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó el doctor Naredo.

Era un hombre de aspecto intelectual, bien peinado y afeitado, y con la corbata y la bata blanca impolutas, colocadas a la perfección, sin una sola arruga ni desviación. Su pelo blanquecino le ofrecía un aspecto más maduro pero no le hacía parecer mayor de los cuarenta años que atesoraba.

—¿Qué le están haciendo a Ainhoa? —preguntó Laura, evitando responder a su vez a la pregunta del doctor. Apenas ya no la oía.

—No tengo permitido discutir sobre procedimientos médicos de los pacientes excepto con los familiares, y no creo que esté muy equivocado al asumir que usted no guarda relación familiar alguna con Ainhoa.

Tenía una voz suave pero firme, con una dicción perfecta, que no dudaba en una sola palabra que salía entre sus labios. A Laura le molestó que fuera tan agradable, no supo por qué. Dio un paso hacia el doctor, con lo que tuvo que levantar la cabeza para seguir mirándolo a los ojos; era un palmo más alto que ella.

—¿Qué le ocurrió a su hija? —inquirió Laura.

—¿Quién es usted? ¿Por qué le interesa tanto Ainhoa? —Laura siguió sin responder, en su trabajo era ella quien hacía las preguntas. El doctor entrecerró los ojos—. Es periodista, ¿estoy en lo cierto? No es necesario que me responda, he tratado con muchos como usted como para reconocerlo. Aunque si no responde a mis preguntas, no me quedará más remedio que llamar a las autoridades. No tiene permiso para estar aquí.

—Señor Naredo, ¿está la hija de Ainhoa viva? ¿Reside con familiares? ¿Fue dada en adopción? —No parecía la clase de hombre que diera explicaciones, pero Laura tenía que seguir intentándolo, no iba a llegar más lejos de donde estaba.

—Ya veo, es una mujer insistente. No dispongo de tiempo para usted. Le aconsejo que, en futuras ocasiones, cuando quiera hablar conmigo emplee los canales oficiales. —Se dirigió al hombre que lo acompañaba—. Acompáñela abajo y llame a la policía. No podemos tener periodistas paseando por nuestras instalaciones.

El hombre asintió con un gesto de cabeza y agarró a Laura de un brazo. Laura se dejó llevar pero le asestó una mirada furibunda al doctor por encima del hombro antes de perderlo de vista. No se iba a olvidar de Ainhoa.

Una más

Fede refunfuñaba de camino a la comisaría, viéndola ya a lo lejos. El sudor perlaba su frente tras la caminata que había iniciado en la cabaña, un esfuerzo obligado al no tener disponible todavía su coche, en eterna reparación. El pueblo era más grande de lo que le había parecido en un principio; su núcleo central era bastante pequeño y concentrado, mientras que el resto se repartía por el terreno como largas espinas. Le había llevado casi media hora alcanzar su destino.

No era la primera vez que recibía una llamada en la que una persona con voz cansada y con prisa por colgar le explicaba que su mujer estaba detenida. Esta había sido una más, igual a todas las anteriores, casi palabra por palabra. Estaba acostumbrado a que Laura no respetara todas las normas en su persecución de la noticia, a que se tomara ciertas licencias legales por el bien de la información y la verdad, a que no respetara los límites físicos de puertas y vallas. Pero eso no equivalía a que le gustara que lo hiciera. Era uno de esos aspectos que uno debía pasar por alto por el bien de la pareja, sobre todo porque no la iba a cambiar. Pero lo que sí esperaba era que con el embarazo se tomara un periodo de descanso.

¿A quién pretendía engañar? Mucho había tardado en recibir una llamada de comisaría; solo la tranquilidad del pueblo y la falta de noticias importantes habían impedido que llegara antes.

Lo que no comprendía era qué le había llevado a colarse en el Centro Naredo, qué había provocado ese riesgo. Lo que le había contado Diego en una llamada posterior a la de su detención no se lo aclaraba demasiado. Ainhoa se había escapado y había regresado a la que había sido su casa, sí, pero a la mujer no le funcionaba bien la cabeza, no había forma de enmarcar sus acciones en conceptos racionales. La única explicación que le encontraba al comportamiento

de Laura estaba en las alucinaciones que había sufrido que no la dejaban pensar con claridad y la preocupaban en exceso, aunque ella lo negara, y en su afán de hallarles una explicación plausible, de encontrar una historia que les diera una explicación lógica que no derivara en problemas de salud mentales más graves. La forma de conseguirlo era mediante la historia de Ainhoa y de la hija que nadie conocía, demostrar que existía realidad en la deriva mental en que su mente estaba embarcada. Porque si Ainhoa no estaba loca, ella tampoco estaba en camino de estarlo.

Divisó a Diego junto a la puerta de entrada de la comisaría, la espalda recostada contra la fachada del edificio, la cabeza echada hacia atrás y una lata de Coca-Cola aplastada en la mano. Silbaba con poco estilo una melodía alegre; no reconoció que correspondiera a ninguna canción y, conociéndolo, lo más seguro es que fuera inventada.

—Has tardado —le dijo Diego. Lanzó la lata a una papelería cercana, dándole un arco elevado, y para su propia sorpresa la encestó.

—Podrías haber ido a buscarme —respondió Fede en un tono de reproche. Todavía se le cargaban las piernas al final de la jornada laboral, tan poco acostumbrado como estaba a andar grandes distancias, y a veces le dolía la espalda toda la noche y la mañana siguiente, pero por lo menos los pies ya no protestaban a cada paso que daba como unos niños consentidos.

—¿Y dejar sola a tu mujer, sabiendo cómo se las gasta? No creo que hubiera sido una buena idea.

—Seguramente tienes razón —se obligó a admitir Fede.

—Siempre la tengo.

—Qué curioso, eso es lo que siempre dice Laura.

—Es una mujer sabia, aunque a veces peca de inquieta. No le vendría mal quedarse unos días en casa sin moverse demasiado.

Fede observó el interior de la comisaría a través de la puerta vidriada de acceso. Atisbó a Laura al fondo de una sala, sentada en una silla con la cabeza hacia atrás y la mirada fija en el techo, fundiéndose su imagen con el reflejo de la calle sobre el cristal.

—Cuéntame lo que ha pasado —le pidió a Diego—. Quiero todos los detalles.

Laura podía esperar unos minutos más. Siempre le hacía esperar unos minutos más. Una de esas tácticas que buscaban provocar un cambio en ella y que no dejaba de repetir aun sabiendo que era inútil, que no producía nada en una persona tan obstinada como ella. No tenía ninguna duda de que esta no sería la última vez que se repetiría la historia, con ella detenida y él yendo a recogerla.

Escuchó con atención el relato de Diego, quien no reparó en detalles. Escuchó la teoría sobre la que trabajaba su mujer, las noticias anteriores que relacionaba con la historia de Ainhoa, su creencia sobre la existencia de su hija, las sospechas sobre Martín Cuadra, y por último lo ocurrido en el Centro Naredo. No dijo una sola palabra para no interrumpir a Diego; cuando empezaba a contar una historia, sabía que lo mejor era dejarle terminar, que de otra forma podría perderse por el camino. Dejó que fuera su rostro el que hablara en lugar de su voz, que reaccionara según creyera oportuno, ya fuera de estupefacción o de comprensión, aunque mucho más de lo primero.

Laura se estaba obsesionando con un placebo de relato. Diego no creía que hubiera más de lo que parecía, que los puntos en común entre los distintos sucesos eran simples casualidades que no formaban una verdad y, por lo que acababa de oír Fede, coincidía de pleno con él. Pero así era su mujer, llegaría hasta el final, aunque estuviera en la nada más absoluta y significara un golpe duro de realidad.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Diego cuando hubo terminado.

—No lo sé —respondió Fede con sinceridad—. Ya sabes cómo es, cuando se le mete algo en la cabeza, es difícil sacárselo.

—Lo sé, pero no puede seguir así. No es bueno para ellas. Todo esto no es más que una tapadera para evitar enfrentarse a las alucinaciones que tuvo. Quizá debería hablar con algún profesional.

—No creo que quiera hablar con nadie.

—No, yo tampoco lo creo. —Diego se cruzó de brazos, pensativo—. Tendrás que obligarla.

—Sí, buena suerte con eso.

—Oye, yo solo apporto ideas.

—¿Y cómo esperas que lleve a cabo tu gran idea? —Ahora fue Fede quien se cruzó de brazos, frunciendo el ceño y ladeando la boca.

—No lo sé... ¿Chantaje?

—Chantaje.

—Mira, el cómo lo hagas es cosa tuya, porque te recuerdo que yo me voy hoy mismo y no estaré aquí para ayudarte. —Miró la hora en su móvil—. De hecho, tendría que haberme ido por lo menos hace veinte minutos. Pero te sugiero que pienses en algo, y rápido.

Fede suspiró. No sabía qué hacer, cómo convencer a Laura de que abandonara una historia y se centrara en la suya propia, pero no dejaría de intentar ayudarla y de cuidarla por ello. No sé lo perdonaría si le ocurría algo que podría haber

evitado.

Le tendió la mano a Diego.

—Gracias por tu ayuda —dijo—. Habría sido peor si no hubieras estado con ella.

—No sé si eso es verdad, pero he hecho lo que he podido. A veces pienso que soy como un amplificador para sus obsesiones —respondió Diego—. Bueno, será mejor que me vaya. Si me necesitas para algo, ya sabes dónde encontrarme. —Echó una ojeada al interior de la comisaría—. Buena suerte.

En cuanto se marchó, Fede entró en la comisaría. Laura lo vio y lo saludó con una sonrisa sin moverse de la silla, pero se apagó rápido en sus labios al ver la expresión en su rostro. La comisaría de policía de Ludueña era muy pequeña comparada con las que había visitado en Madrid, ya que solo contaba con seis agentes, incluido el jefe Llanos, más una secretaria; en los casos en los que se requería una mayor presencia policial, recibían la ayuda de los pueblos vecinos. Fede conocía a cada uno de los agentes, lo que propició que le dedicaran miradas juiciosas, pero el único que le preocupaba era el jefe. Respiró tranquilo cuando vio que su despacho estaba vacío.

Firmó los documentos pertinentes, ayudó a Laura a levantarse de la silla y la acompañó cogida del brazo hacia el exterior, sin dedicar más que un simple saludo de cabeza a los ojos que los observaban.

—Sé lo que vas a decir —dijo Laura en cuanto estuvieron en la calle.

—Claro que lo sabes —dijo Fede. No esperaba menos de ella—. Diego me lo ha contado todo.

—No te ha contado lo que he descubierto.

Laura esperó su respuesta con las cejas levantadas. Pero para ella en realidad solo existía una respuesta posible que sería invariable la formulara o no con palabras. Fede tendría que escuchar el nuevo capítulo de su historia aunque no quisiera, ahora o unos minutos más tarde.

—Cuéntamelo —dijo. Mejor acabar cuanto antes.

Le contó su encuentro con Ainhoa y su extraña conversación dentro de un armario del Centro Naredo. Desprendía cierta emoción por lo que creía haber descubierto, pero, para Fede, con cada palabra se volvía un relato más surrealista.

—¿Qué opinas? —le preguntó Laura.

—Que no puedes tomarte en serio las palabras de Ainhoa —respondió Fede.

—Esa mujer no está loca, está desesperada.

—No es lo que a mí me pareció.

Laura negó con la cabeza. Fede no podía apoyarla en esto, no le hacía ningún bien, pero le costaba mucho no hacerlo. No quería verla sufrir, no más de lo que ya le había visto en los últimos días, pero hay ocasiones en las que el sufrimiento es necesario, y esta parecía ser una de ellas.

—Sé que es difícil creerme —continuó Laura—, Diego tampoco me cree, pero te pido que me des una oportunidad de demostrártelo.

Fede sabía perfectamente de qué oportunidad le hablaba.

—Quieres buscar en el manantial —dijo.

—Las respuestas tienen que estar en el fondo, pero no creo que sea muy sensato que yo me sumerja. Necesito tu ayuda —dijo Laura, casi como una súplica. Curioso que hablara de sensatez.

—Podría perder mi trabajo.

—No si nadie se entera.

Fede reflexionó durante unos instantes, analizando los pros y los contras de ayudarla. Había muchos de los segundos y muy pocos de los primeros. Pero uno de los primeros destacaba muy por encima del resto.

—De acuerdo, te ayudaré —aceptó—. Pero si no encontramos nada, te olvidarás de esta historia. ¿Trato hecho?

Laura lo miró a los ojos sin titubeos. Fede podía ver en ellos la esperanza refulgir y la seguridad de estar en lo cierto. Iba a romper esa esperanza. Pero era necesario. Porque después podría proporcionarle la ayuda necesaria.

—Trato hecho.

Inmersión

Fede emitió un grito ahogado cuando el agua le alcanzó zonas sensibles y apretó los puños en un gesto de rabia. Se había quitado toda la ropa excepto los calzoncillos antes de enfrentarse al frío del lago del manantial. Una brisa suave que mecía la superficie del agua no mejoraba la situación y aumentaba la sensación de frío.

Si la persona menos indicada lo veía, o si su aventura llegaba de la forma que fuese a los oídos de quien no debía, perdería su trabajo. Estaba quebrantando la norma número uno de la lista escrita en la plancha metálica junto al nacimiento del río. Las normas que él debía encargarse de hacer cumplir, por las que tenía que velar. Laura lo sabía a la perfección, pero era un riesgo que necesitaban tomar. Si su marido encontraba lo que ella creía que había en el fondo, lo que Ainhoa a su manera sinuosa y metafórica le había explicado, a nadie le importaría lo que pusiera en un pedazo de metal.

Se aferró con fuerza a la toalla blanca que habían recogido en la cabaña cuando Fede tomó largas bocanadas de aire y se sumergió. No se creía nada de su historia, no entendía que se tomara en serio a una persona que vivía encerrada en un centro de salud mental por actuar en su propia realidad, ajena a la de los demás. No iba a pretender lo contrario. Él siempre la trataba con sinceridad y respeto, y eso incluía no morderse la lengua cuando creía que estaba equivocada. Pero que no compartiera una idea o tuviera una visión distinta sobre algún aspecto no implicaba que la dejara de lado. Siempre trataría de ayudarla, más aún si con ello demostraba su equivocación. Porque (y en esto Laura estaba de acuerdo con él) sentía que la mejor forma de demostrar algo era con hechos, no con palabras. Las palabras tergiversan en muchas ocasiones la verdad; los hechos solo los pueden tergiversar las palabras, o una mente poco lúcida.

Fede emergió del agua medio minuto más tarde, resoplando con respiraciones cortas y rápidas, con las manos vacías. Laura sintió una punzada de decepción.

—¡Joder, qué fría! —protestó Fede.

—¿Has visto algo? —preguntó Laura. No quería perder la esperanza, no quería estar equivocada. No se podía permitir un error. No sabía cómo reaccionaría si todo esto no era más que una columna de humo. No quería enfrentarse a una realidad contra la que luchaba para que no existiera. La locura no tenía cabida en su mundo.

Su marido negó con la cabeza y regresó a las profundidades del lago sin dejar de protestar. La cascada del manantial debía crear una melodía relajante al fusionarse con el lago, pero el repicar de las gotas en caída al explotar contra la superficie originaba una tensión en el cuerpo de Laura que no se podía quitar por mucho que recorriera la orilla del lago de un lado a otro.

De nuevo, otro medio minuto más tarde, Fede emergió con una respuesta negativa, unos metros más a la derecha del punto en el que se había sumergido al inicio.

—Voy a buscar bajo la cascada.

—Ten cuidado —dijo Laura, pero la cabeza de Fede ya había desaparecido bajo el agua y solo sus piernas recibieron el mensaje.

Laura observó a través de la claridad del agua. El fondo era bien visible en las zonas menos profundas, evidenciando la vaciedad de elementos ajenos a la naturaleza del lugar. Sin duda, la zona con más posibilidades de ocultar una escena macabra era la de la caída de la cascada. La espuma que se originaba creaba una sábana blanca, convirtiendo al agua en opaca, protegiendo el fondo de miradas indiscretas. Fede emergió y regresó abajo dos veces más.

Oyó de pronto un ruido de ramas crujiendo a su izquierda. Se giró hacia el ruido, hacia las profundidades del bosque, hacia la cabaña quemada. Suspiró de alivio al comprobar que estaban solos. Y entonces se centró en la cabaña, en medio de su visión como un espectro tétrico, absorbiendo en su interior la luz que se filtraba entre las hojas de los árboles. Había algo perturbador en ella. Quizá el hecho de que, tras ser arrasada por las llamas, según se contaba por el pueblo de forma provocada, decidieran mantenerla como un recuerdo inquietante de la maldad humana. Otro recuerdo de locura. O quizá eran las imágenes que creaban entre las sombras y los patrones dibujados por el fuego. Ahora le parecía estar viendo un espectro observándolos desde la ausente puerta, con una sonrisa perversa perfilada en el rostro sin rasgos. Los espíritus de Ainhoa se habían colado en su mente.

Agitó la cabeza con fuerza para eliminar esa imagen, en el instante en que Fede regresaba de su última inmersión, más larga que las anteriores, pero con la misma expresión en el rostro, la que denotaba cansancio y hastío, la que le decía todo lo que necesitaba saber. Aun así, tuvo que preguntarle:

—¿Y bien? ¿Qué has visto?

—Nada —respondió Fede al salir del agua, arrebátandole la toalla de las manos y cubriéndose con ella—. Ahí no hay nada extraño, ni siquiera hay basura. El agua está tan limpia como parece. De hecho, creo que yo era lo más sucio que había en el agua.

—¿Estás seguro? —insistió Laura. No sabía qué esperaba encontrar, quizá ropa o algún objeto que perteneciera a alguna de las parejas a las que hacían mención los artículos de la revista, o, tirando por una vía más macabra, el cadáver de alguno de ellos o de un niño en descomposición. Pero lo que no esperaba era no encontrar nada.

—Laura, no hay nada en lago, nunca lo ha habido.

—Pero...

—Nada de peros —la interrumpió Fede. La seriedad se había adueñado de su rostro y de su voz. Sus ojos mostraban decisión—. Hicimos un trato.

—Pero...

—No, Laura. Aceptaste el trato. Si no encontraba nada, te olvidabas de Ainhoa y de esa historia que te has creado. —Se pasó con energía la toalla por la cabeza para secarse el pelo—. He buscado a fondo, porque quería encontrar algo, quería que tuvieras razón. Quería que tu historia no fuera un síntoma de algo peor. Pero nada de lo que te dijo Ainhoa es real, no tiene ningún significado más allá del que su propia mente le haya dado. Esa mujer perdió la cabeza. Punto. Y no guarda ninguna relación con los sucesos de los otros artículos. Son casos aislados con solo alguna coincidencia del todo circunstancial.

—Quizá me he equivocado de lugar, quizá no se refería al manantial.

Laura intentaba ordenar sus pensamientos, recordar las palabras exactas de Ainhoa, localizar en qué se había equivocado. Seguía confiando en su instinto, seguía confiando en la historia y en los hechos. No se estaba inventando nada. Pero no entendía qué había fallado. Este era el paso y el lugar lógico, no había otro posible. Pero si no había otro, ¿por qué se acababa de golpear contra el muro final de un callejón sin salida? ¿Qué conllevaba su error? ¿Significaba acaso que había unido puntos al azar para crear un dibujo con cierto sentido que solo ella veía? ¿Tenían Diego y Fede razón, era una historia creada para tapar la suya propia? ¿Qué consecuencias tendría para ella?

—Cariño —Fede le cogió de las manos tras ponerse los pantalones y la camisa, que se llenó rápido de cercos de agua; el cuerpo entero le tiritaba—, no hay otro lugar. No hay ningún lugar. —Le levantó la cara con dos dedos suaves en la barbilla para que lo mirara a los ojos—. Sé lo importante que es para ti, pero es el momento de abandonar esta historia. No puedes obsesionarte con ella. No es bueno, ni para ti ni para nadie. —Le puso una mano en la barriga; dio un pequeño respingo ante el frío que le traspasó la ropa—. No podemos dejar que esto se apodere de nuestras vidas. Ahora tienes que... tenemos que pensar en nuestra familia. Sé que estás preocupada por...

—No lo digas —le interrumpió Laura. Sabía palabra por palabra lo que le iba a decir pero no quería escucharlo, no de sus labios.

—Está bien, no lo diré. Aunque no debes temer a lo que te ocurrió. Seguro que tiene una explicación lógica, una muy sencilla que desconocemos y que tenemos delante de nuestras narices. Pero la solución no es cubrirlo con otro problema.

—No estoy cubriendo nada.

—Laura...

—¡No estoy cubriendo nada! —repitió más alto, intentando engañarse a sí misma—. No me inventé los detalles de los distintos sucesos, no me he inventado nada. Vi una historia y la seguí. Y sigo creyendo a Ainhoa, sigo pensando que tuvo una hija.

—Nunca he dicho que no la tuviera.

—Bien, porque..., porque... —Sintió las lágrimas nacer de pronto en sus ojos y recorrer sus mejillas. ¿Por qué estaba llorando? ¿Porque empezaba a dudar de su instinto, algo que nunca creyó que le sucedería? ¿O porque en el fondo sabía que él tenía razón? Pero repasaba la historia en su cabeza una y otra vez y seguía sin ver dónde estaba el fallo, dónde había creado puentes ficticios entre hechos reales.

—Quizá deberías hablar con alguien —sugirió Fede.

—No, eso no. Si lo expongo en voz alta le daré más importancia de la que se merece. Y parecerá como si de verdad me lo hubiera inventado todo. Sé que tengo razón, que hay una historia detrás, que algo más le ocurrió a Ainhoa de lo que nos han contado, pero también sé leer cuándo he llegado al final de lo que iba a encontrar.

—De acuerdo, no hablaremos con nadie. Yo solo quiero que estés bien. —La abrazó con fuerza y Laura se lo devolvió, agarrándole de la camisa.

«¿Estoy preparada para abandonar la historia?», se preguntó. ¿Estaba

dispuesta a aceptar que era una vía de escape a sus problemas, por muy convencida que estuviera de su veracidad? No conocía las respuestas, su cabeza era incapaz de dar con la tecla, pero si le traía paz a Fede y a la familia que estaban formando, si le traía paz a sus vidas, estaba dispuesta a intentarlo.

El globo

Luces rojas, verdes y amarillas creaban un mar de estrellas por encima de sus cabezas. Risas y gritos de júbilo los envolvían de una alegría desmedida y contagiosa. Músicas rápidas y festivas formaban la banda sonora con una mezcla de melodías superpuestas. Puestos temporales de comida y bebida entretenían a los mayores; pequeñas atracciones de feria se encargaban de los pequeños y también de algunos adultos. En un escenario se preparaba una banda para actuar más tarde, generando antes del inicio una expectación contenida.

Laura lo observaba todo con ojos abiertos y brillantes. El Festival de la Niebla era mucho más de lo que se había imaginado en su cabeza y cumplía con creces con lo que le habían vendido sus compañeros de La Gaceta. Esperaba algo pequeño, con poco presupuesto, algo con lo que solo disfrutara una parte del pueblo, íntimo, con un par de actividades centrales en la noche más alguna esporádica a lo largo del día para los niños y una feria con las atracciones típicas. Pero atraía a multitud de habitantes de los pueblos vecinos, hasta el punto de triplicar su población, puede que más, y se alargaba durante un largo fin de semana, de jueves a domingo, desde primera hora de la mañana con excursiones, competiciones de los más variopintos deportes o actividades infantiles, hasta altas horas de la noche con conciertos y la propia feria, en la explanada que había en la entrada al pueblo, donde se encontraba ella ahora paseando agarrada al brazo de Fede, con la otra mano descansando sobre la barriga, a pocos días de salir de cuentas.

El festival recibía el nombre de la finalidad principal con que se creó décadas atrás, no se sabía exactamente cuándo; eran públicas las disputas entre dos historiadores de la zona, uno de ellos con la firme convicción de que nació a principios del siglo XX, el otro con la convicción contraria de que se creó a

mediados del siglo XIX, ambos habiendo dado su opinión en algún momento en la revista. En cualquier caso, todos estaban de acuerdo en su origen religioso y casi místico. El objetivo inicial era el de conocer la buena ventura que tendría el pueblo a lo largo del año siguiente, de una forma muy sencilla: si durante la noche de luna llena en la que se celebraba el festival, la niebla estaba presente a la media noche, significaba que sería un buen año para las cosechas; en caso contrario, el pueblo debía prepararse para un invierno duro que implicaría un año igual de duro. El tiempo, eso sí, hizo evolucionar su significado, y ahora la gente lo entendía como un signo de lo bien llenos que tendrían los bolsillos. Aunque el tiempo también lo evolucionó para muchos en una mera excusa para la fiesta y la reunión social, dejando a la aparición o no de la niebla en otra actividad más del programa del festival. Hoy había luna llena.

Laura se inclinaba más por incluirse en el segundo grupo. No era demasiado religiosa ni creía en supersticiones. Las supersticiones no son hechos, no son realidades, son esperanzas dejadas en poderes ajenos, fuera de nuestro alcance. Ella detestaba cuando algo se escapaba de su control.

Un niño de no más de tres años pasó corriendo delante de ellos con un globo de *Nemo* en las manos, seguido muy de cerca por su padre a la carrera. Lo atrapó y lo cogió en brazos. El niño saludó a Laura con la mano libre y ella no dudó en devolverle el saludo con sus labios formando una amplia sonrisa.

Era increíble lo que habían conseguido unos pocos días de descanso. No lo admitiría en voz alta, no quería escuchar un «te lo dije» de boca de Fede para que no se le subiera a la cabeza, pero todo cuanto le había dicho era cierto. Se estaba obsesionando con la historia de Ainhoa para no tener que afrontar sus alucinaciones. Punto. Ahora lo veía claro. Solo había necesitado dejar la mente relajada y libre de ideas nocivas durante unos días, sin mencionar ni su nombre ni su historia, centrarse en otros temas de menos importancia, más ligeros, que no le cargaran la cabeza. Centrarse en ella misma. Ainhoa había tenido una hija, estaba segura de ello y había sufrido mucho con lo que le pasara, pero no podía ayudarla, y no podía hipotecar su vida entorno a ella.

Fede insistía en que viera a un profesional con el que pudiera hablar sin esconder nada de sus pensamientos, pero ella no lo creía necesario. Es más, no confiaba en lo que pudiera decirle una persona ajena a ella, que no la conociera, que buscaría el germen del problema en sucesos pasados que no necesitaba que le recordaran y rememorara, y que le pediría que le contara su vida con todo lujo de detalles mientras se llenaba la cartera a su costa. No necesitaba a nadie más que a Fede y a ella misma.

La razón que la llevó a alucinar en dos ocasiones seguía siendo un misterio, uno que no creía que resolvería nunca, aunque tenía algunas ideas. Quizá fueron originadas por sus propios miedos a perder otro hijo, por el estrés que ello conllevaba a su cuerpo, pero debía tomarlas como lo que habían sido, dos sucesos aislados. Pero dos sucesos que no podía dejar que la afectaran, que no podían dirigir su vida. No había sufrido ninguna consecuencia física, ninguna secuela importante, no le quedaba más que el recuerdo de las malas experiencias, pero había dejado que se adueñaran de ella. No iba a permitir que volviera a pasar. Ahora se iba a centrar solo en los buenos recuerdos, y en los que estaban por crear.

Una explosión iluminó el cielo de colores levantando aplausos en tierra. Cuando bajó la mirada, vio a Martín dándose importancia por ello, rodeándose de su pueblo, haciendo política como perfecto maestro de ceremonias, con una expresión de orgullo desbordante y, ahora lo veía bien, con un aura de soberbia. Desde su conversación con Diego era incapaz de ver en el alcalde a una persona limpia y honesta. Fue el único que consiguió que creara una mueca de disgusto, pero no iba a dejar que le estropeará la noche.

Oyó su nombre transportado por el viento entre el murmullo general. A su derecha, en el área destinada a los puestos de venta de comida, colocados en hilera, Luz les saludaba moviendo la mano al aire, reclamando su atención tras un par de mesas llenas de comida y bajo una carpa. Fede y Laura compartieron una mirada rápida y decidieron acercarse a su vecina.

Luz, para sorpresa de Laura, no se había mostrado molesta en ningún momento por sus acciones en el Centro Naredo, ni tampoco porque la hubiera utilizado a ella como maniobra de distracción para Diego. Comprendía que dichas artimañas formaban parte de su profesión, más bien de su persona, e incluso le había ofrecido sus respetos por atreverse a colarse en un lugar del que todo el mundo quería salir. Es más, había manifestado su disconformidad por su arresto, aunque de forma privada y personal; no podía arriesgarse a un despido. Una reacción inesperada que le había supuesto un gran alivio y le había evitado un conflicto poco agradable con su vecina, una reacción que les acercaba a una imprevista amistad.

—¡Laura, Fede! —les llamó con entusiasmo mientras servía un pedazo de bizcocho—. Me alegro de veros. ¿Cómo va la niña?

Luz había instalado junto a Nuria, la experta en cotilleos, un puesto para vender repostería casera para financiar actividades vecinales futuras, en especial un buen surtido de bizcochos, lo que despertó un mal recuerdo en Laura que

apartó de su mente tan rápido como empezó a revivirlo. No había ni rastro de Nico, y aun con lo poco que lo conocía, estaba segura de que se había quedado en casa, alejado de todo lo que oliera a celebración y jolgorio. Se lo imaginaba en silencio, sentado en una silla con la mirada perdida en el infinito, esperando a que regresara su mujer.

—La pequeña está contando los días para salir y que el mundo la conozca —respondió Laura.

—¿Ya has decidido el nombre? —preguntó Luz. Tenía una mancha de harina extendida por el regazo de su vestido negro.

—No, todavía no —se adelantó Fede—. Al parecer, no existe el nombre perfecto para esta niña. Todos tienen algún problema o una sonoridad extraña con nuestros apellidos o una rima mala.

—No voy a ponerle un nombre cualquiera a nuestra hija. Tiene que ser algo especial. Un nombre que, cuando mire su carita, sepa que es el ideal para ella.

—Bien dicho, no vale cualquier nombre —dijo Luz, y le guiñó un ojo. Parecía como si, desde su detención, hubiera ganado en confianza con ella.

Fede suspiró y negó con la cabeza ante la coalición de las dos mujeres. La batalla del nombre la tenía perdida desde el principio, desde antes de conocer el embarazo, nunca tuvo ninguna opción de salir vencedor; solo le quedaba esperar a que Laura tomara la decisión.

—Veo que os va bien la noche —dijo Laura, observando los platos y las bandejas medio vacíos. Todavía no era su hora de cenar y aún no había probado bocado. Su hija le apremiaba con continuos movimientos en su interior, y su boca salivaba ante el delicioso aspecto de lo que tenía frente a ella (excepto los bizcochos).

—Sí, a la gente le encanta darse un capricho nocturno cuando está de fiesta. —Cogió una magdalena recubierta de chocolate blanco de una bandeja y se la entregó—. Tenéis que probar esto. —Laura fue a darle un mordisco pero la detuvo en el último momento—. ¡Espera! Ya no me acordaba. Esa lleva cacahuete. ¿Eres alérgica, verdad?

—Sí —respondió Laura, regalándole la magdalena a su marido como si le entregara una granada sin anilla.

Fede no tardó un segundo en darle un bocado con el que se comió la mitad de golpe.

—Está riquísima —dijo, apenas entendible con la pésima vocalización que le permitía la boca llena.

—¡Gracias! —respondió Luz con una expresión de inmensa gratitud.

Luego seleccionó otra magdalena para Laura, una recubierta de caramelo, y le dio una botella de agua de Ludueña. Y como bien esperaba, estaba deliciosa, con la combinación justa de sabores y una textura suave. Si alguna vez Luz dejaba su trabajo, ya sabía a lo que debería dedicarse. La botella perdía gotas de agua por el tapón, pero nada importante.

—¿Cuánto te debemos? —preguntó Fede, echando mano a la cartera.

—Nada, para vosotros es gratis —dijo Luz, recibiendo la mirada reprobatoria de Nuria, que no apartaba una oreja de ellos a pesar de estar criticando a no sabía quién con otra vecina del pueblo igual de cotilla que ella—. Venga, id a dar una vuelta por la feria, que la primera vez que uno vive el festival suele ser inolvidable.

Le dieron las gracias y continuaron con su paseo, no antes de que Fede se agenciara una segunda magdalena, soltando un billete encima de la mesa a pesar de las reticencias de Luz. Cenaron un bocadillo en otro puesto, viendo los niños correr y reír, y a los adultos disfrutar como niños, y cuando acabaron contemplaron las estrellas en un cielo limpio, en absoluta paz. Aunque no les duró mucho, ya que la sempiterna niebla hizo acto de aparición para regocijo de los locales más veteranos del lugar, aunque todavía de forma un tanto tímida. Los primeros días les resultó una molestia insoportable, pero era algo a lo que se habían aclimatado por fuerza de la costumbre y no tuvieron problema en inspirar el manto brumoso.

Unos minutos más tarde dio comienzo el concierto que llevaban un buen rato preparando sobre el escenario. De nuevo, a Laura le sorprendió lo que vio. Esperaba la clásica orquesta de pueblo realizando versiones de antiguas canciones que todo el mundo conocía y bailaba pero que nadie escuchaba en privado, con unos cantantes con voces que eran siempre idénticas, como si los crearan en una fábrica, en una cadena de montaje. Pero todo ello se disipó cuando el cantante principal se presentó con una guitarra eléctrica y un grito rasgado.

Dieron un recital variado, desde *Shinedown* hasta *The Doors*, pasando por *Bob Dylan*. Laura bailó y disfrutó todo lo que su cuerpo le permitió, que no fue demasiado. Su movimiento era limitado, y sus pies hinchados eran un obstáculo insalvable. Buscó una silla para sentarse, en un extremo de la feria, desde donde podría seguir disfrutando del concierto. Fede la acompañó.

De pronto sintió un extraño cosquilleo recorriéndole el cuerpo, a lo que se sumó un zumbido penetrante en su oído. La música aflojó su volumen hasta limitarse a un acompañamiento de fondo, apagado e indescifrable, como sonidos

de la naturaleza. Y entonces todo se apagó, y solo podía oír a Fede, aunque su voz sonaba como si estuviera muy lejos. Se levantó de la silla al sentir un escalofrío en la nuca. Dio media vuelta y centró su mirada en el bosque que envolvía la explanada. Allí, frente a los árboles, el niño con el globo de *Nemo* permanecía de pie, inmóvil, mirándola a ella sin expresión alguna en el rostro.

Entonces apareció una sombra a su espalda, destacando sobre la negrura del bosque, flotando sobre el niño como un espectro infernal sin forma. Sus ojos oscuros parecían hechos de niebla más densa de lo normal, como dos bolas de humo concentrado. Creyó haberlos visto antes, en la cabaña junto al manantial. Fede le hablaba a su lado pero no entendía nada, ya que solo oía la voz del espectro, oscura y clara a la vez, pronunciando palabras que no comprendía, palabras que solo existían en sus pesadillas.

El espectro creó unos tentáculos de oscuridad, semejantes a unos largos brazos. Los ojos de niebla descendieron hasta situarse junto a la cara del niño, impassible en todo momento, inexpresivo, como un muñeco que no sabe lo que es vivir. Uno de los tentáculos se estilizó convirtiéndose en una línea fina acabada en punta, y de repente se enderezó, como el filo de una espada. El tentáculo se acercó al cuello del niño y dibujó una línea de derecha a izquierda. Los ojos del espectro se clavaron en los de Laura como dos puñales. No podía moverse, no podía hablar. Sentía que no podía ni respirar.

La sangre empezó a manar del corte en el cuello del niño. El globo se deslizó entre los dedos de su mano y se marchó a unirse a las estrellas. El espectro envolvió al niño, absorbiendo el color rojo de la sangre, y Laura ahogó un grito. Unos segundos más tarde, el espectro se expandió mostrando unas alas rojas de oscuridad, el niño levantó una mano, saludó a Laura y se desplomó.

Ahora sí gritó. Un grito desgarrador, que sorprendió a todos los que se encontraban cerca, que provocó que Fede se colocara frente a ella cuando se dejó caer de rodillas. Poco a poco, todos los presentes en el concierto fueron cambiando su atención de la música a la desesperación. Las cabezas se giraron de forma progresiva hacia Laura mientras ella no dejaba de gritar, mientras seguía observando al espectro flotar estático sobre el niño muerto. Sabía que estaba diciendo algo, sabía que debía estar gritando lo que veía pero, para ella, todo lo que salía de su boca era un llanto lastimoso, súplicas desesperadas.

La música cesó, el mundo la rodeó y se distorsionó a través de ella. Gritó una última vez, y se desmayó. El espectro no la abandonó: se introdujo en su cabeza para transgredir su calma mental.

Ingreso

A Fede se le partía el corazón viendo cómo dos hombres vestidos de blanco de los pies a la cabeza se llevaban a su mujer sin que ella opusiera resistencia, dirigiéndola con suavidad de los codos. Las lágrimas empapaban sus mejillas y les otorgaban un brillo que hacía relucir su angustia. Todo él emitía un aura que envolvía el aire de pena. Nunca pensó que volvería a sentir tanta tristeza.

Por dentro seguía tratando de convencerse de la idoneidad del ingreso de Laura en el Centro Naredo como única solución a los problemas mentales que la hacían padecer alucinaciones, todas ellas relacionadas con el bienestar de un niño. Creía que forzándola a olvidarse de Ainhoa y a afrontar sus problemas había conseguido recuperarla, había conseguido que su mente regresara a un estado de calma. Pero lo único que había conseguido era retrasarlos, y quién sabe si empeorarlos.

Observó al doctor Santos Naredo, el director y propietario del centro, hablar con Laura, tranquilizarla con palabras suaves, provocando sus gestos de asentimiento, aunque Fede estaba seguro que le surgían de forma automática. Aún daba síntomas de estar sufriendo los efectos de la alucinación; su cabeza se agitaba buscando al monstruo que la acechaba en sus pensamientos.

El doctor Naredo vestía de forma casual, con una camisa lisa azul cielo y unos pantalones tejanos; según le habían dicho, se encontraba como ellos disfrutando del festival cuando tuvo lugar el episodio de Laura.

Episodio. Se le escapó una risita tonta al pensar en ello con ese término, le sonaba estúpido. No era un episodio, no era un suceso, no era algo que leyera en un periódico al día siguiente sin mostrar reacción alguna. Era la enfermedad que sufría su mujer, fuera cual fuese, una que no se merecía sufrir alguien como ella. Pero el merecimiento, la bondad de alguien, ninguna enfermedad los tenía en

cuenta antes de atacar. Ni siquiera respetaban que hubiera otro ser humano creciendo en su interior y fuera a sufrir por ello.

Una mano llena de calidez se posó en su hombro y le dio un apretón. No vio el rostro que la acompañaba, sus ojos estaban fijos en la espalda de Laura.

—La cuidaremos bien —oyó que le decía la voz de Luz. Eran su mano y su apoyo lo que sentía traspasando su piel.

Había sido una de las primeras personas que habían acudido en su ayuda, poco después de que la música se apagara para ceder protagonismo al concierto de gritos de Laura, mientras muchos ojos la observaban pero pocas manos la auxiliaban y algunos incluso se apartaban.

—Yo... no sé... —Fede no tenía palabras para expresar tanto dolor, mucho menos para darse ánimos a sí mismo.

—Tranquilo, sé cómo te sientes. Lo he visto muchas veces.

Fede ahora sí que la miró a los ojos. Percibió su comprensión y su compasión. No se había parado a pensar un segundo en cómo era el trabajo de su vecina, viendo día tras día a gente sufrir, pacientes y familiares, puede que incluso más de estos últimos. Pero no le gustó que lo comparara con otros casos, porque no le gustó que tratara a Laura como a cualquier otra paciente del centro. «Menuda estupidez», se dijo, pero era un buen método de desviar la ira oculta en su tristeza por no poder ayudarla hacia otra persona, aunque ella no lo mereciera.

—Aquí está en buenas manos, las mejores del país —insistió Luz en su afán de darle seguridad—. No descansaremos hasta que pueda volver a tu lado para criar juntos a vuestra pequeña.

—Gracias —se esforzó en replicar Fede.

Sacó un pañuelo de papel del bolsillo delantero del pantalón para secarse las lágrimas de las mejillas. Laura entró junto a los dos hombres de blanco en el ascensor tras el mostrador de recepción. Estaba encogida sobre sí misma, los ojos bailando en sus cuencas, el cuello en tensión. Por un momento cruzó la mirada con Fede, antes de que las puertas del ascensor se cerraran. Se estremeció al ver en ellos el miedo que la recorría pero fue incapaz de transmitirle su fuerza.

Fede resopló, se rascó la cabeza, la barba de varios días que no se había afeitado, y buscó un asiento. Duró tres segundos en una de las incómodas sillas de recepción; sus piernas le pedían estar de pie, inquietas, necesitadas de movimiento. Luz no se apartó de su lado en ningún momento.

El doctor Naredo se le acercó, apuntando algo en su móvil.

—Señor Garona —dijo, dentadura perfecta, voz firme, cada pelo de su cabeza en su sitio exacto—, lamento mucho lo que le ha ocurrido a su mujer.

—Gracias —era la única palabra que la boca de Fede conseguía formar.

—Le aseguro que haremos cuanto esté en nuestras manos para ayudar a Laura. Yo mismo me encargaré de su caso personalmente. —Sonrió, y a Fede le resultó extraño en su rostro—. Aunque su mujer y yo no comenzamos con buen pie, Luz me ha hablado muy bien de ustedes dos, solo tenía buenas palabras, y aquí valoramos mucho su opinión. Puede contar con que entre ambos le mantendremos informados sobre cualquier evolución en su caso.

—¿Tiene alguna idea de qué lo ha podido causar?

—Son muchas las causas que pueden derivar en un episodio psicótico. —Ojalá no lo llamara episodio, pensó, sintiendo una rabia que no le ayudaría en nada si la dejaba salir—. Fallos neuronales, golpes en la cabeza... Muchas veces el causante es simplemente el estrés. Sabremos más cuando llevemos a cabo algunas pruebas. También me gustaría poder hablar con usted en otro momento sobre el comportamiento de su mujer durante los últimos días y sobre episodios similares anteriores. Tengo entendido que no es el primero que sufre.

—Es el tercero.

—Entiendo —dijo Santos Naredo, frunciendo los labios.

Fede odió las implicaciones que podía llevar esa solitaria palabra y el tono en el que la pronunció. No era algo que le diera esperanzas, no era lo que esperaba oír, pero se dijo que tenía que confiar en estas personas. De nada le serviría convertirse en un cretino y exigir resultados. Tenía que dejarlos trabajar; por algo era considerado el mejor centro.

—¿Qué ocurrirá con el bebé? —preguntó.

—No es la primera paciente embarazada que recibimos —contestó Luz.

—Estamos preparados para atender las exigencias que requieren su estado, así como asistir al parto si fuera necesario —añadió el doctor Naredo con la formalidad y educación que parecía dominar su habla en todo momento—. La salud de ambos es nuestra prioridad. Contamos con personas cualificadas para solventar cualquier inconveniente que surja.

—¿Cuándo podré verla?

—Si su mujer pasa una buena noche, mañana mismo le dejaremos visitarla. Pero después, en función de cómo evolucione, organizaremos un régimen de visitas que no interfiera con su recuperación.

No se había parado a pensar en lo que significaba ingresarla en el centro. No podría verla cada día, despertar a su lado y darle un largo beso de buenos días. No podría compartir con ella los pequeños momentos que hacían que su vida valiera la pena, que la hacían interesante. No podría cuidarla. Aunque, si lo

miraba de otra manera, ahora estaba haciendo cuanto estaba en sus manos para cuidarla.

—¿Hay alguna sala en la que pueda pasar la noche? —preguntó. Le daba pánico regresar a la casa vacía.

—Es mejor que vaya a casa. Luz le acompañará. —Tras ver las dudas y la decepción en los ojos de Fede, el doctor añadió—: Intente descansar. Hablaremos mañana cuando tenga la cabeza más despejada.

Fede no quería irse pero no opuso resistencia; no tenía fuerzas para ello. No creía que pudiera descansar, mucho menos dormir en la cama solitaria. Y todavía menos que pudiera despejar su cabeza. Despejarla... La cabeza se le iba a llenar de dudas y arrepentimientos, luchando contra el dolor de su corazón. Sabía que se iba a pasar toda la noche y los días siguientes preguntándose si había reaccionado tarde, si no había algo que podría haber hecho antes.

Niños en llamas

El crepitar de las hojas bajo sus propios pies le sonaba lejano. Movía las piernas, un paso detrás de otro, recorría el bosque en su ronda periódica, vigilante. Cumplía con su trabajo. Pero no era consciente de ello. Desde que había internado a Laura en el centro, Fede actuaba como un autómata cuyos pensamientos y cuya alma estaban muy lejos del cuerpo. Se levantaba por la mañana en una cama demasiado solitaria, agotado, realizaba su jornada de trabajo, solo, sin aceptar la compañía de nadie, y regresaba a la solitaria casa. En eso se resumían sus días. Tan solo cuando se le permitía ver a su mujer, tenía la sensación que cada vez con menos frecuencia y durante menos tiempo, sentía que vivía de verdad, que cada día, cada hora era un paso adelante en pos de la recuperación de la normalidad, la maldita normalidad. Eran pequeños momentos de esperanza que pronto se acababan; duraban hasta que el doctor Naredo le informaba de la falta de progresos.

Al contrario, la situación de Laura parecía haber empeorado. El doctor le informó en la última visita de una nueva alucinación que había sufrido. Su mujer, sola en su habitación, creyó ver a tres bebés con la cabeza cubierta con sacos, colgando de sogas, y lloró horripilada mientras intentaba rescatar a los niños imaginarios. Siempre niños. Eso había provocado que pasara la mayor parte del tiempo bajo los efectos de un sedante suave, uno que al parecer no afectaba a la otra vida dentro de ella, cada día más cerca de llegar al mundo, y cada día bajo mayor riesgo.

Fede también parecía vivir bajo los efectos de un sedante, respirando porque era algo en lo que no tenía que pensar. Apenas dormía por las noches, mirando a un punto lejano e indefinido. Llevaba más de una semana sin afeitarse. Las tareas de la casa habían desaparecido de su agenda. Y lo peor era que comía mal

y poco, con la consecuente falta de energía que notaba en su cuerpo. De hecho, algunos días se olvidaba de prepararse la comida y no probaba bocado hasta la noche.

Por suerte, Luz había sido un pilar al que aferrarse. Sin su ayuda no sabía cómo habría salido adelante. Casi todos los días lo visitaba, bien para informarle de novedades sobre Laura, o de falta de novedades, o simplemente para comprobar cómo se encontraba él. Incluso, durante los últimos días, por la mañana le entregaba fiambreras con comida, sin que se lo hubiera pedido nunca; lo más seguro porque su aspecto hacía visible la falta de energía y la mala alimentación, con más palidez de la usual. Hoy solo había comido gracias a ella.

Sin darse cuenta, sus pies, mucho más concentrados que su cabeza, le habían llevado hasta el manantial. La cascada de agua caía sin que nadie se relajara con su armonía. El viento mecía la superficie del lago con suavidad. Los árboles entonaban su canto mudo. Y una fina neblina se había apoderado del lugar.

Fede inspiró una gran bocanada de aire y niebla. Sintió el frescor inundar su interior y se estremeció ligeramente. El ambiente rondaba los quince grados y llevaba una gruesa chaqueta de cuello alto, pero su baja energía le impedía conservar el calor necesario para su confort.

Se acercó a la orilla del lago, se agachó sobre una rodilla y bebió un trago de agua que recogió con ambas manos, formando un cuenco. Era una de las primeras prohibiciones de la larga lista de la placa de metal clavada en el palo de madera (una tontería, si a alguien le importaba su opinión), pero no se iba a sancionar a sí mismo. Y la verdad, en estos momentos poco le importaban las normas y quién se las saltara. Se levantó, el agua recorriéndole el mentón y descendiendo hacia el cuello, elevando el frío de su cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Un escalofrío le recorrió de los pies a la cabeza. Le llegó a los oídos un sonido similar al crepitar del fuego. Observó la cascada y le dio la sensación de que el agua disminuía la velocidad a la que descendía hasta detenerse por completo. Un muro líquido que le devolvió su reflejo en extraños tonos cálidos, más cercanos a una escena tropical que a su actual ubicación.

Media cara se le iluminó de un tono anaranjado, y al instante le llegó un grito susurrado. No supo explicarlo, ni cómo había podido oír tal sonido, ni dónde se originó; tenía un mal presagio sobre su procedencia. Vio también su reflejo oscilar en la pared de agua, como si el aire estuviera enrarecido.

Giró la cabeza hacia la izquierda, hacia la cabaña. Llamas intensas de un rojo abrasador la arrasaban, escupiendo lenguas de fuego desde el interior. Pero lo

más extraño era que la cabaña no tenía el aspecto ennegrecido con el que la había conocido y visto todos los días. Las tablas de madera brillaban bajo las llamas, potenciando su color natural. ¿Qué es lo que estaban viendo sus ojos?, se preguntó en voz alta, sin obtener respuesta del bosque. Se quitó las gafas, se remojó la cara y volvió a colocarlas sobre el puente de la nariz. La imagen de la cabaña no varió.

Una niña de unos dos años con un vestido azul claro y dos trenzas rubias en el pelo apareció corriendo de pronto de la nada, materializándose entre la niebla. Reía llena de inocencia. Se detuvo frente a la puerta de la cabaña. La miró durante unos segundos, inmóvil, sin temor, y luego miró a Fede. «No entres», creyó decir, pero de sus labios no escapó ni aire. La niña sonrió. Lo saludó con la mano y entró en la cabaña, ajena al fuego que la acorralaba.

Fede quiso gritar y correr tras ella pero no sentía el cuerpo como suyo. Los pies estaban pegados al suelo, y sus labios entre ellos. La niña regresó para asomarse bajo el umbral de la puerta, aunque ahora no era más que una figura de sombra. Aun así, sus ojos lo miraban, unos ojos que no transmitían nada, ni siquiera miedo o dolor. Fue solo entonces cuando por fin pudo moverse. Corrió y entró en la cabaña, tapándose la cabeza con la chaqueta. Dentro las llamas parecían más oscuras y menos brillantes. Lo cubrían todo del techo hasta el suelo, dando forma al mobiliario y dibujando patrones sin significado alguno. Pero no había rastro de la niña. La llamó, arriesgándose a tragar humo, en medio del infierno. Nadie le respondió. Avanzó por la cabaña, a paso muy lento, dubitativo, llamándola sin parar. Pero se detuvo al darse cuenta de algo: no tenía calor. De hecho, sentía el mismo frío de antes, quizá incluso un poco más. Se fijó en que su pie izquierdo estaba sobre un charco de fuego. No se quemaba. «Qué extraño», se dijo para centrar su mente en las incongruencias. Estiró la mano hacia una llama que sobresalía de una mesa ardiendo. El fuego la atravesó sin que hubiera contacto, como si uno de los dos, fuego o humano, fuera un fantasma incorpóreo.

Un nuevo escalofrío le puso en guardia. Giró sobre sí mismo varias veces sin parar, sentía una presencia cercana que no se manifestaba frente a él. Lo hizo con desesperación hasta que la niña se elevó de la tierra. Su cabello era ahora de un negro profundo, el negro más puro que había visto nunca. Dio un paso hacia ella. Se quedó con la boca abierta, sin poder emitir sonido alguno.

Un ser hecho de brumas de oscuridad (no sabía cómo describir su forma, parecía tan cambiante como fija), se elevó tras la niña para situarse sobre ella. Fede se echó hacia atrás, trastabilló consigo mismo y cayó de culo al suelo de la

cabaña, sobre un charco de fuego que no quemaba. El ser no tenía boca, pero le hablaba con una voz espeluznante; no tenía ojos, pero lo miraba con dos círculos de niebla como si quisiera arrebatarse su alma; no tenía brazos, pero podía sentir su agarre.

Fede emitió un grito ahogado. Notó las lágrimas brotar. Se arrastró hacia atrás, alejándose del ser. La niña levantó una mano y aferró uno de los tentáculos de oscuridad del ser; se movían cada uno independiente del otro, y a la vez todos en sintonía. Al instante, el cuerpo de la niña se transformó en oscuridad.

Fede se levantó y corrió hacia la puerta. Pasó por su lado sin mirarlos, sintiendo su tacto en cada centímetro de su cuerpo, como garras, y cruzó las llamas hacia el exterior. Tropezó al abandonar el suelo de madera de la cabaña, rodó por el suelo y vio que lo observaban los dos desde la puerta, fusionándose en un solo ser, absorbiendo las llamas. El fuego desapareció en su interior, devolviendo a la cabaña a su estado anterior ennegrecido. Oyó de nuevo su voz, ahora llamándolo por su nombre. Sintió una atracción inusual que lo hacía gravitar hacia el nuevo ser, pero se levantó y corrió en dirección contraria.

«Me lo estoy imaginando», se repetía una y otra vez, «no puede ser real». La falta de sueño, la falta de energía, la preocupación por Laura... Todo ello junto había provocado que sufriera una situación similar a las suyas, sin duda influenciada por sus relatos. Pero no paró de correr para alejarse lo máximo posible de aquella pesadilla.

Lo máspreciado

Las luces sobre su cabeza se convertían en manchas en sus retinas. El sudor que recorría su frente se le colaba en los ojos y le provocaba un picor que no podía quitarse. La mano que aferraba la suya no era la que ella deseaba, un contacto que no soportaba ni había solicitado. Todo ahora le asqueaba. Quería expulsar de la sala a todo el mundo, y que en su lugar hubiera una sola persona, la única que quería a su lado. Gritó, contraatacando al dolor.

Laura se resistía a empujar.

—Laura, esto no es bueno para el bebé —le dijo una doctora vestida con el atuendo completo verde y blanco de cirujana, situada entre sus piernas. No recordaba su nombre.

—Todavía no —replicó Laura entre dientes, apretando la mano del doctor Naredo con toda su fuerza. No le importaría romperle algún dedo, no le había pedido que se la sujetara y no lo quería a su lado—. Falta él.

Con él se refería a su marido, algo obvio para las cuatro personas presentes. Fede debía presenciar en persona el nacimiento de su primera hija, no le perdonaría que no estuviera con ella. Ya hacía rato que debían de haberle avisado, el suficiente para que encontrara un medio de transporte que lo llevara al centro. Laura estaba lúcida como para ser consciente de las casi tres horas que habían transcurrido desde que había soportado la primera contracción. Se le habían hecho eternas, y ahora que por fin llegaban a su final, no quería que el parto acabara todavía.

—No podemos esperar —dijo el doctor Naredo—. La niña quiere salir ya, y cuantos más impedimentos le pongas, más perjudicial será para su salud.

—Pero Fede no está —dijo Laura, cargando el rostro con el que miraba al doctor de súplica.

—Lo sé, pero eso no es lo importante ahora. Lo importante sois tú y tu bebé. Además, estoy seguro que está de camino y aparecerá en cualquier momento por esa puerta. ¿No crees que lo más sabio en esta situación sería recibirle con la noticia de la buena salud de su hija? ¿No crees que, aunque se lo pierda, se alegrará de que lo máspreciado para él, vosotras dos, estéis sanas?

¿Sana? Ella no estaba sana, estaba en un lugar en el que nunca pensó que daría a luz porque era incapaz de controlar lo que creaba su mente y luego veían sus ojos. Estaba encerrada en el centro por su propia seguridad, sin contacto con el exterior, con un plan diario fijo que no admitía variaciones, alejada de la vida. ¿Cómo iba a cuidar de su pequeña entre cuatro paredes que los doctores llamaban habitación y ella llamaba celda?

Observó todas las caras centradas en ella. Estaba rodeada de extraños de los que solo veía sus ojos, de miradas frías que no transmitían un ápice de empatía. No había alegría en ellos salvo en el doctor Naredo. Robots preparados para entregarle a su hija y luego retomar sus otras tareas. No parecían estar a punto de traer al mundo a una vida, sino más bien de estar esperando la entrega de un paquete insustancial.

Se percató de que todos esperaban su respuesta a la pregunta del doctor Naredo. Dudó una vez más, echando una ojeada a la puerta blanca de la pared blanca, pero acabó asintiendo. No quería que su cabezonería le causara algún daño irreparable a su hija, jamás se lo perdonaría. Sonrió para sí misma, debería decidirse de una vez por un nombre para dejar de llamarla «hija» o «pequeña»; le resultaba bastante impersonal. Pero no sabría cuál era el adecuado hasta verla.

—Perfecto. Ahora es el momento de empujar —dijo la doctora sin nombre, una mujer de unos cincuenta años o puede que más, con el pelo rizado y una verruga junto a la ceja. El resto de facciones de su cara era un completo misterio para ella, no la había visto nunca sin la máscara.

Laura empujó. Con todas sus fuerzas. Prestando especial atención a su respiración, como le habían enseñado en las clases parto a las que acudió casi por obligación; había una gran ironía en que Fede fuera el que más interés había mostrado en esas clases y ahora ni siquiera estuviera presente.

Siguió empujando y haciendo caso de las directrices de la doctora. Le llegaban más voces y más indicaciones pero suficiente tenía con no desmayarse ahí mismo del dolor. Siguió hasta que oyó un sonido que le supo maravilloso, una melodía que solo podía haber creado un producto del amor. El llanto de su hija le llenó los oídos de felicidad y, por unos segundos, la sensación de estar perdiendo la razón poco a poco que había sufrido durante los últimos días

desapareció. Volvía a ser ella, con los cinco sentidos y su mente funcionando a la perfección.

La doctora cortó el cordón umbilical y le entregó el bebé a un auxiliar, Laura no sabía si era enfermero o si era el conserje disfrazado; visto la poca interacción que habían tenido con ella, podía ser cualquiera de las dos cosas. El auxiliar se llevó al bebé, no muy lejos de allí, pero con su cuerpo le tapaba la visión de su hija.

—Quiero cogerla —dijo Laura, con una sonrisa amplia y cansada, extasiándose con el llanto de su pequeña.

Pero algo no iba bien. Lo percibía en la expresión corporal y en los ojos de los demás. El doctor Naredo le soltó la mano y se acercó al auxiliar. Agarró al bebé entre sus brazos, envuelto en una toalla, y abandonó la sala acompañada del mismo auxiliar y de la doctora.

—¿Adónde se lo lleva? —preguntó Laura, casi en grito, intentando incorporarse sin éxito. El hombre restante, con más pinta de matón que de enfermero, impidió que se moviera de la cama.

Santos Naredo y la doctora regresaron al cabo de un par de minutos con gestos apenados. Laura se había convertido en un manojo de nervios durante su ausencia. No sabía cómo colocarse, respiraba de forma acelerada, y cada intento de variar su posición en la sala se encontraba con la oposición del matón disfrazado de enfermero. El doctor le aferró de nuevo la mano entre las suyas.

—Lo sentimos mucho, Laura —dijo—. No hemos podido revivirla.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? No lo entiendo. —Sus oídos le acababan de fallar de nuevo, era la única explicación.

Santos Naredo suspiró, aunque no supo si lo hizo para calmarse o por tener que repetirse.

—Tu hija ha nacido muerta —dijo el doctor, más directo—. No hemos podido hacer nada.

—No puede ser, estaba llorando. La he oído llorar.

A Laura se le escapó una risa nerviosa. Debía tratarse de una broma macabra o algo parecido. Su hija estaba en una sala adyacente mientras la limpiaban o revisaban algo. Esta gente tenía un sentido del humor muy extraño, alejado de los convencionalismos sociales, influenciado sin duda por su peculiar lugar de trabajo. ¿Cómo era posible que naciera muerta mientras descargaba su llanto? Eran dos conceptos incompatibles.

—Laura, no sé lo que has oído, pero desde luego no ha sido real.

—No te creo. Mi hija ha llorado.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, empapándolos de una película líquida. ¿Cómo iba a imaginarse el llanto de su propia hija? La estaban engañando. Ella no haría algo así, no con su pequeña. Esto no podía haber sido producto de su imaginación, era demasiado real.

—La he oído llorar —repitió en un sollozo, agarrando al doctor Naredo del cuello de la camisa. El enfermero que no parecía enfermero la obligó a soltarlo—. Por favor, dejadme verla. No me quitéis a mi pequeña. —Hablabla como Ainhoa y se preguntó si se había infectado por su historia, si ella misma se estaba provocando este sufrimiento.

—¿Doctor Naredo? —dijo la doctora.

Santos Naredo observó a Laura de arriba abajo con detenimiento, como si decidiera qué hacer con ella.

—Laura acaba de sufrir otro episodio psicótico y se niega a aceptar la realidad —dijo al fin, en un tono neutral y falto de emoción, incongruente con la situación que decía acabar de vivir y que Laura no quería creerse—. Ahora mismo no podemos hacer nada por ella salvo permitirle descansar para que, con más tranquilidad, pueda ser consciente de lo ocurrido aquí. Póngale un sedante.

—¡No! —gritó Laura—. ¡No! ¡Quiero ver a mi hija! ¡Devolvedme a mi hija!

Intentó zafarse del mundo, transportarse a donde estuviera ella, pero ni siquiera en un momento de desesperación encontró la energía y la fuerza necesarias.

—¿A qué espera? Sujétela —le dijo el doctor Naredo al matón, enfermero o lo que fuera.

La sujetaron contra la cama, impidiendo el movimiento de sus extremidades. La doctora se acercó con una jeringuilla en la mano. La siguió de reojo y notó el pinchazo en el cuello. En pocos segundos se perdió toda su resistencia y se sumió en un forzoso y profundo sueño.

Lo que el fuego esconde

Estaba de pie, delante de la cabaña negra y quemada, la morada del terror para mentes inestables, y sus pies no se movían, convertidos en parte de la naturaleza del bosque, su cuerpo un tronco más. Su mirada se había perdido hacía rato en un mundo muy lejano, y se había llevado con ella a todo su ser, dejando atrás solo una cáscara vacía que expulsaba sudor por cada poro de su piel. Notó que la mano derecha le temblaba por lo que regresó a su presente para tratar de frenarla con la izquierda, pero ambas juntas creaban un tembleque mayor.

Había regresado a la cabaña como el que regresa a una escena del crimen para buscar los errores que ha cometido. Había una explicación lógica a lo que le había sucedido el día anterior, una que lo más probable es que tuviera relación con el estrés o con la misma pena que sufría. O quizá se lo provocó algún elemento del entorno que se introdujo en su cuerpo sin que se enterara. Fuera lo que fuese, su regreso al lugar tenía como único objetivo el demostrarse a sí mismo que nada fue real y así aparcar el extraño suceso como algo puntual y singular para confirmar que su salud mental no corría peligro.

Pero seguía sin poder moverse. Una extraña sensación que no sabía explicar le recorría el cuerpo, provocándole una inquietud que se negaba a abandonarlo. Apretó con fuerza los puños hasta clavarse las uñas en la carne y respiró con detenimiento para calmarse. Por fin consiguió levantar un pie de la tierra. Se acercó a la orilla del lago, se quitó las gafas, que guardó en el bolsillo delantero de la camisa, y se remojó la cara para despejarse, reprendiéndose de paso por su estupidez. No se estaba comportando como alguien centrado y sin problemas para distinguir realidad de ficción, más bien como alguien que debería hacerle compañía a Laura en su encierro forzado.

Encaró la cabaña con decisión; solo eran unas cuantas tablas de madera

ennegrecidas, abandonadas, sin vida y sin inquilinos. Nada justificaba el miedo que no le había dejado dormir y le provocaba los temblores de las manos. No podía dejar que un ser inexistente oprimiera su normalidad y amenazara con destrozarla pedazo a pedazo. Frunció los labios y negó con la cabeza; empezaba a sonar como Laura, lo que no era una buena señal.

Perdido en sus pensamientos se encontró de pronto en el interior de la cabaña. Todavía conservaba la división original de dos habitaciones y un pequeño baño, y se intuía la antigua presencia de una cama y una mesa entre otros elementos, ahora reducidos a un montón de material quemado y un buen puñado de ceniza, parte flotando en el ambiente. La luz que se atrevía a colarse por sus ventanas eliminaba en buena parte la lobreguez que se vislumbraba desde el exterior. Así, las manchas que las distintas tonalidades de grises y negro formaban en la pared dejaban de crear figuras monstruosas para ser simples variaciones en la degradación de la madera. Más que una imagen aterradora lo que transmitía era una escena llena de pesar por los recuerdos perdidos. No era un lugar al que temer o del que huir, era un lugar por el que sentir melancolía.

Fede le perdió de pronto todo el respeto que le tenía. Tanto su cuerpo como su cabeza se relajaron y le permitieron alcanzar el orden necesario para seguir avanzando sin temor. Se atrevió a poner una mano sobre la pared que las llamas habían arrasado mucho antes de lo que él vio ayer. Sintió el tipo de frescor que solo se consigue tras muchos días enfriándose. Apartó la mano para dejar su huella y llevarse una capa de ceniza que no se molestó en limpiarse. Cada vez entendía menos por qué había tolerado que un lugar tan inofensivo se le colara en su mente como una pesadilla viviente.

Anduvo unos pasos más con cuidado, hacia la habitación donde estaban los restos de la cama; aunque la cabaña en sí era inofensiva, todavía se podía partir o descolocar bajo sus pies cualquier tabla de madera del pavimento. La prueba estuvo en una tabla que se levantó al pisarla y por poco no le provocó una caída. Se quedó fuera de su lugar, sobre las otras tablas, en diagonal, rompiendo con la armonía con la que fueron colocadas en su momento y todavía conservaban.

Continuó con su visita turística por la otra habitación, empapándose del ambiente tan poco amenazador. No había nada a destacar, nada que le permitiera crearse una imagen mental sobre cómo había sido la vida de su predecesor tan cerca del manantial.

Regresó por donde había venido, vigilando cada uno de sus pasos, con la tranquilidad de haber aparcado muy rápido su inexplicable episodio. Ninguna de las sensaciones que le habían abrumado el día anterior parecía dispuesta a

regresar. No podía decir que ya estaba todo olvidado, el recuerdo seguía siendo muy vívido, pero se iba a quedar solo en eso, en un mal recuerdo, y en un aviso de lo frágil que puede llegar a ser la mente humana cuando se ve sobrepasada por los derroteros de la vida.

Pasó por encima de la tabla levantada y se paró con un pie a cada lado del agujero que esta había creado, dispuesto a colocarla de vuelta. Algo reclamó su atención bajo tierra. Se agachó y observó a través del agujero, a la oscuridad oculta. No vio nada concreto, pero sí que le pareció intuir algo. Le golpeó sin previo aviso un olor muy fuerte. Necesitaba luz. Encendió la pantalla del móvil e iluminó la zona con ella.

Se llevó un sobresalto que lo hizo caer hacia atrás, sobrecogido por la visión que la luz le había entregado. El móvil salió volando y se estrelló contra la pared. Su respiración se aceleró. La vista se le iba para todas partes, lleno de inseguridad, casi esperando que apareciera alguien de algún escondite para gritarle que era todo una broma de mal gusto. Se arrastró para recuperar el móvil y con él la luz. La pantalla se había resquebrajado con el impacto pero aún funcionaba.

Regresó al agujero e iluminó de nuevo el anillo encastrado en un dedo huesudo. Metió la mano para recuperar el anillo, luchando contra el asco por tocar un cadáver y la conmoción por haberlo descubierto. Estiró con fuerza para separarlo de la rígida mano. Era un anillo sencillo de matrimonio, de color dorado, con una inscripción en la parte interior. La leyó en voz alta, como si así lo hiciera más real y comprensible:

—Ainhoa y Raúl.

Se quedó con la boca abierta y la mano temblando, hasta el punto que se le cayó el anillo al suelo creando un repiqueteo seco y apagado sin que se diera cuenta. ¿Podría ser? Solo conocía una Ainhoa, cuyo marido se había largado un día de casa sin que nadie lo viera. Pero no sabía su nombre. Leyó otra vez la inscripción del anillo. La fecha marcada estaba en buena parte desgastada, pero lo único bien visible, el año, coincidía con la historia de Ainhoa.

Se levantó de golpe. Si esa persona enterrada era el marido de la mujer que tanto había obsesionado a Laura quizá implicaba que ninguna de las dos estaba realmente loca, que sus problemas, da igual el origen, se habían amplificado ante la desconfianza de las personas más cercanas a ellas. Solo querían que alguien las creyera, y en lugar de eso habían despreciado lo que salía de sus bocas y las habían encerrado. Cerró el puño con fuerza alrededor del anillo y se le iluminó el rostro. Ese objeto podía acabar convirtiéndose en la ayuda que le faltaba a Laura

para superar su situación. Pero antes necesitaba confirmar la identidad de la persona enterrada bajo la madera.

Levantó una segunda tabla y luego una tercera. Con solo estas dos ya pudo confirmar que se trataba de un hombre. Con la cuarta tabla se clavó una astilla, pero no perdió un segundo en quitársela a pesar de que le dolía con cada esfuerzo de la mano. El cadáver conservaba la ropa, aunque como era obvio eran piezas andrajosas luchando por no deshacerse. Buscó en los bolsillos alguna identificación pero estaban todos vacíos.

Pero eso no fue lo que más le llamó la atención al registrar al posible marido de Ainhoa. Se le volvieron a poner los ojos como platos y la boca se le secó de golpe. Tragó saliva como pudo. A su lado había otro cadáver, en un mayor estado de descomposición.

Apartó los restos de la mesa para poder seguir levantando el suelo. Tabla tras tabla, con el corazón latiéndole a cien mil por hora y las manos temblorosas, fue descubriendo el horror que el fuego había ocultado.

Cuatro cadáveres amontonados. Dos hombres y dos mujeres, si Fede no se había equivocado. Sobre un lecho de ceniza que sugería que podían ser más las personas enterradas bajo el pavimento de madera.

No supo cómo reaccionar. Nada le había preparado para esto. Nadie estaba preparado para esto. Él era una persona normal con un trabajo normal y aspiraciones normales. Su mayor ambición era tan simple como estar junto a su mujer y su hija, disfrutando de su compañía. Todo esto le superaba.

Se sintió como si estuviera viviendo la vida de otra persona, una con muchas más emociones fuertes. Esa otra persona sabría cómo actuar. Sabría analizar el escenario y deducir lo que había ocurrido. Laura con toda seguridad habría llegado a alguna conclusión que uniera todas las piezas, su mente estaba más acostumbrada a emplear la lógica. Él, en cambio, era incapaz de sumar dos más dos y que le diera cuatro. Lo único que tenía cierto sentido en su cabeza era el anillo.

¿Qué acababa de descubrir?

Ninguna tumba será mi encierro

La agente García dudó de cada palabra que salió de los labios de Fede. No necesitó meterse en sus pensamientos, el gesto que gobernaba el rostro de la agente de policía lo decía todo. Se aventuró a ir más allá: no se había creído nada, era una historia inventada.

—En la cabaña —dijo la agente para confirmar su historia. A su manera fue una pregunta.

—Sí —respondió Fede.

—Junto al manantial.

—Sí.

La agente entrecerró los ojos. Debió pensar que se trataba de una broma o una equivocación; Fede no creía que hubiera en la historia de Ludueña un suceso similar. De hecho, él no acababa de creerse su hallazgo. Todavía se sentía algo conmocionado por la imagen y el olor tan desagradables de los cadáveres amontonados. Tanto que se puso a repasar lo que le había dicho palabra por palabra a la agente. ¿Se había olvidado de algún detalle? ¿Acaso había sido capaz de describirle bien el horror de la cabaña, de transmitirle el miedo que se apodera de uno cuando es testigo de una escena de ese calibre? Pero se dio cuenta de que ni siquiera recordaba cómo se lo había contado. Su cerebro había generado un relato por su cuenta sin asegurarse de que estuviera consciente en el presente, quizá tergiversando algún elemento. Si hubiera podido, les habría avisado en el momento por teléfono, pero junto al manantial no había cobertura, como en muchas zonas algo alejadas del centro del pueblo, en realidad, y además, no esperaba que se lo tomaran en serio en un lugar como este sin verle la cara algo desencajada.

—Siéntese ahí —le dijo la agente García, señalando una silla de plástico junto

a la pared, la misma en la que encontró a Laura cuando fue a buscarla a la comisaría tras su arresto, si no recordaba mal—. Voy a llamar al jefe.

Había mucho más en la llamada al jefe de lo que las simples palabras transmitían. Tras lo ocurrido con Laura era normal que dudaran de él, que creyeran que buscaba alguna excusa para que su mujer volviera cuanto antes a casa. Cualquiera en su posición lo habría hecho. Y eso despertaba mucha compasión en las personas pero también suscitaba mucho recelo. Fede se convirtió a los ojos de los demás al mismo tiempo en un pobre hombre lleno de sufrimiento y en un narrador poco fiable. Porque muchos se hacían una pregunta muy sencilla: ¿podía pasarle a él lo mismo que a ella? ¿Era algo que podía contagiarse? Él mismo se lo había preguntado en más de una ocasión, sobre todo después de su extraña visión; decidió dejar de referirse a ello como una alucinación, ya que solo serviría para llenarle la cabeza de incertidumbre.

La agente García se levantó de su escritorio tras realizar una llamada. Entró con unos papeles en el despacho del jefe y salió al cabo de unos segundos con las manos vacías. Le dedicó por el camino una mirada con una ausencia total de simpatía, hasta que se sentó en su silla y pasó a actuar como si él no existiera. Las otras tres personas presentes, la secretaria y dos agentes uniformados, no levantaron la cabeza de las pantallas de ordenador. La incomodidad era patente en su postura; no sabían cómo entablar una conversación con Fede sin nombrar a su mujer ni evidenciar la lástima que sentían por él y, cuando hacían el esfuerzo de intentar disimular, era todavía más obvia.

Por encima de todos era un comportamiento extraño en la agente García. Siempre se mostraba profesional y tenía una actitud amable con todo el que acudía a la comisaría en busca de ayuda. Puede que no destacara en su trabajo, que pasara más bien desapercibida y le faltara algo de iniciativa, pero cumplía con sus cometidos sin una queja y en verdad no se podía decir nada negativo sobre ella. Una buena trabajadora con la que se podía contar siempre pero que ya había alcanzado su cénit laboral. Ahora evitaba mirar a Fede y su rostro componía una mueca de disgusto. No le ofreció ni siquiera un vaso de agua.

Fede esperó con paciencia en la silla. En silencio, como si estuviera solo en un mundo aparte, rodeado de una bruma espesa. Obviando la urgencia de su presencia ahí, lo desagradable y macabro de su historia, uno de los agentes encendió la radio, con gesto aburrido. La voz cansada de *Johnny Cash* inundó la comisaría, enviándole un mensaje al mundo de que ninguna tumba podría mantenerlo bajo tierra. A Fede le entraron ganas de levantarse y enviar su propio mensaje: ninguna tumba mantendría a su mujer encerrada. Aún no sabía cómo,

pero esos cuerpos le ayudarían a sacarla del Centro Naredo y de su locura.

Una media hora más tarde apareció el jefe Llanos. Llegó con prisas, con aspecto agotado y con su habitual falta de simpatía, marca de la casa. Era el único que no había modificado su trato hacia Fede, no parecía caerle bien antes y tampoco ahora. Pero era a quien más agradecido estaba por el simple hecho de seguir tratándole como a un ser humano cualquiera. El agente que había encendido la radio se apresuró a apagarla antes de recibir su reprimenda.

Mantuvo una corta conversación con la agente García, siempre mirándolo de reojo. Se quitó la chaqueta y la colgó en algún lugar de su despacho, con lo que la pistola reglamentaria quedó a la vista aunque protegida en su cartuchera. Le hizo un comentario a su secretaria y se situó delante de Fede, mirándole desde arriba, como si quisiera dejar bien claro quién mandaba ahí y que no iba a aguantar ninguna tontería.

—Señor Garona, cuénteme lo que ha visto —dijo Roberto Llanos. Aun con toda su falta de afabilidad, se mostró mucho más interesado en el relato de Fede de lo que lo había estado en ningún momento la agente García.

Fede se lo explicó todo con detalle. Lo hizo con pausa y concentrado para no tener que volver a preguntarse si su relato había sido adecuado. Evitó relatarles la visión que tuvo el día anterior, era irrelevante tanto para el descubrimiento como para su credibilidad, pero los demás no lo verían así. El jefe no lo interrumpió en ningún momento. Cuando terminó, le mostró el anillo que había recuperado del cadáver que creía que era el marido de Ainhoa.

—No debería haberlo cogido —dijo el jefe.

—Pero... —Fede no supo qué contestar.

—Si lo que nos ha contado es cierto, ha podido contaminar una prueba. Guárdelo por el momento. —No dio tiempo a las disculpas de Fede—. En fin, trabajaremos con lo que tengamos.

Regresó a su despacho sin darle instrucciones sobre lo que hacer a continuación. Cinco minutos más tarde salió con la chaqueta puesta, le entregó unos papeles a la secretaria y se plantó frente al escritorio de la agente García.

—García, ¿estás ocupada? —le preguntó, dando unos golpes de nudillos sobre la mesa.

—Sí, jefe, estoy escribiendo unos informes de...

—Pues ya no lo estás —la interrumpió—. Vamos a ver la que nos ha caído encima. —Vio que Fede lo miraba con el culo pegado a su asiento—. Señor Garona, ¿está esperando una invitación formal? O puede que prefiera tomarse una cerveza; no creo que los cadáveres se vayan a ninguna parte.

Fede se levantó de un salto.

—No, no, por supuesto, vamos —balbució. No esperaba tener que volver para mostrárselos, no esperaba tener que volver a verlos en persona. Creía que ellos se ocuparían de todo; estaba demasiado acostumbrado al modo de hacer de la capital, en un pueblo todo era diferente y tenían sus propios métodos.

Con el coche patrulla llegaron en pocos minutos a la cabaña, lo que le hizo preguntarse cuándo le devolverían su coche; entendía la dificultad de la reparación pero no pensaba que sería eterna.

Le pidieron que esperara junto al lago, fuera de la cabaña, mientras los dos policías registraban el interior. No protestó, no quería volver a entrar para ver algo que con toda seguridad le cortaría su sueño durante varias noches. Cerró los ojos y se impregnó del ambiente. A pesar de lo mal que lo había pasado en ese lugar y de los horrores que escondía, no había mejor sitio para relajarse que junto a la suave fuerza de la cascada y a su sonido absorbente.

Cuando los abrió, le dio la sensación de que habían transcurrido varios minutos. El silencio era absoluto, incluso del crujido de la madera que debería haber escuchado procedente del interior de la cabaña. Se acercó con cautela a la entrada.

—¿Va todo bien? —preguntó desde fuera.

—¿Por qué no nos acompaña, señor Garona? —sugirió el jefe, fuera de su vista.

Fede tragó saliva. No le había gustado el tono de voz que había empleado el jefe, con un deje de irritación bastante evidente. Pero dio un paso hacia el interior antes de que saliera para arrastrarle del cuello o a patadas; no estaba seguro de cuál sería su estilo preferido. Lo recibieron con los haces de dos linternas apuntándole a la cara. Se cubrió con la mano hasta que las apartaron. Y entonces pudo ver la razón que explicaba su tono y su tardanza.

No había una sola tabla de madera levantada del suelo. No había ningún cadáver a la vista.

—Le dije que aquí no habría nada, jefe —dijo la agente García.

Roberto Llanos la mandó callar con un gesto de la mano. Luego señaló al pavimento de madera ennegrecida.

—¿Me puede explicar esto, señor Garona?

Fede dio dos pasos hacia la zona donde había levantado todo el suelo. Pisó con fuerza en varios puntos de una de las tablas para intentar levantarla pero no se movió un milímetro. Se agachó y posó una mano sobre ella como si pudiera sentir sus latidos.

—No lo entiendo —dijo, rascándose el cuello, con la mirada perdida en un punto muy lejano bajo tierra. Parpadeó y miró a los dos policías de forma alternativa—. Yo mismo levanté las tablas del suelo. Todas estas de aquí.

—¿Está seguro?

Y así empezaba. Las dudas sobre su salud, la comparación con Laura, los gestos dirigidos a él. Si antes alguien solo se atrevía a sugerir que marido y mujer compartieran enfermedad, ahora nadie dudaría de ello. No podía permitir que se extendiera y le obligaran a seguir el camino de Laura. No podría ayudarla ni a sí mismo si ambos tenían los movimientos limitados.

Optó por responder con un toque de furia:

—Estoy seguro de lo que vi. —Y de nuevo, sonó como Laura durante la primera de sus alucinaciones.

—Puede que solo se lo imaginara, puede que... —empezó a decir la agente García, pero Fede la interrumpió con brusquedad.

—Ahórrese el discurso, ya me lo conozco. Aquí había cuatro cadáveres, sin orden, uno encima de otro. Y puedo demostrarlo.

Clavó las uñas en una rendija entre dos tablas y tiró con fuerza; lo único que consiguió fue romperse de forma parcial una uña. Estaban bien clavadas a los listones de soporte del pavimento. Pasó a darle golpes con el talón hasta partirla. La arrancó del todo, descargando con ello toda su rabia. Luego arrancó las dos contiguas.

Pidió una linterna, la luz que entraba ahora por las ventanas era insuficiente. La agente García le entregó la suya sin mucha confianza, como si diera de comer a una fiera salvaje que le enseña los dientes. Iluminó el hueco abierto.

Vacío.

—¿Qué? —fue todo lo entendible que sus labios consiguieron formular.

—Creo que va siendo hora de que nos explique por qué está haciendo esto —dijo Roberto Llanos—. Aquí no hay indicios de que se cometiera ningún crimen, más allá del incendio, y no ha podido demostrarnos nada de lo que nos explicó en comisaría. —Hizo una pausa—. Si no se encuentra bien, le conseguiremos la ayuda necesaria.

—¡No! —gritó Fede, provocando el respingo inesperado y fuera de carácter del jefe—. Estaban aquí. —Le mostró de nuevo el anillo—. Esto estaba aquí.

—¿De dónde sacó en realidad el anillo?

Fede negó con la cabeza ante el inminente futuro que se le presentaba. Ahora empezarían a hablarle de lo que era mejor para su seguridad y la de los demás, y ya sentía asco solo de pensar en ello. Por eso comenzó a arrancar el resto de

tablas, porque no podía soportar que lo miraran de aquella forma.

Arrancó cinco, seis, siete, descubriendo tan solo un hueco. Y a la octava se le encogió la mano por un pinchazo. Observó el punto del pinchazo, la prueba de que no se había inventado nada. La astilla que se había clavado horas antes, levantando las tablas para descubrir los cadáveres. Pero, ¿cómo demostrárselo al jefe Llanos? Para él, la astilla se la podría haber clavado en cualquier sitio y en cualquier momento, incluso ahora mismo. No era una prueba real, solo un intento de justificarse. Seguirían diciéndole que se imaginaba cosas, que su mente no funcionaba de forma correcta, lo que llevó a otra pregunta que no había pensado en formularse.

¿Podía confiar en ellos?

Desconocía la respuesta. Desconocía si su visión y las de Laura habían sido causadas por una injerencia exterior, pero no podía sino admitir que era muy extraño que ambos las sufrieran desde que habían llegado al pueblo. Desconocía si alguien les estaba causando este sufrimiento. La realidad era que su desconocimiento era total. Pero una cosa sí que tenía muy clara: no iba a consentir que su mujer pasara un día más encerrada en ese centro, ella no tenía la culpa de nada.

Porque ahora la creía, a ella y a su historia.

Se levantó muy lento, se limpió las manos en la camisa, se colocó en su sitio las gafas con dos dedos, y dio media vuelta para salir de la cabaña. No dijo una palabra. Salió y, cuando hubo avanzado unos metros, miró atrás por encima del hombro. Tanto el jefe como la agente García lo observaban con extrañeza desde la puerta de la cabaña, desde el mismo punto que lo hizo el ser en su visión. Contuvo un gesto despectivo que le habría sumado muchos puntos negativos y siguió andando a través del bosque, hacia su cabaña para luego llegar a su casa. No le siguieron, no hay que molestar a un loco en plena locura.

La salida no está en tu cabeza

Laura apoyó la frente contra el cristal de la ventana, hecha un ovillo sobre el reposabrazos del sofá. Su mente escapó de la sala común para enfermos residentes en la que se encontraba, por la altura diría que en la cuarta planta del Centro Naredo. Pasó por encima de la carretera y viajó sobrevolando el bosque en dirección a su casa. Ludueña se intuía a lo lejos, rodeada de mantos verdes, oculta por la propia orografía del terreno. Se imaginó entrando en su hogar, de la mano de su pequeña (¿por qué no se decidió nunca por un nombre?), abrazando a Fede con tanta fuerza que se fusionarían en un solo ser inseparable. Se imaginó dando de comer a su hija, paseando todos juntos por el pueblo, jugando con ella, viéndola dar sus primeros pasos torpes y pronunciar sus primeras palabras. Viéndola crecer. Se imaginó su suave y delicada voz repitiendo una sílaba seguida: «mamá». Ocultó la cara entre sus brazos al tiempo que las lágrimas aparecían en sus ojos.

Todo eso quedaba lejano e imposible.

Su niña no llegó a conocer el mundo. No hubo una primera respiración ni un primer llanto. Ni siquiera pudo verle la cara, descifrar si tenía su nariz o la de Fede, o descubrir el color de sus ojos. La había perdido sin poder crearse una memoria de su pequeño cuerpo, sin poder retener cada rasgo como una imagen para la posteridad. El destino se volvía a cebar con ella arrebatándole por su segunda vez a una hija antes de que pudiera conocerla.

A cada minuto que pasaba veía más claro que el llanto que escuchó durante el parto fue producto de su maltratada mente. De igual forma que lo fue el carrito de bebé en la carretera, el sangrado de su barriga en la cocina o la muerte del niño del globo durante el festival. Estaba creando su propio mundo de terror, plagado de muerte y desgracias. Un mundo en el que se sentía impotente, en el

que solo podía mirar cómo la oscuridad se apoderaba poco a poco de todo lo que la rodeaba. Y temía que fuera a peor. Su hija lo sufrió de primera mano, y en su debilidad no pudo resistir los esfuerzos que le exigieron. Ahora ella se había vuelto un ser débil y dependiente que sucumbiría sin oposición a cualquier ataque a su psique que ella misma creara.

No sabía cómo podría superar la pérdida de nuevo. ¿Guardaba en su interior la fortaleza necesaria para ello? ¿O su descenso a los infiernos pasaría a ser a pasos agigantados hasta que le fuera imposible regresar? No sabía si sería capaz de levantarse cada día ni a qué realidad lo haría. Ya los minutos se le hacían eternos y cada segundo se convertía en un pinchazo a su corazón. En los días que habían transcurrido desde el parto se le habían pasado por la cabeza todo tipo de ideas con las que poner punto y final a su sufrimiento. No quería descubrir el futuro que la aguardaba después de esto. Pero nunca dejó que pasara a ser más que una idea, no tenía las agallas necesarias para un acto que requería al mismo tiempo de cobardía y valentía. Siempre aparecía el rostro de Fede frente a ella, como si la juzgara por abandonarlo. Y era su rostro el que la empujaba a continuar. No se lo perdonaría jamás, estuviera donde estuviera, si sus actos lo llevaban a una decisión drástica.

Se apartó de la ventana y se sentó bien en el sofá, echando la cabeza hacia atrás. Todavía se sentía algo aturdida por culpa de las últimas pastillas que se había tomado. La relajaban y la controlaban, pero en ocasiones le causaban náuseas y dolor de barriga.

El resto de pacientes emitía ruidos constantes, bien por sus actividades o porque no dominaban su habla, pero ya no le resultaban molestos. Al principio se sintió una extraña, fuera de lugar, pero día tras días aumentaba la certeza de que ahí era a donde ella pertenecía. Puede que fuera diferente a simple vista, la mayoría del tiempo no exteriorizaba ningún síntoma, pero todos venían de un lugar común, en algún momento todos tuvieron una vida normal sin grandes sobresaltos.

Ainhoa se sentó a su lado, murmurando como siempre algo en susurros. Parecía haberla tomado como amiga, quizá recordando sus interacciones anteriores, y durante buena parte del día tenía como costumbre seguirla a todas partes. Laura la dejaba hacer lo que quisiera; de alguna forma, al tenerla cerca era como si tuviera un pedazo de su hogar con ella. Ainhoa se inclinó hacia Laura, moviendo los dedos de las manos sin control.

—Las paredes te vigilan con ojos ansiosos —dijo de forma apresurada—. Los espíritus desconfían de ti.

La mayoría de las veces no entendía nada de lo que le decía. Su discurso solía ser un cúmulo de frases sin sentido, aunque en ocasiones escondían un significado distinto entre líneas. Las referencias a los espíritus eran una constante, casi un monotema del que era muy difícil sacarla. Rara era la ocasión en la que respondía a una pregunta de forma directa, y lo único que nombraba de su vida pasada era a su hija desaparecida, a quién seguía diciendo que pretendía recuperar. A Laura le habría gustado haber descubierto su paradero antes de que la ingresaran, quizá así se habría ahorrado muchos de los problemas posteriores. Ainhoa extendió el brazo y puso una mano sobre su barriga, todavía prominente como efecto del embarazo.

—Sé dónde está tu hija, sí. Sé dónde se la llevaron —dijo de pronto.

Laura la miró, buscando el contacto visual, pero era una de las cosas que Ainhoa evitaba en todo momento. Quería creerla, quería agarrarse a una última esperanza, pero sabía que las posibilidades de que eso fuera cierto eran nimias, o más bien inexistentes.

—Sé dónde está, sí —repitió Ainhoa. Una risita divertida se le escapaba cada vez que lo decía.

—Ainhoa, mi hija murió —dijo Laura con toda la suavidad de la que fue capaz, tragando saliva en medio de la frase. Decirlo en voz alta, escucharlo de su propia voz, lo hacía más complicado de soportar.

Ainhoa le cogió la mano y se concentró en sus dedos. Los repasó uno por uno como si fueran lo más asombroso del mundo.

—El llanto de la inocencia despertó la furia de los espíritus —dijo, siempre tan críptica.

Laura resopló y contuvo más lágrimas. No era su culpa, la pobre no era dueña de lo que decía, pero las falsas esperanzas dolían como una daga atravesándole el pecho. Le sonrió, comprensiva, pero deseando que se olvidara del tema y de ella.

—Los brazos de la muerte la elevaron al cielo, pero no le encontraron acomodo, no.

Cerró los ojos y se recostó en el sofá. Podía vislumbrar un nuevo episodio cercano si dejaba que sus palabras se le clavaran en el cerebro y jugaran con sus conexiones. No quería ver a más niños sufrir, por muy imaginarios que fueran.

—Tiene tu nariz —dijo Ainhoa en un momento de lucidez.

Laura abrió los ojos y se incorporó de golpe.

—¿Qué has dicho?

Con la mano libre, le tocó la punta de la nariz con una caricia suave. El rostro

de Laura de pronto brillaba, sin rastro de aturdimiento ni de pesar. ¿Podría ser cierto? ¿Podía fiarse de nuevo de sus palabras? La última vez le habían traído hasta el centro para una estancia demasiado larga, pero ahora se trataba de su hija.

—Es igual —añadió Ainhoa, un dedo a un centímetro de la nariz de Laura, la sonrisa más grande que le había visto nunca—. Mi pequeña también tiene mi nariz. —La sonrisa desapareció para dar paso a la ira—. Sé dónde la tienen, sí. Me la devolverán.

Laura le puso las manos en las mejillas y la obligó a mirarla, aunque volvió a centrarse en la nariz. La ira desapareció como un susurro. También, al parecer, el recuerdo de su propia hija.

—Ainhoa, ¿viste a mi hija? —le preguntó.

—Sí, tiene tu nariz.

Las palabras se le atragantaron en la garganta. El recuerdo tan vívido del llanto regresó a ella. Tan real... Creía incluso haber visto a la niña moverse. Pero también le pareció real cuando lo oyó en la carretera, tras el accidente. ¿Cómo podía diferenciar uno de otro? ¿Qué matices debía tener para que fuera real o imaginario?

Su cabeza batallaba entre una y otra posibilidad, real o imaginario, pero todo se resumía en una sola idea: si había alguna posibilidad de que su hija estuviera viva, no la desperdiciaría llenándose de duda o de negatividad. No tenía nada más que perder, el mundo ya le había arrebatado todo. Quizá un poco de esperanza tampoco era tan mala idea.

—¿Sabrías llevarme hasta mi hija? —preguntó Laura. Las nuevas lágrimas que empezaban a humedecer sus ojos ya no eran de tristeza.

—Sé dónde está, sí, lo sé —respondió Ainhoa. Ahora hasta le daba la sensación de que su habla era mucho más clara y reposada.

—¿Crees que podrías volver a escaparte del centro?

Ainhoa rió y se tapó la boca con los dedos. Los ojos se le movían de un lado a otro, podría parecer que cediendo al descontrol, pero en realidad comprobaban quién estaba cercano a ellas. Había cierto orden en su demencia.

—Soy invisible para los espíritus —dijo. Se sacó algo del bolsillo de la chaqueta, un pequeño alambre y una tarjeta que le había robado a una de las enfermeras—. Sí, soy invisible. No me ven, no me ven —añadió con musicalidad.

Laura le acarició la cara, a lo que se mostró muy receptiva, y le acompañó la mano para que volviera a guardarse los dos objetos en el bolsillo. Eran su salida

del centro, quizá lo que marcaría su camino de regreso a su vida. Dos objetos llenos de optimismo.

—Sé invisible —le dijo Laura.

Tres horas más tarde estaba encerrada en su habitación, impaciente. El sol había iniciado su descenso para dejar su lugar a la luna y una luz cada vez más tenue se colaba por la única ventana de la habitación, protegido con una reja.

¿Y si Ainhoa no recordaba nada de lo que habían hablado? ¿Y si se había ido sin ella? O lo que era peor: ¿y si no era cierto que había visto a su hija? No quería ni pensar en esta última posibilidad cuando había abrazado la esperanza con todo su ser.

De pronto, oyó ruidos en la puerta. Se levantó de la cama de un salto y se situó frente a ella, dejando un espacio de seguridad, por si no era quien esperaba. Al cabo de unos segundos se abrió, revelando una figura.

—Soy invisible, sí, lo soy —dijo Ainhoa.

Aislados

Fede abrió la puerta principal del Centro Naredo de un empujón, empleando ambas manos, con el consecuente ruido que produjeron, y se adentró en el vestíbulo a paso rápido y decidido. Había tenido la suerte de que estuviera disponible para llevarlo Claudia, quien ahora ocupaba el puesto de Laura en la revista de forma temporal. No tenían una gran relación, apenas habían intercambiado más de cinco palabras un par de veces, pero parecía haber adquirido una gran estima por Laura y no dudó un segundo en subirse al coche para recogerlo primero a él y luego conducir hasta el centro, sin importarle que la noche estuviera a punto de absorber al día. La mujer, eso sí, prefirió quedarse en el aparcamiento, nerviosa, fumando un cigarrillo; Fede ni siquiera sabía que fumaba.

Llegó al mostrador de recepción y golpeó con los nudillos sobre la madera para reclamar la atención de la recepcionista. Un hombre de su misma edad, sentado en un lateral, en una de las sillas de recepción, levantó la cabeza con el sonido y lo observó con fijeza y sin disimulo cuando sus ojos contactaron con los de Fede. A Fede, en cambio, el hombre no le transmitió buenas sensaciones, por lo que se olvidó de él y volvió a concentrarse en la recepcionista. La mujer no se dignó a mirarle.

—Un segundo, enseguida estoy con usted —le dijo la mujer, levantando un dedo.

La mujer, mayor, de pelo blanco hasta los hombros y con bata blanca de enfermera, tecleaba algo con exasperante lentitud, empleando la táctica del águila, con un dedo acechando desde las alturas a las teclas, mirando a la pantalla del ordenador cada vez que pulsaba una tecla para comprobar la buena progresión de su escrito. Lo hacía, además, acercándose mucho a la pantalla,

como si se hubiera olvidado las gafas o se negara a llevarlas por razones estéticas.

El vestíbulo recuperó el silencio que él había roto. Un reloj analógico colgado sobre la puerta del ascensor marcaba el avance del tiempo con la misma lentitud con la que la mujer escribía. La manecilla de los segundos se resistía a avanzar y solo unas fuerzas invisibles conseguían que se moviera. Fede, mientras tanto, a una velocidad mucho más grande, golpeaba con su dedo sobre el mostrador. Acabaría por hacer un agujero si no le atendían pronto.

—No haga eso, por favor. Va a volverme loca —dijo la mujer, todavía sin apartar los entrecerrados ojos de la pantalla. Fede compuso una mueca que, por supuesto, la mujer no vio; no creía que fuera el lugar ideal para ese comentario.

Treinta pulsaciones de teclado más tarde, a saber cuántos minutos, la mujer se echó hacia atrás en la silla, apoyó los codos en la mesa y entrecruzó los dedos de ambas manos. Una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro.

—Bien, dígame —le dijo por fin a Fede, quien no reaccionó a la primera, aletargado por la baja intensidad de su actividad—. Venga, que no tengo todo el día —le apremió. A Fede se le escapó un suspiro ante la ironía.

—Vengo a sacar a mi mujer —dijo Fede. Mejor ser directo, pensó.

—No sé si podrá hacer eso.

—Ingresó de forma voluntaria y, por lo tanto, puede irse cuando quiera, incluso en contra de la opinión de sus doctores. No quiero que pase un día más aquí.

—No si consideran que puede ser peligrosa para sí misma o para la sociedad —replicó la mujer. Le sonó como una respuesta automática hace tiempo aprendida—. Yo le recomendaría que escuche siempre el juicio de los doctores y que siga sus pautas. Por el bien de su mujer, claro.

—No le he pedido su opinión.

Fede pretendía decirle unas cuantas cosas más, esa mujer ni siquiera conocería el caso de Laura, pero se las guardó cuando vio que la primera frase había causado todo el efecto que esperaba por sí sola. La mujer apretó los labios y lo fulminó con la mirada. Ya podía hacer o decir lo que quisiera, que él no se iba a amilanar.

—¿Cómo se llama su mujer? —preguntó la recepcionista a regañadientes.

—Laura Velo.

Introdujo en el ordenador las nueve letras de su nombre, a su ritmo de caracol; a Fede le entraron ganas de apartarla de un empujón y ponerse él frente al ordenador. En lo que ella tardaba en pulsar una tecla, él ya las habría pulsado

todas y estaría de camino hacia la habitación de Laura, y eso que no era muy hábil con sus manos ni un dechado de virtudes en lo que a informática se refería. Nunca lo había necesitado, nunca se había visto en un trabajo que requiriera de él pasarse horas sentado frente a una pantalla luminosa.

Cuando terminó y clicó con el ratón en el lugar oportuno, el rostro de la mujer cambió a una expresión de sobresalto, aunque solo por un momento, ya que trató de disimularlo, pero lo suficiente como para que la preocupación de Fede se multiplicara por infinito y sobrepasara los medidores.

—Siéntese ahí —dijo la mujer, señalando a donde estaba el otro hombre; su voz sonaba algo compungida—, voy a avisar al doctor Naredo.

Fede se sentó a tres asientos de distancia del hombre, sin perder de vista a la recepcionista e intentando captar su conversación por la línea interna. Percibió entre ellos una pequeña discusión pero no alcanzó a comprender una palabra entre los susurros que empleaba la mujer. No quiso pararse a pensar en lo que significaría todo eso, enseguida lo iba a comprobar. Si empezaba a elucubrar sobre la situación de su mujer, se pondría en el peor escenario posible

Unos minutos más tarde, juraría que habían sido más de diez, quizá hasta veinte, el doctor Santos Naredo descendió las escaleras acompañado de dos hombres no muy altos pero sí anchos. Otra señal de que algo no iba bien; cómo odiaba las malas señales.

—Señor Garona —dijo el doctor Naredo, tendiéndole la mano. Fede no quería perder tiempo en saludos y la rechazó.

—¿Dónde está Laura? —preguntó, al tiempo que se levantaba de la incómoda silla de plástico—. ¿Por qué no ha bajado con usted?

—Me temo que eso no va a ser posible. Laura no está en condiciones de abandonar el centro, no podríamos darle el alta en estos momentos.

—Respeto su opinión, pero la decisión final no es suya. —Fede intuía que el doctor le estaba ocultando algo importante, sus dos acompañantes así lo corroboraban.

Santos Naredo suspiró. Su rostro denotaba cierta ansiedad. O estaba realmente preocupado por el estado de Laura, o era un gran actor que solo pensaba en sus propios intereses; Fede era incapaz de decidirse por una de las dos.

—En este caso, sí lo es —dijo el doctor—. Verá, le íbamos a llamar para informarle justo cuando se ha presentado aquí. Su mujer ha empeorado, hasta el punto de que nos hemos visto obligados a internarla en aislamiento.

—¿Qué quiere decir? —«¿Aislamiento? ¿Más del que ya sufría por el simple

hecho de estar en el centro?»), pensó.

—Laura ha agredido a otros pacientes. Creía ver demonios donde solo había personas. Por la seguridad de todos, pero sobre todo para evitar mayores riesgos para su bebé, ahora que está tan cerca su nacimiento, no hemos tenido más remedio que aplicar una medida tan drástica.

—No me importa, quiero que abandone este lugar ahora mismo. Dijeron que aquí iban a ayudarla, iban a curarla, y todo lo que recibo son malas noticias, cada vez peores. Estará mucho mejor en casa, conmigo, con alguien que de verdad la escuche y no la traté como a una persona que no atiende a razones.

El doctor Naredo negó con la cabeza como si esta situación la hubiera previsto de antemano. Los dos acompañantes pasaron de estar detrás de él a situarse a su lado, uno a cada lado, mostrando los músculos al cruzarse de brazos.

—Entiendo su preocupación, señor Garona, pero la decisión ya no le corresponde a usted —dijo el doctor—. La ley nos permite retener a su mujer hasta que consideremos que ya no supone un peligro para los demás.

—Mi mujer no es un peligro, usted no la conoce. —Fede luchó por contener las lágrimas de rabia y por no enumerar las numerosas virtudes de Laura que la colocaban en el espectro contrario al de peligrosidad.

—Con todos los respetos, pero no diría lo mismo si la hubiera visto.

Ahora lo que tuvo que contener fue el puño, peleando por no estampárselo en la cara.

—Quiero verla. Ahora mismo —exigió Fede.

—Lo siento, pero eso tampoco será posible. La interacción humana no es recomendable en un caso tan grave como el de Laura. Su reacción al verlo podría ser muy nociva para su estado, quizá incluso violenta. No podemos arriesgarnos.

Estaba a punto de hacerle comerse su puño. Sin importar lo que desencadenara en los dos guardaespaldas. Por muchos estudios que tuviera, por muy alta que fuera su reputación, no confiaba en su palabra, no lo veía ni lo sentía sincero. Laura no estaba loca, nunca lo había estado. Había seguido una historia prohibida, se había interesado demasiado por Ainhoa, y quizá era ahí donde se debía buscar el origen de su mal llamada locura. Ciertamente también que su primera visión, la del bebé en la carretera, ocurrió antes de que supiera de la existencia de Ainhoa, y eso era lo único que le impedía seguir un hilo que le llevara a una respuesta, un hilo que para él era muy complicado de seguir, como un puzle que te venden con menos piezas. Pero ni siquiera aquello la acercaba a

la locura.

—Sigue hablando en plural cuando es usted quien toma todas las decisiones —dijo Fede. Le clavó un dedo en la clavícula—. Es usted quien la ha encerrado, quien no me deja verla. No me venga con no sé qué leyes cuando aquí la única ley que existe es usted. Si no deja que me la lleve es porque me está ocultando algo. Y no se atreva a negarlo.

—Le repito que la única razón por la que Laura se encuentra en aislamiento es por su seguridad —respondió el doctor Naredo—. No intente convertirme en su enemigo, no le beneficia.

—¿Me acaba de amenazar?

—No, era solo un consejo; debería aceptarlo como tal. No es el primer familiar cabreado con el que me toca lidiar, a muchos le molestan los avances lentos, pero le puedo asegurar que todos acaban dándome las gracias y la razón. Siga su ejemplo.

Se miraron durante unos segundos en silencio, retándose. Fede no se explicaba cómo había podido confiar en este hombre, su aura estaba corrompida por el poder y el reconocimiento.

—Y ahora, lo mejor sería que se marchara —dijo el doctor, indicándole la salida con la mano.

—No me voy a ir hasta que vea a Laura —insistió Fede.

—Como quiera. Por favor, caballeros, acompañen al señor Garona a la salida.

Lo agarraron cada uno de un brazo, a una velocidad endiablada. Fede se resistió cuanto pudo, lanzando patadas sin control y retorciéndose. Llegó a morder a uno en el brazo, lo que provocó que recibiera un golpe nada suave en el hombro. Pero ellos eran más fuertes y, aunque se suele decir que una persona descontrolada es mucho más difícil de detener, que su fuerza parece aumentar en los momentos de más tensión, nada de lo que hacía le daba resultado; era un pelele en sus manos.

Lo sacaron al exterior y lo soltaron de cualquier manera en el suelo. A Claudia se le escapó el cigarrillo de los labios cuando lo vio. Fede se levantó sin molestarse en sacudirse el polvo de la ropa.

—¡La sacaré de aquí! ¿Me oís? ¡Volveré y me la llevaré a casa!

No obtuvo respuesta, le habían cerrado la puerta.

En la carretera

La niebla se arremolinaba alrededor de su cuerpo, en un abrazo helador, no comprendía si para protegerla o para constreñirla. La inhalaba por obligación, se extendía hasta donde le llegaba la vista, no demasiado por culpa del propio manto nuboso, y mucho más allá, pero hubiera preferido que esa noche no hubiera hecho acto de presencia. Si recordaba un denominador común en cada una de sus alucinaciones, ese era la niebla que aspiraba por sus fosas nasales. Con cualquier otro elemento habría pensado que no se trataba de una simple coincidencia, pero no podía culpar a un fenómeno de la naturaleza de algo que solo le ocurrió a ella; pensar que pudiera llevar un componente nocivo que la afectara en exclusiva a su persona sí que era de locos. En cualquier caso, le traía malos recuerdos que no quería recordar ni ahora ni nunca, menos aún cuando iba en busca de su hija, pero los minutos y los metros pasaban y no veía la salida del lago de humo.

Avanzaba paralela a la carretera, pisando tierra húmeda al no haber apenas arcén, tan solo unos pocos centímetros difíciles de seguir en la oscuridad imperante de la noche que había caído sin clemencia sobre ellas. Los pies se le hundían en el barro y provocaban un caminar patoso e inseguro. Se abrazaba a sí misma para protegerse del frío. No se había parado a pensar un segundo antes de salir de su habitación en que tendría que caminar durante varias horas bajo la fría mirada de la luna y no llevaba consigo la chaqueta; la sudadera gris y triste del centro que cubría su torso era del todo insuficiente para conservar el calor de su cuerpo.

Ainhoa caminaba delante de ella, haciendo de guía quería creer que fiable, agarrando y retorciendo el bajo de su chaqueta con ambas manos. Murmuraba frases o palabras sueltas ininteligibles. Su demencia la abandonaba de vez en

cuando, generando en ella tramos de lucidez inestables, ya que bien parecía capaz de manifestar pensamientos racionales como de pronto dar rienda suelta a su colección de gestos incontrolados que la llevaban incluso a autolesionarse si no se la detenía a tiempo.

A Laura no le quedaba otra que confiar en ella. Por muy voluble que fuera su comportamiento seguía percibiendo en Ainhoa esa pizca de realidad que le daba esperanzas de encontrar a su pequeña. Quizá era su nuevo instinto de madre, o quizá era una forma de evitar que su vida la golpeará de lleno con todas sus desgracias, retrasar una vez más las consecuencias. No lo sabía, pero eligió creerla cuando le dijo que su hija estaba viva y que sabía dónde estaba.

Una persona con la habilidad de razonamiento suficiente para escapar del Centro Naredo siendo solo descubierta al final escondía mucho más de lo que sus gestos mostraban. Ainhoa conocía las rutas de los vigilantes nocturnos del centro, la ubicación de cada uno de los doctores y enfermeros de guardia, e incluso las puertas que estarían menos vigiladas, abiertas o las de más fácil acceso. Cualquiera que la viera pensaría que su cerebro percibía mucho más de lo real y que creaba una ficción en la que una ventana podía ser una entrada a un nuevo mundo, o en la que las caras de la gente se transformaban en monstruos sin rasgos o con excesos de estos. Pero la verdad no podía estar más alejada. Ainhoa era consciente de lo que hacía, lo único que no siempre lo hacía de la forma más adecuada o aceptada en la sociedad. ¿La hacía eso merecedora de que la tildaran de loca? Laura antes de conocerla y de compartir su situación habría dicho que sí, pero ahora creía que los locos eran los otros, los que eran incapaces de ver a la mujer que se escondía bajo la imagen de anormalidad.

Aun así, una brizna de duda empezó a crecer en su interior. Llevaban más de dos horas caminando en la oscuridad, ocultándose de los pocos vehículos que recorrían la carretera de camino a Ludueña a esas horas. Y cada vez que le preguntaba cuál era su destino, no obtenía una respuesta clara sino un cúmulo de frases que, si ocultaban algún significado entre sus palabras, Laura no lo había descifrado.

Unos faros asomaron tras la curva que tenían enfrente, abriéndose camino de forma sinuosa entre las hebras de niebla. Laura agarró rauda a Ainhoa y la lanzó hacia un arbusto, tirándose ella luego encima. Puede que a plena luz del día las hubieran visto pero en la noche se fundían con las sombras del paisaje.

—Los espíritus nos acechan. Hay que alejarse de la luz, no te puedes fiar de la luz, no —dijo Ainhoa una vez el coche las dejó atrás y sus luces traseras desaparecieron de su visión.

Laura se levantó y se sacudió la ropa; el arbusto tenía unas hojas puntiagudas bastante molestas. Quiso preguntarle a Ainhoa por qué debían seguir el curso de la carretera cuando a buen seguro las estaban buscando, por qué no empleaban la protección del bosque aun a riesgo de perderse y caminar en círculos; prefería pasar la noche en el bosque a la espera de la guía de la luz de la mañana a que la devolvieran al centro. Pero no esperaba obtener una respuesta clara por su parte y se guardó la pregunta para otro momento, cuando se mostrara más receptiva a una conversación directa, cuando dejara de hablar de espíritus. Era en esos momentos cuando más difícil le resultaba entenderla y más en su propio mundo con sus propias reglas se encontraba. Unas veces los espíritus estaban de su parte y buscaban venganza por arrebatarse a su hija y ahora también a la de Laura; otras veces eran seres malvados que las acechaban en la oscuridad para llevarlas a una luz de la que desconfiar. Esta noche pertenecían al segundo grupo y eran especialmente persistentes.

Continuaron avanzando durante media hora más, sin descanso. Laura comenzó a tiritar; era increíble que lo hubiera evitado hasta ese instante. Los dientes le castañeteaban, todavía de forma tímida, y las nubes de vaho de su aliento desaparecían entre el dominio de la niebla.

Un crujido sonó a su derecha, oculto en el bosque. Ainhoa se giró en dirección al sonido y emitió una especie de gruñido, enviándole una advertencia a lo que fuera que lo hubiera causado. Luego miró a Laura y sonrió en la noche. Apenas se intuían sus facciones con solo la ligera ayuda de la luz de la luna buscando resquicios por los que colarse entre la niebla, pero fue suficiente para ver que actuaba como si se hubiera percatado ahora de que la seguía, algo que pareció encantarle. Laura aprovechó que tal vez se había olvidado de los espíritus para insistir en su pregunta; necesitaba alguna respuesta concreta para continuar con el mismo optimismo.

—Ainhoa, ¿a dónde vamos? ¿Dónde está mi hija?

—Sí, sé dónde está, lo sé —respondió Ainhoa.

A veces podía resultarle muy frustrante.

—Ya sé que lo sabes, pero quiero que me digas en qué lugar exacto —insistió Laura.

—Lo sé, sí. Tiene tu nariz.

Lo intentó una vez más, sujetándola de los hombros. La respuesta fue la misma sin concreción.

Entonces les llegó un rumor algo lejano que poco a poco aumentaba su intensidad. Laura entendió que se trataba de otro vehículo acercándose a su

posición, puede que incluso alguien del centro o de la policía.

—Viene un coche, tenemos que escondernos —dijo.

Dio unos pasos hacia el interior del bosque, pero Ainhoa los dio en dirección contraria, al centro de la carretera. Levantó la cabeza al cielo.

—¿Qué estás haciendo? —la llamó Laura, girando la cabeza constantemente en dirección del rumor que era ya un sonido claro, demasiado cercano; debería ver las luces en cualquier momento.

—Es la llamada de los espíritus —dijo Ainhoa.

—Sal de la carretera.

—Tienen a mi hija, se la llevaron, sí. —Se retorció y se agarró la cabeza con ambas manos.—. Y ahora se ríen. ¿Por qué se ríen?

«¿Por qué no se intuyen todavía las luces?», se preguntó Laura. Sonaba como si el coche estuviera a pocos metros de ellas.

—Ainhoa, tienes que...

De pronto, la figura de Ainhoa salió volando varios metros, creando distorsiones en la niebla. Un coche, que de forma incomprensible alguien conducía con las luces apagadas, la acababa de atropellar. El impacto fue tan brutal que, al golpearse su cuerpo contra el suelo, el golpe sonó casi más fuerte que el propio impacto del coche.

A Laura le temblaron las rodillas. Un grito murió en su garganta, intentando comprender lo que acababa de ocurrir. Su mente se vació de todo pensamiento y solo quedó el coche y el cuerpo de Ainhoa. Veía a ambos con tanta nitidez como si el sol hubiera cortado su sueño para iluminarlos.

Las luces de cruce del coche se encendieron. Apuntaban al bosque, lejos de Laura. Salieron de su interior dos personas, dos hombres a juzgar por sus siluetas.

—¡Joder! Te dije que era una mala idea —dijo uno de ellos—. Así no las íbamos a encontrar.

—Si veían las luces les daba tiempo a esconderse —se defendió el otro. Después se giró hacia lo que se había llevado por delante—. Dime que era un animal. Un jabalí, ha sonado como un jabalí.

—Espera.

El que iba de copiloto cogió un objeto del compartimento de la puerta. Una linterna. Iluminó al cuerpo sin vida de Ainhoa.

—Mierda... —dijo el conductor marcando mucho las vocales—. Es Ainhoa. El jefe nos va a matar.

—Dirás que te va a matar a ti; yo me limpio las manos. ¿Dónde está la otra?

Laura dio un paso instintivo atrás. Fue una mala decisión, porque pisó algo que crujió y reclamó la atención de los dos hombres, pero su mente no reaccionaba a lo que había sucedido. Solo cuando el haz de luz de la linterna apuntó directo a ella tomó consciencia de la situación. Vio el cuerpo sin vida de Ainhoa como una masa informe en la oscuridad del asfalto, y a los dos hombres que pretendían llevarla de regreso al Centro Naredo para encerrarla en una habitación donde solo tendría la compañía de sus pensamientos y la obligarían a olvidarse de su hija. No sabía a dónde ir, ni cómo encontraría a su hija sin la ayuda de Ainhoa, pero no iba a dejar que la atraparan.

Dio media vuelta y echó a correr hacia las profundidades del bosque.

En el bosque

Laura tropezaba y se levantaba, los pies se deslizaban y le hacían perder la verticalidad, las ramas la golpeaban en cualquier parte del cuerpo, la que tuvieran más cerca. Corría, procurando no mirar atrás, tratando de descifrar lo que tenía delante, entre la negrura y la densa niebla. Corría sin saber a dónde la llevarían sus pies, si la llevaban a algún sitio o no tenía salida. El mar de árboles que era el bosque lo único que conseguía era desorientarla. Troncos de oscuridad, todos iguales, como postes infernales elevándose desde lo más profundo de la tierra hasta el infinito del espacio. Desafíos para su maltrecha mente. Creadores de monstruos, de los espíritus que acompañaron la vida de Ainhoa. Oía al azar ruidos extraños y veía sombras cambiantes a su paso, todo junto formando imágenes que se filtraban hasta sus pupilas. Concebidas como un castigo propio sin justificación. Irreales. Solo sombras en la noche. Sacudía la cabeza o apartaba los ojos cuando una imagen se aferraba demasiado a ella, cuando se convertía en un obstáculo a su huida, ya fuera porque la frenara o porque dibujara un paisaje inconsistente. La tensión, el estrés y la culpa las causaban. Ninguna enfermedad las provocaba, nada que los dos hombres que la perseguían pudieran curar.

Porque por mucho que ellos tuvieran unas linternas meciéndose en sus manos, también verían lo que no había. Nadie escapa a lo que el cerebro puede crear cuando se deja engañar, cuando no recibe una señal nítida y debe formar una imagen con solo unas piezas que no encajan de ninguna forma, llenando los huecos con fragmentos lógicos de la memoria. Y ellos no eran una excepción. La diferencia residía en que Laura prestaba más atención a lo extraño, no podía evitarlo.

Pero los hombres se encontraban en la misma situación que ella. Tropezaban

y caían, se llevaban golpes de la naturaleza y se desorientaban enseguida. Solo cuando un haz de luz se encontraba con la espalda de Laura conseguían recuperar su camino. Pero no les duraba mucho; o bien un árbol les obligaba a variar su dirección con la consecuente pérdida de la posición de Laura, o en un desliz la mano que sujetaba la linterna perdía el control. Incluso en una ocasión le pareció oír a uno de ellos maldecir porque se le había caído la linterna. Fuera lo que fuese, esos pequeños errores le habían permitido ganar una distancia que en una mirada atrás encontró insalvable por el momento. Su determinación era mucho mayor, y también peores las consecuencias de no alcanzar su objetivo.

Nada la iba a detener ahora, no después de lo que había presenciado en la carretera. ¿Qué serían capaces de hacer esos hombres, ahí donde nadie conocía su paradero, con tal de encubrir el atropello? ¿Qué planes o ideas horribles estaban pasando por sus cabezas, descartándolos todos hasta encontrar uno que no les pareciera tan malo? Puede que aquello fuera un accidente de verdad, pero con ella podrían hacerlo pasar por un accidente.

Tropezó con una piedra en un momento en que ninguna linterna la apuntaba a ella ni le ayudaba a dibujar el camino. Se golpeó en el hombro con algo puntiagudo que a punto estuvo de atravesarle la ropa para clavarse en la piel, y se mordió la lengua para contener un grito que delatara su posición. Sintió que se acercaban, habría jurado que en las vibraciones del terreno, por lo que rodó por la tierra y apoyó la espalda contra el tronco de un árbol, protegiéndose de la luz. Ya se lo dijo Ainhoa, no se podía fiar de la luz.

Aguardó en esa posición, inmóvil. Notó algo reptando por su cuello, o quizá caminando con miles de patitas minúsculas. Se mordió la lengua. No le daban asco los insectos, su infancia le había acostumbrado a vivir rodeada de ellos, pero odiaba cuando sentía uno en su piel.

Los dos hombres siguieron corriendo en una persecución que no les llevaba a ninguna parte. No se habían percatado de que Laura ya no corría delante de ellos; pensarían que habían perdido su rastro pero que en cualquier momento lo recuperarían en una pasada de izquierda a derecha del haz de luz. Los vio pasar de largo. En realidad solo vio los conos de luz difuminados en la niebla, a unos veinte metros de ella, puede que más, puede que menos, y observó cómo se alejaban hasta desaparecer.

Se quedó quieta en el mismo sitio durante cinco minutos, permitiéndose solo quitarse del cuerpo todo insecto que se aventurara a emplearla de sendero, ningún movimiento más. Cuando estuvo segura de que no oirían sus pisadas, viendo que ella no oía las de los hombres, se levantó y se alejó del lugar. No lo

hizo en la dirección de la que venía ni en la que habían seguido los hombres, sino en otra distinta, sin saber con qué destino.

Tras andar unos doscientos metros, aunque sus piernas le decían que había sido al menos el doble, se sentó de nuevo, otra vez con la espalda apoyada en el grueso tronco de un árbol. No tenía sentido que vagara por el bosque sin conocer la dirección que seguía. Bien podía acabar apareciendo frente al Centro Naredo, como un regalo para todos los que la buscaban. Esperaría a que la luz matinal le diera alguna pista. No podía fiarse de la luz, pero tampoco le era de mucha ayuda la oscuridad en medio de un banco de niebla. El frío era un problema, también, quizá mayor, pero esperaba que su cuerpo tuviera la energía necesaria para soportar una noche a la intemperie; su hija bien lo merecía.

En realidad no tenía ni idea de hacia dónde ir. La opción más obvia era regresar a casa, regresar a Fede, pero era lo primero que habría pensado Santos Naredo, y a buen seguro que la policía la estaría esperando, si no es que ya se habían presentado. Con suerte, tras hacerle una visita a su marido habrían descartado que la fueran a encontrar allí. Aunque si se paraba a pensarlo, no tenía más opciones, no había ningún otro lugar al que pudiera ir, nadie más en quien confiar que al menos la escucharía. Ni sus compañeros de la revista ni Martín (era la última persona a la que acudiría) ni Luz, por supuesto. «Ojalá Diego no se hubiera marchado», pensó, él sin duda la habría ayudado.

No le quedaba otra que arriesgarse a volver a casa y esperar que no hubiera nadie más que Fede.

Se cubrió la cara hasta la nariz con la sudadera y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Empezaba a sentir el cuerpo aterido, demasiado pronto, pero el movimiento podía ser incluso peor para ella si provocaba que volvieran a encontrar su rastro.

Los ojos se le cerraban por agotamiento, aunque al instante los abría ya que acudía a sus párpados la imagen de Ainhoa tendida en el suelo en una posición antinatural. No sabía cómo, sin ella no tenía ninguna pista que seguir, no le había dejado nada más que frases ambiguas que podrían ocultar mil o ningún significado, pero encontraría a su hija, no importaba el coste, y luego descubriría lo que había ocurrido con la hija de Ainhoa. Estaba decidida a llevarse por delante a cualquiera que intentara obstruirla, a cualquiera que quisiera hacerle daño, a cualquiera que osara decir que se había imaginado el llanto de su pequeña. Porque no estaba loca, tan solo desesperada. Y una madre desesperada es mucho más peligrosa.

La madre, la hija y la muerte

Fede entró en casa. Tiró las llaves con toda su rabia contra el cuenco cerámico que había sobre el mueble bajo del recibidor. Las llaves rebotaron en el cuenco, después en la pared y acabaron frente a sus pies. Les dio una patada para mandarlas bien lejos, hasta que se frenaron de un golpe contra el primer escalón de las escaleras que le llevaban a la habitación que una noche más, y no creía que fuera la última, seguía vacía. Dio un par de vueltas a la sala de estar, entró y salió de la cocina varias veces, se tapó la cara, se frotó los ojos, se rascó la coronilla. Golpeó el respaldo del sofá con el puño, también los cojines, y gritó hasta agotar el aire de los pulmones. Se quitó las gafas y se dejó caer de cara en el sofá, abatido.

¿Cómo iba a sacar a Laura del centro? Si era cierto que la ley amparaba la decisión del doctor Naredo, de nada le serviría acudir a la policía, y mucho menos solicitar ayuda al alcalde; Martín no haría nada que le hiciera perder puntos con alguien con tanta influencia como el director del centro. Siempre podía contratar un abogado para encontrar resquicios legales en el aislamiento de Laura, aunque fuera solo para poder verla durante unos minutos cada día, pero no disponía ni del dinero ni de la paciencia para aguantar lo que sería sin duda un periodo largo de litigios y batallas con jueces de por medio, poniéndose de paso en contra a las personas que en teoría se encargaban de cuidar a su mujer.

Su cerebro trabajaba a toda velocidad buscando soluciones, tan rápido que no conseguía conectar dos pensamientos, y al final solo se le ocurrió una actuación con ciertas posibilidades de ayudar a Laura y mejorar su situación. Aunque eran posibilidades muy remotas. Pensó que si Claudia publicaba la historia de Laura en la revista, y lo que él encontró en la cabaña del bosque y alguien ocultó, si su verdad salía a la luz, recibiría el apoyo que necesitaba. No sabía si sería útil, o si

la gente llegaría a tomárselo en serio, pero cuando uno se ha estampado contra un muro, cualquier rendija, por pequeña que sea, si se trabaja lo suficiente puede acabar causando el derrumbe del muro, o por lo menos abrir un buen boquete.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el anillo que le había quitado al cadáver. Observó de nuevo la inscripción. Ainhoa y Raúl. ¿«Su» Ainhoa? Se inclinaba más por el sí, y más después de que alguien se encargara de destrozar su hallazgo. Alguien con muchos intereses para que ese crimen (o crímenes) no saliera a luz. Sentía que tenía la respuesta delante, que sus ojos habían captado las pistas suficientes para descifrar de quién se trataba ese alguien, que tenía todas las piezas y solo faltaba unir las, pero como siempre, el rompecabezas le había roto la cabeza y nada encajaba.

De pronto, una persona picó con los nudillos en una de las ventanas de la sala de estar, la más cercana a la puerta de entrada. Luz lo saludó con la mano cuando levantó la mirada y señaló a la puerta. Fede se levantó de un salto. Se había olvidado por completo de Luz y de su posición en el centro. Ella era la ayuda que necesitaba, quien podía interceder con su jefe para mejorar las condiciones de Laura. La luz al final del camino.

Fue hasta la puerta y abrió:

—Hola —dijo.

—Hola —replicó Luz, mirándolo de arriba abajo; debía de tener un aspecto horrible tras un día tan largo y agotador, sobre todo tras deslizarse por el suelo exterior del centro.

—Supongo que ya te has enterado de lo ocurrido.

—Sí, me ha llamado el doctor Naredo. —Formó una media sonrisa y negó con la cabeza—. Sabes, hoy era mi día libre y esperaba poder descansar del ajetreo que suele haber en el centro y pasar una velada tranquila con Nico.

—Lo siento. —Hizo una pausa, no la veía muy receptiva. Tragó saliva antes de continuar—. Voy a necesitar tu ayuda.

No obtuvo ninguna respuesta de su parte, ni siquiera un gesto que evidenciara su opinión al respecto. Solo se cruzó de brazos hasta que Fede la invitó a pasar.

—No sé cómo podría ayudarte —dijo Luz tras sentarse en el reposabrazos del sofá—, soy una simple enfermera.

—Ambos sabemos que eres más que eso. El propio Santos Naredo dijo que valoraba mucho tu opinión.

Fede se quedó de pie frente a Luz, de espaldas a la ventana.

—Que la valore mucho no implica que la acate. Escucharé lo que tenga que decirle, sí, pero al final siempre será su decisión, y la tomará en consonancia con

el estado de Laura. Si te soy sincera, no creo que la cambie porque yo le diga tal o cual cosa.

—¿No crees que el aislamiento es una respuesta exagerada? Luz, ni siquiera me deja verla.

Luz suspiró. Fede entendió que estaría buscando las palabras adecuadas para evitar una reacción furiosa. Demostrarle que todo era por el bien de su mujer.

—El aislamiento es la medida apropiada para el comportamiento mostrado por Laura —explicó Luz. Su voz incluso cambió a una tonalidad y cadencia más profesional e impersonal—. El suyo no es el primer caso ni será el último. Son muchos los pacientes con los que nos vemos obligados a tomar una decisión tan contundente, pero sí que te puedo decir que son pocos los que pasan una temporada larga con el único contacto humano de los médicos. Estoy segura que Laura regresará a su régimen anterior en pocos días.

—Un día ya es demasiado —protestó Fede.

—Ha agredido a otros pacientes.

—No me lo creo, eso no es propio de Laura. En ninguno de sus anteriores... episodios —se reprendió a sí mismo por llamarlos de esa forma pero era el término que empleaban en el centro— mostró un comportamiento violento.

—Eso no importa. Puede que se trate de una evolución lógica de su estado. Al principio gritaba, suplicaba pidiendo ayuda; ahora quizá crea que esa ayuda no llegará y ha decidido defenderse de la única forma que puede. Y basta con que lo haga una sola vez para que la consideremos un peligro para todos, en especial para sí misma. Tenemos que velar por todos nuestros pacientes.

Fede no soportaba oír una vez más que la tildaran de peligrosa. No importaba cuántas personas con cuántos estudios se lo dijeran, jamás les creería. Era como si le estuvieran hablando de otra persona.

—No quiero que pase un minuto más sola en una celda —dijo.

—No es una celda, es una habitación especial —se defendió Luz. Su rostro no pudo ocultar que eso le había ofendido.

—Cuando a algo normal se le pone el adjetivo de especial, es porque se intentan tapar sus connotaciones negativas. La voy a sacar de allí, cueste lo que cueste.

—No vas a poder sin el beneplácito del doctor.

—Ainhoa se escapó. Creo que soy más listo que ella.

—Ainhoa no estaba en aislamiento. Y aunque no te lo creas, es una mujer bastante inteligente. Además, si aprecias en algo mi opinión, y si crees que el doctor Naredo debería escucharme significa que tú también tendrías que hacerlo,

te recomendaría que nos dejaras hacer nuestro trabajo.. Haz caso de mi consejo: déjanos trabajar, confía en nosotros, y da un paso al lado. Por el bien de Laura.

Fede frunció los labios. Todo lo que hacía era por el bien de Laura. Todo. Como decidir no confiar en nadie que creyera que la solución era encerrarla en solitario. Metió la mano en el bolsillo y palpó el anillo. La prueba de que su mujer no estaba loca; lo reservaría para el momento adecuado. Tenía problemas, eso no lo podía negar, pero se resolverían con la verdad. Las alucinaciones dejarían de acecharla cuando viera que su vida, que su cabeza seguía el rumbo correcto.

—Si no vas a ayudarme, no sé qué haces aquí —dijo Fede.

Luz se levantó, las cejas inclinadas en una mueca de enfado. Se alisó la camisa y se dirigió a la cocina.

—¿Qué haces?

—Voy a prepararte un té o alguna infusión o lo que tengas —respondió Luz—. Para ver si así te tranquilizas y entras en razón. Ahora estás demasiado excitado como para entender nada de lo que te estoy diciendo.

—No necesito tomarme nada.

—Sí que lo necesitas.

—¿Es tu opinión profesional?

—Lo es, también personal, y si hace falta te lo haré tragar con un embudo.

Fede la creyó, parecía muy capaz de hacerlo, puede que hasta se lo hubiera hecho en alguna ocasión a un paciente rebelde. ¿Es eso lo que era él, un paciente rebelde? ¿Alguien a quien había que meterle las cosas por la fuerza? ¿O era alguien demasiado tozudo como para no saber apreciar el criterio de otro, por muy razonable que fuera? En cualquier caso, no le apetecía discutir más. Se tomaría el mejunje que le preparara y luego intentaría descansar. Quizá con una mente descansada lo viera todo con mejor perspectiva.

Se sentó en el sofá. Luz volvió un par de minutos más tarde con un vaso lleno de un líquido marrón caliente; no era muy apetecible. Esperaron en silencio a que se enfriara, sin que ninguno hiciera ademán de recuperar la conversación. Fede se bebió la infusión bajo la mirada atenta de Luz. No recordaba cuándo se había bebido una por última vez. Tenía un sabor a miel mezclado con algo que no reconoció pero que lo empeoraba hasta hacerlo casi desagradable. Aun así, rebañó hasta la última gota.

—¿Contenta? —preguntó Fede.

—Mucho.

Le puso una mano en el brazo en cuanto dejó el vaso sobre la mesa de centro.

Tenía un tacto suave, casi cremoso, muy agradable. Por extraño que le pareciera, le transmitió mucha paz. Le clavó los ojos con firmeza, como las palabras que le dijo a continuación.

—Fede, hablaré con el doctor Naredo. Intentaré buscar una alternativa para Laura, una que por lo menos te permita verla. —Fede asintió, agradecido—. Pero sabes que no puedo prometerte nada, que al final todo depende de una persona que no soy yo.

Fede volvió a asentir. Era un paso, pero era insuficiente. Aunque era el único paso que tenía disponible.

—Y, por favor, no hagas ninguna tontería —continuó Luz—. Crees que así la ayudas pero solo te haces daño a ti mismo. Prométeme que no harás nada hasta que hable con el doctor.

—Está bien, lo prometo.

Pero no sabía si podría cumplir su promesa. Su cabeza le decía que la escuchara, que era su amiga y solo pretendía ayudarlo, que a lo largo de su carrera había presenciado todo tipo de casos y estaba más que preparada para lidiar con cualquier circunstancia; pero su corazón le pedía que fuera a por Laura, que la sacara de ese lugar infernal.

—Ahora descansa, ha sido un día muy largo —dijo Luz, antes de levantarse y hacerle una caricia en el pelo, como una hermana mayor preocupada.

Fede la acompañó a la puerta y salió un metro al exterior, viéndola caminar hasta la casa de al lado. Observó la noche neblinosa en la tranquilidad de la calle. Se llenó los pulmones del frescor del otoño y regresó al interior. Se tumbó en el sofá, se cubrió con una manta que tenían siempre ahí y cerró los ojos; no le apetecía dormir en una cama tan grande sin nadie a su lado.

No supo si se durmió, o si solo se quedó algo traspuesto. La cuestión es que abrió los ojos sin sentir el descanso del sueño, tampoco esa sensación de agotamiento que te da el interrumpirlo demasiado pronto. Pero lo que sí sentía era un extraño hormigueo recorriéndole de la cabeza a los pies.

Se levantó para tomarse un vaso de agua. Sin encender la luz de la cocina, cogió una botella pequeña de agua del manantial que había sobre la encimera y tomó un trago largo, de casi media botella. Se encaminó de regreso al sofá pero se detuvo a medio camino, estupefacto, escéptico de dar un paso más. No podía creerse lo que veían sus ojos.

Laura estaba de pie bajo el umbral de la puerta, acunando a un bebé.

Fede abrió la boca y la cerró. No le salían las palabras. No se lo podía creer, no podía estar ahí, tan cerca que si estiraba el brazo la tocaría. Se frotó los ojos

con fuerza, miró en todas direcciones. Y su mujer seguía en el mismo sitio. ¿Era real? No decía nada, solo acunaba al bebé. Y el bebé no emitía ningún ruido. Entonces le miró y sonrió.

Si no era real, si no era más que una visión, era una copia exacta. La mejor versión de ella que su mente podía generar, una en la que no le cambiaba un solo rasgo. Para él era perfecta. Se acercó, sintiendo lágrimas brotar, no supo si de alegría o de pesar. Apartó la manta que cubría al bebé, necesitaba verlo aunque no fuera real. Y a punto estuvo de caerse al dar dos pasos rápidos para alejarse de esa imagen.

El bebé era tan solo un esqueleto sin vida.

—Laura... —susurró, y se quedó con la boca abierta, muerto de miedo.

Un ser de oscuridad se elevó tras la imagen de su mujer, diferente al que había visto en la cabaña, pero de alguna forma igual. Informe, cambiante, con dos ojos negros de niebla que destacaban en la negrura. Flotaba como un juez decidiendo su destino.

El ser levantó un brazo; un gesto muy extraño al no tener brazos. Laura lo imitó. El ser cruzó el brazo hasta el lado contrario del cuello; tampoco tenía cuello pero Fede juró que era lo que estaba haciendo. Laura lo imitó. El ser movió el brazo con un movimiento seco de izquierda a derecha. Laura lo imitó.

Una cascada de sangre comenzó a brotar del cuello de Laura, cubriéndole todo el cuerpo y el esqueleto de bebé de un rojo intenso. A Fede le fallaron las piernas. Cayó de rodillas, con un brazo estirado hacia Laura. La sangre continuaba manando de su interior, un surtidor infinito. Laura sonrió, con la cabeza torcida y una expresión de terror contenido. Soltó al bebé, que se deshizo en una nube de polvo y huesos al estrellarse contra el suelo.

Los brazos de Laura se quedaron inertes, las piernas le temblaban, golpeando una rodilla con otra en un traqueteo endiablado. La cabeza se inclinó hacia un lado y se separó del cuerpo, impactando contra los restos del bebé. El cuerpo se mantuvo tieso.

Fede gritó. El ser sonreía sin tener boca. Y se desmayó.

Piedras en el camino

Fede se arrastraba por el suelo. Clavaba los dedos en la tierra revuelta, creando un apoyo muy endeble al que no podía aplicarle la suficiente fuerza para avanzar. El cuerpo inmóvil de su mujer estaba al alcance de su mano, pero nada de lo que hacía conseguía acercarle. El ser de oscuridad, informe pero con forma, se mantenía flotando encima de ella, retándolo con esos ojos de sombra y niebla que destacaban en su rostro sin facciones. El cuerpo le pesaba una tonelada, aplastándolo contra la tierra. Apoyó la cabeza para coger aire durante un segundo y volver a intentarlo. Oyó un llanto infantil surgir tras el cuerpo de Laura.

Sintió que algo lo zarandeaba.

Abrió los ojos. La pesadez de los párpados evitó que pudiera obtener una imagen nítida de primeras. Se deshizo de lo que fuera que lo tenía sujetado por los hombros y a la segunda pudo abrir por fin los ojos, aunque solo lo suficiente para entornarlos.

—¿Martín? —preguntó. Se aclaró la garganta después; la tenía algo seca.

—Hola, amigo —respondió el alcalde.

Fede advirtió que seguía en la cocina, tumbado en el suelo boca arriba. Las primeras luces de la mañana, aún demasiado tímidas, se colaban por las ventanas de la sala de estar y llegaban muy tenues hasta su posición; la oscuridad todavía era dominante. La única entrada de luz de la cocina, la puerta que daba al patio trasero de la casa, estaba cubierta con una persiana de aluminio que apenas dejaba pasar la luz.

Se incorporó ayudándose del brazo de Martín y apoyó la espalda en un armario. La cabeza le retumbaba, tenía en marcha todo un concierto de percusión en ella. El corazón le latía a tres mil por hora. Su cuerpo estaba exhausto, como

si de verdad hubiera luchado contra sí mismo y contra un ser de pesadilla. Pero solo había sido un sueño. «¿Todo?», se preguntó, «¿o solo la última parte?». Trató de recordar, de poner algún orden a sus recuerdos. Todo le parecía un sueño, pero al mismo tiempo lo sentía muy real. Recordaba el bebé que era tan solo un esqueleto, a Laura muriendo decapitada. Por mucho que no hubiera sido real, el dolor por lo que vio seguía muy presente. Una imagen que tardaría mucho en abandonarlo.

—¿Cómo te encuentras? —oyó que le preguntaba una voz de mujer. No se había percatado de la presencia de Luz, de pie detrás del alcalde con su uniforme de trabajo.

—De maravilla. ¿No se me nota? —respondió Fede con un sarcasmo injustificado—. ¿Alguno me puede dar un poco de agua?

Martín no tardó ni un segundo en levantarse, coger un vaso del armario y abrir el grifo. Se lo llenó hasta arriba, no se habría enterado de lo de «un poco», pero Fede se lo bebió de golpe y sin respirar.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Luz, mucho más directa que Martín, quien seguía interesándose por su estado, analizándolo de arriba abajo como si fuera a descubrir algo.

—No lo sé, me habrá dado una bajada de tensión.

No mencionaría su visión, y mucho menos a alguien que trabajaba en el centro. Insistiría en que buscara ayuda, lo que para ella equivaldría a decir que fuera al centro, con el riesgo de que le forzaran a un ingreso que le harían creer voluntario. Además, perdería todas las posibilidades de sacar a Laura, lo tacharían de ser una persona no apta para el cuidado de un enfermo. Porque entonces ni el anillo del marido de Ainhoa conseguiría que sus palabras sonaran creíbles a sus oídos acostumbrados a separar la realidad de la verdad de cada uno.

—¿Necesitas que te llevemos a ver a un médico? —preguntó Martín, los dedos rascando entre su poblada barba. Llevaba una chaqueta con el símbolo de un grupo de música que desconocía en el pecho.

—No necesito ver a nadie —respondió, con una mirada de reojo a Luz para que su vecina entendiera a qué se refería en concreto, levantándose con esfuerzo—. Estoy bien.

Estiró los dedos de las manos con disimulo. Sentía el cuerpo agarrotado, demasiado rígido por haber pasado varias horas en la misma posición, sobre una superficie dura e incómoda para su espalda. Uno de los dedos emitió un pequeño chasquido. Entonces se fijó en las dos personas que lo acompañaban en la

cocina. Su cabeza empezaba a despejarse, con lo que le permitió pensar con más claridad. Estaba bastante clara la razón que había llevado a Martín a hacerle una visita esa mañana, le habrían informado del incidente de Fede con el doctor Naredo, y podía imaginarse que Luz quería asegurarse de que su estado de ánimo era el adecuado y no iba a regresar al centro a montar otro espectáculo. Pero nada le explicaba qué hacían dentro de su casa.

—¿Cómo habéis entrado? —preguntó.

Los dos se miraron durante una milésima de segundo, una mirada tan corta que lo más seguro era que pensarán que Fede no se había percatado de ello, pero bien que lo había hecho.

—Esta mañana he recibido un mensaje con..., bueno..., lo que pasó anoche —explicó Martín. Normalmente su labia era fluida y sin titubeos, pero por la razón que fuera, esta mañana le costaba más enlazar las palabras—. Solo venía a ver cómo estabas. Pero me ha parecido raro que no contestaras, así que me he asomado a una ventana y te he visto en el suelo.

Fede comprobó la hora en el reloj que había colgado en una pared de la cocina. Eran las siete y media. ¿Quién en su sano juicio se presentaba sin avisar en casa de alguien a esas horas? Solo alguien preocupado de que todos los vecinos del pueblo tuvieran la mejor opinión posible de él. Hasta el punto de entrometerse en problemas ajenos en los que no tenía ni voz ni voto.

—Y has decidido entrar —dijo Fede, no como una pregunta, sino como una afirmación.

—Sí, claro —dijo Martín con una expresión de sorpresa—. No iba a dejarte solo sin saber lo que te pasaba. Por suerte, la puerta estaba abierta. Cuando he visto que no reaccionabas, he llamado a Luz.

Fede no recordaba haber dejado la puerta abierta. Ninguna de las dos. Siempre se cercioraba de cerrarlas, Laura se sentía inquieta si no era así y él ya lo había adquirido como un hábito nocturno. Más aún después de que Ainhoa se colara en plena noche. Pero quién sabe, quizá, después de su conversación con Luz y de su enfrentamiento con el doctor Naredo, no tenía la cabeza en su sitio.

—Gracias..., supongo. Pero ya estoy bien —repitió, en una indirecta para que entendieran que no le apetecía lidiar con ninguno de los dos.

—Perfecto, porque llego tarde al trabajo —dijo Luz. Algo en la forma de cómo lo dijo indicaba que creía que había sufrido más que una simple bajada de tensión. Puede que fuera su ojo experto o tal vez una desconfianza nacida en la noche anterior. O que lo había examinado antes de despertar y había detectado algunos síntomas—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—No, puedes irte tranquila.

—Bien, pero no te olvides de lo que hablamos anoche —le advirtió Luz. No lo olvidaría, había conseguido que por lo menos se comprometiera a hablar con su jefe para buscar una solución alternativa, pero eso no implicaba que se quedaría en casa sin mover un dedo y aguardando al avance de los acontecimientos.

—Lo mismo te digo —replicó Fede. Nada le aseguraba que ella cumpliera con su palabra por lo que era mejor recordarle que lo tenía muy presente.

—¿Martín?

—Me voy a quedar un rato —dijo el alcalde. Luego se dirigió a Fede—. Si no te importa.

Fede se encogió de hombros. Tenía la impresión de que sería más fácil aguantarle un rato hasta que el hombre considerara que había obtenido un beneficio personal, que echarlo aduciendo cansancio o empleando cualquier otra excusa. En realidad, no se merecía que pensara así de él, siempre le había tratado con educación y respeto, por mucho que su comportamiento respondiera a intereses personales, pero no se podía quitar de la cabeza lo que le había contado Laura que hizo en la revista, obligando a Diego a no publicar la noticia de un suceso de violencia de género. Le costaba mucho ver en esta persona de sonrisa casi perpetua que desprendía ilusión por su trabajo (hasta el punto de extralimitarse en sus funciones) a alguien tan cruel, y le hacía dudar de si Diego no tenía a su vez algún interés oculto para desacreditar de esa forma a Martín. Todo lo que tenía era su palabra, ninguna prueba real, además de la convicción de Laura sobre su veracidad. Pero si había alguien en el mundo con quien Laura no era objetiva, ese era Diego. No era justo que juzgara a Martín por esa historia, pero no podía evitarlo.

—¿Seguro que no necesitas nada? —preguntó Martín tras un silencio incómodo, de pie en medio de la cocina sin moverse.

—Tan solo descanso —respondió Fede con una sonrisa de agradecimiento por su preocupación. En el exterior se oyó el motor del coche de Luz alejándose—. Bueno, será mejor que me tome un café, o no llegaré al final del día. —Intentaba poner buena cara, aunque fuera fingida, pero por dentro seguía sintiendo la rabia como un globo a punto de reventar, dándole vueltas a las opciones que tenía de sacar a Laura del centro—. ¿Quieres uno?

—Sí, gracias. Con leche, si tienes.

Cogió dos tazas del armario sobre la pica y después dos cápsulas de café de un bote junto a la cafetera; se había traído varias cajas de Madrid, pensando que

un pueblo tan pequeño aún funcionaría con cafeteras de las antiguas, y todavía le quedaba una buena reserva. Aunque el proceso era muy sencillo y no necesitaba estar pendiente, prefirió observar la cafetera para así darle la espalda a Martín y poder borrar durante unos segundos la estúpida sonrisa que se había obligado a formar con sus labios.

—Fede, respecto a lo que ocurrió ayer...

—Martín, te agradezco tu preocupación —le interrumpió Fede con brusquedad—, pero no te incumbe. Es un tema personal de Laura y mío.

—Perdona, pero yo solo quería decir que...

Oyó un golpe seco, seguido del sonido que creaba una persona al desplomarse. Se dio la vuelta para comprobar que Martín yacía en el suelo, con una herida en la cabeza, junto a la figura de una mujer.

—¿¡Laura!?! —dijo, dudando entre si creer o no lo que veía; la sangre del alcalde lo hacía muy real.

Laura sostenía una piedra en su mano derecha, con la que lo había golpeado. Llevaba la ropa que le daban en el centro, con el logo y el nombre bien visibles. El sudor le pegaba el pelo a la frente. Manchas de suciedad y restos de tierra le cubrían el cuerpo entero. Resollaba de agotamiento, y su rostro denotaba la misma fatiga. Parecía recién salida de una batalla.

Pero era su mujer, en carne y hueso. Libre, lejos del Centro Naredo, de su encierro. En casa, con él, donde tendría que haber estado todos los días. No se lo podía creer. ¿Cómo había llegado hasta ahí?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Fede, al tiempo que reparaba en la barriga de su mujer, más reducida de lo que debería.

Laura soltó la piedra y se apartó el pelo de la frente. Tomó aire antes de responder.

—Recuperar a nuestro bebé.

Entre ocho y nueve

—Hay que atarlo —dijo Laura.

Los dedos de la mano con la que había golpeado a Martín temblaban, y con ellos toda la mano. Quería creer que era por el frío acumulado durante la noche, oculta en el bosque, entre la niebla, como un espectro más. Pero temblaban porque nunca antes había agredido a alguien de esa forma, de ninguna forma en realidad; nunca se había creído capaz de dejar a una persona inconsciente.

Vio todo lo que reflejaba el rostro de Fede, mirándola con los ojos muy abiertos y moviendo los labios sin que llegaran a cerrarse o a crear una palabra. Vio la sorpresa, la estupefacción, tanto por que estuviera ahí, en su casa, en su cocina, como por el golpe al alcalde. También vio lo que se le estaba pasando por la cabeza, esa desconfianza a su buen funcionamiento mental, a lo que la habría llevado a atacar a alguien por la espalda. Una desconfianza que ya no tenía ella misma. Porque estaba muy segura de lo que estaba haciendo, sin importar cuantas alucinaciones la atacaran; estaba preparada para enfrentarse a todas y cada una y a golpearlas donde más les doliera. Y porque, contra el pensamiento general, confiaba en Ainhoa.

Pero, por encima de todo, vio en él una inquietud creciente, la que hacía que sus ojos bajaran hacia su barriga y que impedía la pregunta que más quería formular por miedo a la respuesta.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo...? ¿Dónde...? —balbució Fede.

Laura se apresuró a cogerle de las manos. Sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a brotar y a nublar su visión. No se había parado a observar durante un segundo dónde estaba y, sobre todo, a quién tenía delante. Lo había asumido como normal antes de entrar en la casa, pero nada en su vida era ya normal, y el poder ver y tocar a su marido parecía algo de otro mundo, tan lejano que se halló

redescubriendo cada uno de rasgos. Sus manos recorrieron el cuerpo de Fede, tocándole los brazos, el pecho, el cuello, el pelo, para acabar atrapando su cara entre ellas. Le dio un beso en los labios largo y húmedo de lágrimas, las suyas mezcladas con las de él. Por primera vez en muchos días se permitió sonreír de felicidad, aunque solo fuera parcial. La última vez que sus labios se curvaron en una sonrisa sincera fue cuando oyó el primer llanto de su hija.

—Laura, ¿qué ha pasado? —preguntó Fede, sus manos descendiendo hasta la barriga de Laura. Sentir su tacto parecía haberle dado las fuerzas necesarias para preguntar y oír lo que tanto temía.

Laura le relató el parto y cómo le habían hecho creer que su hija había muerto a pesar de haber oído con total claridad su llanto. Había vuelto esperando que Fede le rebatiera esa idea de alguna forma, pero el desconcierto con el que recibió su estado físico confirmaba dos cosas: la primera, que ni el doctor Naredo ni nadie le había informado en ningún momento del parto, a pesar de los días transcurridos desde entonces; y la segunda, la certeza de que su pequeña seguía viva y que su llanto no había sido otra alucinación, además de la ratificación de lo que había visto Ainhoa.

Porque, si hubiera nacido muerta de verdad, ¿qué motivos tendría Santos Naredo para ocultárselo al padre? Ninguno, excepto una gran falta de humanidad.

Luego le relató su huida del centro con Ainhoa y las horas que había pasado a la intemperie. Una tos repentina que la atacó en ese momento constató lo que había tenido que aguantar en el bosque. Fede le sirvió un vaso de agua. Se bebió la mitad de un trago y después a pequeños sorbos.

—Espera, ¿dónde está Ainhoa? —preguntó Fede. No sabía por qué, pero Laura no le había contado esa parte; era un recuerdo demasiado doloroso pero no podía hacerlo desaparecer, ella no se lo merecía.

—Ha muerto —respondió, y dejó unos segundos para que reposara en la mente de Fede—. La atropellaron unos empleados del centro que nos perseguían, quiero creer que de forma accidental, pero ya no me fio de nadie.

Fede se quedó sin palabras. Se sentó en un taburete, con la mirada fija en el cuerpo inconsciente de Martín. No parecía que fuera a despertarse pronto, pero se estaban arriesgando demasiado al no atarlo para evitar que huyera o gritara en caso de que despertara de repente.

—Me dijeron que habías agredido a otros pacientes y que estabas en aislamiento —dijo Fede—. Yo les dije que era imposible, que tú no eres una persona violenta, pero... —Señaló con la cabeza a Martín.

—Esto era necesario, créeme —dijo Laura.

Se quedaron unos segundos en silencio, estáticos. Incluso el tiempo pareció detenerse mientras organizaban sus ideas.

—Laura, ¿dónde está nuestra hija?

—Ahí es donde entra él. Creo que nuestro querido alcalde está metido de alguna forma, y creo que puede saber dónde está. ¿Por qué, si no, se presentó el día que Ainhoa entró en casa? ¿O por qué obligó a Diego a no publicar aquella noticia sobre una mujer embarazada que nadie ha vuelto a ver?

—¿Metido en qué?

—En lo que sea que esté ocurriendo.

—Puede que muchos piensen que es un capullo, pero a mí me cuesta creer que supiera lo de nuestra hija y formara parte de ello.

—Déjame que te haga una pregunta rápida: desde que me internaron en el centro, ¿cuántos días ha venido a casa para comprobar cómo lo estabas llevando?

Fede tardó un minuto largo en contestar, repasando cada día en su cabeza.

—Solo hoy —dijo al fin.

—Solo hoy —repitió Laura—, justo el día que yo me escapó. No ha venido a verte a ti...

—Ha venido a comprobar si tú estabas aquí —terminó Fede por ella.

—Ni siquiera ha venido la policía a preguntarte por mi paradero. Porque él es quien debía informar al centro.

Miró a Martín y luego a Laura. Un nuevo brillo en sus ojos irradiaba una determinación que muy pocas veces había visto en su marido.

—Tengo cinta americana en el sótano —dijo.

Fede regresó al cabo de un par de minutos del sótano con un rollo de cinta negra en la mano. Entre los dos sentaron a Martín en una silla de la sala estar, aunque luego lo arrastraron de regreso a la cocina para evitar miradas indiscretas desde la calle. Le ataron con fuerza las manos a la espalda, detrás del respaldo de la silla, a la propia silla, y también los tobillos a las patas, lo suficiente para que circulara la sangre pero no pudiera moverse ni un milímetro.

—Siento haberte metido en ese lugar tan horrible —dijo Fede con absoluta sinceridad. Laura le cogió la mano, no estaba enfadada con él ni decepcionada porque no la hubiera creído, era comprensible; solo se sentía afortunada de tenerlo de nuevo a su lado—. Ahora sé que me equivoqué. Yo... Yo también he visto cosas fuera de lo normal.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Laura. Era lo último que esperaba oír.

—Hace dos días, en la cabaña quemada junto al manantial. Y esta misma noche. Pensaba que lo había causado el estrés y la falta de sueño, pero con lo que encontré en la cabaña, y todo lo que ha pasado después, dudo mucho que fuera eso.

—¿Qué encontraste?

A Laura no le interesaba lo que hubiera visto, fueran demonios, espectros o simplemente una amalgama de colores cambiantes. Era todo irreal. Engaños de la mente, nada más. Lo que le interesaba era su descubrimiento, el cual debía ser lo suficiente interesante como para que lo mencionara. Escuchó con atención el horror que había oculto en el bosque, los espíritus que se levantarían de la tierra según Ainhoa, porque tenía que ser a eso a lo que siempre se había referido; lo había interpretado de forma algo errónea, lo que la llevó a buscar tan cerca pero alejada de la prueba definitiva para dar validez a su historia. Cuatro cadáveres.

—Así que no podemos confiar en el alcalde, el Centro Naredo, y ahora tampoco en la policía. ¿Alguien más? —dijo Laura. Solo podían confiar el uno en el otro, nunca habían necesitado a nadie más. Bueno, pensó que no les hubiera venido nada mal la ayuda de Diego.

—Por lo menos ahora sabemos que ninguno de los dos está loco y que alguien nos ha provocado las visiones —dijo Fede, en el momento en que Martín emitió un gruñido quejumbroso.

El alcalde echó la cabeza hacia atrás entre quejas e intentó mover los brazos hacia la herida de la cabeza; era bastante fea y aún sangraba con un pequeño hilo. Fue entonces cuando abrió los ojos y descubrió la nueva situación en la que se hallaba.

—¿Qué es esto? —preguntó, todavía a nadie en concreto, desorientado. Intentó soltarse sin mucho éxito; lo único que podía hacer era levantar el culo unos centímetros del asiento—. Fede, ¿qué ocurre? ¿Por qué...? —Fue consciente por primera vez de la presencia de Laura.

—Hola, Martín —dijo Laura, luchando para no exteriorizar en exceso la rabia que sentía, o le volvería a golpear con fuerza en la cabeza—. Ya veo que no te sorprende mucho encontrarme aquí.

—¿Qué? Por supuesto que me sorprende. Estabas en el centro, en aislamiento porque tu situación se había agravado. ¿Por qué me has atado? —Laura se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco, un gesto que Martín entendió como el momento perfecto para dirigirse a su marido, a quien creía el más sensato de los dos, sin saber que ambos eran iguales de sensatos (o de poco sensatos) y actuaban como un frente común—. Fede, suéltame, por favor. Sabes que tu

mujer no...

—Cállate, Martín —le espetó Fede—. Tu labia no te va a sacar de esta. Sabías que Laura se había escapado, no intentes negarlo. No te va a funcionar.

—Yo no sabía nada, solo he venido a ver cómo estabas.

Laura le dio tal bofetada al alcalde que le quitó las ganas de hablar de golpe. Nunca le había desagradado tanto su voz como ahora. Se agachó para situar su cara a la misma altura que la de él.

—Cierra el pico y escucha —dijo Laura, marcando mucho las palabras para que no hubiera ninguna duda en ellas—. Voy a hacerte una pregunta, solo una, y espero que respondas con sinceridad, o las cosas se pondrán muy feas para ti. Asiente si me has entendido.

Martín asintió, buscando el contacto visual con Fede, creyendo erróneamente que obtendría algún tipo de ayuda de su parte, como si no hubiera quedado claro antes que en esa cocina no tenía aliados.

—Bien —continuó Laura—. ¿Dónde está nuestra hija?

—¿Vuestra hija? No entiendo. ¿A qué te refieres?

Laura le asestó otra bofetada, más fuerte que la anterior. Sintió en la mano con toda claridad su mandíbula, y le pareció que con algo más de fuerza podría llegar a rompérsela.

—Respuesta incorrecta. Probemos de nuevo: ¿dónde está nuestra hija?

—Vuestra hija está... —Martín dudó, puede que fuera a confesar algo; desde luego, Laura no lo esperaba tan fácil—. Está muerta, es lo que me dijo el doctor. No sé por qué lo preguntas.

Tercera bofetada. El alcalde escupió al suelo. El esputo tenía un ligero tinte rojizo de la sangre, se habría mordido la lengua. A Laura le volvió a entrar la tos y se apartó para beber un poco de agua, momento en que Martín intentó de nuevo, y sin comprender o sin querer comprender la situación, que Fede le soltara aduciendo a la inestabilidad de Laura.

—Fede, tu mujer no está bien. Tenemos que devolverla al centro, necesita ayuda.

—Laura está muy bien donde está —respondió Fede. Empezaba a notársele la irritación por la simple presencia del alcalde—. Todo se acabará cuando contestes a su pregunta, es así de sencillo.

—Es lo que he hecho —protestó Martín.

—No, no lo has hecho —dijo Laura, regresando junto al alcalde. Se aclaró la garganta—. Vamos con el tercer intento.

—No sé qué quieres que te diga, tu hija nació muerta, es lo que me contaron,

lo prometo. Lo siento mucho, es horrible, pero ya no se puede hacer nada.

Laura suspiró. Les estaba tomando demasiado tiempo sacarle algo, cualquier cosa, y ahora mismo él era lo único que tenían, por muy inútil que se estuviera mostrando.

—Así no vamos a ninguna parte. Habrá que probar con cosas más contundentes.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Martín a Fede.

—No lo sé, pero no creo que te guste lo que tenga en mente —respondió Fede, chasqueando la lengua al final.

—Dile que pare, por favor.

Laura pensó que las simples suplicas eran una buena noticia, significaba que había abandonado bien rápido la etapa de negociación y se acercaba a la verdad.

—¿Te han contado lo que encontré en la cabaña del lago? —le preguntó Fede al alcalde.

—Sí, me han contado lo que le dijiste a la policía.

—Lo que le dije —repitió Fede; Laura entendió que ella debía ser la única persona que le creía—. Supongo que ahora pensarás que yo también estoy loco. Me imagino cosas, como Laura. Veo demonios y muerte. Tal vez nos tendrían que encerrar a los dos juntos en la misma celda.

—Yo no creo que estés loco. Lo tuyo fue una reacción empática a la situación de tu mujer —dijo Martín. Por unos segundos, Laura percibió en su rostro a la persona que sabía que se ocultaba tras la máscara del alcalde simpático, amable y comprometido con todo el mundo.

—¿Ahora eres médico? Y un poco machista, añadiría: Laura está loca de remate y lo mío es solo una reacción natural. —Metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo que antes había mencionado pero no tuvo tiempo de mostrarle a Laura—. ¿Te han contado que también encontré esto en uno de los cadáveres? —Martín asintió con prudencia—. Difícil entonces que me lo imaginara todo, ¿no crees? Tiene hasta una inscripción. ¿Por casualidad no sabrás el nombre del marido de Ainhoa?

—Yo sí lo sé —dijo Laura—. Se llamaba Raúl.

Fede le entregó el anillo. Laura revisó la inscripción. La confirmación de que uno de los cadáveres era el marido de Ainhoa. Pondría la mano en el fuego en que los otros tres eran la pareja que murió en el accidente de coche, en la carretera de acceso al pueblo, el hombre que desapareció en el bosque, o la mujer de la historia de Diego.

—¿Tienes alguna opinión respecto a eso? —preguntó Fede. Martín guardó

silencio—. ¿No? ¿Por qué? ¿Porque sabías que estaba ahí enterrado?

—Estáis los dos mal de la cabeza —dijo Martín. El hombre asustado había dado paso sin darse cuenta a un hombre lleno de odio y más acorde a lo que él era.

—No, Martín, te equivocas —dijo Laura. Le mostró unas tijeras grandes de cocina y las abrió y las cerró un par de veces para que el sonido se le clavara en el cerebro—. Nos han convertido en dos pirados a la fuerza. Porque nos hemos acercado demasiado a una verdad que mucha gente tiene interés en mantener enterrada. —Se situó detrás de él y puso uno de los dedos del alcalde entre las hojas abiertas de las tijeras—. Última oportunidad, alcalde. ¿Dónde está nuestra hija?

—No lo sé. Y puedes dejar el teatro, no vas a hacerlo.

Laura buscó la mirada de su marido. Estaba a punto de cruzar una línea peligrosa, necesitaba el apoyo de Fede para continuar. Fede estaba con la boca abierta, estupefacto, pero acabó asintiendo.

—Respuesta equivocada.

Laura juntó los dedos con fuerza, y con ellos cerró las tijeras. Corte seco. Notó la dureza del hueso y cómo se partía. El dedo de Martín cayó al suelo, acompañado de un chorro de sangre, como una manguera espontánea. Fede le cubrió la boca con la mano para tapar sus gritos y evitar que alguien se acercara a curiosear, en especial la vecina cotilla que era Nuria.

—Putaloca —dijo Martín, jadeando, cuando Fede le liberó la boca.

—Exacto, estoy loca —dijo Laura—. Pero esta loca te ha hecho perder la concentración y cometer un error. Porque ahora no has dicho que mi hija está muerta, has dicho que no sabes dónde está.

—Diría cualquier cosa para que me soltaras.

—Es decir, que nos has mentado otra vez.

—Yo no... —empezó a decir Martín, consciente de lo que eso implicaba.

—Es lo que has hecho —le interrumpió Fede.

—¡Qué más da! —dijo Laura. Volvió a colocar un dedo entre las hojas de las tijeras, clavándolas para que el alcalde notara el filo en todo momento—. Entre ocho o nueve dedos, no creo que haya mucha diferencia.

—¡No! ¡Para! ¡Por favor! —suplicó Martín, a más volumen del que le hubiera gustado a Laura.

—Contesta a mi pregunta y pararé.

—Yo... no sé dónde está. Solo hago lo que me dicen.

—Pero está viva.

—Sí.

—Dilo. —Laura se situó delante de Martín, clavándole los ojos con dureza.

—Está viva.

Un alivio enorme la invadió. Por muy segura que estuviera de ello, por mucho que hubiera confiado en Ainhoa, no era lo mismo creerlo a que alguien se lo confirmara. Notó el resoplido de desahogo de Fede a su espalda.

—¿Por qué os la habéis llevado? —preguntó Laura.

—Yo no me he llevado a nadie —se defendió Martín. Sonaba y actuaba desesperado.

—Pero conoces la razón.

—No... no diré nada más. No puedo decir nada más. Puedes cortarme todos los dedos que quieras.

«¿Por qué tiene de repente tanto miedo?», se preguntó Laura. Su estado de ánimo cambiaba según lo que le dijeran, pero este parecía el más sincero.

—¿Cómo encontramos a nuestra hija? —preguntó Fede.

—No lo sé.

—Pero sabrás de alguien que sí lo sepa.

Laura le mostró de nuevo las tijeras, repitiendo el sonido afilado del corte. Era más efectivo que cualquier golpe que le diera.

—El doctor Naredo —dijo Martín—. Él lo sabrá.

—Cabrán... Con razón no me dejaba verte. Y seguro que por esto aún no han arreglado el coche —murmuró Fede, apretando los puños, andando por la cocina.

—Gracias, Martín —dijo Laura.

Le puso un trozo doble de cinta americana en la boca. Se iba a quedar donde estaba, hasta que alguien lo encontrara por casualidad o hasta que encontraran a su hija; no podían arriesgarse a dejarlo libre. Martín intentó generar algún sonido pero se rindió rápido.

Laura se giró hacia Fede. Ambos sabían cuál era el siguiente paso. El lugar al que no querían volver, y el peor lugar al que podían ir. Debería haber sentido terror por regresar al sitio de su encierro, pero su convicción y su esperanza eran muchos mayores. Oía el llanto de su pequeña cada vez más cercano.

Agua y tos

Claudia apagó el motor del coche. Estaban tomando un riesgo enorme al detenerse tan cerca del Centro Naredo, a la vista de cualquiera que pasara por la carretera, a unos doscientos metros de la entrada al recinto. La mañana inundaba su mundo de luz y había expulsado a la incansable niebla, aunque no tardaría en reaparecer, con lo que no se podían beneficiar de su protección. Pero Laura no estaba preocupada por ello. Hacía horas que no la buscaban en esa zona, en las inmediaciones del centro; nadie esperaba que regresara por propia voluntad al lugar del que se había escapado.

—Esto no me gusta. No es buena idea —dijo Claudia, mirando con impaciencia por todos los retrovisores del coche, uno detrás de otro, atenta a la aparición de cualquier vehículo sospechoso, lo que en su cabeza serían todos.

Laura se había mostrado muy recelosa de inicio ante la idea de Fede de contactar con Claudia para que les sirviera de transporte; su coche seguía en el taller, en eterna reparación, alguien no quería que se fueran y se estaba aprovechando de su accidente. En un principio no confió en la periodista que había cubierto su puesto en su ausencia, porque ya no confiaba en nadie, no se lo podía permitir si quería recuperar a su hija, pero su marido sí lo hacía, al parecer con una fe ciega en la bondad de Claudia, lo que al final era más que suficiente para ella. Y la mujer se presentó en su casa lo más rápido que el asfalto le permitió. Se mostró horrorizada ante el relato que le contaron, un horror muy sincero, y no dudó en prestarles su ayuda para, como mínimo, llevarlos hasta el centro. Cabía la posibilidad de que fuera una gran actriz y estuviera esperando el momento adecuado para traicionarlos, pero era una posibilidad muy remota.

Una cosa sí que estaba clara, y era que a Claudia le venía grande esta historia. Era palpable en los temblores de sus manos, por mucho que tratara de

disimularlos agarrando con fuerza el volante. Estaba acostumbrada a cubrir noticias más amables, como el mismo Festival de la Niebla, o sucesos menores e inofensivos, y no sabía cómo actuar ante un hecho mucho más turbio, no sabía cómo mantener la calma necesaria para afrontarlo. Fede también se percató de ello.

—Claudia, cuando bajemos del coche, vete a la oficina —le dijo Fede—, y si alguien te pregunta, simplemente di que no nos has visto, a ninguno de los dos.

—¿¡Qué!?! —Claudia se ladeó en su asiento para poder mirar a la cara tanto a Fede, en el asiento de copiloto, como a Laura, en los asientos traseros, viajando todo el trayecto sin el cinturón de seguridad puesto, por si necesitaba esconderse rápido—. No os voy a dejar solos —su voz titubeaba, aunque intentaba imponerle firmeza—. Si alguien os descubre, o tenéis que escapar, o...

—Has hecho suficiente por nosotros. No podemos pedirte nada más.

—Pero...

—No pueden descubrir que nos has ayudado —la interrumpió de nuevo Fede—. Tienes una vida tranquila y una mujer esperándote cada noche en casa. No vamos a permitir que te aparten de ella.

El labio inferior de Claudia temblaba. Lo que fuera que le estaba pasando por la cabeza no conseguía transformarlo en palabras.

A Laura le entró otro ataque repentino de tos. Todavía tenía el frío de la noche metido en el cuerpo. Por suerte, todos sus síntomas se reducían a una tos intermitente, y a un cansancio permanente del que no desharía hasta que llegara al final y sostuviera a su hija entre sus brazos, hasta que pudiera dormir junto a ella.

—Laura, ¿seguro que no me necesitáis? —le preguntó Claudia, obviando mencionar su salud, aunque era fácil de leer entre líneas.

—Tranquila, estaremos bien. Nada podrá con nosotros —respondió Laura.

Claudia se obligó a asentir, aunque lo hizo con el cuello rígido, como si una fuerza quisiera impedirselo; era lo único que Laura aceptaría de ella.

—¿Cómo vais a entrar? —Los ojos de Claudia volvieron a revisar cada retrovisor, y ahora añadió también la entrada al centro, frente a ellos.

—Por dónde escapamos Ainhoa y yo —le explicó Laura—, por una salida de emergencia, en una de las escaleras laterales. Aunque tendremos que movernos rápido, ya que al abrir la puerta se activa una señal de aviso en algún ordenador, o eso me dijo Ainhoa.

—La loca.

—Sí, ella. La loca. Y yo me inclino por creerla. Aunque no sea cierto, mejor

estar preparados.

—Si tenemos suerte, y evitamos que nos vean, varias personas saldrán creyendo que alguien intenta escapar —añadió Fede—. Se creará un desconcierto y una confusión general que nos permitirá movernos con más facilidad.

—¿Y si hay cámaras en la puerta?

—No las hay. Me fijé en ello al salir —dijo Laura.

Fede le dio un apretón amistoso a Claudia en el hombro y buscó el contacto visual; pasaron unos segundos hasta que los ojos de la mujer consiguieron centrarse.

—No nos esperes. No intentes ayudarnos. Vete. Y actúa con normalidad —le dijo Fede. Tras esto bajó del coche.

Laura también abrió la puerta para bajar pero se detuvo con un pie fuera y el otro dentro. Miró a Claudia a través del retrovisor interior.

—Has hecho un buen trabajo en la revista —le dijo.

—Pero... si no has visto nada de lo que hemos hecho —replicó Claudia.

—No necesito verlo.

Bajó del coche y se adentró en el bosque junto a Fede, empleando la red de árboles de protección en su acercamiento al centro. Pero antes aguardaron hasta que Claudia se marchó. Le costó encender el motor, Laura pensó que tendría que volver para insistirle que se fuera, pero acabó por dar media vuelta y desaparecer tras la primera curva.

Avanzaron con un ojo puesto en la carretera y otro en las profundidades del bosque. Que creyeran que no los estaban buscando por esa zona no significaba que pudieran bajar la guardia. Ascendieron la pequeña colina, hasta el nivel del edificio principal. El muro que rodeaba el centro no era demasiado alto, medía poco más de dos metros, por lo que saltarlo no supuso un gran obstáculo. El problema vino después, cuando estaban a la vista de todos. Habían saltado por un lateral del edificio, donde las únicas ventanas que había eran las que iluminaban la escalera ubicada en el extremo, justo la que conectaba con la salida de emergencia por la que querían entrar. Durante unos segundos estaban a merced de cualquiera que subiera o bajara por las escaleras en ese momento; era un acto de fe necesario. Aunque no sabrían si alguien los había visto entrar hasta comprobar si la búsqueda se daba dentro o fuera del edificio.

Alcanzaron la puerta y se pegaron a ella para limitar la visión desde puntos elevados.

—Tenía que tener el despacho en la última planta—rezongó Fede—. Oye,

¿qué pasa si no está en su despacho? Podría dedicarse a coordinar la búsqueda.

—Lo esperamos. Tarde o temprano volverá —dijo Laura—. ¿Preparado?

Abrieron la puerta con facilidad. Cabía la opción de que la hubieran cerrado tras su huida, sobre todo tras la doble huida de Ainhoa, pero no estarían preocupados porque ningún paciente la imitara. O puede que fuera una muestra más de la soberbia que Laura había captado en el doctor Naredo, quien creía tenerlo todo y a todos controlados.

Subieron hasta la tercera planta. Oyeron pisadas por encima de ellos, por lo que cruzaron la puerta al pasillo que recorría esa planta de punta a punta, ahora vacío excepto a lo lejos, desde donde serían irreconocibles; todavía era muy pronto para que los pacientes salieran de sus habitaciones. Laura recordó que fue ahí donde conoció a Santos Naredo, y también donde se escondió con Ainhoa en un armario, hacia tanto tiempo que parecía que hubieran transcurrido varias eternidades. Guió a Fede hasta el armario, en el momento en que alguien aparecía por la zona central, y aguardaron a que esa planta se tranquilizara.

Abandonaron el armario. Se oían voces gritándose unas a otras, intentando clarificar lo que había ocurrido, el porqué de que se hubiera abierto la puerta de emergencia que ni siquiera los empleados podían abrir sin previo aviso.

Regresaron a las escaleras. Laura se asomó con precaución por una ventana. Abajo, en el exterior, varias personas registraban la zona, una persona se había asomado por encima del muro para otear el terreno, e incluso percibió un par de figuras recorriendo el bosque. Sonrió para sí misma; lo que era capaz de conseguir una simple apertura de una puerta, cuánta estupidez podía llegar a albergar el ser humano. Subieron hasta la última planta sin mayores complicaciones que su propio agotamiento.

La quinta y última planta era la mitad de grande que el resto, y lo primero que se encontraron fue una sala de descanso con una pequeña cocina, un par de mesas, un sofá y un televisor más grande que el que ellos tenían en casa. No estaba vacía. Tuvieron que esperar a que una mujer, por su vestimenta una doctora, se terminara el café con toda la tranquilidad del mundo, como si no estuviera pasando nada interesante en el centro. Cada segundo que pasaba aumentaba el riesgo de que los descubrieran. Laura se tapó la boca con las manos para apagar la tos que la atacó de pronto.

La mujer abandonó la sala, no la había escuchado, y ellos la siguieron. Algunas de las personas que estaban en el exterior ya habían regresado, pero no había en el ambiente una sensación de emergencia, más bien la típica zozobra matinal de cuando aún hay poco movimiento. Puede que hubieran comprobado

que no faltaba nadie y que llegaran a la conclusión de que la puerta se había abierto por error. La otra conclusión, la de que alguien había entrado por ahí, muy pocos la contemplarían como una posibilidad, nadie querría colarse en el centro, y casi todos, sino todos, la descartarían al instante.

La composición de la planta era también diferente al resto. Aquí no había un pasillo central sobre el que se articulaban las diferentes habitaciones, sino un amplio pasillo lateral que daba a la fachada principal, con algunos más pequeños que surgían de este hacia la otra fachada, mientras que los despachos se ubicaban todos en un lado. Cuando la mujer del café entró en su despacho necesitaron de muy poco tiempo para encontrar el de Santos Naredo; las placas de las puertas hicieron el trabajo por ellos.

Laura se encargó de abrir la última puerta. El doctor Naredo, sentado en su escritorio, ubicado en perpendicular a la puerta, levantó la mirada y soltó el bolígrafo que tenía en la mano sobre el escritorio. Ni una pizca de sorpresa dejó entrever en su rostro, como si hubiera estado esperando esta reunión. El despacho era bastante grande, ya que además del escritorio con dos sillas para visitantes, había un sofá de tres plazas y un sillón, y una larga y alta estantería llena de libros y carpetas. Disponía también de una pequeña terraza con vistas a la zona posterior del edificio.

Cerraron rápido la puerta y le instaron a mantener la boca cerrada. Laura no necesitó emplear ninguna amenaza para hacérselo cumplir, lo que levantó sus sospechas. Su actitud no podía deberse solo a su gran soberbia, cualquiera en su posición captaría las intenciones de unos padres cabreados.

—Nos tenías preocupados, Laura. Me alegra que hayas vuelto, no es recomendable interrumpir tu tratamiento de forma tan abrupta —dijo el doctor Naredo, hablando como si ella siguiera siendo su paciente—. Supongo que se lo debo a usted, señor Garona. Veo que le hice entrar en razón.

Laura y Fede compartieron una mirada de estupefacción. «¿Quién se cree que es este capullo?», se preguntó Laura. ¿De verdad pensaba que habían vuelto para ingresarla de nuevo? ¿O tal vez se disponía a jugar con sus mentes y hacerles creer lo que él quisiera? El doctor se puso en pie, queriendo seguir con su papel.

—Vuelve a plantar el culo en la silla si no quieres que te parta los dientes —le dijo Fede.

—Tranquilo, señor Garona —dijo el doctor Naredo, levantando las manos en señal de defensa—. No es necesario recurrir a la violencia.

—¿Dónde está nuestra hija? —preguntó Laura. Sintió la furia apoderarse de su voz, pero no iba a hacer nada para impedirlo.

—Laura, ya hemos hablado de eso...

—Contesta la pregunta —le interrumpió Fede.

—¿Usted también? —dijo el doctor con desprecio—. No debe alimentar sus delirios, no es sano para ninguno de los dos.

Laura no tenía tiempo de aguantar su estúpida jerga. Cogió un teléfono azul de línea que había sobre el escritorio y se lo estampó en la cabeza. El teléfono soportó el golpe mejor que el doctor. Protestó, se mordió el labio inferior, y les dedicó su mirada más trabajada de odio. Pero no gritó.

—Le agradecería que no volviera a hacer eso —dijo. Tenía una brecha en la sien izquierda que sangraba en abundancia. Sacó un pañuelo blanco de tela de un cajón y aplicó presión en la herida, con calma y precisión.

—La próxima te golpearé yo, que tengo algo más de fuerza —le dijo Fede—. Así que será mejor que nos digas dónde está nuestra hija.

—Está muerta. Su mujer tuvo una alucinación durante el parto y creyó oír su llanto. Es lo que ocurrió. Y tengo entendido que usted también ha sufrido algún episodio similar. Deberíamos atacar su problema antes de que se agrave. No son episodios que debemos dejar pasar sin darles la importancia que se merecen.

—Miente. Sabemos que está viva —dijo Laura, obviando el tema de las alucinaciones, ahora que sabía que alguien o algo ajeno se las había causado; su prioridad era la niña. Conservaba el teléfono en la mano por si le entraban ganas de hacer una llamada local—. Nos lo dijo...

Volvió a darle un acceso de tos, este mayor que en las anteriores ocasiones. Ya había asumido que la tendría que soportar unos cuantos días, pero ni una tos incesante la frenaría. Fede cogió una botella pequeña de agua de las cuatro que tenía el doctor tras él, en un estante, y se la entregó. Laura se bebió media botella de varios tragos pequeños. Entonces miró la etiqueta, no por interés, sino porque se sintió atraída hacia ella. La leyó: «Agua del manantial de Ludueña».

Por delante de sus ojos pasaron todas las alucinaciones que había sufrido desde su llegada al pueblo. El carrito de bebé, la barriga sangrante, el niño del globo y los niños ahorcados. Aparte de lo obvio, que era el tema común entre todas las visiones, alucinaciones, o como fuera que tenía que llamarlas, había otro aspecto común: en todas las ocasiones había bebido antes agua embotellada del manantial de Ludueña.

—Es el agua —dijo en voz alta.

—¿Qué dices? —le preguntó Fede.

—Así es como nos provocaron las alucinaciones, con el agua.

Aunque fue muy sutil, y sin duda el doctor Naredo pensaría que había

mantenido muy bien la compostura, Laura percibió un pequeño tic en su ojo izquierdo, suficiente para decirle que había dado en el clavo.

Perder

Fede observó la botella de agua en las manos de su mujer y el rostro impasible del doctor Naredo tras la acusación.

—Admítelo —dijo Laura. Le tiró la botella al doctor. Falló e impactó contra el escritorio para rebotar en la estantería antes de encaminarse hacia el suelo—. Nos drogasteis con el agua.

—¿Qué estupideces estás diciendo? Presta atención a tu propia voz y escucha bien lo que acabas de decir; verás el disparate que has creado para justificar tus acciones —dijo Santos Naredo, empeñado en continuar con su papel de médico personal de Laura—. No solo me acusas de haber fingido la muerte de tu hija, sino que ahora también me acusas de drogarte para provocar tu demencia.

—Así que ahora eres tú la víctima.

—No, la víctima siempre has sido tú. —El doctor plantó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos de las manos—. Nunca pediste que te sucediera esto, nadie lo hace, pero tu mente no tiene la fuerza suficiente para superar las desgracias. Nadie nace preparado para tener que vivir con la pérdida de una hija, sin importar la edad que tuviera, y mucho menos tener que hacerlo por segunda vez.

—Veo que te has informado sobre mí.

—No fue necesario, tú misma me lo contaste. ¿No te acuerdas?

Fede perdió el hilo de la conversación. Se agachó a recoger la botella de agua que había tirado Laura. El tapón se había soltado, por lo que la mayor parte de su contenido formaba un charco sobre el pavimento.

Intentó recordar los minutos y las horas anteriores a sus visiones; quizá ya podía llamarlas alucinaciones, porque eso es lo que fueron, en definitiva. Buscó en su memoria la botella de agua que había tenido entre sus manos. El trago del

líquido transparente que jugaría con su cerebro. Pero por más que lo rememorara con imágenes claras, en ningún momento hacía acto de aparición la botella con la misma etiqueta verde que la que tenía entre sus manos. Él no había bebido agua de Ludueña.

¿Implicaba eso que Laura se equivocaba? No, lo había dicho con demasiada seguridad, con un convencimiento que no admitía ninguna duda. Y él ya no podía ni quería dudar de ella. Sí decía que había bebido agua embotellada antes de cada alucinación, esa era la única verdad. Pero, ¿cómo podían haberla drogado antes incluso de llegar al pueblo, antes de conocer al alcalde y al doctor?

Entonces recordó un detalle al que en su momento no le dio ninguna importancia porque cuando ocurrió no la tuvo. Es curioso cómo funciona a veces la memoria, guardando pasajes intrascendentes ocultos entre los más importantes, esperando su oportunidad para destacar y situarse en primer plano. Recordó algo que comentó Laura instantes antes de que viera el carrito de bebé y provocara el accidente. La recordó mencionando que el tapón de una de las botellas que les habían enviado a su antiguo piso en Madrid, como regalo de bienvenida al pueblo, estaba defectuoso y perdía agua.

Recuperó el hilo de la conversación para meterse de lleno. Justo en ese momento, Santos Naredo hacía la pregunta para la que acababa de encontrar la respuesta.

—¿Y cómo se supone que te drogué? No te conocí hasta aquel día que te encontré con Ainhoa.

—No he dicho que lo hicieras tú personalmente —dijo Laura.

—Laura —dijo Fede, reclamando su atención—, piensa en el tapón de la botella.

A su mujer se le abrieron de pronto los ojos como dos grandes círculos mirando al pasado. No necesitó más de un segundo para comprender lo que le había dicho Fede, entró en juego su facilidad para unir dos puntos de una historia, por muy distanciados que estuvieran.

—Introdujisteis algo a través del tapón —dijo Laura, sin mirar a nadie, uniendo todos los puntos mientras hablaba, paseando por el despacho del doctor y por su memoria—. Lo más seguro que utilizando una jeringuilla fina. Pero después no lo sellasteis bien, no siempre. Por eso se filtraba agua por algunos tapones, y por eso el agua tenía un sabor suave que no le correspondía.

—Menuda colección de sandeces —dijo Santos Naredo, recostándose en su silla. Pero Fede percibió cierto nerviosismo en sus gestos, algo que hasta ahora

no había mostrado. Si le empujaban un poco más podía acabar por romperse.

Trató de transmitirle esa idea a Laura pero ella había captado lo mismo. Apoyó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante.

—Nos drogasteis —dijo Laura, tajante—. Queríais que se nos fuera la cabeza, que dejáramos de confiar el uno en el otro y en nosotros mismos. Que nos viéramos como unos monstruos para quebrarnos. Lo hicisteis con Ainhoa y su marido, y antes con aquel hombre que intentó matar a su mujer y quién sabe cuánta más gente. Y estoy segura que también lo hicisteis con la pareja que murió en el accidente. O quizá incluso provocasteis vosotros el accidente. Querían salir del pueblo, habían descubierto la verdad, y no lo podíais permitir. Tú, Martín, la policía...

—Señor Garona, ¿cómo puede quedarse tan tranquilo cuando su mujer se está montando tal película? Cuanto más tardemos en actuar, más difícil será recuperarla. Podría no volver a ser la misma que usted conocía y requerir atenciones diarias.

—Sabes, Laura, creo que el mecánico sigue sus órdenes. No nos iban a devolver nunca el coche —dijo Fede, dando a entender con ello su opinión sobre todos los intentos del doctor de desestabilizarlos. No habían funcionado al principio y no lo harían ahora. De hecho, los veía como un intento patético de defenderse. Eran las acciones de un hombre desesperado que luchaba por guardar la compostura. Pero nada de lo que dijese, salvo la verdad, le iba a servir ya para nada.

—¿Y todo para qué? —continuó Laura—. ¿Cuál era vuestro objetivo? ¿Quitarnos a nuestra hija? ¿Tantas molestias por un recién nacido, por algo tan inocente? ¿Por qué? ¿Qué hacéis con los bebés?

—Eso no...

—Le arrebatasteis su hija a Ainhoa. Me habéis arrebatado la mía. —La voz de Laura adquirió un tono de dureza todavía mayor. Fede nunca la había visto de esa forma; llegaría a cualquier extremo con tal de recuperar a su hija, y él estaría siempre a su lado—. Será mejor que lo próximo que salga de tu boca sea alguna explicación, porque estoy harta de escuchar tu voz radiante de superioridad. Quiero oír la verdad y no otra chorrada de loquero. Sabes perfectamente que eso no te va a funcionar con nosotros.

—Y si no te digo lo que quieres escuchar, ¿qué harás? ¿Pegarme otra vez con el teléfono? —dijo el doctor Naredo con una sonrisa de suficiencia en los labios; su verdadero ser por fin hizo acto de aparición.

—No, te tiraré por la terraza.

—Tú no harías eso. —El doctor miró a Fede, buscando su complicidad. Solo encontró su odio rebotante.

—Tienes razón, no lo haría. Pero últimamente se me va bastante la cabeza, tú mismo lo has dicho. A veces no sé ni lo que veo ni lo que hago.

La sonrisa desapareció del rostro del doctor y dejó paso a una expresión horrorizada. Pero apretó los labios y mantuvo la boca cerrada. Creería que era un farol, una especie de tortura basada en amenazas vacías.

Aunque no creyó lo mismo cuando Laura lo agarró del cuello de la camisa y empezó a arrastrarlo hacia la terraza. En condiciones normales, Laura no tendría la fuerza necesaria para llevar a cabo una acción como esa, él era más grande y casi con toda seguridad más fuerte, pero la adrenalina que corría por sus venas compensaba cualquier desventaja.

Fede le tapó la boca al doctor antes de que empezara a gritar y ayudó a arrastrarlo. El miedo se había apoderado de él sin remedio. Fede sí estaba convencido de que se trataba de un farol, su mujer no sería capaz de matar a nadie, ni siquiera por venganza, pero la determinación con la que actuaba lo llenaba de dudas. Una madre es capaz de cualquier cosa por su hija. Y si esa madre ya ha perdido a una, no se pondrá límites a la hora de recuperar a la segunda. Pero no ganaban nada matando a una persona; al contrario, perderían una parte de su humanidad. Tenían que hacer lo que fuera por encontrar a su hija, eso estaba fuera de toda duda, tenían que luchar hasta el final, pero no podían perderse a sí mismos en el proceso. Esas personas no serían las más adecuadas para criar a una niña.

Abrieron la puerta de la terraza y entre los dos acercaron a Santos Naredo a la barandilla. Le levantaron las piernas mientras lo sujetaban de la camisa, apoyando su pecho, primero, y luego su barriga contra la barandilla, amplificando así la sensación de que no vacilarían a la hora de hacerle bajar las cinco plantas por el aire. La última imagen que vería sería la del suelo de su propio terreno acercándose a gran velocidad. Fede lo agarraba con fuerza para evitar un desliz.

—¡Vale! ¡Hablaré! —dijo el doctor después de que lo inclinaran un poco más y a Laura a punto estuviera de resbalarle la camisa de la mano.

Al soltarlo de vuelta en el interior del despacho, Fede resopló de alivio casi más que el propio doctor, aunque él lo hizo de forma interna; no era el momento de mostrar debilidad.

—Empieza —le dijo. La mejor manera de disimularlo era no darle tiempo a percibirlo—. Nos drogasteis.

El doctor Naredo cerró los ojos y calmó su respiración y sus pulsaciones, de rodillas en el suelo. Ellos no eran los familiares cabreados a los que estaba acostumbrado a enfrentar.

—Sí —admitió al fin quien tanto había insistido en que lo de Laura era una enfermedad, quien había generado tantos informes falsos sobre sus episodios de locura y había mentido sin piedad.

—¿Cómo?

—Cerca del manantial crecen unas setas pequeñas de color blanco. Supongo que las habrás visto. —Fede asintió, las había visto en más de una ocasión, aunque por suerte nunca pensó en comerlas, no era su comida favorita—. Cuando las hierves, sueltan un líquido alucinógeno.

—Y mezclasteis ese líquido con el agua.

La cabeza del doctor se movió de arriba abajo.

—En teoría tendríais que habéroslo bebido antes de llegar a Ludueña. Nunca quisimos provocar un accidente, no nos interesaba haceros daño. Fue un cúmulo de infortunios —dijo para que no lo tomaran por alguien tan despreciable, o quién sabe por qué.

—Porque queríais nuestro bebé.

Santos Naredo volvió a asentir.

—¿Para qué? —preguntó Laura.

—Hay personas con necesidades y muchos recursos dispuestos a gastarlos.

—¿Pretendéis vender a nuestra hija? ¿Por un puñado de dinero?

—No nos tomaríamos tantas molestias por solo un puñado de dinero —replicó el doctor. No había demasiado odio en su voz, casi todo lo que expresaba era agotamiento.

Fede estaba atónito, las palabras y los gestos del doctor le parecían irreales, como si todo el día hubiera sido una alucinación continua de la que no podía escapar. Esperaba que en cualquier momento un pellizco le devolviera a la realidad. No acababa de creerse que todo fuera por dinero, que la respuesta fuera tan sencilla y tan ruin.

—¿Dónde está ahora? —se obligó a preguntar para salir de su aturdimiento. Temía la respuesta que iba a obtener. Temía que le dijera que estaba ya muy lejos, donde no podrían encontrarla. Que la habían perdido para siempre.

—Está en la planta del sótano. Una enfermera se encarga de su cuidado —respondió el doctor Naredo. Ahora había un deje de repulsión en su tono—. Pero no podréis salir de aquí. Hay demasiada gente interesada en que esto no se haga público.

—Ya veremos.

Laura le asestó un golpe en la misma sien de antes con el teléfono de línea. El doctor se desplomó y levantó una mano para protegerse, aunque con los ojos cerrados no vio venir el segundo golpe de Laura. Santos Naredo perdió el conocimiento.

Marido y mujer se quedaron unos segundos contemplando el cuerpo inconsciente de un ser repugnante. Fede se odiaba a sí mismo por haber puesto en este hombre su confianza en el cuidado de Laura. Le entraron ganas de escupirle, de patearle.

—Sabes que lo más probable es que sea mentira —dijo Fede. Estaban más cerca, solo tenían que recogerla en el sótano y salir. O quizá estaban muy lejos, no había forma de saberlo todavía

—Lo sé. Pero si lo es, volveremos a por él.

No te fíes de la luz

Santos Naredo permanecía inmóvil en su extraña posición en el suelo, tanto como lo estaban ellos. Era la segunda persona a la que Laura había dejado inconsciente en las últimas horas, lo que casi la convertía en una experta, pero, de alguna forma, el doctor parecía más falto de vida de lo que en ningún momento lo estuvo Martín. Fede se agachó para tomarle el pulso. Lo encontró, era bastante bajo, lo cual supuso que sería lo normal en su situación, y con ello se permitió tranquilizarse; si alguien moría, por muy detestable que fuera, nunca recuperarían a su hija.

Registró sus bolsillos. Quizá se necesitaba alguna tarjeta especial para acceder a esa sala del sótano, no podrían volver al despacho si se encontraban con una puerta cerrada. En el bolsillo trasero del pantalón llevaba la cartera, aunque en su interior no había ninguna tarjeta ni identificación especial; siendo el jefe y propietario, era de suponer que no necesitara nada para moverse con libertad. En un bolsillo delantero tenía las llaves del coche. Fede se las guardó.

—Con algo tendremos que escapar de aquí —le dijo a Laura para justificarlo.

—¿Y lo haremos con el coche del jefe? Llamaremos demasiado la atención —dijo Laura.

—Si nos descubren, nos perseguirán aunque nos llevemos el coche de la recepcionista. Pero solo lo necesitamos para alejarnos de este lugar infernal. Después tendremos que buscar otra solución. Además, me apetecía añadir el robo a nuestra lista de delitos de hoy —añadió. Sentía que con estirar las manos ya podía tocar a su hija y eso era merecedor de cualquier delito.

—Sí, llevamos una buena colección —dijo Laura, forzando una sonrisa. Su rostro era la viva imagen del agotamiento.

Fede quiso consolarla por todo lo que había sufrido, ofrecerle su hombro para

que descansara, pero todavía no habían terminado, no había tiempo para eso. Estaban cada vez más cerca, aunque aún les quedaba un largo camino por delante. Uno que no terminaría cuando abandonaran el Centro Naredo y Ludueña; las consecuencias de su resistencia podían alargarse durante años.

Fede revisó también el escritorio, incluidos los tres cajones laterales. Encontró muchos papeles, lápices sueltos con la punta rota, y una petaca, confirmando con esta que, además de una persona miserable, no era tampoco el gran profesional que presumía ser. Pero no encontró nada que les pudiera resultar útil.

—¿Cómo llegamos al sótano? —preguntó Laura.

—No lo sé. Será difícil pasar desapercibido —respondió Fede—. ¿Por dónde se accede? No he visto ninguna señalización que lo indicara.

—A mí no me mires. Ni siquiera sabía que había un sótano. Puede que solo se acceda por ascensor. No lo sé.

Dos golpes de nudillos sonaron en la puerta. Se abrió antes de que uno de ellos pudiera reaccionar. La doctora que vieron antes tomándose un café apareció en el umbral de la puerta, con otro café en la mano.

—Doctor, le...

Su mano aflojó la sujeción sobre el vaso. Se precipitó hacia el suelo, a Fede le pareció que lo hizo en cámara lenta, desafiándolos a que lo atraparan antes de impactar y quebrarse en infinidad de trozos de diferente tamaño, antes de que su contenido negrozco se expandiera como si hubiera explotado. La mujer contempló el cuerpo del doctor Naredo, puede que pensando lo peor al ver la sangre en su cabeza, o por lo menos fue lo que le transmitió su reacción. Entonces reconoció a Laura, murmuró su nombre y dio un paso atrás. Fede estiró el brazo como si pudiera retenerla, pero no evitó que saliera corriendo en busca de ayuda. Fede y Laura compartieron una mirada que lo decía todo: adiós a la poca ventaja de la que disponían.

Fede agarró la mano de su mujer y la condujo hacia las escaleras por las que habían subido. La doctora se había ido en la dirección contraria. Con solo bajar una planta se dieron cuenta de la rapidez con la que se había transmitido su presencia y su ataque al jefe. Auxiliares, enfermeros y demás personal del centro acompañaban de vuelta a sus habitaciones a los pocos pacientes a los que habían permitido salir.

No se detuvieron hasta alcanzar la planta baja, sin cruzarse con nadie por el camino, no acababan de creerse su suerte. Pero antes de que dejaran atrás las escaleras, varias personas accedieron por las plantas superiores. Les pisaban los talones y el centro entero los buscaba; necesitaban un milagro o una ayuda

divina para llegar hasta su hija.

Otros dos hombres estaban todavía en el exterior, vigilantes, junto a la puerta por la que habían accedido, fumando un cigarrillo y en apariencia ajenos al caos que se estaba creando en el interior. Por lo que solo tenían una salida, acceder al pasillo lateral de la planta baja, donde debería estar el acceso al sótano, y rezar para que las personas que los vieran tuvieran demasiado miedo de una enferma mental descontrolada y de su marido desesperado.

Entraron en el pasillo. A su derecha, desde una sala de consultas, les llegó el grito de una enfermera cuya edad no recomendaba las emociones fuertes. Con una simple mirada, Fede consiguió que la mujer cerrara la puerta y se escondiera tras ella. A derecha e izquierda tenían salas de consulta, de espera, de mantenimiento..., todas con un cartel plateado metálico y letras negras indicando de qué se trataban, pero ninguno señalaba el acceso al sótano.

—Luz —dijo de pronto Laura, deteniéndose.

Fede siguió su mirada hasta el vestíbulo. Su vecina, Luz, y a quien consideraba su amiga, los miraba de vuelta, sujetando con ambos brazos un bulto de una forma que era incuestionable.

—¿Es...? —empezó a preguntar Fede, pero se detuvo; le costaba decirlo, convertir en verdad lo que estaba viendo. Porque una persona solo sujetaría de esa forma algo concreto: un bebé. Su bebé.

—No te fíes de la luz —dijo Laura, con su habitual expresión en el rostro de cuando unía varios puntos para formar una imagen.

Entonces Fede se dio cuenta de su estupidez. Descifró el factor común a sus alucinaciones y parte de las de Laura. La comida. El bizcocho, la magdalena. El té.

Luz era el factor común.

Bajo su amabilidad y su amistad escondía una frialdad que la convertía en una persona capaz de jugar con la cordura de las personas. Los mantenía vigilados en casa y en el centro, tenía acceso a ambos. Controlaba su descenso gradual a la locura.

—No puede ser —dijo Laura, dando un paso adelante que tuvo como respuesta un paso atrás de Luz. Como a Fede, le costaba mucho aceptar esa realidad, aceptar que esa mujer los había engañado desde el primer día.

—Lo es —dijo Fede. ¿Cómo se había permitido vivir con los ojos cerrados? Si los hubiera abierto habría visto todas las señales. Como el hecho de que nunca le mencionara el parto de Laura. O su insistencia para que se mantuviera alejado del centro y les dejara hacer su «trabajo». Notó como le inundaba el asco y la

decepción. Había puesto su confianza en esa mujer, más que en nadie, y ella lo aprovechó para jugar con sus emociones.

Tanteó el escenario, las opciones de las que disponían para alcanzarla y recuperar a la niña. Pero estaban a merced de lo que Luz decidiera hacer. Y ahora que su máscara se había caído, no pensaba dejarse atrapar con facilidad. Echó a correr hacia el exterior, hacia el aparcamiento.

Fede y Laura no tardaron ni un segundo en emprender la persecución. Pero cuando estaban a punto de alcanzar el vestíbulo, un hombre de espalda ancha y fuerte se plantó delante de ellos. Laura redujo algo su velocidad pero Fede la aumentó. Arrolló al hombre y ambos rodaron por el suelo.

—¡No te detengas! —consiguió decirle a Laura, que pasó corriendo por su lado, un segundo antes de recordar que él tenía las llaves del coche del doctor Naredo.

Fede intentó levantarse. El hombre le agarró de un pie y lo devolvió al suelo. Fede gritó de rabia. Se giró, quedándose en una posición lateral, y empleó la pierna libre para patearle en la cara. Una. Dos. Tres veces. Hasta que por fin lo soltó, en el instante en que otros dos hombres de igual tamaño aparecieron descendiendo por las escaleras, bajando los escalones de dos en dos, o incluso de tres en tres.

Se levantó y corrió. Ellos serían más fuertes pero él era más rápido. Salió del centro y lo primero que se encontró fue a su mujer, yendo hacia su encuentro y señalando al coche que iniciaba el descenso por el sinuoso camino de acceso al centro.

—¡Luz va en ese coche! —le dijo.

Fede pulsó el botón de apertura de las llaves del doctor. Las luces de un coche a su derecha parpadearon, un Lexus de color negro. Se montaron, él de conductor, arrancó el motor y dio marcha atrás para dar media vuelta y encarar el camino. Los hombres que salieron del centro no tuvieron más remedio que apartarse para que no les atropellaran.

Luz podía correr todo lo que quisiera, pero ellos siempre serían más perseverantes. Nada los frenaría.

Actos desesperados

Fede se resistía a pisar el acelerador a fondo del Lexus, las curvas de la carretera que se sucedían le obligaban a ser precavido, y tendría el recuerdo de su anterior accidente demasiado presente, supuso Laura. Ella también lo recordaba, tan vívido como si hubiera sucedido ayer, no en vano recorrían la misma carretera, pero ella, en cambio, se movía como si pudiera empujar el coche con su propio cuerpo. Cualquier ayuda que les acercara a Luz sería bienvenida, incluso las imaginarias.

—Va demasiado rápido —dijo Fede.

Laura constató que tenía razón. Las ruedas traseras ya le habían patinado en un par de curvas, y daba la sensación de que estaba perdiendo el control de su vehículo con el avance de los metros, que su conducción se volvía más y más temeraria. En algunos momentos, incluso traspasaba la línea imaginaria divisoria e invadía el carril contrario. Suerte que no era una carretera demasiado transitada.

El reproductor de música, que se encendió de forma automática al arrancar el coche, los envolvía con la voz de *Cat Stevens* y las letras y la melodía de *Father and son*. A Laura no se le escapó la ironía de que Santos Naredo, el hombre que había intentado separar a su familia, el hombre que se lucraba arrebatándoles a una madre y a un padre lo máspreciado en sus vidas, disfrutara en la soledad de su coche con una canción sobre un padre y un hijo. Lo convertía en una persona todavía más terrible, si es que era posible, en un hombre con total falta de empatía. En el demonio que se imaginó sobre el niño del globo. Apagó la música, no soportaba pensar en el doctor, a la vez que susurraba un «capullo».

—¿Cómo la vamos a detener? —preguntó Laura. Mantenían una distancia prudente entre ellos para evitar una colisión en un frenazo. La niebla ya se había

disipado casi por completo esa mañana, con lo que gozaban de suficiente visibilidad.

—No lo sé —respondió Fede. Le dio varios golpes al volante con la palma de la mano—. Joder, no lo sé.

—¿Cuánta gasolina crees que le quedará?

—Demasiada. Y tengo la impresión de que en cualquier momento intentará regresar al centro. Si lo consigue, no habrá nada que podamos hacer.

—Porque nos estarán esperando —terminó Laura. Fede volvió a golpear el volante varias veces.

Luz alcanzó una curva a la derecha bastante cerrada. A velocidad moderada no suponía un peligro, pero su velocidad distaba mucho de ser moderada. Dio un volantazo, las ruedas se clavaron y patinaron sobre la humedad matinal de la carretera, el poso de la niebla. El coche hizo un trompo, con lo que se salió de la carretera. Estampó el lateral contra un tronco. El impacto no fue demasiado fuerte, pero la debilidad de la niña provocó que Laura pegara un grito de estremecimiento y Fede frenara de golpe.

Bajaron los dos del coche al mismo tiempo. Luz hizo lo propio, con la niña en brazos. No lloraba, no se movía. Dormía plácidamente. Es lo que quiso creer Laura, no les interesaba hacerle daño.

—¡No os acerquéis más! —dijo Luz. Estaba entre ellos y el coche, sin más vías de escape que la de echar a correr—. Si dais un paso más, le haré daño —añadió, aunque no pudo enmascarar el titubeo de su voz

—No le harás nada —dijo Laura—. Devuélvenosla.

A pesar de ello, de lo convencida que estaba de que no sufriría ningún daño, su avance se había frenado hasta casi detenerse.

—Esta no es vuestra hija. Ella murió —dijo Luz tras mirar a un extremo y otro de la carretera, rezando para que apareciera alguien anónimo a quien pudiera venderle su historia—. Estáis sufriendo otro episodio psicótico.

—Déjate de episodios psicóticos. Esos juegos mentales no te funcionarán más con nosotros —dijo Fede—. Por favor, entrégnos a la niña; no tienes a dónde ir.

—Fede, mírame a los ojos. Soy tu amiga. Jamás te quitaría a tu hija. Esta niña no es vuestra —insistió Luz.

—No eres mi amiga. Nunca lo has sido.

Estaban a pocos metros de ella, en medio de la carretera. Laura aprovechó para acercarse algo más mientras Luz se centraba en su marido. Pero se detuvo cuando reparó en sus movimientos y la volvió a amenazar.

—Si esa no es nuestra hija, ¿quién se supone que es? —preguntó Laura,

entrando en su juego solo para que cambiara su atención de Fede a ella. Él era más rápido, más fuerte, pero sobre todo llevaba menos fatiga acumulada. Luz no podría defenderse contra él. Aunque el problema no era en realidad la fuerza, sino el evitar que el bebé sufriera daños en un hipotético forcejeo.

—Es la hija de otra paciente —respondió Luz—. Me la he llevado para evitar que la robarais. Fuisteis al centro con la idea de recuperar a vuestra niña y os habríais llevado la primera que encontrarais, sin informaros antes de si era vuestra.

Laura rió. Era increíble la cantidad de mierda que eran capaces de crear estas personas. Harían lo que fuera, generarían las mayores mentiras con tal de alcanzar su objetivo y llenarse sus asquerosos bolsillos.

—Tu historia cada vez tiene menos sentido. Ahora resulta que somos nosotros los ladrones de niños —dijo Laura con dureza en la voz. Odiaba a esa mujer con toda su alma— Dame a mi hija, no te lo volveré a repetir.

—Fede, por favor, tenéis que entrar en razón.

El sonido de una sirena reclamó su atención. Fede se giró para ver llegar al coche de policía pero Laura no perdió de vista a su vecina. El coche se detuvo y de su interior surgieron el jefe Llanos y la agente García, ambos empuñando su pistola reglamentaria. Laura no se sorprendió al ver que los apuntaban a ellos y no a Luz.

—Apartaos de la niña —les dijo Roberto Llanos. El jefe vestía con ropa casual, con su placa colgada del cuello; le habrían avisado de urgencia, puede que lo recogieran en su propia casa. La agente García, en cambio, lucía el uniforme completo.

Fede levantó las manos al aire, controlando por encima del hombro a Luz. Laura no se movió del sitio.

—¡No! —exclamó, bien claro y alto para que no hubiera duda en sus palabras—. Es mi hija. No me iré de aquí sin ella.

—Ha perdido unos cuantos tornillos —dijo la agente García, a nadie en particular—. Los dos al suelo, tumbados boca abajo con las manos en la nuca. Ahora.

—Jefe, míreme —continuó Laura sin hacer caso de lo que ordenara la agente. Todo apuntaba a que alguien de la policía de Ludueña, sino toda, trabajaba con Santos Naredo, pero necesitaba creer que todavía quedaban buenas personas en el mundo, que no todos eran unos desgraciados sin alma. Puede que el jefe fuera su respuesta, no percibía maldad en él—. Di a luz en el Centro Naredo. Mi hija nació sana. Sin embargo, me dijeron que había nacido muerta. Pero yo oí su

llanto y le aseguro que no me lo imaginé, por mucho que le hayan contado. Estas personas, Luz, el doctor Naredo, Martín y quién sabe cuánta gente más, nos drogaron, a los dos —señaló a Fede. Su marido no la iba a interrumpir, sabía que debía dar un paso al lado cuando llegaba el turno de hablar—. Nos hicieron creer que estábamos locos, que nuestras mentes divagaban por mundos creados por nuestra propia imaginación. A Fede ni siquiera le informaron de mi parto. Lo mantuvieron en la ignorancia mientras a mí me manipulaban para creerme sus mentiras. Querían quedarse con nuestro bebé para venderlo. Por un puñado de dinero sucio. Estas repugnantes personas nos han hecho pasar un infierno, y solo por dinero. Y ahora intentan que nos creamos, y que os creáis, que ese bebé no es nuestro.

—Menuda historia... —dijo la agente con desprecio—. Tumbaos en el suelo, es el último aviso.

—Sé cómo suena, lo difícil que es de creer, pero es la verdad. Y no somos los primeros. Ainhoa y su marido lo sufrieron (Fede no se inventó lo de la cabaña ni lo del anillo), y unas cuantas parejas más, no podría decirle cuántas. Tanto el doctor Naredo como Martín nos lo confirmaron. Han estado jugando con nosotros. Con todo el pueblo, en realidad.

—¿Se refiere al doctor Naredo, al que han atacado en su propio despacho y han dejado inconsciente? ¿Y al alcalde, a quien tenían atado en su casa con un dedo cortado? ¿Cómo espera que les crea viendo el rastro de violencia que han ido dejando? —preguntó el jefe Llanos.

—Porque esos son los actos de unos padres desesperados que no saben en quién pueden confiar.

El jefe dudó, Laura lo vio en el brillo de sus ojos, aunque mantuvo la pistola en su dirección. Porque se dio cuenta de que no estaba tan loca como le habían dicho, solo lo justo para llevar a cabo todo lo que había hecho en las últimas horas.

—Jefe, no le haga caso. Está loca —dijo la agente García.

—Aunque me esté contando la verdad, y créame que me tomo en serio la gravedad de sus acusaciones —dijo el jefe, desoyendo a su agente—, no puedo dejar que se vayan después de lo que han hecho.

Laura suspiró. Tenía la cabeza como un bombo y estaba cansada de intentar correr hacia delante para acabar yendo siempre hacia atrás. Quizá la solución pasaba por confiar en alguien más. Depositar sus esperanzas en otra persona. Alguien que parecía honrado y que de verdad podía ayudarles.

Miró a Fede y tomó una decisión. Levantó las dos manos al cielo.

—Está bien, nos rendimos —dijo. Calló a Fede cuando empezó a protestar. Luego señaló con un brazo a Luz—. Pero no puede dejar que se lleve a esa niña. Le aseguro que es nuestra hija. Y haré lo que sea para demostrarlo.

El jefe tenía que haber visto su determinación y su seguridad. Su experiencia tratando con todo tipo de personas en situaciones desesperadas tenía que decirle que Laura no mentía. Una cosa distinta era que su verdad fuera la verdad.

—García, coge el bebé y detén a la señorita Moral —dijo—. Esclareceremos esto en comisaría.

Cinco segundos más tarde, la agente García bajó su arma, negó con la cabeza, y la volvió a levantar para volarle la tapa de los sesos a su jefe. La sangre se desparramó por el asfalto y Roberto Llanos se desplomó sin vida.

—Siempre cumpliendo con su maldito trabajo y su estúpido reglamento —murmuró la agente—. ¿Estás bien, jefa? —le preguntó a Luz.

—Has tardado demasiado. ¿Por qué no has venido sola?

—Ya sabes cómo es... era el jefe. Siempre un maldito obstáculo.

El disparo que lo cambia todo

El charco de sangre se esparcía con calma por el asfalto. Centímetro a centímetro extendía el horror que lo había creado. El cuerpo de Roberto Llanos, un hombre demasiado honrado para el mundo en el que le había tocado vivir, sufrió un espasmo. Una burbuja de sangre escapó como resultado de su cráneo destrozado, como si el espasmo hubiera liberado una tubería obstruida.

Laura se tapó la boca con ambas manos, ahogando un gemido. Le temblaba el cuerpo entero pero era incapaz de mover un músculo más allá de las reacciones inconscientes a la muerte. Su propio cuerpo no le respondía, no se atrevía. La escena horripilante la oprimía con un escudo invisible. Descubrir que estos individuos que no merecían llamarse personas habían matado a gente para cubrir sus miserables actividades no era lo mismo que presenciarlo. ¿Cómo puede uno eliminar una imagen tan espeluznante de sus pesadillas? Laura supo enseguida que esta sustituiría a las alucinaciones que la visitaban en sus sueños para rememorar su sufrimiento. Si conseguía acabar el día con vida, claro.

Fede, dos metros a su derecha, contemplaba al ya antiguo jefe de policía con más cólera que miedo. Había bajado los brazos para engancharlos al cuerpo, los puños cerrados, los nudillos blancos. No perdía de vista a Luz, quien seguía en la misma posición junto a su coche accidentado, bebé en brazos y una brecha en la ceja izquierda de la que escapaba un hilillo de sangre. La etapa de negociación ya había terminado para ella. No apelaría a la locura de nadie para escapar de esta situación, no lo necesitaba, y ahora las que más parecían estar lejos de la normalidad mental debido a sus actos eran tanto ella como la agente García. Pero quedaba claro por la expresión relajada de su rostro que no le importaba lo más mínimo. Si la agente se había dirigido a ella como jefa era porque llevaba años haciendo esto, se había encargado de desestabilizar a Ainhoa y a unos cuantos

más; en algún momento de su vida perdió toda su humanidad y la sustituyó por un curso avanzado en manipulación emocional. Laura se sorprendió preguntándose si su marido, Nico, estaba al corriente de sus actividades y por eso no intentó entablar una relación con ellos, si lo desaprobaba pero no se inmiscuía por amor, si se sentía oprimido por ello, o si desde un primer momento los vio solo como víctimas pasajeras que pronto olvidaría, alguien con quien no le merecía perder el tiempo.

—¿Qué hacemos con estos dos? —preguntó la agente García. Su pistola oscilaba entre Laura y Fede con desprecio. Nada de cómo se comportaba y hablaba indicaba que acababa de matar a su jefe, puede que una persona que la considerara una amiga; al menos la respetaba lo suficiente como para elegirla a ella como compañera.

—Saben demasiado, no podemos arriesgarnos a internarlos en el centro —dijo Luz. Incluso su voz había cambiado, sin rastro de la afabilidad con la que la tenía acostumbrada a expresarse—. Pero primero necesitamos preparar el escenario, no podemos matarlos así como así. ¿En qué punto exacto estamos de la carretera? ¿Qué comisaría se encargaría de analizar todo esto?

—Tú hiciste desaparecer los cadáveres de la cabaña —le dijo Fede a la agente, interrumpiendo sus planes.

La agente García brillaba con un aura de muerte, no sería de extrañar que ella se encargara de matar a todas esas personas.

—No me diste otra opción —respondió la agente, tan segura de su victoria que no le importaba decir la verdad—. Bueno, sí, la otra opción era meterte bajo la cabaña a ti también para hacerles compañía, pero todavía era pronto para eso.

—Ana, déjalo ya, no podemos perder más tiempo —dijo Luz.

Laura la miró de reojo durante medio segundo; todavía no se atrevía a apartar la mirada del charco de sangre, estaba demasiado aterrada pensando en que no podría ver crecer a su hija. Y era justo su hija la que empezaba a preocuparle más allá de porque se la hubieran quitado. La niña no lloraba, apenas se movía. Un sonido de la fuerza del disparo de la pistola, con el añadido de la reverberación que lo mantuvo en el ambiente unos cuantos segundos más, tendría que haber provocado una reacción lógica en una niña tan pequeña que aún no ha descubierto el mundo y es demasiado sensible a los sonidos. Pero no en su hija. Dormía plácidamente, no entendía por qué.

—De acuerdo, yo esto lo veo muy sencillo —dijo Luz—. El jefe recibe la llamada, los persigue y consigue sacarlos de la carretera, provocando un accidente menor. Pero él —señala a Fede, la agente le apunta con el cañón de la

pistola— ha enloquecido. Se enfrenta al jefe y lo mata. Tras eso, por culpa de la enajenación mental que lo domina y de los remordimientos que empiezan a acecharlo, sumado a la reciente pérdida de su hija, mata a su mujer y después se suicida.

Laura no salía de su asombro. Hablaban con una calma inusitada en una situación tan violenta sobre cómo iban a matarlos, como si ya no tuvieran la opción de defenderse y ese fuera con total seguridad el desenlace al que se dirigían. Laura entonces despertó. Su cuerpo por fin reaccionó a sus órdenes, pero quizá llegó demasiado tarde. No tendrían problemas en cambiar sus planes si les obligaban.

La agente se agachó a recoger el arma reglamentaria de su jefe, la pistola con la que los iba a matar a sangre fría; llevaba guantes por lo que no dejaría huellas. Por si acaso, lo hizo con el brazo estirado y el dedo en el gatillo de su arma.

Laura se oyó rezando, no a una ayuda divina que no esperaba, sino a cualquier otra. Se imaginó a Diego surgiendo de la nada con su antiguo coche, la bala morada, un nombre que guardaba en estos momentos cierta ironía. Se imaginó a Claudia acudiendo en su ayuda de nuevo, ahora con mucha más valentía y acompañada de Aitor y Belén, los compañeros de la revista a los que apenas había tenido tiempo de conocer y ya nunca conocería. Se imaginó a una persona cualquiera circulando por la carretera que se encontraba con la escena y decidía hacerse el héroe, o que la niebla los envolvía con un manto espeso que permitiera su huida. Se imaginó incluso a Nico dando un paso adelante y haciendo entrar en razón a su mujer.

Pero nada de eso iba a ocurrir. Y nada de eso ocurrió.

Lo que ocurrió fue que Fede se abalanzó contra la agente García aprovechando que estaba agachada y ni la pistola ni su ojo apuntaban en su dirección. La agente lo vio demasiado tarde, con lo que su reacción no impidió el placaje. Sí que consiguió apretar el gatillo una vez, pero la bala se perdió entre las hojas de los árboles.

Se enzarzaron en una disputa rodando por el asfalto húmedo de la mañana, empapándose la ropa de sangre cuando su lucha los llevó hasta el cuerpo del jefe. Las cuatro manos sujetaban y se peleaban por la pistola de la agente; la del jefe salió volando con el placaje y, por más que Laura la buscó, no la encontró. Se escapó un disparo en el forcejeo. Laura se agachó por instinto aunque pasó muy lejos de ella. Las cuatro manos llevaron la pistola entre los dos cuerpos. Fede era un hombre bastante fuerte, pero la agente García parecía igualarle y se resistía a soltar el arma.

De pronto se oyeron tres estallidos, casi consecutivos. Tres explosiones de pólvora y luz entre ambos cuerpos. Laura solo supo que el primer disparo pasó más cerca de ella que el anterior, y quién había recibido el tercero, ya que una bala atravesó el estómago de Fede para salir por la espalda, aunque ambos rostros crearon muecas de dolor.

De rodillas, formó el nombre su marido en sus labios, pero no supo si llegó a salir algún sonido de su garganta que no fuera un gemido de desesperación. Tanto Fede como la agente continuaron forcejeando, ajenos a su propio dolor. La pistola volvió a asomar entre ambos. Produjo un último disparo. Laura siguió su trayectoria, como si la bala avanzara a cámara lenta. Le pasó rozando el hombro y viajó hasta su obstáculo más cercano.

Impactó en el estómago de Luz, allí donde sujetaba al bebé. Luz se tocó el punto de impacto y se miró la mano ensangrentada. Se desplomó. Soltó al bebé, aunque se quedó apoyado en su regazo. Sin llanto. Sin movimiento.

El mundo se detuvo, todos mirando en dirección al bebé. Cuando volvió a avanzar, Fede le arrebató la pistola a la agente y la golpeó con ella varias veces en la cabeza hasta dejarla inconsciente. Laura sintió que su ser se marchaba muy lejos, escapaba del infierno que estaba viviendo, allí donde no hubiera muerte, y solo dejaba atrás un cascarón vacío.

Oyó un llanto. Pero supo al momento que solo estaba en su cabeza.

Todos estamos un poco locos

Laura lloraba. Sentía que era lo único que hacía en las últimas semanas. Seguía de rodillas, ahora también con las manos apoyadas en el asfalto. Jadeaba y sentía que le faltaba el aire, que se ahogaba con los pulmones llenos de niebla, tan imaginaria como el llanto. El aire estaba casi limpio del manto nuboso, la imagen de Luz con la niña en el regazo bien clara, pero en su cabeza era como si tuviera que atravesar una pared de humo para llegar a ellas. A su espalda, Fede se arrastró para apoyar la espalda contra el coche de policía, con una mano tapando el orificio de entrada de la bala, aunque nada podía hacer por el de salida. Instó a su mujer a comprobar si su pequeña seguía viva.

Laura gateó en dirección a su hija. No tan rápido como le hubiera gustado. Debatiéndose entre la urgencia por auxiliar a su hija y el miedo a comprobar lo que había provocado la bala. ¿Cómo reaccionaría si lo que se encontraba era un pequeño ser destrozado y bañado en sangre? ¿Podría seguir viviendo después de eso? ¿Remataría a Luz para embarcarse en una travesía de rabia y venganza con muy poco aprecio por la vida humana, incluida la suya? ¿O dejaría de existir como Laura para convertirse en una mujer sin alma ni voluntad? Todas las posibilidades la aterraban, porque todas implicaban que perdería a su segunda hija.

Por eso su mano se quedó colgando en el aire, a un palmo de su hija, envuelta con mantas de forma que no veía nada de ella. Luz tenía los ojos entreabiertos, una mueca de dolor dominándola, las manos presionando sobre la herida del disparo en el estómago, tratando sin mucho éxito de contener la sangre en su interior.

La mano le temblaba a Laura más y más a medida que se acercaba a la manta para apartarla; era blanca, aunque ahora se había teñido de rojo. El labio inferior

también le temblaba y no era capaz de cerrar la boca. Apretó los párpados con fuerza cuando sus dedos agarraron la manta. Las lágrimas se le acumulaban en los ojos formando dos lagos de amargura.

Luz estalló en una carcajada dolorosa. Dolorosa para ella misma porque cada movimiento de su cuerpo suponía un suplicio, y dolorosa para Laura por lo que representaba. Apartó una manta, y luego una segunda. Con la tercera y la constatación de que solo era un rollo de ropa, vio que Luz nunca había tenido a la niña con ella. No necesitó comprobar el interior de su coche, no iba a encontrar nada. Todo había sido una táctica de distracción con un final que se les había ido de las manos. Su hija podía estar yendo hacia cualquier parte.

Laura tiró toda la ropa ensangrentada hacia el bosque. La herida de Luz se le descubrió tras la ropa, muy aparatosa, sangrando en abundancia, pero seguramente tratable si se actuaba a tiempo, que era lo que menos tenía.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Laura.

—Porque puedo —respondió Luz mostrándole una amplia sonrisa roja. Ni siquiera en sus últimos momentos iba a buscar la redención y el perdón, no creía necesitarlos para encontrar paz con la muerte.

—Si es dinero lo que querías, había otras formas de conseguirlo.

—No todo es por dinero.

—¿Entonces?

—Todos estamos un poco locos. Hay cosas que no tienen explicación. Solo las hacemos.

Laura se preguntó quién era esta mujer que se estaba muriendo frente a sus ojos. ¿Dónde estaba la Luz que había conocido, la mujer que podía llegar a ser algo cargante pero que siempre ofrecía una mano amiga? Era como si otra persona la hubiera absorbido y la hubiera asimilado para hacerla desaparecer. Sabía que no obtendría nada de esta Luz, pero quizá quedaba un poco de la otra a la que podía apelar.

—Luz, por favor, dime dónde está mi hija —dijo Laura—. Acaba tu vida con una buena acción. El daño ya está hecho pero aún puedes remediarlo.

Lo primero que obtuvo como respuesta fue otro intento de carcajada. El dolor era demasiado intenso y se limitó a un chasquido de risa.

—Jamás la encontrarás —dijo Luz.

Laura se levantó. La observó y se dio cuenta de que no sentía rabia hacia ella, tan solo pena. Cómo de triste y miserable tenía que haber sido la vida de esta mujer para acabar de esta forma, tirada en una carretera cualquiera por culpa de sus pecados. No le gritó, no le escupió como pensaba que haría. Solo la miró, y

le dijo:

—Siempre la encontraré.

Volvió rápido junto a Fede. Su marido estaba pálido. La sangre bajo su cuerpo era cada vez mayor. Parpadeaba muy rápido para evitar que los ojos se le cerraran. Lo movió hacia un lado para examinar el orificio de salida en su espalda. Lo que vio le hizo tragar saliva, aterrada y descompuesta. Recogió el rollo de ropa que había tirado y lo empleó para taponar la herida. Si habían creído que el rollo era su hija, lo menos que podía hacer era salvar la vida de su padre.

—Tengo que llevarte a un hospital —dijo Laura.

—No hay tiempo —dijo Fede.

—No voy a perderte a ti también.

—No me perderás, siempre estaré contigo.

—Ni se te ocurra hablar así.

Fede quiso cogerle de las manos pero ella se resistió; no iba a dejar de hacer presión sobre la herida, no a menos que le cortara los brazos.

—Laura, mírame —dijo Fede. Laura negó con la cabeza pero Fede la obligó a hacerlo. Sus labios estaban curvados en una sonrisa llena de esperanza, pero era una sonrisa fatigada—. Mírame. No podemos volver al centro, y el hospital más cercano está a... ¿cuánto? ¿Media hora? ¿Cuarenta y cinco minutos? No aguantaré tanto tiempo. Sabes tan bien como yo que no lo aguantaré. Ya he perdido demasiada sangre. Si no estuvieras aquí conmigo, lo más probable es que también hubiera perdido el conocimiento.

—No renunciaré a ti —dijo Laura. Se limpió la cara húmeda de lágrimas con el brazo, sin mover la mano de su espalda—. Encontraré la forma.

Fede le agarró la cara entre sus manos, cubriéndola con su propia sangre. Le apartó una lágrima con el dedo pulgar, dibujándole una línea roja.

—Tienes que irte —dijo—. Aquí estás en peligro. Y cada segundo que pasa nuestra hija está más y más lejos.

—Por favor, Fede, no puedo hacer esto sin ti —suplicó Laura.

—Claro que puedes. Eres más fuerte que yo. Siempre lo has sido. Nadie puede contigo, no existe nada que pueda pararte. Cuando perdimos a la primera, crees que fui yo quien te mantuvo en pie, pero sin ti yo me habría desmoronado. Tendrías que haberme visto los días que estuviste encerrada. Era un desastre. No servía para nada, no sabía funcionar solo. Y por eso sé que encontrarás a nuestra pequeña. Porque harás lo que sea necesario.

Laura se quedó sin habla. Cerró los ojos y apretó los dientes con toda su

fuerza. Por una vez, deseaba que todo fuera una alucinación, despertar varias horas más tarde y descubrir que nada había sido real, pero eso no iba a pasar. ¿Por qué la vida la atacaba con tanta crueldad? ¿Qué había hecho para merecer esto?

—Laura, prométeme que la encontrarás. —Fede esperó una respuesta que no llegó—. Dilo.

—Lo prometo.

Aflojó la presión sobre la herida. Se sentó a su lado, sin importarle hacerlo sobre su sangre, y le abrazó, colocando la cabeza de su marido sobre su pecho. Estaba rodeada de muerte, en medio de una escena macabra. Pero Fede le había mostrado que, por encima de la muerte, siempre está la vida. Que aunque uno se sume en la oscuridad eterna, un rayo de luz le hará vencer a la vida.

Laura se veía ahora rodeada de negrura, derrotada, destrozada, pero un hilo de luz la invitaba a salir, y al final de este encontraría a su hija.

—Se llama Noa —dijo.

—Noa —repitió Fede—. ¿Y para eso has tardado tanto en decidirte? —Consiguió reír, aunque el esfuerzo le provocó una tos horrible. Se tranquilizó en los brazos de Laura, respirando con sus pulsaciones—. Es precioso.

La niebla dejó de reinar del todo en la carretera.

Epílogo

Una niña en un parque

La niña saltaba de alegría, jugando con sus muñecos de superhéroes, uno en cada mano, fingiendo que volaban todos juntos muy rápido y muy alto, allí donde el cielo era azul, y que disparaban rayos con sus ojos y fuego por sus bocas. Los demás niños se tiraban una y otra vez por el tobogán o se columpiaban sin descanso, jugando unos con otros. Ella no lo había hecho una sola vez, era feliz con sus muñecos, con ellos nunca se sentía sola, y no necesitaba a nadie más.

Se sentó en la tierra, en una esquina del parque infantil. Los viernes por la tarde siempre la recogía su niñera de la escuela; era su día preferido. Ella era mucho menos estricta que su madre, le compraba la merienda que quería y no se enfadaba cuando se manchaba el uniforme escolar. Podía retozarse por la tierra todo lo que quisiera sin llevarse una reprimenda. Ahora estaba hablando con otras niñeras, alrededor de dos bancos, manteniendo una conversación sobre un pueblo que ella no conocía pero que debía ser muy interesante, ya que no prestaban atención a los niños.

Sacó dos muñecos más de los bolsillos. Dibujó con los dedos sobre la tierra un escenario con varias casas y calles. La sombra de una persona lo cubrió poco después. Se trataba de una mujer más joven que su madre y algo más alta, apoyada en la valla metálica que delimitaba el espacio infantil. Su pelo era tan negro y liso como el suyo, y muy largo, como a ella le gustaba, aunque le obligaban a cortárselo más corto. Lo llevaba recogido en una coleta con una cinta roja.

—Hola —dijo la mujer, sonriéndole. Era muy guapa.

—Hola —respondió la niña, llena de inocencia.

—Bonitos juguetes. ¿Me los enseñas?

La niña le fue mostrando los muñecos uno a uno, orgullosa de ellos,

explicándole sus poderes y sus nombres, unos que solo una pequeña con todo el mundo aún por descubrir les pondría.

—Me gusta tu pelo —le dijo la mujer.

—Gracias —respondió la niña, y se echó a reír con dulzura, pasando la mano por sus mechones, un gesto que repetía hasta la saciedad durante todo el día. Le encantaba su pelo.

Vio que había un hombre tras la mujer observándolos, mucho más bajito. Guardaba cierta distancia con ellas, y cada dos por tres miraba hacia atrás y hacia los lados, como si buscara algo o hubiera escuchado un ruido.

—¿Quién es? —preguntó, señalándolo con el dedo, aunque su madre le había dicho que eso era un gesto de mala educación.

—Él es mi amigo Diego —dijo la mujer—. Es muy divertido. Estoy segura de que te caería muy bien.

La mujer se echó a llorar de pronto. Se secó las lágrimas con las manos y suspiró. Levantó la mirada al cielo y recitó algo inaudible, aunque le pareció entender que hablaba con alguien.

—¿Por qué lloras? ¿Estás triste?

—No, todo lo contrario. Son lágrimas de felicidad —dijo la mujer. Le dedicó una gran sonrisa, aunque el labio inferior le temblaba de forma ligera—. ¿Cuántos años tienes?

—Estos. —Levantó cuatro dedos de la mano derecha. Ya era una niña mayor, unos pocos días antes solo necesitaba levantar tres dedos.

—Yo también tengo una hija —dijo la mujer, agachándose para ponerse a su altura, agarrándose con los dedos a la valla. Los ojos le brillaban—. Tiene la misma edad que tú. Se llama Noa.

AGRADECIMIENTOS

A los de siempre, por su ayuda y su apoyo, porque solo no se llega a ninguna parte.

A mis padres y a mi hermano, por aguantarme, y por dedicar una pizca de su tiempo a leer mis historias y mis locuras.

Y a todos los que escriben grandes historias y sirven de inspiración.

SOBRE EL AUTOR

Cristian C. Bellot nació en Barcelona en 1986, aunque siempre ha residido en Cerdanyola del Vallès. Estudió arquitectura en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura del Vallès, de la UPC. En otoño de 2015 decidió sentarse frente al ordenador a juntar letras con cierto sentido. Tras algunos relatos que no han visto ni verán la luz, algo empezó a coger forma hasta que en febrero de 2017 publicó su primera novela, *Las llaves de luz*. Tras ella llegaron su continuación, *La hija del sol*, las tres primeras entregas del *Capitán Jacobs*, de la saga *Coalición*, y dos novelas independientes, *Termille* y *Héroe*.